

ANNE PERRY

LABERINTOS DE LA NOCHE



LABERINTOS DE LA NOCHE

Anne Perry

Traducción de Borja Folch

Créditos

Título original: *Corridors of the Night*

Traducción: Borja Folch

Edición en formato digital: octubre de 2017

© 2015 by Anne Perry

© 2017, Sipan Barcelona Network S.L.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Sipan Barcelona Network S.L. es una empresa del grupo Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

ISBN: 978-84-9069-854-9

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

*A mi editor en 10/18, Valentin Baillehache,
y a Marie-Laure Pascaud en Publicity*

LABERINTOS DE LA NOCHE

1

Las pequeñas lámparas de gas titilaban a lo largo de las paredes del pasillo como si hubiera corriente de aire, pero Hester sabía que, siendo bastante más de las doce de la noche, todas las puertas estaban cerradas. Incluso las ventanas de las salas lo estarían a aquellas horas.

La niña permanecía inmóvil. Tenía los ojos muy abiertos y la piel tan blanca como el camisón que le llegaba por debajo de las rodillas. Sus piernas eran delgadas como palillos y llevaba sucios los pies descalzos. Daba la impresión de estar aterrorizada.

—¿Te has perdido? —le preguntó Hester con delicadeza.

No se le ocurría qué podía estar haciendo allí la chiquilla. Estaban en un anexo del Hospital de Greenwich. Por detrás daba al Támesis, bastante río abajo del inmenso Port de Londres y de la abarrotada ciudad. ¿Sería de alguna de las enfermeras, que la había colado a hurtadillas para no dejarla sola en casa? Eso iba contra las normas. Hester debía asegurarse de que nadie más la encontrara.

—Por favor, señorita —dijo la niña con un susurro ronco—. ¡Charlie se muere! Tiene que venir a ayudarlo. Por favor...

No había otro sonido en la noche, ninguna pisada en los suelos de piedra. El doctor Rand no entraría de turno hasta la mañana.

El miedo de la niña vibraba en el aire.

—Por favor...

—¿Dónde está? —preguntó Hester en voz baja—. Veré qué puedo hacer. La niña tragó saliva y respiró profundamente.

—Es por aquí. He dejado la puerta atrancada. Podemos regresar, si se da prisa. Por favor...

—Vamos —convino Hester—. Indícame el camino. ¿Cómo te llamas?

—Maggie.

Se volvió y emprendió la marcha deprisa, sus pies descalzos eran silenciosos sobre el frío suelo.

Hester fue tras ella pasillo abajo, giró a la derecha y enfiló otro pasillo todavía peor iluminado. Tan solo podía ver la pequeña figura pálida que iba delante de ella y que cada dos por tres se volvía para asegurarse de que Hester aún la seguía. Se estaban alejando de las salas donde se trataba a los marineros enfermos o malheridos, adentrándose en las zonas administrativas

y de almacenamiento. Hester no conocía bien el hospital. Se había ofrecido voluntaria temporal del turno de noche para hacerle un favor a Jenny Solway, una amiga que debía atender a un familiar que había caído enfermo repentinamente. Habían servido juntas a las órdenes de Florence Nightingale en Crimea. De eso hacía ya casi catorce años pero las experiencias que habían compartido —en espantosos campos de batalla, incluido el de Balaclava, y en el hospital de Sebastopol— fraguó una duradera amistad que permanecía inquebrantable aunque pasaran años sin verse.

Hester alcanzó a la chiquilla y la cogió de la mano, pequeña y fría.

—¿Adónde vamos? —preguntó.

—A ayudar a Charlie —contestó Maggie sin volver la cabeza. Ahora tiraba de Hester—. Tenemos que darnos prisa. Por favor...

Un giro más del pasillo y llegaron ante una puerta que estaba enrasada con la pared y que al parecer no tenía picaporte. Una tira de algodón anudada para formar una especie de cuerda hacía las veces de cuña para impedir que la puerta se cerrara del todo. Maggie soltó la mano de Hester, deslizó sus delgados dedos por debajo de la tela y abrió la puerta.

—¡Chis! —advirtió. Luego entró de lado por la rendija e hizo una seña a Hester para que la siguiera. En cuanto Hester estuvo dentro, volvió a poner la cuerda en su sitio y cerró la puerta.

Hester entró pisándole los talones a Maggie. Estaban en otra sala, más pequeña que las de los marineros, donde había seis catres. Las lamparillas de las paredes mostraban las menudas figuras que había tendidas en tres de ellos, inmóviles como si durmieran.

—¿Dónde estamos? —susurró Hester.

—En nuestra habitación —contestó Maggie—. Charlie está allí.

Agarró de nuevo la mano de Hester y tiró de ella hacia el último catre, que quedaba cerca de la puerta de la sala. Estaba cerrada, y Hester se había desorientado y no sabía a qué lado daba.

Maggie se detuvo junto a la cama donde yacía un niño con la tez cenicienta, más o menos de su estatura, apoyado sobre las almohadas. El crío se volvió hacia ella e intentó sonreír.

—Charlie —dijo Maggie con voz un poco temblorosa y lágrimas en las mejillas—, todo irá bien. He traído a una enfermera. Hará que te pongas mejor.

—No tendrías que haberlo hecho —susurró Charlie—. La meterás en

problemas.

Maggie levantó un poco el mentón.

—¡Me da igual! —Miró a Hester—. Tiene que hacer algo.

A Hester se le cayó el alma a los pies y tuvo un momento de pánico. El niño parecía estar gravemente enfermo. Probablemente, Maggie llevaba razón al decir que se estaba muriendo. ¿Estarían en una sala de cuarentena? ¿Cómo podía esperar sonsacar información suficiente a un niño tan pequeño para hacerse una idea de lo que le ocurría, a fin de poder atenderlo?

Lo primero que debía hacer era tranquilizarlo, ganarse su confianza. Se acercó hasta el borde de la cama.

—Hola, Charlie —dijo en voz muy baja—. Dime cómo te sientes. ¿Tienes calor? ¿Estás mareado? ¿Tiemblas? ¿Te duele alguna parte en concreto?

Charlie se quedó un momento mirándola fijamente. Estaba tan pálido que la piel parecía traslúcida; las ojeras eran como moretones.

—En realidad, no me hace daño nada —susurró el niño—. Solo estoy un poco dolorido.

—¿Has vomitado? —preguntó Hester.

—Ayer.

—¿Mucho, o solo un poco?

—Bastante.

—¿Has comido algo desde entonces?

Charlie negó con la cabeza.

—¿Has bebido algo? ¿Agua?

Hester alargó el brazo y le tocó la frente. La tenía caliente y seca. Se volvió hacia Maggie, que la miraba fijamente con los ojos llenos de temor.

—¿Puedes ir a buscar un vaso de agua para Charlie, por favor? —preguntó Hester.

Maggie fue a decir algo pero cambió de parecer y se marchó a obedecer.

—Por favor, señorita, no le diga que me estoy muriendo —dijo Charlie casi entre dientes—. Se llevará un disgusto tremendo.

Hester notó un repentino dolor en la garganta. Era enfermera, estaba acostumbrada a asistir a los moribundos, pero aquellos niños solos, sin un padre o una madre para consolarlos, eran algo distinto. Eran muy pequeños y estaban perdidos. Normalmente no mentía a los pacientes; si lo hacías, tarde o temprano dejaban de creerte, y si eso ocurría, también se perdía buena parte

de la capacidad de ayudar.

Aquel caso era diferente.

—No lo haré —prometió sin titubeos—. No tengo intención de dejar que te mueras, si puedo impedirlo.

—¿Pero cuidará de ella? —preguntó Charlie—. ¿Y de Mike? ¿Por favor?

No era momento para andarse con evasivas.

—Sí, lo haré. ¿Eres el mayor?

—Sí. Tengo siete años. Maggie solo tiene seis, aunque se comporta como si fuese la madre de todos.

Esbozó una sonrisa, un poco torcida.

—¿Sabes por qué estáis en el hospital?

Había que ir a lo práctico.

—No. —Charlie negó con la cabeza, moviéndola apenas—. Tiene algo que ver con mi sangre.

—¿Te están medicando?

—No paran de pincharme con una aguja enorme en el brazo. Duele mucho.

—¿En serio? Sí, seguro que duele. Dime, ¿esa aguja lleva un tubo de cristal en la otra punta?

Tenía en mente aquel nuevo gran invento llamado jeringuilla, que podía inyectar líquidos en el cuerpo o, llegado el caso, extraerlos.

Charlie asintió.

—¿Sabes qué había en el tubo de cristal?

Cada vez estaba más pálido y Hester apenas alcanzó a oírle la voz cuando contestó:

—Era rojo, como la sangre.

Maggie regresó con una taza llena de agua. Hester le dio las gracias y bebió un sorbo. Olía y sabía a agua fresca. Rodeó a Charlie con un brazo. Notó sus huesos a través del camisón. Lo ayudó a enderezarse y a beber muy despacio un poco de agua. Cuando hubo tomado toda la que quiso, lo tendió otra vez y después, con tanto cuidado como pudo, estiró las sábanas para que fueran más suaves al tacto. Charlie respiraba con dificultad, agotado. Hester lo miró y tuvo mucho miedo de que Maggie llevara razón.

Si moría, ¿cómo iba a ayudar a Maggie, que también parecía haber perdido sus fuerzas? Seguramente eran solo el miedo y la necesidad de creer que estaba haciendo algo por su hermano lo que la mantenían de pie, si bien

bamboleándose un poco. Hester podría haberle sugerido que durmiera un ratito, pero le constaba que si Charlie moría mientras ella no estuviera a su lado, Maggie nunca se lo perdonaría a sí misma. Carecía de sentido, pero creería que podría haber hecho algo. De haber estado en su lugar, Hester habría sentido lo mismo.

—¿Qué edad tiene Mike? —preguntó en voz baja.

—Cuatro años —contestó Maggie—. No está tan enfermo. Quizá se ponga peor cuando crezca.

—Quizá no. ¿A él también le clavan agujas?

—Sí —respondió Maggie, asintiendo con la cabeza.

—¿Y a ti?

—Sí —asintió de nuevo—. Pero sobre todo a Charlie. ¿Puede hacer algo, señorita?

Hester seguía sin saber qué les ocurría. Un tratamiento inapropiado podría ser fatal. En toda enfermedad había una fase en la que no cabía hacer más. Un niño pequeño solo admitía cierta cantidad de tratamiento.

—¿Qué hace el doctor que lo atiende? Cuéntame todo lo que sepas, Maggie. Tengo que hacer lo más adecuado para él.

A Maggie se le saltaron las lágrimas y le resbalaron por las mejillas.

—No hace nada, señorita. Viene y le clava esa aguja a Charlie, que se queda adormilado y con náuseas. Se queda tumbado y ni siquiera puede hablar conmigo o con Mike. Por favor, señorita...

Hester sabía que el doctor Rand se marchaba a casa por la noche. Al fin y al cabo, todo el mundo tenía que dormir. Pero se suponía que había una enfermera jefe de guardia toda la noche. ¿Dónde estaba? A veces había urgencias que solo un médico podía atender, y entonces se enviaba a un mensajero en su busca. Pero aquel hospital era para enfermos muy graves o tan malheridos que a menudo lo único que podía hacerse por ellos era aliviar su sufrimiento o, como mínimo, no dejar que murieran solos.

En eso había consistido con demasiada frecuencia ejercer de enfermera durante la guerra de Crimea, no mucho tiempo atrás. Hemorragias, gangrena, fiebre alta; eran cosas con las que se había acostumbrado a lidiar porque puñados de hombres, incluso centenares, resultaban heridos en combate. Había escasez de médicos y, normalmente, también de tiempo. Ese era uno de los motivos por los que los hermanos Rand, el doctor Magnus Rand y su hermano químico, Hamilton Rand, habían estado tan contentos de contar con

Hester, otra enfermera de Crimea, para sustituir a Jenny Solway. Su experiencia era muy valiosa.

¿Dónde demonios se había metido la enfermera que tenía aquella sala a su cargo? ¿Acaso estaba enferma? ¿O borracha hasta perder el conocimiento? Era bien sabido que esas cosas sucedían.

—¿Sabes cómo se llama su enfermedad? —preguntó Hester a Maggie.

Maggie negó con la cabeza.

—¿Tú tienes la misma enfermedad? —insistió Hester.

Maggie asintió.

—¿Qué hace el médico por ti?

Había poco tiempo. En la cama que tenían al lado, Charlie permanecía inmóvil, con el rostro blanco como la nieve, y su respiración era superficial. Pero debía averiguar todo lo que Maggie pudiera decirle antes de intentar hacer algo por él.

—¿Maggie? —la instó.

—A mí también me pinchó con una aguja. —Respiró profundamente—. Me dolió una barbaridad.

—¿Sabes qué había en la botellita del otro extremo de la aguja? —preguntó Hester—. ¿De qué color era?

Maggie negó con la cabeza.

—No quería mirar y el doctor me dijo que no lo hiciera pero lo hice, solo un momento. Creo que era sangre.

Hester tuvo un escalofrío. ¿De modo que Magnus les estaba sacando sangre? ¿Con qué fin? ¿Acaso Hamilton Rand la estaba analizando? Era un químico brillante, visionario en algunos aspectos. ¿Qué estaba averiguando con la sangre de aquellos niños?

Maggie la miraba fijamente, aguardando, con los ojos llenos de esperanza.

—Tráeme otra taza de agua —le dijo Hester—. Por favor.

Maggie dio media vuelta y se fue de inmediato.

Hester se inclinó hacia delante y destapó un poco el brazo escuálido de Charlie. Pellizcó la piel con el índice y el pulgar. Se separó como si no hubiese carne cubriendo el hueso. Al menos ahora sabía por dónde empezar.

—¿Cuándo fuiste al baño a orinar por última vez?

Charlie pestañeó despacio. Parecía un poco avergonzado.

—Hace mucho.

—¿Puedo mirar el interior de tu boca? ¿Por favor?

El niño dejó caer la mandíbula obedientemente. Hester se agachó y miró dentro. Ahora al menos sabía que le ocurría algo muy grave. La deshidratación, cuando era muy acusada, podía matar, sobre todo a un niño tan debilitado como él. Agua quizá no fuese lo único que necesitaba pero posiblemente contribuiría a mantenerlo vivo el tiempo suficiente para encontrar una solución adecuada.

Maggie regresó, corriendo tan rápido que dio un traspié. Recobró el equilibrio sin derramar una gota de agua aunque la taza que llevaba estaba llena a rebosar.

Hester le sonrió y, con mucho cuidado, volvió a incorporar a Charlie, que quedó recostado en sus brazos y con la cabeza casi erguida. El niño abrió los ojos, pero fue a Maggie a quien miró. Le sonrió vagamente y luego dio la impresión de adormecerse.

Hester le acercó la taza a los labios.

—Bebe un poco más, Charlie —le instó Hester—. Solo un sorbo.

Por un momento, Charlie no se movió; luego, cuando Hester inclinó ligeramente la taza, bebió un sorbo. Tragó y se puso a toser. Al cabo de un instante tomó otro.

Maggie los miraba fijamente como si estuviese contemplando un milagro. Hester sintió una profunda pena por ella porque aquello era inútil casi con toda seguridad, pero no soportaba la idea de decírselo. Tenía los ojos brillantes y estaba tan pendiente de Charlie que apenas se acordaba de respirar.

Transcurrió media hora y, sorbo a sorbo, Charlie se la bebió toda. Hester se sintió tan triunfante como si hubiese escalado una montaña. Tendió de nuevo a Charlie en la cama y lo volvió a tapar con la manta. El niño se quedó inmóvil y se durmió casi en el acto.

Maggie sonreía tanto que tenían que dolerle las mejillas. Estaba demasiado emocionada para hablar. Sabía que aquello era solo el principio.

Hester se quedó con ellos. Mike, el hermano menor, yacía en silencio y tan solo se movió para darse la vuelta cuando le tocó la frente y el brazo. Parecía que tuviera tres años en lugar de cuatro, pero le constaba que, con frecuencia, los niños pobres o enfermos eran menudos para su edad.

Una hora más tarde despertó a Charlie y, sorbo a sorbo, le dio otro vaso de agua. Maggie la ayudó. Se negaba a meterse en la cama, aunque apenas se

tenía en pie de lo agotada que estaba. Se avino a sentarse al lado de Hester y entonces, por fin, poco antes del amanecer, cayó redonda en su regazo, dormida como un tronco.

Cosa de una hora después, Hester llevó a Maggie a su propia cama y entonces fue a buscar a la enfermera que tendría que haber estado de guardia allí.

Abrió todos los roperos y armarios cercanos, habitaciones con fregaderos y grifos, con canastos para la ropa sucia y contenedores para la basura, pero no encontró rastro de ella. O no había ido a trabajar o había ido para volver a marcharse casi de inmediato. ¿Estaría enferma? ¿Sería una perezosa o tenía algún tipo de urgencia personal? ¿O simplemente una cita? No sería algo inaudito.

Descontenta y un poco enfadada, Hester regresó a la sala de los niños y los miró detenidamente. Satisfecha por el momento, pasó el resto de la noche dando cabezadas.

Por la mañana, Charlie estaba sentado e indudablemente se encontraba mejor. Todavía tenía los ojos hundidos pero la piel se veía menos apergaminada, y fue capaz de sostener una taza de agua con las manos y bebérsela sin ayuda.

Maggie estaba eufórica. Se negó a escuchar la advertencia de Hester de que aquello solo era un respiro. Miró a Hester con solemnidad y dijo que lo entendía, pero su alegría ardía como una llama y estaba claro que para ella las palabras de Hester no significaban nada. Charlie no había muerto, y eso era lo único que importaba. Incluso Mike, ya despierto y de pie al lado de Maggie, agarrado a su mano, contemplaba a Hester como si fuese un ángel salvador.

Hester renunció a intentar explicar que el estado de Charlie todavía era grave y dejó que disfrutaran con la idea de la esperanza, fuera a durar lo que durase. Aún era muy temprano. El cielo clareaba por fin y tenía que regresar a la sala donde estaba de guardia.

—Dejad que duerma —le dijo a Maggie—. Y seguid dándole agua cuando le apetezca, pero no lo despertéis adrede. Y no olvidéis que vosotros también tenéis que beber. Si quiere desayunar, ayudadle, pero no insistáis. Y vosotros también tenéis que comer. ¿Entendido?

—Sí, señorita —dijo Maggie muy seria—. Luego volverá, ¿no?

El miedo volvió a asomarse a sus ojos.

—Por supuesto.

Hester hizo la promesa aunque se preguntó cómo iba a cumplirla. Tenía que ver al doctor Rand en cuanto llegara al hospital. Eso conllevaba quedarse más tiempo del que tenía previsto, pero su familia no tendría más remedio que comprenderlo.

La enfermera O'Neill fue a su encuentro en cuanto cruzó la puerta de su sala. Era una mujer imponente, joven y bastante guapa, a su manera. Estaba enojada y no hizo el menor intento por disimularlo.

—¿Qué se ha creído? —inquirió, con los brazos en jarras. Mechones de pelo rubio se le habían salido de las horquillas y parecía exhausta. Iba arremangada y tenía manchas de sangre y de agua en el delantal blanco—. ¡Mary Anne y yo hemos estado solas! ¡No le pagan para que se escaquee y se vaya a dormir a un rincón! ¡Me importa un bledo lo que haga durante el día! Se supone que tiene que estar de guardia aquí toda la noche, igual que el resto de nosotras.

A Hester le cayó el alma a los pies. Comprendió de inmediato que Sherryl O'Neill no estaría tan alterada salvo si alguien había muerto durante la noche. Contaba con que fallecieran pacientes —en aquella sala había enfermos muy graves—, pero aun así no podía soportarlo. Cada muerte era una derrota y se la tomaba como algo personal.

—¿Hemos perdido a Hodgkins? —preguntó Hester en voz baja. Era el paciente que estaba peor—. Lo siento...

—¡Pues no! —Sherryl pestañeó furiosamente, pero de todos modos las lágrimas le corrieron por las mejillas—. Sigue vivo. ¡Dios sabe cómo! ¡Desde luego, no gracias a usted!

Hester aguardó, confundida.

—Wilton —dijo Sherryl, llenando el silencio—. Empeoró de repente y no he podido hacer nada. ¡Usted tendría que haber estado aquí!

La acusación volvió a ser severa.

Hester lo comprendió. Bastante malo era de por sí un fallecimiento, pero uno inesperado te llegaba a lo más hondo. Hacía que te dieras cuenta una vez más del poco control que tenías. La victoria podía convertirse en fracaso en un instante. Todas habían estado convencidas de que Wilton se estaba recobrando.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó, temiendo oír la respuesta.

La voz de Sherryl sonó áspera, como si tuviera la garganta tan tensa que a duras penas pudiera hablar.

—Dirá más bien qué no sucedió. Ha padecido unos dolores horribles, primero en la espalda, luego en los costados y en lo alto de las piernas. Pasaba de estar helado a tener una fiebre altísima. Tenía mucha sangre en la orina.

Miraba a Hester fijamente como si todavía esperase desesperadamente alguna clase de ayuda.

—¡No he sabido qué hacer! —prosiguió Sherryl—. El dolor era peor que el de sus heridas, y estaba aterrorizado. Me he sentido inútil. Se estaba muriendo y no se me ocurría qué hacer por él. Ha faltado poco para que se desmayara. Unas partes de su cuerpo se pusieron blancas como la nieve, como si no le corriera una gota de sangre por las venas. Otras, rojo oscuro, y aunque era un hombre muy fuerte, lloraba de dolor. ¡Por Dios! Nadie debería morir de esta manera.

Ahora las lágrimas le resbalaban por las mejillas sin que le diera la menor vergüenza.

Hester sabía que Sherryl estaba enojada con su propia impotencia, con el sufrimiento y la muerte. Aquellas lágrimas eran fruto del agotamiento y de la necesidad de no sentirse sola.

—Lo siento —dijo Hester en voz baja—. Estaba con otro paciente. Un niño. Sabía que Mary Ann estaba aquí...

—¡De bien poco ha servido! —interrumpió Sherryl bruscamente—. Le gustaba y estaba convencida de que sobreviviría, sobre todo después de que ayer el doctor Rand se lo llevara para un tratamiento. Wilton... estaba muy esperanzado cuando regresó. Cuando ha empeorado, Mary Ann se ha quedado anonadada. ¿Dónde estaba usted? —inquirió con aspereza, incapaz de seguir dominándose.

—¿Sabía que aquí hay una sala para niños? —preguntó Hester, preguntándose en el acto si era prudente mencionarlo.

Sherryl abrió los ojos.

—¿Qué está diciendo? Aquí solo hay soldados y marineros, lo sabe de sobra —replicó, incrédula.

—No, no es así —la contradijo Hester—. En uno de los pasillos encontré a una niña que buscaba ayuda. Tiene unos seis años, y su hermano sufría una crisis. Fui con ella. Allí es donde he estado.

Sherryl volvió a abrir mucho los ojos.

—Hemos logrado que pasara la noche, pero no sé qué bien le hará. Estaba

muy débil.

—¿Qué edad tiene? —preguntó Sherryl.

—Unos siete años —contestó Hester—. No podía dejarla sola viendo cómo moría su hermano...

La indecisión se asomó un momento al semblante de Sherryl, que enseguida decidió creerla.

—De todos modos, aquí no habría podido hacer gran cosa —concedió, volviéndose al cabo de un momento para dominar sus sentimientos y limpiarse la cara con la punta del delantal.

En cuanto Hester se enteró de que el doctor Magnus Rand ya estaba en el hospital, y antes de que iniciara su ronda, fue a hablarle sobre Charlie. Lo encontró en su despacho, en la parte delantera del edificio. Era una habitación imponente con un escritorio de roble y otras dos mesas cubiertas de libros, papeles e instrumentos, como si siempre hubiera un nuevo proyecto en marcha.

Dos de las paredes estaban forradas de estanterías atestadas de libros. A primera vista parecían ordenados al azar. No había colecciones de volúmenes parejos. Una vez que había tenido ocasión de leer los títulos se quedó impresionada con la amplitud y la variedad de las materias que reflejaban, aunque todos guardaran relación con la medicina. Había estudios que databan de la Grecia antigua a través de conocimientos desarrollados por los árabes y los judíos, con figuras de la talla de Maimónides. También de los herboristas de la Edad Media, llegando hasta descubrimientos modernos en el campo de la anatomía y la psicología. Harvey, que había descubierto la circulación sanguínea, era a todas luces el gran héroe del doctor Rand.

Este era un hombre de apariencia afable, varios años más joven que su hermano, Hamilton, aunque sus rasgos no eran muy diferentes, tal vez un poco menos afilados. A diferencia del de Hamilton, su pelo rubio era abundante y nunca lo llevaba bien peinado.

Levantó la vista cuando Hester llamó discretamente a la puerta abierta.

—Ah, pase, señora Monk. —Su expresión era cordial pero sus ojos azules revelaban un acusado interés—. ¿Cómo ha ido la noche?

Hester se quedó de pie ante el escritorio. Solo entonces se dio cuenta de que Hamilton también estaba en el despacho. Era ostensiblemente el mayor de los dos. Su rostro era más enjuto y arrugado; su pelo, más ralo. Resultaba difícil decir de qué color tenía los ojos, pero imposible no reparar en la aguda

inteligencia que brillaba en ellos. Ahora la estaba observando en silencio. No tenía trato social con ella, de modo que no consideró necesario saludarla.

No había escapatoria. Hester notó que se sonrojaba. No le cabía la menor duda de que había hecho lo apropiado, pero no estaba en absoluto segura de que alguno de aquellos hombres lo viera de la misma manera. Estarían informados de la muerte de Wilton. Perder a un paciente era siempre una especie de fracaso, y no contaban con perder a aquel.

Les refirió con toda exactitud lo que decían sus notas hasta el momento en que salió de la sala y enfiló el pasillo para ir a buscar más papel para anotar la evolución de los pacientes.

—Wilton estaba inquieto —afirmó Magnus—. ¿Y bien?

—¿A qué hora empezó a mostrar inquietud, señora Monk? —la interrumpió Hamilton sin mirar a su hermano—. Sea concreta, por favor.

—Diez minutos después de la medianoche se enredó con la sábana y comenzó a forcejear —contestó Hester. Estaba familiarizada con su actitud. Buscaba razones en los detalles y Hester entendía que así lo hiciera. Era un hombre perspicaz y acostumbrado a tratar con personas que tendían a generalizar cuando lo que él necesitaba era exactitud.

—¿Estaba despierto, señora Monk? ¿Veía bien?

—Tenía los ojos abiertos pero daba la impresión de que solo enfocaba de vez en cuando. Diría que menos de la mitad del tiempo —contestó.

—¿Qué hizo por él? —preguntó Magnus, retomando el control de la conversación, aunque miró a su hermano al hacerlo y aguardó el gesto de asentimiento de Hamilton antes de continuar—. ¿Y cómo respondió?

—Desenredé la sábana para que estuviera más relajado —contestó Hester—. Luego lo bañé en agua fría para bajarle la fiebre. Al principio reaccionó bien. Se serenó y habló con bastante lucidez durante unos minutos, quizá casi diez. Se durmió y me fui a atender a otros pacientes.

—¿Y después qué? —inquirió Hamilton, dando un par de pasos al frente.

—Hice prácticamente lo mismo por otro paciente. Estaba...

Hamilton agitó una mano bruscamente.

—Ese paciente no viene al caso, señora Monk. Céntrese en el asunto que nos ocupa, por favor.

—Le has preguntado adónde fue, Hamilton —señaló Magnus.

Hester sabía que lo hacía con buena intención pero, no obstante, encontró un tanto condescendiente que pretendiera defenderla. ¿O acaso estaba tan

acostumbrado a los modales de su hermano que intentaba compensarlos por puro hábito?

Hamilton, irritado, se encogió de hombros.

—Sé perfectamente lo que he dicho, Magnus. Esta mujer puede valerse por sí misma. Por el amor de Dios, vayamos al grano. Wilton podría haber sobrevivido. —Se volvió hacia Hester. La miró de hito en hito—. ¿Cómo murió? ¡Deme detalles, mujer!

Hester tomó aire.

—No lo sé, señor. Tendrá que preguntárselo a la señorita O'Neill. Cuando yo...

—¿Qué? —exclamó Hamilton, poniéndose colorado—. ¿Dónde demonios estaba usted? No le pagamos para que...

Magnus alargó la mano y agarró el brazo de su hermano. Hester vio que se le ponían blancos los nudillos y cómo se arrugaba la tela del traje.

—Deja que nos lo cuente, Hamilton.

Hester notó que se sonrojaba, cosa que resultaba absurda.

Hamilton se zafó de la mano de Magnus. Ya había manifestado su protesta.

—¿Y bien? —inquirió, mirando a Hester como si su agudeza visual pudiera penetrar en su cabeza.

Hester se irguió un poco y le sostuvo la mirada.

—Cuando regresaba por el pasillo me encontré con una niña pequeña, de unos seis o siete años. Estaba sumamente afligida y me dijo que su hermano estaba muriéndose.

—¿Cómo dice?

Magnus se volvió hacia Hamilton, con una expresión de alarma.

Hamilton le hizo caso omiso, sin apartar sus ojos de los de Hester.

—¿Y usted qué hizo, señora Monk? —preguntó, pronunciando las palabras con toda deliberación.

—Fui con ella para ver qué podía hacer —contestó Hester—. Podía ser verdad. Y resulta que creo que lo era...

Magnus tenía el semblante ceniciento. Se medio incorporó en su sillón.

Hamilton respiró profundamente. Le rechinaron los dientes al hablar.

—¿Y dónde estaba la enfermera, la señora...? ¿Cómo se llama? ¿La señora Gilmore?

—No lo sé —contestó Hester—. Cuando tuve tiempo, la busqué. No la

encontré.

Hamilton renegó de mala manera.

—He venido ex profeso a contarles esto, señor Rand —le contestó Hester—. Primero he hablado de Wilton porque Charlie no ha fallecido.

—¿El niño sigue vivo? —preguntó Magnus en el acto.

—Sí, doctor Rand. Está débil, pero creo que mejorando.

Hamilton se inclinó hacia delante.

—¿Qué hizo por él? Cuénteme exactamente lo que hizo y cómo reaccionó el chico.

Acudió a la mente de Hester el recuerdo de sus tiempos como enfermera militar en Crimea. Había oído a muchos generales dar órdenes exactamente en el mismo tono de voz. A veces habían enviado a los soldados a una muerte segura. Se obligó a no pensar en ello. Hamilton Rand recordaría cada palabra que dijera u omitiera, de eso estaba segura.

—Pregunté a la niña, Maggie, qué sabía acerca de la enfermedad de su hermano —comenzó.

—¿Y qué le contó? —le espetó Hamilton, interrumpiéndola.

—Muy poco, aparte de que, a juzgar por su descripción, lo estaban tratando con una jeringuilla.

—¡Siga! ¡Siga!

—Toqué a Charlie —contestó Hester, negándose a que le metieran prisa. Ahora lo importante eran Charlie y los demás niños, no lo que Hamilton Rand pensara de ella—. Yacía inmóvil, su respiración era muy superficial, y no parecía ser consciente de nuestra presencia. Le pellizqué la piel para ver si se le separaba fácilmente de la carne, a fin de constatar si le faltaba humedad. Había vomitado hacía relativamente poco y llevaba bastante tiempo sin orinar. Estaba gravemente deshidratado. Mandé a la niña a buscar agua. Incorporé a Charlie y le fui dando sorbos a medida que los aceptaba. Por la mañana se había bebido cuatro tazas.

No apartó la vista sino que siguió mirando a Hamilton Rand de hito en hito. Ahora no estaba alarmada, solo enojada porque el médico hubiese permitido que las cosas llegaran a tales extremos.

Hamilton soltó el aire despacio, frunciendo los labios. No miró a su hermano.

—Desde luego —dijo casi impasible—, ha demostrado tener cierta iniciativa. —Por fin miró a Magnus—. Eso explica su ausencia

satisfactoriamente.

—Por supuesto que sí —dijo Magnus con impaciencia—. Gracias, señora Monk. Le estamos agradecidos. Enseguida nos ocuparemos del asunto y pediremos un informe completo sobre Wilton a la señorita O’Neill. Abrigábamos grandes esperanzas de poder salvarlo. —Se volvió hacia su hermano—. Hamilton, ¿crees que...?

—No —respondió Hamilton de inmediato—. Todavía no. No sería prudente. Antes tengo que hablar contigo. —Levantó ligeramente la mano sin volverse hacia Hester—. Puede retirarse, señora Monk. Gracias.

Hester deseaba saber más pero Hamilton ya se había olvidado de ella. Estaba recogiendo un montón de papeles del escritorio de su zona del despacho como si ella ya no estuviera presente.

—Magnus, creo que deberíamos considerar esto. Supongo que ya lo has leído.

Magnus se volvió para contestar.

Hester salió del despacho, cerró la puerta a sus espaldas y recorrió erguida y con la cabeza bien alta el pasillo que conducía al vestíbulo del hospital. Estaba molesta, pero eso era una cuestión personal y no revestía ninguna importancia. Lo único que importaba eran los hombres a los que atendía... y Charlie. Y por el momento había hecho cuanto estaba en su mano.

2

Monk estaba sentado a su escritorio en la comisaría de la Policía Fluvial del Támesis en Wapping. Desde el interior podían oírse en sordina los sonidos del río: el susurro del agua al subir la marea, dando sorbetones a los peldaños de piedra que subían hasta el muelle; voces de gabarreros gritándose unos a otros; el ruido metálico de una cadena en un cabestrante; los graznidos de las gaviotas que peleaban por su comida.

El sol entraba por la puerta abierta, formando charcos de luz en el suelo y el escritorio, y realzando la palidez del rostro de Orme. Parecía estar cansado y peinaba más canas que unos meses atrás.

Orme había servido en la Policía Fluvial toda la vida y ya le quedaba poco para cumplir setenta años. Había sido el mentor de Monk desde que este ingresara en el cuerpo, el que le había enseñado sin sermonearlo ni criticarlo, y nunca delante de los demás agentes. Era Orme quien lo había rescatado de los pocos errores graves que había cometido, sin volver a referirse a ellos jamás. Pero estaba comenzando a cansarse. No era preciso que le dijera a Monk que quería jubilarse; se notaba en su tono de voz, en su rigidez cuando subía los peldaños desde el borde del agua hasta el muelle y en la frecuencia con la que hablaba de su hija y su nieto. Discretamente, a su manera, estaba sumamente orgulloso de ellos.

—¿Laker ya ha regresado? —preguntó Monk.

—Sí, señor —contestó Orme de inmediato.

—Envíemelo —le dijo Monk.

Orme asintió con la cabeza y salió sin decir más.

Momentos después la puerta volvió a abrirse y Laker entró, cerrándola a sus espaldas. Era joven, de poco más de treinta años, y casi se puso firmes, enfrentándose impasible a Monk. Su aspecto era absolutamente opuesto al de Monk, con la piel clara, vivaces ojos azules y el tipo de pelo que el sol blanqueaba dejándolo rubísimo. Era guapo se mirase por donde se mirase, y él era consciente de ello.

Monk estaba a la vez divertido e incómodo. Había algo en la mesurada arrogancia de aquel joven que, a su parecer, lo asemejaba mucho a cómo había sido él mismo unos pocos años atrás, antes del accidente que le había arrebatado la memoria salvo por ocasionales y perturbadores recuerdos fugaces. Entonces la gente hablaba de él con las mismas palabras que ahora

emplearía para describir a Laker. Este tenía una inteligencia tan despierta como la de Monk y la confianza en uno mismo que antaño había tenido él, antes de la amnesia total que lo había despojado de su seguridad.

Se identificaba con Laker. Era arrogante, con frecuencia divertido y a veces daba en el clavo cuando otros agentes menos sagaces solo tenían una visión parcial de las cosas.

—¿Sí, señor? —dijo Laker educadamente pero sin deferencia.

—¿Qué ha descubierto en el almacén del señor Derby? —preguntó Monk, recostándose un poco en su sillón y levantando la vista hacia Laker, que seguía de pie—. ¿Algún rastro de las armas?

—Sí, señor. —Nada alteró en lo más mínimo la actitud de Laker. Seguía estando en pie con desenvoltura, tal vez algo más relajado.

—¿Y bien? —inquirió Monk.

—Solo un arma, señor, pero excelente, muy manejable. Un buen tirador probablemente le daría sin problemas a un hombre que estuviera en la otra orilla del río. La he probado y va como la seda. No tiene una sola marca. He supuesto que era una muestra, señor. Pero no cabe duda de que han disparado con ella. La han probado.

—¿Ha encontrado documentos? —preguntó Monk, sin demasiada esperanza. Derby era demasiado listo para dejar pruebas. Era uno de los mejores contrabandistas de Europa pero, que le constara a Monk, también era bastante nuevo en el negocio de los incendios provocados. Normalmente traficaba con coñac y tabaco.

—Sí, señor. Parece la clase de género con la que él comercia: acero español de Toledo y maderas exóticas. Muchas cajas de ébano, muchas espadas grabadas, etcétera. El peso debe de ser aproximadamente el mismo.

—Sí, señor. Y algunas otras cosas interesantes —agregó Laker con una sonrisa radiante de satisfacción.

—No me obligue a sonsacarle, Laker —dijo Monk con impaciencia.

Laker encogió un poco los hombros y torció las comisuras de los labios hacia abajo.

—Creo que tiene al menos a un hombre de la aduana en el bolsillo, señor.

Monk tuvo un escalofrío. Se trataba de un caso de corrupción que le constaba que existía y del que un día tendría que ocuparse, pero le preocupaba más de cuanto le preocuparía a un hombre que estuviera más seguro de su propio pasado.

El accidente de carruaje que sufrió poco antes de conocer a Hester, hacía ya más de una década, le había causado heridas en el cuerpo, pero esas se habían curado deprisa. La pérdida de su memoria, en cambio, nunca se había resuelto, salvo en contadas ocasiones en las que acudían retazos a su mente, y en sus investigaciones había descubierto cosas acerca de sí mismo, ni de lejos todas agradables. Ignoraba por completo quiénes eran sus amigos y sus enemigos. Antes había trabajado en la Policía Metropolitana. Conocía los muelles. Así lo constataba en situaciones que le resultaban familiares: doblar una esquina y reconocer la escena, un olor que le traía intensos sentimientos.

El peor temor era que un hombre que no conocía lo reconociera y recordara. Las deudas antiguas a veces aguardaban mucho tiempo para ser saldadas. Monk había resuelto un montón de casos. Si ahora pudiera revisarlos, ¿seguiría estando contento de los métodos que había empleado en todos ellos?

Miró a Laker a los ojos.

—Supongo que tiene pruebas concluyentes de todo esto, no solo rumores.

—Sí, señor. Hechos y cifras, cosas que no cuadran. Lo único que no sé es cuál de entre dos o tres hombres es el que está implicado. Me figuro que podrían estarlo todos.

—Bien. Póngalo todo por escrito.

—Me acordaré, señor...

—Y también lo escribiré —repuso Monk sin perder la compostura—. No voy a confiar esto al recuerdo de un hombre. Gracias. Eso es todo.

Laker dio media vuelta para marcharse.

—¡Laker!

—¿Sí, señor?

—Irá río arriba, en dirección contraria, durante los próximos días.

—Pero quizá descubra algo más, señor. Tengo...

—Un hecho que será reconocido y recordado —dijo Monk—. Si quiere permanecer en la Policía Fluvial, hará lo que se le ordene.

Laker hizo una mueca.

—Sí, señor.

Monk retomó su trabajo de oficina, lo terminó, guardó los papeles y salió al muelle a última hora de la tarde veraniega. Lo hizo justo a tiempo para ver a Hooper subiendo la escalera desde el agua. Tiempo atrás, el asunto de los funcionarios de aduanas lo habría comentado primero con Orme, pero ya iba

siendo hora de que permitiera que Hooper pasara al frente. Cuando Orme se jubilara, tendría que hacerlo. Hooper lucharía a su lado, le guardaría la espalda y arriesgaría su propia vida para salvarle la suya.

Pero Hooper no mimaría a su superior en la medida en que lo había hecho Orme. Su juicio crítico era más severo. Detestaría hacerlo y, si lo hiciera, tendría a Monk en menos estima. No era tan amable como Orme, o quizá sí, pero no se sentía autorizado a serlo debido a la edad y a la conciencia de cómo cambiaban los tiempos, y de cómo estaba perdiendo fuerzas su veterano compañero. Hooper no esperaba que su comandante fuese intachable, pero sin duda necesitaba que este aprendiera de sus errores y no los repitiera, y que nunca se antepusiera a sus hombres.

Algún día tendría que contarle a Hooper lo de su pérdida de memoria. Algún día lo comentarían, pero no aquel. La satisfacción, el aparente respeto que reflejaba el semblante de Hooper, era algo que todavía no quería arriesgar, salvo que fuese absolutamente imprescindible.

—Laker me ha dado un informe muy claro —dijo Monk a Hooper en voz baja, aunque no había nadie a la vista—. Derby tiene una muestra de un arma especialmente buena. He leído documentos que hacen bastante patente que pronto las llevará río arriba.

Hooper estudió el rostro de Monk y vio algo más profundo que aquellas palabras.

—También cree que hay alguien de la aduana implicado. No va a ser tan sencillo como pensábamos.

Hooper asintió lentamente, sin mostrar sorpresa alguna.

—¿Ya se lo ha dicho al señor Orme, señor?

—No. —Monk no sabía cómo explicar su renuencia a involucrar a Orme sin despojarse de parte de su dignidad ante los ojos de Hooper—. Todavía no estamos seguros —agregó.

—Tendrá que contárselo, señor. —Hooper también habló en voz baja, aunque de todos modos no solía levantarla—. A lo mejor se le ocurre algo.

—Tiene razón —admitió Monk. Volvió la vista hacia el río, donde el sol todavía brillaba pese a estar tan avanzada la tarde. Era de día casi hasta la diez en aquella época del año, sobre todo en el agua, donde todo se reflejaba.

—Voy a dar un paseo por el río —añadió—. En la orilla sur. Lo meditaré. Hasta mañana.

—Sí, señor —respondió Hooper en voz baja—. Buenas noches.

Scuff estaba en el embarcadero de Greenwich cuando el transbordador de Monk atracó junto a la escalera y este saltó a tierra. Scuff había crecido más de un palmo en los últimos cinco años, desde que Monk lo adoptara. O, para ser más exactos, desde que él adoptara a Monk. Por aquel entonces tenía once años, más o menos y, de todos modos, ¡consideraba que era demasiado mayor para necesitar padres!

No obstante, en aquella época Monk era nuevo en su trabajo en el río y realmente necesitaba a alguien que conociera la agitada vida del Támesis para no cometer errores garrafales, si quería conservarlo, por no hablar de resolver crímenes. Scuff se había buscado la vida en la ribera durante bastantes años. Parecía normal que vigilara a Monk, que lo ayudara de vez en cuando y que le explicara cómo funcionaban las cosas.

A Scuff siempre le había caído bien Monk. Hester era harina de otro costal. Scuff era demasiado mayor para necesitar una madre y, en cualquier caso, ya tenía una, aunque él hubiese abandonado su hogar tiempo atrás. Allí dejó de haber sitio para él desde que cumplió siete años. Su madre se había vuelto a casar y tuvo más hijos.

Scuff había sido muy cauteloso con Hester. Era rara, no se parecía a ninguna mujer que conociera Scuff. Al principio le pareció tan fuerte que le infundía miedo. Sabía cosas que nadie más sabía, cosas sobre medicina y sobre el Gobierno. Él estaba casi dispuesto a reconocer que la amaba, en cierto modo más de lo que amaba a Monk. El sentimiento era diferente. Le inspiraba una paz que no acababa de comprender.

Se puso de pie en cuanto Monk llegó a lo alto de la escalera. Aunque Monk sonreía se le veía cansado, cosa que era una lástima porque Scuff tenía cosas de las que hablar con él y no quería aguardar a que se presentara otra oportunidad. Había tenido que armarse de valor para decidirse. Se había preparado a conciencia y tenía las palabras en la punta de la lengua, aunque eran demasiadas para el breve trayecto hasta su casa. Ahora el hogar de Monk también era el hogar de Scuff, igual que si hubiese nacido allí. A veces, no obstante, se despertaba en plena noche y permanecía inmóvil en la cama, percibiendo el espacio y lo limpio que estaba, y acababa levantándose a tocar los muebles para asegurarse de que todo era real.

—¿Te apetece dar un paseo? —preguntó Scuff, esperanzado—. La cena todavía no está lista.

Monk titubeó solo un segundo antes de sonreír y asentir con la cabeza.

Empezaron a caminar hacia el este por la orilla, en dirección al estuario que finalmente desembocaba en el mar. Contemplaban el río, la calle más larga de Londres, donde los barcos se cruzaban con ellos camino del Pool, el mayor puerto de la tierra.

Se detuvieron a observar cuando divisaron una goleta oceánica que remontaba la corriente con la mitad de las velas izadas.

—Me pregunto de dónde llegará —dijo Scuff, sobrecogido. Su imaginación repasó todas las posibilidades que Monk le había enseñado: países de la costa de África, China, Australia, Egipto; nombres que evocaban visiones como un ensalmo mágico.

Monk sonrió.

—¿India? —sugirió, como si supiera que era la única en la que no había pensado Scuff.

—¿Alguna vez has estado en la India? —preguntó Scuff.

—No —contestó Monk en el acto—. ¿Te gustaría ir?

—Todavía no —dijo Scuff—. Esto de aquí me gusta... por ahora.

Reanudaron la marcha.

—¿Qué te preocupa? —preguntó Monk en voz baja.

Pasó una hilera de barcazas, seguida por una gabarra cargada de carbón hasta los topes.

Scuff necesitaba encontrar las palabras adecuadas para decirle a Monk lo que había decidido. No estaba nada seguro de lo que Monk pensaría; se preguntó si se decepcionaría, incluso si se enojaría. Scuff lo miró de reojo y se le cayó el alma a los pies. No era buen momento para que sacara a colación decisiones sobre el futuro. Era evidente que Monk ya tenía la mente ocupada en otros asuntos. Pero tarde o temprano tendría que decírselo, y siempre habría otras cosas importantes. Tomó aire para comenzar, con palabras adecuadas o no, volvió a mirar el rostro de Monk e hizo una pausa.

—¿Algo va mal? —preguntó finalmente.

Monk se quedó perplejo un momento y acto seguido sonrió como si estuviera arrepentido.

—¿Tanto se nota?

—Sí. —Scuff asintió con la cabeza. Entonces reparó en el cambio de expresión de Monk y supo que preferiría no ser tan transparente. Bien, pues tendría que apechugar.

Scuff siempre se percataba cuando Monk estaba preocupado, pese a que

con bastante frecuencia se equivocase en cuanto a la causa. Esta vez hizo una suposición muy cortés.

—¿El señor Orme va a dejar de trabajar? —preguntó.

Monk suspiró.

—Sí, me parece que sí.

Scuff chutó una piedra que cruzó el sendero repiqueteando.

—No te preocupes. Contarás con el señor Hooper.

Lo dijo a modo de consuelo, pero también con confianza y un considerable respeto. Recordó la noche en que Hooper se presentó en la puerta del Paradise Place, malherido y necesitando auxilio porque había ido solo a librar una batalla para salvar a Monk. Podía cerrar los ojos y ver a Hooper sentado en una silla de la cocina mientras Hester le cortaba la hemorragia con cuantos trapos tenía a mano, para luego ponerle unos puntos de sutura. Aquello tenía que doler como si te clavaran puñales, pero Hooper no se movió ni una sola vez. Había sido un momento espantoso. En realidad, Scuff no quería recordarlo salvo para pensar que si habían pasado por aquello, probablemente podrían superar cualquier cosa. Y Hooper había sido parte de aquella experiencia.

—¡Contarás con él! —dijo Scuff de nuevo, muy convencido.

—Ya lo sé —convino Monk. Su mano rozó el hombro de Scuff, sin apenas tocarlo.

Había llegado la hora de que Scuff dejara de escurrir el bulto.

—Tengo que decirte una cosa —anunció.

Miró a Monk y vio que asentía, expectante.

—He estado pensando —comenzó Scuff—. Es como que he descubierto que me gusta el colegio. Hay cosas que me importan un bledo, pero en general está bien.

¿Cómo iba a decir lo que seguía? Era lo que realmente podía importar a Monk... y mucho.

—Eso está muy bien —dijo Monk, un tanto sorprendido—. ¿Cuándo se ha producido este cambio?

Era la ocasión para que Scuff se lo contara. Tomó aire y, de repente, se quedó sin palabras. Se encogió de hombros.

—Supongo que cuando dejó de costarme tanto leer. Fue como si empezara a tener sentido. Y en cálculo veía el resultado sin pensar.

—Así es como debe ser. Leer puede ser divertido.

—Ya —convino Scuff. Sabía que aquello iba a ser difícil, pero ahora que se había lanzado era espantoso.

Recorrieron en silencio otros cincuenta metros. Debajo de ellos la marea estaba subiendo, cubriendo escalones, llenando hoyos en el fango y arremolinándose río arriba, arrastrando restos flotantes de todo tipo. Pasó una hilera de gabarras, los gabarreros mantenían el equilibrio con garbo en las popas, siempre vigilantes.

—¿Por qué lo mencionas precisamente ahora? —le preguntó Monk finalmente.

Ya no tenía remedio. Scuff apretó los dientes, tomó aire y lo dijo.

—Quiero dedicarme a la medicina, como Hester. Ser médico o enfermero o lo que sea. —Tragó saliva—. Lo siento, pero es lo que quiero hacer.

Hubo un momento de silencio, roto tan solo por los graznidos de las gaviotas que volaban en círculos encima de ellos.

—¿Estás seguro? —dijo Monk por fin—. No es fácil.

Parecía preocupado. Scuff lo notó en su voz. Deseó no haber hablado.

—Sí.

—¿Se lo has dicho a Hester? —preguntó Monk.

Scuff se quedó absolutamente perplejo. ¿Monk pensaba realmente que se lo diría a Hester antes de hablar con él?

—¡No! —respondió furioso—. ¡Claro que no!

—¿Por qué quieres ser médico? —preguntó Monk, cambiando de táctica.

Scuff se detuvo en la vereda, avergonzado. Estaba apuntando demasiado alto.

—No creo que pueda ser médico. No soy el tipo de persona adecuado para serlo.

—Crow es médico.

Monk mencionó al médico que atendía a los pobres y que ambos conocían. Carecía de título pero era muy capaz y su dedicación, total.

—Pero Crow es... —comenzó Scuff, y de pronto no supo cómo terminar la frase. Nunca tendría que haber empezado aquello. Estaba haciendo el ridículo.

—Crow se parece mucho a ti —concluyó Monk por él, y siguieron caminando—. A lo mejor trabajar para Crow sería una buena manera de empezar... Es decir, si realmente tienes ganas y él te acepta.

Scuff miró a Monk y volvió a apartar la vista.

—¿Crees que me aceptaría?

Fue decirlo y arrepentirse de haberlo preguntado. No estaba seguro de querer oír la respuesta. Se sufría mucho cuando deseabas algo de todo corazón.

—¿Por qué quieres ser médico? —repitió Monk.

Scuff tenía la respuesta, pero le daba miedo parecer tonto.

—¿No lo sabes? —preguntó Monk con delicadeza.

—¡Sí! ¡Claro que sí!

—Pues cuéntamelo. No seré el único que te lo pregunte.

No, pero él era el que importaba más. Ahora tenía que decírselo.

—Porque me gusta lo que hace Hester, y también Crow. Ven auténtico sufrimiento que la gente no puede evitar y se meten de lleno en la labor para intentar remediarlo. Es difícil, y a veces no lo consiguen, pero por lo menos hacen que la gente no tenga tanto miedo y que no se sienta sola ni piense que nadie se preocupa por ella. Tratan a todo el mundo de la misma manera, sean quienes sean. Es... es como que nos hacen iguales a todos, porque cuando nos quitamos la ropa y nos lavamos todos tenemos el mismo aspecto.

Monk guardaba silencio. Seguían paseando lentamente. Se le veía muy pensativo.

Scuff tuvo la sensación de que debía seguir hablando. No soportaba que ninguno de los dos no dijera palabra.

—Sé que es muy difícil y que hay que estudiar un montón y trabajar muy duro. Pero eso hay que hacerlo para casi todo. Creo que es bonito... ver cómo encaja todo y consigues que alguien siga vivo, con manos y pies, y también sentimientos.

—Es maravilloso —convino Monk—. Y creo que es un motivo muy bueno, en realidad el mejor. ¿Quieres decírselo a Hester tú mismo?

Scuff no quería decírselo a Hester. Le importaba demasiado, y se sentía muy tonto solo de imaginar que podía hacer lo mismo que ella, o algo parecido. Pero tenía tantas ganas de hacerlo que no se daría por vencido.

—¿Quieres que se lo diga yo?

Scuff asintió con la cabeza, casi sin aliento.

—Sí...

Monk alargó el brazo y apoyó la mano un momento en el hombro de Scuff.

—Pues entonces lo haré —prometió.

Ya había terminado, al menos por el momento. Scuff estuvo a punto de llorar de alivio. Pero eso lo convertiría en un crío, y era con mucho demasiado mayor para eso.

Monk aguardó hasta la mañana siguiente para referir a Hester su conversación con Scuff. Llegó a casa temprano después del turno de noche y, a juzgar por sus pasos, Monk adivinó que estaba más cansada que de costumbre. Había intentado hablarlo con ella, señalando que no era necesario que trabajara haciendo aquel horario. Hester le había contestado, con una sonrisa triste, que quizá no fuese necesario para ella pero sí para los pacientes. Además, solo era un trabajo temporal. Seguramente Jenny Solway regresaría pronto y podría dejarlo.

Incorporado en la cama, oyó que se movía despacio. Se puso una bata encima del camisón y bajó a recibirla.

Hester estaba plantada en medio de la cocina. Solo había encendida una lámpara minúscula que dejaba en sombras las paredes, con sus estantes de ollas y sartenes. Monk la había dejado encendida adrede para cuando llegara.

Hester se volvió con el hervidor en la mano. Su expresión era de remordimiento.

—Perdona, no quería hacer ruido. —Le sonrió—. Todavía no son las seis. Vuelve a la cama...

Monk le quitó el hervidor de la mano y lo puso en el fogón, luego se agachó para abrir la rejilla y avivar el fuego, pero ya estaba empezando a arder bien.

—Ya lo he hecho yo —dijo Hester en voz baja—. Será lo que te ha despertado.

—¿Tienes hambre? —preguntó Monk.

Hester estaba pálida y tenía unas ojeras como moretones. Monk supuso que había perdido a otro paciente aquella noche. Sería el segundo en dos días.

—La verdad es que no —respondió.

No contestó y fue derecho a la despensa. Regresó con un pedazo de tarta de frutas. Cortó dos trozos y después, como el agua ya hervía, preparó el té, poniendo tazas para los dos. No le preguntó cómo había pasado la noche. Instintivamente ya lo sabía, igual que ella sabía cuándo había tenido un mal día, lleno de tragedia y marcado por un sentimiento de impotencia. Monk comprendía que el trabajo que Hester estaba haciendo era tan importante como cualquier otro, pero aun así deseaba que esa responsabilidad recayera

en otra persona.

No quería agobiarla contándole los temores de Scuff, pero le había prometido al muchacho que lo haría y no habría mejor ocasión. Detestaba verla tan poco, solo en momentos sueltos y casi nunca a solas.

Monk aguardó a que Hester se hubiese comido la tarta y bebido media taza de té antes de rellenársela, y entonces le refirió su conversación con Scuff.

—¿Estás seguro? —dijo Hester, frunciendo el ceño con inquietud—. ¿No lo hace para complacerme?

—Seguramente sí, pero solo en parte —concedió Monk—. Desea que estemos orgullosos de él. —Sonrió—. Y tenía miedo de que me decepcionara que no quisiera incorporarse a la Policía Fluvial.

—¿Y estás decepcionado? —preguntó Hester, mirándolo a los ojos con franqueza.

—No, en absoluto. No quiero ser su jefe. Tendría que contenerme para que nadie pensara que lo favorezco. Creo que sería muy complicado. Y estaría aterrado por si resultaba herido... o algo peor.

Hester se relajó un poco.

—La medicina es muy dura. Es difícil y pagas un precio muy alto por tus errores. Cuando... —Se calló—. Perdona. Todo eso ya lo sabes.

—Deberías estar orgullosa de él —dijo Monk, alargando el brazo por encima de la mesa para tocarle la mano—. Me da la impresión de que quiere devolver algo a la gente que dejó atrás cuando vino a vivir con nosotros. Y quiere ser como tú —agregó en voz baja—. No lo desalientes.

Hester estaba exhausta y triste, abrumada por la carga de demasiados fracasos; muy orgullosa de Scuff, pero también tan temerosa de los sufrimientos que lo aguardaban que se le saltaron las lágrimas.

—No lo haré —prometió.

Monk se levantó y rodeó la mesa para arrodillarse a su lado y abrazarla.

Tras un breve descanso, cuando Scuff iba camino del colegio y Monk ya había bajado para tomar el transbordador hasta Wapping, Hester fue directa al embarcadero y también cruzó a la orilla norte, donde tomó un ómnibus hasta Portpool Lane. Caminó bajo la sombra de la fábrica de cerveza hasta el enorme e intrincado laberinto de casas que antaño había sido un próspero burdel. Ahora era una clínica para muchas de las mismas mujeres que habían trabajado allí. Además de ellas había otras sin hogar, cuyas enfermedades o

heridas las habían dejado desamparadas.

Hester carecía de talento para recaudar dinero a fin de sustentar la clínica pero tenía dotes de organización, y su experiencia como enfermera hacía que rara vez fuese necesario llamar a un médico dispuesto a prestar sus servicios sin cobrar.

Entró por la puerta principal. No tuvo tiempo más que para saludar brevemente a Hetty, la anciana que ocupaba el escritorio donde admitía o rechazaba a quienes acudían en busca de ayuda, una comida caliente o, simplemente, un lugar donde descansar tranquilas, sabiendo que no las importunarían ni echarían a la calle. Tales decisiones eran absolutamente discrecionales y Hester casi nunca se inmiscuía. Con los años había aprendido a distinguir a las enredosas y falsas enfermas de los casos reales, pero todavía era mucho menos hábil que Hetty. Esta había sido prostituta demasiado tiempo para que alguien le tomara el pelo. Se sabía al dedillo todas las mentiras y excusas posibles, pues se había servido de casi todas ellas en su juventud.

Hester solo le dio los buenos días y se dirigió directamente al laberinto de pasillos y habitaciones en busca de Claudine Burroughs. A aquellas horas la encontraría, casi con toda seguridad, o bien en el almacén de la cocina o bien en el de los medicamentos. Claudine era una mujer rica, infelizmente casada y sin hijos. Había ofrecido sus servicios a la clínica varios años atrás. Al principio lo había visto como una obra de caridad que merecía la pena, y en parte como un desafío a la clase social a la que pertenecía. Poco a poco había ido tomando afecto a la gente, incluso al muy dudoso y desacreditado Squeaky Robinson, el antiguo dueño y director del burdel hasta que Oliver Rathbone lo había engañado para arrebatárselo. Squeaky se había sublevado, indignado al constatar que, siendo como era el rey de los embaucadores, un caballero hubiese sido más astuto que él. Tuvo que elegir entre una larga condena de cárcel o quedarse en la clínica y trabajar, llevando las cuentas con estricto arreglo a la ley. Había aceptado lo segundo a regañadientes.

Hester llegó al almacén de medicamentos y vio que la puerta estaba abierta y la luz encendida. Sintió un cariño muy grande al ver a un niño muy pequeño, que aparentaba seis o siete años, delgado y enclenque pero con una energía inagotable. Estaba tirando trozos de periódicos arrugados a su alrededor, y su espesa mata de pelo despeinado se agitaba con cada movimiento.

—Buenos días, Worm —dijo Hester afectuosamente cuando llegó a su lado.

El niño levantó la vista y la reconoció, y su rostro relumbró de placer.

—Estoy trabajando —anunció.

—Ya lo veo —respondió Hester con fingida admiración—. ¿Crees que tienes suficientes periódicos para llevar un cargamento abajo?

Worm los miró muy serio y volvió a levantar la vista hacia ella.

—Sí —contestó.

En realidad no había tantos, pero cuando lo echaban de un sitio para que no escuchara las conversaciones de los adultos, lo entendía a la primera. Estaba raquítico por haber pasado hambre durante años, pues en realidad pronto cumpliría nueve. Indudablemente, era un superviviente. Recogió el montón de periódicos con cuidado.

—Son para encender el fuego —le dijo a Hester, por si acaso no lo sabía. Enfiló el pasillo sin que se le cayera ninguno hasta que llegó a lo alto de la escalera.

Claudine salió del almacén de medicamentos para saludar a Hester. Era una mujer corpulenta, demasiado ancha de caderas para tener garbo, pero con su hermosa cabellera y la inteligencia que brillaba en sus ojos no carecía de encanto. Ahora bien, habría considerado de una caridad inapropiada que alguien se lo hubiese dicho. Sonrió con afecto en cuanto vio a Hester. Entonces, con su habitual perspicacia, se dio cuenta de que Hester estaba afligida por algo más profundo que las preocupaciones normales del día a día de la clínica.

—¿Qué sucede? —preguntó sin titubeos.

—Tengo que quedarme en el hospital más tiempo del que había previsto —contestó Hester—. Todavía no puedo marcharme, incluso si Jenny regresa, y no he recibido noticias de ella. He descubierto que hay unos niños que... —Echó un vistazo al pasillo para asegurarse de que Worm no la oíría y luego refirió a Claudine su encuentro con Charlie, Maggie y Mike, y todas sus tribulaciones en el hospital—. Nadie se ocupa de ellos —concluyó—. Tengo que quedarme. Por favor... ¿Puede hacerse cargo de la clínica, al menos durante un tiempo?

—Por supuesto —dijo Claudine en el acto. Para ella no existía otra respuesta posible.

Hester miró a su amiga con gratitud y se dio cuenta de que ella también

estaba preocupada por algo. Se molestó consigo misma por no haberse percatado de inmediato.

—¿Qué sucede? —preguntó a su vez—. ¿Le resultará difícil?

—No —dijo Claudine, demasiado deprisa.

—¿Está preocupada por Worm? —adivinó Hester.

Claudine se habría quedado pasmada si supiera cuán evidente era su vulnerabilidad. Worm era hijo de alguien, un pilluelo de la ribera, más pequeño de lo normal y prácticamente analfabeto, pero en los pocos meses que llevaba viviendo en la clínica, Claudine había acabado por encariñarse de él tan profundamente como cualquier buena mujer se encariñaría de una criatura desamparada.

Claudine habló un tanto incómoda, preocupada por parecer tonta.

—Cree... cree que aquí ya no es útil... aceptando caridad, y prefiere irse por su cuenta antes de que alguien le diga que tiene que marcharse. Yo...

Su aflicción era evidente. No diría que amaba a aquel niño, pero su rostro revelaba la verdad desnuda.

—Búsquele algo que hacer aunque lo haga trabajar hasta que caiga rendido —dijo Hester, sonriendo, y volvió a mirar hacia la puerta justo cuando Worm reapareció.

—¿Ya han terminado? —preguntó el chiquillo, esperanzado.

—¡No seas tan descarado! —lo reconvino Claudine.

Worm se quedó perplejo.

Claudine se sonrojó, molesta consigo misma. Había reaccionado con excesiva brusquedad. Suavizó su tono de voz deliberadamente.

—La señora Monk me ha dicho que hay un montón de trabajo que hacer aquí. Necesitaré... Necesitaremos que trabajes duro. Se acabó lo de salir corriendo al río a jugar. En realidad, pienso que lo mejor es que duermas aquí todas las noches, de modo que si te necesitamos sepamos dónde encontrarte.

Worm la miró con los ojos muy abiertos.

—¿Qué vamos a hacer?

Su voz rebosaba excitación, como si le estuvieran haciendo un regalo muy especial.

Hester entendió su emoción, y en cierto modo le causó una profunda tristeza. Lo que Worm necesitaba era sentirse parte de algo. Y le constaba que si había trabajo que hacer, estaba a salvo de que lo echaran.

—¿Sabes pintar? —preguntó Hester inopinadamente.

Worm pestañeó.

—No me refiero a dibujos —agregó Hester enseguida—. Me refiero a paredes. Si te doy un cubo de pintura y una brocha bien grande, ¿podrías pintar una pared... hasta donde alcances?

—Sí —dijo Worm, mirándola si pestañear. Estaba mintiendo. Hester lo sabía, y también sabía por qué. Deseaba complacer, sobre todo complacer a Claudine.

—Estupendo —dijo Hester con la mayor seriedad—. Serás muy importante para nosotros, puesto que hay mucho que pintar. ¿Nos harás el favor de quedarte aquí todo el tiempo, hasta que hayamos terminado?

—Sí —contestó Worm con generosidad, asintiendo con la cabeza—. Por supuesto.

—Gracias —le dijo Claudine a Worm, con una clara expresión de alivio.

—Me parece que lo mejor será que me asegure de que el señor Robinson entiende exactamente lo que necesitamos.

Hester miró directamente a Claudine por encima de Worm.

Claudine esbozó una sonrisa. Su semblante había recobrado el color.

—Oh, sí —convino con fervor—. Hágalo, por favor.

—¡Pintar! —dijo Squeaky Robinson, horrorizado. Era un hombre flaco y escuálido de rostro cadavérico, con el pelo canoso, largo y grasiento y los dientes espantosamente desiguales—. ¿Pintar qué, por Dios?

—Cualquier cosa —contestó Hester—. Los marcos de las puertas, para empezar. Puede ser un buen comienzo.

—¿Tiene idea de cuántas puertas hay en este sitio? —inquirió Squeaky—. ¡Hay docenas! —prosiguió, sin aguardar a que Hester respondiera—. ¡Más que docenas! —agregó.

—Tanto mejor —dijo Hester enseguida—. Piense en lo bien que quedará.

—Estoy pensando —repuso Squeaky con incredulidad—. ¡Dinero! ¡Un montón de dinero! ¿Acaso ha heredado de repente una fortuna y se le ha olvidado decírmelo? —Tomó aire y siguió con su diatriba—. ¿Y por qué pintura? ¿Por qué no algo que necesitamos de veras, como medicamentos o vendas o mantas nuevas antes de que las que tenemos se hagan jirones? ¿Por qué no comida, por el amor de Dios?

—Eso también podemos comprarlo —dijo Hester razonablemente, aunque sabiendo que estaba siendo totalmente irrazonable—. Pero empezaremos por la pintura, una lata después de otra.

Squeaky se dejó caer en su silla y sin querer desparramó media docena de hojas de papel que en su mayoría cayeron al suelo.

—¡Pintura! —aulló—. ¿Y quién va a utilizarla? ¿Usted?

—No, claro que no —dijo Hester bruscamente.

—¡Ya me lo figuraba! —respondió Squeaky—. ¡No! ¡Rotundamente, no! No tenemos dinero. ¡No tenemos!

Hester entendió que había llegado el momento de rendirse.

—Lo sé. Esa no es la cuestión, Squeaky. Quiero que Worm esté ocupado. Necesita tener algo que hacer que lo mantenga atareado todo el día. Claudine va a sustituirme mientras yo siga trabajando en el hospital. No tiene tiempo de ocuparse de Worm... y lo hará. Lo sabe tan bien como yo. No estoy dispuesta a que ese crío huya de nosotros y que tengamos que perder el tiempo buscándolo, pensando que le ha ocurrido algo malo.

—Vaya. —Squeaky la miró de hito en hito—. ¿Por qué no me lo ha dicho antes?

—Verá...

Lo miró y se preguntó por qué no se lo había dicho a las claras. Era casi imposible engañarlo. ¿Tal vez para ahorrarle temores? ¿Realmente le importaba un pilluelo de la ribera? Hester pensó que sí, pero que Squeaky se dejaría arrancar los dientes uno por uno antes de reconocerlo.

—Creía que no estaría de acuerdo conmigo —concluyó.

—¡Y no lo estoy! —dijo con aspereza—. Aunque supongo que de todos modos lo haré. Una lata de pintura cada vez. ¡Ni una más! Tendrían que enseñar a leer a ese crío. ¡Entonces sí que podría serme útil!

—Una idea estupenda —convino Hester—. Pero antes pinten las puertas. Deje que él le ayude, no le ayude usted a él. Es importante que no se escape.

Squeaky la miró fijamente.

—¿Se imagina cómo se sentiría Claudine si a Worm le ocurriera algo? —agregó en voz baja.

De repente, el rostro de Squeaky se suavizó.

—Lo mantendremos ocupado —prometió—. Y ahora, largo de mi despacho.

Hester sonrió.

—Gracias.

3

Justo antes de comenzar el turno de noche, Hester fue al despacho de Magnus Rand para interesarse por Charlie. Estaba empezando a anochecer y en la habitación todavía entraba el resplandor del ocaso, como si la luz estuviera atrapada en las cubiertas de cuero de los libros, pulidas por el uso.

Magnus parecía preocupado. Tenía profundas arrugas entre las rubias cejas, y se quedó mirando fijamente a Hester un momento hasta que consiguió recordar cómo se llamaba.

—Dígame, señora Monk. ¿Qué la trae por aquí?

—Charlie —contestó Hester—. El niño que está en la sala con sus hermanitos. ¿Cómo se encuentra?

Habló en un tono de voz ligero, aunque con cierta insistencia.

Magnus relajó su expresión.

—Ah... sí. Está mucho mejor. He recomendado que le dieran caldo y tanto pan con mantequilla como quiera. Gracias por ayudarlo.

Sonrió como si eso pusiera fin a la entrevista.

—¿Y Maggie? —persistió Hester.

—¿Quién? —preguntó Magnus Rand, frunciendo el ceño otra vez.

—La niña, su hermana.

—Ah, claro. No le ocurre nada. Está un poco enclenque, pero probablemente nunca ha comido lo suficiente. No se preocupe por ella, señora Monk. Por favor, reanude sus quehaceres habituales.

Bajó la vista a la hoja en la que había estado escribiendo. Hester dio media vuelta para marcharse, insatisfecha pero consciente de que no le diría más. Tendría que ponerse al día sobre el estado de los demás pacientes preguntando a Sherryl O'Neill.

Al llegar al vestíbulo faltó poco para que chocara de frente con una mujer joven y muy elegante de su misma estatura pero varios años más joven, tal vez en la treintena. Era guapa. Tenía una abundante mata de pelo de un inusual tono caoba. Sus rasgos eran regulares, aunque en ese momento los estropeará una ansiedad extrema.

Exclamó sorprendida y se disculpó entrecortadamente.

Hester le sonrió.

—¿Puedo ayudarla? —se ofreció.

La joven miró el sencillo vestido gris azulado y el delantal blanco que

llevaba atado a la cintura, con el peto prendido en lo alto del pecho.

—¿Es usted enfermera? —preguntó, aunque era obvio que ya había sacado esa conclusión.

—¿Desea hablar con el doctor Rand? —inquirió Hester con amabilidad.

—Sí, si tuviera la bondad —dijo la mujer—. Me llamo Adrienne Radnor. Es muy urgente que hable con él.

La emoción le quebró la voz.

—La acompaño —respondió Hester—. Venga conmigo. ¿La está esperando?

—No, pero tengo que verle.

—Venga conmigo —repitió Hester—. Por favor...

Adrienne Radnor caminó al mismo paso que Hester, casi pegada a ella debido a su apremio. Enseguida llegaron ante la puerta de Magnus Rand, que ahora estaba cerrada.

Hester llamó con firmeza. Cuando oyó la voz de Magnus, aunque no entendió lo que dijo, giró el picaporte y entró, haciendo pasar a Adrienne Radnor.

Ante la intrusión, Magnus Rand levantó la vista de su escritorio, sonrojándose con enojo. Entonces vio a Adrienne Radnor e instintivamente se percató de su desesperación.

—¿Doctor Rand? —dijo Adrienne, un tanto insegura. Su voz sonó ronca, vacilante, pero había una nota de histeria en ella que la impulsó a seguir adelante sin que le importara lo que el médico pudiera decir. Dio un paso hacia el escritorio, ignorando a Hester—. Doctor Rand, mi padre, Bryson Radnor, está gravemente enfermo. De hecho, se está muriendo. —Le temblaba la voz, y tuvo que armarse de valor para continuar—. Padece esa dolencia de la sangre blanca, la leucemia, sobre la que usted ha escrito tanto. Es nuestra última esperanza...

Hester miró a Magnus, luego a Adrienne y de nuevo a Magnus. Presenció un cambio extraordinario en sus facciones. La irritación desapareció como si la hubiese alisado una plancha caliente. La reemplazó una profunda piedad; acto seguido también esta se esfumó, dando paso a una súbita energía.

—Cuénteme más, señorita Radnor. ¿Cuándo reconocieron la enfermedad por primera vez? Sea tan precisa como pueda. Perdona, siéntese, por favor.

Se levantó apresuradamente de su sillón y rodeó el escritorio para retirarle la silla, ignorando por completo a Hester, aunque esta se había quedado junto

a la puerta.

Adrienne apenas se entretuvo en arreglar su elegante falda de tonos otoñales que tan bien complementaban el color de su tez. Se sentó con una pizca de torpeza, inclinándose hacia delante.

—Recuerdo muy bien el día. Fue hace dos meses. Papá llevaba una temporada debilitándose. Al principio los médicos pensaron que era mero cansancio. Mi padre tiene más de sesenta años pero insiste en comportarse como un muchacho. —Esbozó una sonrisa que se desvaneció al instante—. Viajaba muchísimo. Siempre era muy enérgico en sus pasatiempos, escalaba montañas, cabalgaba días seguidos. Iba a la ópera y al teatro, visitaba París, Roma, Madrid. —Había orgullo en su voz—. No fue una estupidez preguntarse si tal vez un largo reposo le haría bien.

—¿Y fue así? —inquirió Magnus, con interés. No apartaba los ojos de los de Adrienne, y su expresión era muy grave.

Adrienne bajó la vista y su respuesta fue casi un susurro.

—Al principio parecía que sí, pero ahora me temo que solo veíamos lo que queríamos ver. Está deteriorándose muy deprisa. Salvo si usted está dispuesto a ayudarle, creo que solo le quedan semanas.

—Tengo que consultarlo con mi hermano —dijo Magnus con inusitada amabilidad.

Adrienne se inclinó más hacia él.

—Mi padre cuenta con medios más que suficientes, doctor Rand. Estará en condiciones de recompensarle por su talento y de sufragar cualquier gasto en el que pueda incurrir para tratarlo. Supongo que esto tiene su peso.

Hester hizo una mueca ante tales palabras y, sin embargo, de haber estado en el lugar de aquella mujer quizás habría dicho lo mismo, por más burdo que fuese.

Magnus lo descartó con un ademán.

—No aceptaré su dinero, señorita Radnor, hasta que esté seguro de que existe alguna posibilidad de ayudar a su padre. Por eso debo consultar con mi hermano. Es un químico brillante y sus experimentos son los que nos dan esperanzas de curar esta y, tal vez, muchas otras enfermedades.

—¡Pues entonces llámelo! —suplicó Adrienne—. Llame a quien sea preciso, solo le ruego que no se demore.

Magnus levantó la vista, percatándose de la presencia de Hester.

—Señora Monk, ya ha oído la situación en que se encuentran la señorita

Radnor y su padre. Por favor, informe a mi hermano y pregúntele si tendría la bondad de dejar a un lado lo que esté haciendo para venir ahora mismo a mi despacho.

—Sí, doctor Rand —respondió Hester de buen grado, y dio media vuelta para marcharse.

No estaba acostumbrada a ir al laboratorio de Hamilton Rand. Permanecía cerrado al personal del hospital por razones de peso. Estaba lleno de productos químicos que con toda probabilidad podían ser dañinos si se tocaban, mezclaban o derramaban, así como de experimentos que podían echarse a perder si alguien los alteraba. Aunque Hester también pensaba que se debía a que Hamilton Rand no quería que su trabajo se viera interrumpido salvo si el edificio se incendiaba. En cualquier caso, ahora no tenía elección.

Caminaba deprisa, cruzándose con otras enfermeras a las que apenas saludaba. Ni siquiera echaba un vistazo a los almacenes, a las otras salas o a los quirófanos. Cuando llegó ante la puerta del laboratorio, llamó con firmeza y ruidosamente.

No obtuvo respuesta.

Llamó otra vez, con más fuerza.

Siguió sin obtener respuesta.

Hamilton Rand pasaba la mayor parte de su tiempo allí, no solo durante el día sino con frecuencia buena parte de la tarde. Era sabido que en ocasiones trabajaba toda la noche, con lo que se había granjeado temor y respeto.

A Hester la impelía no tanto la preocupación por Magnus como la compasión por Adrienne Radnor. Entendía dolorosamente bien el profundo amor que aquella mujer profesaba a su padre y el deseo de salvarlo a toda costa. Hester todavía añoraba a su propio padre, a quien no había podido salvar porque estaba lejos de Londres. Seguía sintiéndose culpable pese a que hacía años que había librado su batalla por ser independiente, ejerciendo de enfermera militar en Crimea, cuando su padre fue deshonrado mediante un ardid espantoso y como consecuencia se había suicidado. Si Hester hubiese regresado a su casa uno o dos meses antes, tal vez habría evitado la tragedia que lo había empujado a cometer semejante acto. De haber sido así, habría hecho un gran favor a toda la familia. Para su madre, perder a un hijo en combate, seguido de la ruina económica y luego la muerte de su marido, había sido demasiado. Su salud no resistió más. James, el hermano menor de Hester, había hecho cuanto estuvo en su mano pero su ayuda no bastó.

Ante la puerta de Hamilton Rand, Hester no tuvo más opción que saltarse los buenos modales. Giró el picaporte y la abrió. El laboratorio era una estancia muy amplia, tan grande como una sala del hospital, solo que sin camas. Las paredes estaban forradas de estanterías y armarios. En medio había mesas de trabajo con fregaderos y rejillas con todo tipo de instrumentos científicos: tubos de ensayo, frascos, retortas, mecheros y otros artilugios cuya utilidad solo podía suponer.

Hamilton Rand se encontraba a unos tres metros de la puerta. Estaba rígido, con el rostro como un trozo de hielo, su bata blanca de algodón presentaba manchas de productos químicos y de algo que parecía sangre.

—¿Qué demonios se figura que hace aquí, mujer? —inquirió—. ¿Cómo se atreve a entrar por la cara e interrumpirme? ¡Largo de aquí!

Hester se irguió y le sostuvo la mirada. Los médicos no la asustaban y los químicos, menos aún.

—Le traigo un mensaje de parte del doctor Rand —explicó sin alterarse—. Solicita se persone en su despacho para consultar con una mujer cuyo padre se está muriendo de leucemia. Está desesperado y dispone de medios económicos para pagar cualquier cura que ustedes estén dispuestos a probar. El doctor Rand no desea tomar la decisión sin consultarlo antes con usted.

Se sintió satisfecha al decírselo porque le constaba que Hamilton sería incapaz de resistir la tentación. Pese al poco tiempo que llevaba allí, su devoción a la ciencia le había quedado muy clara. No ahorra ningún sacrificio, ni propio ni de los demás, en su búsqueda de curas.

Hamilton dejó en el mostrador más cercano el plato que estaba sosteniendo.

—¡Pues apártese de mi camino, mujer! —ordenó—. Debemos ver a ese paciente de inmediato.

Miró a Hester de arriba abajo. No era un hombre alto, y ella tenía casi su estatura.

—¿Usted qué es? —preguntó, frunciendo el ceño. La había visto el día anterior, pero estaba claro que la había olvidado al instante.

—Enfermera —contestó Hester con absoluta frialdad.

—¡Ah! —Se le iluminaron los ojos—. Sí. Ahora me acuerdo. Venga conmigo. ¡No se quede ahí plantada, perdiendo el tiempo!

Pasó rozándola y Hester tuvo que apartarse para que no la derribara. Dio media vuelta y lo siguió con brío por los pasillos hasta el despacho de

Magnus.

Abrió la puerta de golpe y sin llamar. Adrienne Radnor seguía sentada en la silla y tuvo la compostura de no levantarse cuando Hamilton entró, anunciándose bruscamente.

Magnus le presentó a Adrienne, que saludó a Hamilton Rand con tanta serenidad como pudo, aunque Hester percibió el temblor de su voz. Para ella, Hamilton Rand era mucho más que un químico brillante y grosero. Representaba una esperanza de vida para su padre, que a todas luces anhelaba con toda su alma.

Hamilton se volvió hacia Hester.

—Aguarde aquí —le ordenó—. Y cierre la puerta, por Dios. ¿Espera que esta señora me explique todos los síntomas de su padre mientras el mundo entero está escuchando?

—Señora Monk —intervino Magnus—, puede regresar a sus tareas habituales. Gracias.

—No, no puede —espetó Hamilton—. Quédese donde está y escuche con atención. —Ignoró por completo a su hermano y se volvió con más amabilidad hacia Adrienne—. He pedido a la señora Monk que se quedara porque fue enfermera del ejército. Eso significa que posee una dilatada experiencia en tratar a hombres que han resultado gravemente heridos y perdido mucha sangre. Reacciona deprisa y nunca se deja llevar por el pánico. Si aceptamos su caso, será la enfermera de su padre. Ahora cuénteme todo lo que debo saber sobre el estado de su padre. Y diga la verdad, por favor. Nuestra capacidad de ayudar depende de ello.

—Mi madre falleció hace once años —comenzó Adrienne en voz baja, respondiendo a la pregunta de Hamilton—. Pasó una temporada debilitándose; entonces cogió una pulmonía que se la llevó en cuestión de días.

Su voz carecía de expresión. Aquella pérdida era antigua y tan solo estaba recordando lo que había ocurrido.

—¿Y la salud de su padre? —dijo Hamilton, reconduciéndola al único tema que le interesaba.

—Oh, era excelente —respondió Adrienne con una breve sonrisa que se desvaneció al instante—. Nos apoyamos mutuamente. Lo acompañé en algunos de sus viajes. —La voz se le quebró al contener el llanto—. Fue maravilloso. Le interesaba todo. Me enseñó muchas cosas... —Pestañeó

deprisa varias veces y siguió hablando antes de que Hamilton tuviera ocasión de interrumpirla—. No se puso enfermo hasta hace tres años, y al principio pareció que se recobraba tras un breve reposo. Siempre había tenido mucha energía...

Hamilton iba tomando notas. Levantó la vista, expectante.

—Después comenzó a cansarse con más facilidad. Intentaba disimularlo, pero me di cuenta.

Pasó a describir su gradual deterioro, con el dolor desnudo en su semblante.

Hester escuchó mientras la joven describía el sufrimiento de su padre, las inexplicables hemorragias que al principio intentaba disimular, luego el horror cuando ya fueron demasiado importantes para ocultárselas a su hija.

—Había sido muy fuerte —dijo Adrienne—. Muy dinámico y apasionado, una fuerza de la naturaleza que pocos se atrevían a desafiar. Ahora apenas es capaz de comer solo, y mucho menos de librar la batalla final sin tenerme a su lado. Intento tener esperanza pero estoy empezando a flaquear. No sé cuánto más tiempo seré capaz de fingir que creo que se recuperará.

Hester podía imaginarlo tan claramente como si lo estuviera viendo.

Siguió escuchando mientras se hacían los preparativos para que trasladaran a Bryson Radnor al hospital al día siguiente. Hester observó a Adrienne levantarse temblorosa, expresar su agradecimiento una vez más y salir dignamente del despacho para enfilarse hasta la salida. Cuando Magnus pidió a Hester que pasara a trabajar en el turno de día para ayudarlo con Radnor en lugar de seguir en el turno de noche, a Hester ni siquiera se le pasó por la cabeza rehusar la tarea que le encomendaban.

Entonces regresó a la sala y se topó con Sherryl O'Neill en la puerta.

—¿Dónde estaba? —inquirió Sherryl con su actitud habitual—. Angus McLeod ha mejorado mucho. Quería decírselo. Pregunta por usted. ¡Y está sentado!

Sherryl estaba radiante por el placer que le causaba la noticia. McLeod había perdido una pierna y la herida había sangrado profusamente. Al principio albergaron serias dudas de que pudieran salvarle la vida.

—Sigue estando bastante débil —advirtió Sherryl, caminando al lado de Hester mientras avanzaban entre las camas—, pero está muy esperanzado.

Cruzaron una mirada, y también Hester entendió todo lo que Sherryl no

estaba diciendo. La enfermería era una labor que se desarrollaba pasito a pasito. Una aceptaba lo bueno y aprendía de ello, pero daba muy pocas cosas por sentadas.

—Mañana por la noche no estaré aquí —dijo en voz baja—. Ingresa un paciente nuevo. Para cuando haya terminado de atenderlo, creo que Jenny ya habrá regresado. Gracias por su camaradería.

Sherryl se sobresaltó, y luego le tendió la mano con repentino afecto.

—Ha sido un placer. Algunos de sus relatos del ejército han hecho que me diera cuenta de la suerte que tengo de estar aquí, lejos de la guerra, y, sin embargo, también tengo la sensación de haberme perdido algo.

—No se preocupe —dijo Hester con media sonrisa—. Seguro que tendrá un montón de ocasiones para compensarlo.

Hester se marchó a casa de inmediato e intentó acostarse puesto que aún no era muy tarde. Sin embargo, se había preparado para estar de guardia toda la noche y el sueño le era esquivo. Permanecía tendida en la cama muy quieta para no despertar a Monk, que dormía a su lado. No le había contado la razón del cambio de turno. Bastante tenía de qué preocuparse con los arreglos necesarios para cuando Orme finalmente se jubilara. Monk se había puesto contento porque ahora trabajarían con horarios parecidos. Al menos pasarían juntos la noche, una calidez y una dulzura que valoraba más de lo que estaba dispuesto a reconocer.

A la mañana siguiente, Hester estaba en el despacho de Magnus Rand cuando Adrienne Radnor llegó con su padre. Hester miró a Radnor con sumo interés y una compasión que le costó trabajo ocultar. La naturaleza lo había concebido para que fuese un hombre corpulento, con un físico imponente, pero ahora estaba demacrado. Tenía las anchas espaldas y el recio tórax penosamente huesudos, los brazos descansaban flácidos en los costados sobre la camilla en la que lo habían transportado. El rostro expresivo, con la nariz aguileña y la boca de labios finos, denotaba la ira que le causaba su actual dependencia de los demás para algo tan simple como ir de un sitio a otro. Sin duda, había tenido una planta magnífica antes de perder la salud.

Adrienne estaba a su lado, vestida mucho más sobriamente que el día anterior. Llevaba una falda de un marrón tan oscuro que casi era negro y una blusa muy sencilla que se veía apagada pese al brillante sol de agosto que entraba a raudales por las ventanas del despacho. Aunque nada atenuaría el brillo rojizo de su cabellera.

Los camilleros que habían trasladado a Radnor lo sentaron en un diván del despacho, que con frecuencia usaban los pacientes que no estaban en condiciones de caminar. A una seña de Magnus se marcharon, cerrando la puerta al salir.

—¡Ayúdame a incorporarme! —dijo Radnor a Adrienne, sin echar siquiera un vistazo a nadie más.

Hester se sobresaltó por su tono de voz. Fue una orden, no una petición.

Adrienne reaccionó al instante. Con un gesto adquirido con la práctica, deslizó el brazo en torno a los hombros de su padre y lo levantó.

Hester le pasó dos cojines para que se recostara en una postura cómoda y se hizo a un lado. Con una sonrisa llena de ternura, Adrienne le alisó el pelo, que era blanco pero todavía abundante.

Radnor no le dio las gracias. Fue un gesto tan natural y aceptado como si lo hubiese hecho él mismo.

Adrienne se quedó a su lado, pero dejó que Radnor hablara con Magnus sin dar la impresión de entrometerse. Que nadie fuese a imaginar que Bryson Radnor ya no llevaba las riendas de su vida.

Hester lo entendió. Quizás habría hecho lo mismo. Nadie más podía saber qué gratitud expresaría Radnor cuando él y su hija estaban a solas, de qué pasión o desesperanza sería testigo mudo Adrienne, qué humillaciones fingiría no ver, aunque Radnor siempre supiera que Adrienne estaba al caso. Las personas muy enfermas tienen muy poca privacidad, incluso en las cosas más íntimas.

Radnor estudió a Magnus un momento y pareció darse por satisfecho con lo que vio. Magnus era un hombre sin pretensiones. Carecía de la arrogancia de su hermano mayor, pero poseía la confianza que le otorgaban tanto su formación como su éxito profesional. Y a diferencia de Hamilton, tenía paciencia.

Radnor asintió y ladeó la cabeza hacia Hester.

—¿Quién es? —preguntó, dirigiéndose claramente a Magnus.

—Una de las enfermeras de Florence Nightingale —contestó Magnus sin vacilar—. Estaba haciendo una suplencia para una amiga suya, en el turno de noche, pero le hemos pedido que se quede para cuidar de usted.

Radnor miró a Hester un momento y luego asintió con la cabeza.

—Bien. Ya puede empezar.

Antes de hacer cualquier otra cosa, Magnus pidió a Hester que tomara

todas las medidas y valoraciones relativas al pulso, la temperatura, la ingesta de alimentos y bebidas, la digestión y la evacuación; la pauta o la falta de sueño, así como los tratamientos que hubiesen probado con él y su resultado.

Radnor le dio esta información a regañadientes, y en dos ocasiones Adrienne intervino para contestar en su nombre. Hester lo aceptó, puesto que no era extraño que algunas personas encontraran difícil contestar tales preguntas a personas que no conocían, sobre todo en presencia de aquellas a las que conocían muy bien.

Valoró las respuestas anotadas con un sistema de signos inventados por ella para indicar cuándo dudaba de su veracidad. Después explicaría a Magnus qué significaban las anotaciones.

Finalmente llevaron a Radnor a la habitación que ocuparía durante los próximos días, quizá semanas. Posiblemente hasta que falleciera, aunque Hester prefería no pensar en eso. Sugirió a Adrienne que aguardara hasta que estuviera instalado y que luego fuera a despedirse de él, por el momento.

—Oh, no —dijo Adrienne en el acto—. Debo permanecer a su lado. Me aseguraré de que todo sea como a él le gusta.

Hester se plantó delante de ella en el umbral.

—No es una sugerencia, señorita Radnor. —Hablaba en voz muy baja y dando la espalda a Bryson Radnor—. Cuidaremos de su padre, y comenzaremos el tratamiento tan pronto como podamos. Usted nos entorpecería.

Adrienne titubeó. Un miedo cerval se asomó brevemente a sus ojos.

—¡Pero me necesita! —Le temblaba la voz—. Usted no lo entiende...

Hester fue cortante.

—El doctor no procederá hasta que todo el mundo haya salido de la habitación. ¿Cuánto tiempo desea retrasarlo?

Adrienne soltó un suspiro. Después dio un paso atrás.

Hester le tocó el brazo con delicadeza.

—Haremos cuanto podamos por él. No pierda la esperanza.

Adrienne asintió con la cabeza y las lágrimas le resbalaron por las mejillas.

—Váyase a casa —le aconsejó Hester—. Llevará un tiempo. Le enviaremos un mensaje si surge alguna cosa urgente.

—¿No puedo aguardar... en alguna parte?

—Sí. Pero es incómodo y acabará cansada y hambrienta.

—¡Me da igual!

—A nosotros no —le dijo Hester—. Si el señor Radnor se recupera, necesitará que usted goce de plena salud y que haya descansado para cuidarlo durante la convalecencia. Ahora le toca ser fuerte.

Poco a poco, Adrienne accedió. Dio media vuelta y se marchó; una figura envarada y solitaria recorriendo todo el camino hacia el vestíbulo hasta que solo fue una silueta contra la luz del día y finalmente desapareció.

Hester entró con Radnor y Magnus Rand en la habitación que haría las veces de sala de tratamiento y dormitorio mientras fuese preciso. La cama ya estaba lista y a su lado había un artefacto enorme, que le llegaba a la altura de los hombros. Estaba constituido mayormente por botellas y tubos sostenidos en lugares concretos mediante abrazaderas, muelles y brazos metálicos articulados.

Radnor lo miró, pero si se alarmó lo disimuló a la perfección. No hizo comentario alguno mientras los camilleros lo tendían en la cama y después, tras decirles Magnus que ya no los necesitaba más, se despidieron y se marcharon.

Magnus empezó a manipular el aparato.

Hester ayudó a Radnor a desnudarse y a ponerse un largo camisón blanco. Había hecho aquello un sinfín de veces, por lo general ayudando a soldados que estaban gravemente heridos o exhaustos por enfermedades debilitadoras como el tifus o el cólera. Había visto a hombres desnudos y en situaciones de emergencia. Había visto morir a muchos de ellos cuando no había tiempo para llorarlos. Sabía que la acción podía proteger contra la abrumadora sensación de impotencia y así mantener a raya el pánico o la desesperación.

Enseguida quedó claro que a Bryson Radnor no lo había ayudado ninguna mujer que no conociera desde la infancia. Estaba avergonzado, y eso lo enojaba pero, no obstante, era incapaz de levantar sus miembros o de vestirse sin ayuda. Era hartó probable que su enojo fuese una alternativa a mostrar el miedo que debía inspirarle cualquier pensamiento en aquellos momentos. Hester estaba viva y sana. Él se estaba muriendo. Esos eran los únicos hechos que importaban.

A Hester le habría gustado decirle que no tenía por qué tener vergüenza, que no tenía el menor interés personal por él. Pero eso habría sido poco profesional, sobre todo delante del doctor Rand. Fue amable con él, desviando la mirada siempre que era posible. Cuando estuvo cambiado y

tapado con la sábana hasta el pecho, dejando solo los hombros y los brazos a la vista, se retiró para hacer sitio a Magnus.

Hester miró a Radnor. Su rostro estaba totalmente sereno y le sostuvo la mirada con frialdad, casi con desdén. Solo lo traicionaban sus manos esqueléticas encima de la sábana. Las tenía cerradas con fuerza, y le sobresalían las venas como cuerdas azules.

—Empezaré dentro de un momento —le dijo Magnus—. Tengo que sacarle una muestra de sangre. La examinaré y, en cuanto esté seguro, me prepararé. Toda tiene que ser fresca y estar absolutamente limpia, ¿entiende? No se mueva. —No aguardó a que Radnor contestara sino que se volvió hacia Hester—. Señora Monk, la jeringuilla, por favor.

Hester le pasó la aguja larga y fina con su diminuto tubo de cristal en la punta. Estaba familiarizada con ella, pero solo en su uso para inyectar medicamentos directamente en el torrente sanguíneo o, según había resultado tan trágicamente fatídico, opio en su forma más virulenta.

Magnus tomó el brazo de Radnor con cuidado, lo dobló por el codo y lo palpó para encontrar la vena. Tardó un poco en encontrar una que considerara satisfactoria. Finalmente clavó la aguja.

Radnor hizo una mueca, pero el movimiento fue tan ligero que Hester, que lo estaba mirando a la cara, apenas se percató.

Magnus tiró del émbolo de la jeringuilla muy despacio. El tubo de cristal se llenó de una sangre tan poco roja que le bastó con llenar menos de la mitad del instrumento para satisfacer su necesidad de conocimiento. El último atisbo de duda se disipó. Bryson Radnor se estaba muriendo de leucemia.

Magnus retiró la aguja y presionó un trozo de hila quirúrgica sobre la señal.

—Señora Monk, ¿puede acercarse para ayudarme a preparar el equipo?

Hester lo siguió hasta la habitación contigua. Observó la sangre pálida del tubo de cristal que Magnus le había sacado a Radnor y se le hizo un nudo en el estómago.

—Quiero que regrese y explique a Radnor lo que voy a hacer —dijo Magnus con gravedad, como si no se hubiese percatado de la emoción de Hester—. Le pondré otra aguja en el brazo. Permanecerá clavada casi una hora, o quizás incluso más. Debe mantener la calma, y bajo ningún concepto, quitarse la aguja. Usted observará sus progresos de cerca. Compruebe que no aumenta la temperatura y que el pulso cardíaco no cambia. Si le sube la

fiebre, tiene náuseas, suda o tiene dificultades para respirar, interrumpiremos el tratamiento de inmediato. Significará que no va a tener éxito. ¿Me he explicado con claridad, señora Monk? ¿Entiende cuál es su deber?

Hester titubeó. Tenía ganas de discutir, de decirle que no entendía del todo en qué consistía el tratamiento, pero tal vez todavía no tuviera derecho a saberlo. Fuera lo que fuese, era experimental, pero Radnor tenía poco que perder.

—¿Va a explicárselo a la señorita Radnor? —preguntó.

Magnus se dio la vuelta y se concentró en lo que estaba haciendo. Sus manos fuertes y de dedos cortos se movían con absoluta precisión.

—Los aspectos científicos son asunto mío, señora Monk. Confío en usted para que se ocupe de sus temores o... o aprensión. Y es posible que sean muchos. Algunos pacientes tienen sentimientos rayanos en el pavor. Es un síntoma de que el tratamiento está fallando.

—No puedo explicar lo que no entiendo —dijo Hester con creciente inquietud.

—No tiene por qué entenderlo —contestó Magnus, procurando sonar razonable, aunque su impaciencia era patente bajo el tenue barniz de la cortesía—. Limítese a mantenerlo calmado. La he estado observando. Se le da bien. A usted le gustan las personas. Para mí son —agitó la mano como si espantara moscas— casos. Tengo que examinar sus cuerpos, pensar racionalmente y hacer caso omiso del miedo o el dolor, salvo que sean síntomas de su enfermedad. Es natural compadecerse, pero a mí no me sirve de nada. Haga su trabajo, señora Monk. Procure que Radnor no se altere y que tenga tan poco miedo como sea posible. Si no lo hace, no puedo ayudarlo. ¿Lo entiende?

La miró de hito en hito un momento, con las manos inmóviles; el artefacto, los frascos y botellas, olvidados.

—Sí, doctor Rand, por supuesto —dijo Hester en voz baja, como se lo habría dicho a un niño, un niño que no le cayera demasiado bien.

Encontró a Bryson Radnor tendido e inmóvil y con los ojos cerrados. Se detuvo a un lado de la cama y se preguntó si estaría rezando. ¿Lo haría para pedir ayuda? ¿O para hacer las paces con el Creador y enfrentarse con lo que le remordía de su vida, las cosas no hechas o no dichas?

Radnor se percató de su presencia y abrió los ojos.

—¿Ha venido a consolarme? —dijo con sarcasmo—. ¿A decirme que

Dios me ama o alguna otra chorrada por el estilo?

—No tengo la menor idea de lo que Dios piensa de usted —le espetó Hester. Las palabras le salieron sin detenerse a considerarlas. Para su sorpresa, Radnor sonrió.

—Por supuesto que no, pero me sorprende que tenga el valor de decirlo. ¿Qué se supone que debe hacer por mí? Seguro que tiene un propósito. Bien sabe Dios que usted no está aquí de adorno.

—Estoy aquí para ayudarlo a comportarse como es debido, de modo que el tratamiento tenga posibilidades de dar resultado —respondió Hester fríamente.

—¡En toda mi vida no ha habido una sola mujer que me dijera cómo debo comportarme! —dijo Radnor desdeñosamente, con los ojos avispados pese a su sufrimiento.

—Ya me lo figuraba —replicó Hester—. Desde luego, ninguna parece haberse esforzado lo suficiente.

Radnor gruñó.

—¿Es verdad que estuvo en Crimea?

—Sí.

—¿Por qué? Es un lugar espantoso. Una guerra absolutamente sin sentido.

—No fui a combatir —le dijo Hester—. Fui a cuidar a los heridos.

—Muy noble de su parte. —El tono sarcástico regresó a su voz—. Encontró marido, supongo.

La observaba con detenimiento, sus ojos le escrutaban el semblante buscando alguna emoción, tal vez un punto débil para poder chincharla.

Hester tuvo ganas de decirle que era consciente de su miedo, que incluso podía comprenderlo. Pero no estaba allí para eso. Tendría que haber sido capaz de compadecerlo, pero por el momento había conseguido que le desagradara demasiado. Radnor estaba asustado, de ahí que intentase transferir sus temores a Hester.

—No —contestó Hester—. Mi padre murió, y eso anuló cualquier otra preocupación. Puedo imaginar muy fácilmente cómo se siente ahora su hija.

Radnor adoptó una expresión tan compleja que Hester no la supo descifrar. Había una intensa emoción en ella, pero era una mezcla de placer y dolor, un lento regocijarse en algo muy dulce aunque cargado de aversión. Solo duró un instante.

—No necesito su compasión, señora —dijo Radnor en un tono despectivo—. Limítese a hacer su trabajo, sea el que sea.

—Me parece muy bien —respondió Hester sin pensar—, porque no cuenta con ella. Y mi trabajo consiste en distraerle y evitar que se arranque la aguja cuando el doctor Rand se la clave en el brazo.

La miró fijamente.

—Tiene la lengua como un cuchillo de carnicero, ¿verdad?

Hester le sonrió como si le cayera muy bien, y vio la confusión que reflejaron sus ojos.

—Como el bisturí de un cirujano —le corrigió—. Mucho más preciso y afilado.

Magnus entró y agarró el artefacto, empujándolo por las tablas ligeramente irregulares del suelo. Lo dejó muy cerca de la cama. Hester echó un vistazo a la botella colgada, con los tubos de goma blanda extendidos como tentáculos. La luz no atravesaba la botella. Estaba llena de algo.

—Por favor, no se mueva, señor Radnor —dijo Magnus cortésmente—. Si teme que va a retirar el brazo, podemos atarlo con correas. Pero el dolor será leve. De lo que ya no respondo es de la molestia que le pueda causar.

—Estaré quieto —dijo Radnor, apretando los dientes—. Deje de tratarme como a un niño, hombre. Haga lo que tenga que hacer.

Magnus no discutió con él. Se volvió hacia el aparato y comprobó todas las conexiones una vez más, por si el traqueteo al moverlo había aflojado alguna. Satisfecho, tomó una gasa que desprendía un intenso olor a alcohol y limpió la piel del brazo de Radnor. Entonces, sin previo aviso, clavó la aguja en la vena y la sostuvo con fuerza.

Radnor dio un grito ahogado y se puso aún más pálido.

Hester no se sorprendió. Había algo en la punta brillante de una gruesa aguja con la que te iban a pinchar que hacía que cualquiera se estremeciera por más que se armara de valor. Magnus echó un vistazo a Radnor, solo para asegurarse de que no estaba alterado, y entonces comenzó a ajustar los diales y presiones del aparato.

Esta vez el tubo de cristal enganchado a la aguja se llenó de un líquido marrón oscuro. Hester no supo discernir de qué se trataba a simple vista. Observó el rostro de Magnus, lo concentrado que estaba, y después se volvió de nuevo hacia Radnor. Yacía inmóvil, pero tenía la frente perlada de sudor. Decidió no molestarlo secándosela. Para él habría sido como si lo mimara.

Empezaron a sucederse los segundos.

Magnus miraba alternativamente el aparato y a Radnor. Manipuló los tubos de goma para asegurarse de que seguía funcionando.

Hester puso suavemente una mano en la frente de Radnor.

El enfermo abrió los ojos y la fulminó con la mirada. Hester reparó en la ansiedad que lo embargaba y se compadeció.

—La temperatura es bastante estable, doctor Rand —dijo en voz baja. Puso el pulgar en la muñeca de Radnor. El pulso era débil, pero ni más rápido ni más irregular que antes.

Transcurrieron varios minutos.

Magnus le dijo a Hester que tomara la temperatura a Radnor como era debido, utilizando el termómetro. Así lo hizo, y luego volvió a tomarle el pulso, esta vez con un cronómetro.

—La temperatura le ha subido un grado —le dijo a Magnus—. El pulso es igual que antes, pero más fuerte.

—Bien. De momento vamos bien —dijo Rand con alivio—. Continuaremos.

No pidió permiso a Radnor. Aquello era medicina, un experimento. Lo único que importaba era el resultado.

Cuidadosamente, con la ayuda de Hester, Magnus desenganchó la botella marrón oscuro y enganchó otra, aparentemente idéntica.

Fue entonces cuando Hester se fijó en la escarcha de la sangre que contenía, y de pronto supo sin lugar a dudas qué era lo que Magnus y Hamilton estaban haciendo. Era sangre humana, extraída a los niños de la sala secreta, lo que estaban inyectando, gota a gota, en la vena de Bryson Radnor. Estaban sustituyendo su sangre blanca y enferma, carente de vida, por la de Charlie, Maggie y Mike.

Era terrorífico, brutal... ¡y brillante, si daba resultado! Tenía suficientes conocimientos de historia de la medicina para saber que ya se había intentado antes. En tiempos tan remotos como el siglo XVII, los médicos habían intentado administrar sangre sana para salvar a los enfermos. Pero normalmente mataba a los receptores de una manera muy desagradable, como si la sangre nueva, que había mantenido viva a una persona, fuese veneno para el que la recibía. Nadie sabía por qué.

Una gran dificultad era que la sangre se coagulaba. Si no lo hiciera, cualquier corte podría provocar una hemorragia mortal. Pero no se podía

inyectar sangre coagulada a una persona. ¿Cómo había superado Hamilton aquel escollo? ¿Qué había añadido a la sangre que había extraído para que corriera fácilmente por aquellos tubos de goma marrón? ¿Qué cantidad exacta era la correcta para mantener la sangre líquida, pero no tan líquida que no funcionara adecuadamente cuando se mezclara con la sangre del receptor?

¿Sabía Bryson Radnor lo que le estaba sucediendo?

Lo miró detenidamente mientras la segunda botella comenzó su lento y constante goteo en el vial de cristal conectado a la aguja.

Mientras lo observaba, Radnor abrió los ojos. Tenían un extraño color castaño dorado, más brillante que antes. El cutis se veía menos ceniciento.

¡Está dando resultado! Sus pálidos labios formaron las palabras. Fueron silenciosas, pero Hester pudo oír su tono victorioso como si Radnor hubiese gritado lo bastante fuerte para llenar la desnuda habitación de hospital con su sonido.

A última hora de la tarde, Radnor estaba de nuevo recostado en las almohadas, bebiendo caldo de carne y pidiendo más comida de la que había ingerido en toda la semana anterior. Había recobrado el color, su temperatura era prácticamente normal y su pulso, constante.

Magnus estaba contento pero hacía cuanto podía para disimular su euforia.

—Hemos tenido otros éxitos semejantes —dijo con cautela, cuando estuvo a solas con Hester en su despacho. Inhaló profundamente y soltó el aire con un suspiro—. A veces tenemos éxito durante unos cuantos días, incluso unas cuantas semanas. Después, cuando vuelven a enfermar, los tratamos de nuevo... y mueren. —Cerró los ojos y se recostó en su sillón—. De una manera horrible.

—¿Y no saben por qué? —preguntó Hester, sintiendo un escalofrío que le arrebató la momentánea sensación de victoria. Así era la medicina. No bastaba con que diera resultado una sola vez. Pensó en Wilton y en la descripción que Sherryl le hizo de cómo había muerto, y la apartó de su mente.

Recordó a los soldados en los campos de batalla con miembros arrancados, acribillados a balazos. Con los conocimientos médicos actuales podrían haberse salvado, pero incluso con los mejores cuidados que recibían en los hospitales de campaña, a menudo morían a causa del shock o la pérdida de sangre.

Y no solo los soldados; cada día moría gente en accidentes de tráfico, accidentes laborales y partos debido a hemorragias que nadie podía controlar.

Entonces pensó en Charlie, Maggie y el pequeño Mike. Medio litro de sangre de un niño de su edad, más pequeño de lo normal, malnutrido, solo y asustado, podía ser suficiente para debilitarlo hasta tal punto que cualquier infección lo matara.

No había salida. ¡Pero eso también significaba que no había manera de proceder!

En cuanto a los hombres que habían fallecido allí debido a sus heridas, ¿podría haberlos salvado una transfusión de sangre? En cualquier caso, para Wilton ya era demasiado tarde. Pero ¿y el siguiente? ¿Y todos los hombres de aquel hospital, en todos los hospitales, en el futuro?

¿Aquel tratamiento potencialmente salvador siempre costaba un precio tan alto?

4

Hester estaba muy ocupada con sus deberes para cuidar a Bryson Radnor. Estaba gravemente enfermo, y aunque su hija, Adrienne, prestara toda su ayuda, seguía habiendo ciertas cosas que solo podía hacer Hester.

Encontraba que Radnor era un hombre desagradable pero intentaba ignorarlo, pues sabía que con frecuencia los pacientes muy enfermos estaban asustados, y a muchos les molestaba depender de otras personas hasta para las cosas más simples.

—¡Por Dios, mujer, deje de inquietarse! —le espetó a última hora del segundo día. Adrienne había salido de la habitación.

Hester estaba haciendo la cama para que estuviera más cómodo. Le costó lo suyo dominar su genio.

—Si prefiere pasar la noche con las sábanas arrugadas, señor Radnor, solo tiene que decirlo —le dijo.

Radnor hizo lo que quiso ser un gesto de rechazo, pero estaba demasiado débil para hacerlo de manera convincente.

—¿Dónde está Adrienne? —inquirió.

—Durmiendo —contestó Hester—. Le ha hecho compañía toda la noche. Todo el mundo necesita descansar de vez en cuando.

Radnor volvió la cabeza y la miró fijamente, bajando la vista desde su rostro hasta su cuerpo. No se molestó en ser discreto.

Hester tuvo ganas de darle una bofetada y decirle lo pueril y ofensivo que resultaba, pero había aprendido a no permitir que un paciente la provocara de aquella manera. No iba a darle la satisfacción de creer que era él quien dictaba la relación entre ambos. Por eso se esforzó en sonreírle con amabilidad, casi con ternura, como si fuese una niñera ante un niño grosero.

Radnor apartó la vista. Hester había ganado aquella batalla pero sabía que habría más.

Terminó de arreglar la cama y el resto de la habitación, abrió la ventana para que entrara un poco de aire fresco y salió al pasillo.

Tenía planeado ir directamente a la sala de los niños. Quería saber por sí misma cómo se encontraban, por más que Magnus le hubiese asegurado que estaban bien. Además, tenía preguntas que hacerles.

Por poco chocó con Adrienne en el vestíbulo y se detuvo, sorprendida. La joven parecía estar exhausta. Su sencillo vestido oscuro estaba arrugado, el

pelo recogido en un moño con demasiada prisa y muy tenso en algunas partes. Aunque fue su semblante lo que más afectó a Hester. Tenía la tez pálida y parecía la de una mujer mucho mayor que ella. Estaba marchita y con unas ojeras que asemejaban moretones.

—¿Cómo está? —preguntó Adrienne de inmediato, con la voz tomada a causa del miedo.

Hester alargó la mano y la puso en el brazo de Adrienne, sujetándola, notando la fuerza con la que intentaba zafarse.

—Está descansando —contestó con firmeza—. Y ha tomado un poco de caldo de carne con un poco de tónico. El doctor Rand espera iniciar pronto la siguiente sesión del tratamiento.

Adrienne seguía intentando zafarse, como si no fuera a creerse nada hasta que lo viera con sus propios ojos.

Hester la retuvo.

—Debe cuidar más de sí misma —le dijo amablemente.

Adrienne la miró de hito en hito. Se la veía cansada y asustada, necesitaba desesperadamente creer que la larga batalla podía ganarse.

—Venga a tomar una taza de té —dijo Hester—. Tengo que contarle ciertas cosas sobre los cuidados que necesita su padre para que usted pueda atenderlo bien.

Adrienne titubeó.

—Hasta ahora ha hecho un trabajo excelente. —Hester percibió la duda que asomaba a los ojos de la joven, las ansias de comprobar por sí misma que era cierto que Radnor estaba bien. En cuanto estuviera en su habitación, Radnor le pediría que hiciera una cosa tras otra, todas ellas innecesarias, y Adrienne obedecería. Hester ya había visto cómo necesitaba constatar su poder dándole órdenes, y ella nunca le negaba nada. Lo que Hester no sabía era si lo hacía por amor, por miedo a perderlo o por la culpa que Radnor le había imbuido a lo largo de los años. Aunque poco importaba la razón. Estaba dejando a su hija sin fuerzas.

—Lo he intentado. —Adrienne esbozó una sonrisa, escrutando el semblante de Hester para ver si le estaba diciendo la verdad o solo intentaba ser amable.

—Dudo de que siguiera con vida si usted hubiese sido menos diligente. —Hester lo dijo en serio. Radnor bien podía haber sobrevivido por la pura voluntad de nutrirse de la relación con su hija—. Por favor, acompáñeme

para que pueda contarle lo que está por venir —agregó.

Adrienne cedió y siguió a Hester por el pasillo hasta la habitación donde las enfermeras se tomaban un merecido respiro de vez en cuando. Había un hornillo donde calentar el hervidor, y Hester lo encendió de inmediato y se puso a preparar la tetera y dos tazas.

En realidad no había nada importante que contarle a Adrienne, pero podía inventárselo fácilmente. Lo que en verdad quería era convencerla de que era necesario que durmiera varias horas cada día. Las personas cansadas cometían errores. Cualquier miedo era mayor cuando se carecía de fuerza emocional. Hicieran lo que hiciesen, Radnor moriría algún día. Adrienne necesitaba saberse libre de culpa para seguir viviendo, ser joven, más fuerte, con casi toda su vida por delante.

Hester preparó el té y se sentaron a tomarlo con unas galletas muy ricas, y se alegró al ver que Adrienne comió hasta que el plato quedó vacío. Se preguntó cuándo habría comido caliente por última vez.

Adrienne había terminado su té. Se inclinó un poco hacia delante como si fuese a levantarse.

—Su padre me ha contado algunas de sus aventuras —dijo Hester enseguida, sin faltar a la verdad. Radnor solo había hablado de sí mismo. ¿Estaba obsesionado consigo mismo o suponía que Hester daba por sentado que Adrienne había participado al menos en algunas?—. Ha visto muchas cosas que la mayoría de nosotros ni siquiera imaginamos, y las describe muy vívidamente.

Adrienne sonrió y volvió a relajarse.

—Oh, sí. Vive más plenamente en un año que la mayoría de hombres en toda su vida.

Su rostro irradiaba admiración.

—Yo solo he estado en Crimea, y una vez en América, al principio de la guerra civil —dijo Hester.

—No parecen lugares muy agradables. —Adrienne la miró con interés, tal vez incluso con un toque de compasión—. Yo estuve en París. Es una ciudad maravillosa, tan bonita, tan... especial. Hay magia en el ambiente. ¿Resulta ridículo?

—En absoluto. Cuénteme más.

—Me llevó mi padre —comenzó Adrienne—. Ahora ya hace algún tiempo, pero lo recordaré mientras viva.

Hester escuchó por espacio de media hora, recalentando el hervidor y sirviendo más té, mientras Adrienne le hablaba de París, de lo bien que su padre conocía la ciudad, de su pasión por la belleza que encerraba, la historia y los rincones apartados que muy poca gente conocía.

Tenía el rostro animado, los ojos brillantes, la voz llena de entusiasmo y admiración, no tanto por la ciudad sino por el hombre tan apasionadamente vivo que le había mostrado la capital francesa.

No mencionó otro lugar. Radnor había hablado de un montón de sitios. ¿Acaso París era el único al que la había llevado?

Cuando Adrienne se marchó, todavía determinada a comprobar cómo estaba su padre, Hester por fin escapó y fue corriendo a la sala de los niños.

Los encontró sentados en la cama de Charlie, jugando a hacer cunitas con largos trozos de cordel. Hasta que se percataron de su presencia, estuvieron concentrados en entrelazarlos con los dedos para darles formas distintas.

De pronto, un movimiento llamó la atención de Maggie y levantó la vista. Su rostro resplandeció de alborozo y dejó caer el trozo de cordel, corrió hacia Hester y la rodeó con sus brazos.

Hester correspondió al abrazo sin detenerse a pensar si era un gesto apropiado.

—¡Ha vuelto! —dijo Maggie, encantada—. ¡Mire cómo está Charlie! ¡Lo ha salvado!

Se soltó y dio media vuelta para señalar a Charlie, que estaba sentado en la cama, todavía pálido y flaco, pero con un poco más de color en las mejillas e indudablemente bien alerta. Mike, a su lado, ya no parecía asustado.

—Creo que lo hicimos entre las dos —contestó Hester. No quería que ninguno de ellos pensase que obraba milagros—. He venido a ver cómo estabais —prosiguió—. Y a preguntaros sobre vosotros. Me gustaría saber más cosas.

Hester fue hasta la cama y Mike se arrimó a Charlie para hacerle sitio.

Primero les tocó la frente a los tres y luego les tomó el pulso. La satisfizo que la enfermera que había sustituido a la señora Gilmore estuviera haciendo bien su trabajo, y notó que se le aflojaba el nudo de tensión que tenía dentro.

—Estáis muy bien —dijo con una sonrisa—. ¿Cómo encontrasteis este hospital? ¿Vivís cerca de aquí?

—No sé dónde estamos —reconoció Maggie. Miró a Charlie, que negó con la cabeza.

—En Greenwich —les dijo Hester. Aquello no era un buen comienzo.

—Eso es en la otra orilla del río —le dijo Charlie—. Y un poco más abajo.

De modo que habían venido desde la ribera norte, y un poco más río arriba, no lejos de Wapping.

—¿Limehouse? —preguntó Hester—. ¿O Isle of Dogs?

—En la calle Mayor —le dijo Charlie.

Todos los barrios tenían su calle Mayor, de modo que aquel dato ayudaba, pero no mucho.

—¿Recordáis cómo vinisteis aquí? —preguntó, mirándolos uno por uno.

Los tres negaron con la cabeza.

—¿Estabais dormidos?

—Debíamos de estarlo —convino Charlie.

—¿Os acompañaron vuestros padres?

Volvieron a negar con la cabeza.

—¿Recordáis haberos despedido de ellos? —No le gustaba el panorama que estaba empezando a dibujarse, aunque tal vez no debería sorprenderse—.

¿Qué es lo último que recordáis, antes de encontraros aquí?

Se quedaron desconcertados.

—¿Pasa algo malo? —preguntó Maggie, poniéndose seria—. ¿Le ha sucedido algo a mamá?

—Creo que no. Pero si me decís cómo se llama vuestra madre y dónde vive, iré a averiguarlo —prometió Hester. Lo que desde luego averiguaría era por qué aquellos tres niños estaban allí solos, y por qué nadie había ido a verlos. Cabían muchas posibilidades, y las que más temía eran un secuestro o la venta deliberada de unos niños que una familia pobre no podía alimentar. Por supuesto, también era posible que los hubiesen abandonado, tal vez su madre había muerto, pero en tal caso era poco probable que hubiesen ido hasta el hospital por su cuenta.

Maggie estaba perpleja. ¿Quizá solo conocía a su madre como mamá?

—¿Cómo os llamáis de apellido? —preguntó Hester a Charlie—. ¿Charlie qué?

—Charlie Roberts —contestó el niño.

—Cuéntame algo sobre la calle donde vivís. ¿Qué tiendas recuerdas? ¿Se ve el río desde la calle? ¿Sabes cuál es la escalera más cercana para tomar un transbordador...?

Hester llegó a casa más tarde de lo que le hubiese gustado. La cena tendría que esperar, o incluso limitarse a un emparedado de carne fría. En cuanto Scuff cruzó la puerta le contó sus planes. Diez minutos después dejó una nota para Monk encima de la mesa de la cocina, y ella y Scuff enfilaron calle abajo hacia el transbordador.

Scuff estaba sumamente nervioso. Una vez en el agua no paró quieto un instante, mirando alternativamente hacia la escalera de Greenwich y hacia la de Wapping.

Hester lo entendió. Scuff llevaba unos cuantos días embargado por una mezcla de ansiedad, miedo y excitación. Tenía tantas ganas de ser médico que lo aterrizzaba no ser aceptado, no ser capaz siquiera de entender lo que le dijeran cuando abordara la parte teórica, más que la práctica. Quería que Crow le ayudara y temía que el médico se negara a aceptarlo o, peor todavía, que Scuff lo decepcionara. Tal vez lo más insidioso fuese el miedo de fallar a Hester y a Monk, después de que hubiesen confiado en él y creído que podía tener éxito.

Al llegar a la otra orilla pagó al barquero. Luego subieron la escalinata y se dirigieron al este, río abajo desde Wapping, para tomar un ómnibus en la calle Mayor. Ahora Crow tenía alquilado un local mucho más amplio que la vieja clínica donde antes ejercía. Había una persona en la entrada y una sala de espera para los pacientes, casi como en la consulta de un médico normal. Salvo que muchos de aquellos pacientes no podían pagar. Viejos y jóvenes, unos padecían enfermedades leves y otros, muy graves. Incluso junto al escritorio había un perro con lo que parecía un tajo irregular, cuidadosamente cosido y casi curado.

De entrada, Hester quedó consternada al encontrar a tanta gente allí. Había elegido un mal momento. Luego cayó en la cuenta de que probablemente no importaba a qué hora acudiera; era fácil que la consulta siempre estuviera a rebosar.

Dio su nombre a la recepcionista y le pidió que le dijera a Crow que estaba allí, que era urgente y que no le robaría mucho tiempo.

Diez minutos después, hicieron pasar a Hester y a Scuff.

Crow hacía honor a su nombre.* Su edad era indeterminada, tal vez cercana a los cuarenta años. Era alto y desgarbado, con el pelo negro azabache que no se había cortado recientemente, y una enorme sonrisa que mostraba unos dientes muy blancos. Saltaba a la vista que estaba encantado

de verla.

Hester sabía que no debía desperdiciar un tiempo valiosísimo con charla insustancial. Tras el más breve de los saludos, le contó exactamente qué quería.

—Tengo a tres niños pequeños en el Hospital de Greenwich, de cuatro, seis y siete años. Debo encontrar a sus padres y averiguar con toda exactitud por qué están allí. La familia se llama Roberts y vive en una calle Mayor, posiblemente en Limehouse, cerca de una escalera del río y detrás de una carnicería.

—Se me ocurren dos posibilidades —dijo Crow, al cabo de un momento—. Pero es una zona peligrosa. No debería ir sola. ¿Monk está al corriente de esto?

—Todavía no. Y también he venido por otra razón. —Esta vez vaciló. Aquello era una insensatez. Crow no tenía tiempo para titubeos. Ella debería saberlo mejor que nadie, de modo que fue al grano—: A Scuff le gustaría estudiar medicina. Le quedaría muy agradecida si pudiera darnos algún tipo de ayuda o consejo.

A su lado, Scuff se estaba poniendo rojo como un tomate y cambiando el peso de un pie a otro, claramente deseoso de estar en cualquier otra parte.

Crow lo observaba con interés, expectante.

—Bien, vas a tener que desearlo mucho más —dijo Crow, tras unos segundos de silencio—. Ayúdame con los pacientes que están esperando y cuando acabemos iremos en busca de los señores Roberts. ¿De acuerdo?

Se lo dijo a Scuff, pero Hester supo que la última parte iba dirigida a ella.

Scuff levantó la vista hacia él, con los ojos muy abiertos.

—Sí..., ¡señor!

Fue una hora y media muy larga para Hester. Ella también ayudó, por supuesto, pero en todo momento una parte de su mente estuvo preocupada por cómo se llevaba Scuff con Crow y con los pacientes reales, la medicina real.

Scuff había visto trabajar a Hester muchas veces y la había ayudado cuando Monk había estado enfermo y cuando Hooper apareció en su casa malherido. Pero sostener cosas, pasarlas cuando te las pedían, era muy diferente de hacer algo tú mismo. ¿No sería una manera demasiado precipitada de introducirlo en la práctica de tratar con personas que estaban asustadas y muy probablemente sufriendo dolores?

Aunque tal vez Crow estaba comprobando de inmediato, de la manera más estricta posible, si Scuff tenía la disciplina y el coraje necesarios para emprender aquella carrera.

Hester tuvo que hacer un esfuerzo para concentrarse en los enfermos a los que estaba atendiendo. Aquella era otra lección aprendida; mientras estabas tratando a un paciente, tus propios problemas no existían.

Caía la tarde y el cielo de poniente estaba pintado de vivos colores cuando por fin salieron de la clínica de Crow y se dirigieron a la primera carnicería de la calle Mayor, que según Crow seguramente estaría cerca del hogar de la familia Roberts, cuyos tres hijos estaban en el Hospital de Greenwich.

Hester estaba deseando preguntar a Crow cómo le había ido a Scuff, si opinaba que realmente podía ayudarlo o no, pero no podía hacerlo delante de Scuff. ¿Qué le diría si la respuesta era que no? ¿Cómo lo protegería de la amargura y la humillación que conllevaría semejante decepción?

No debía hacerlo. Si lo protegía ahora, ¿cómo se armaría o prepararía para encajar la siguiente o la que viniera después? Sin sufrimiento, ¿cómo aprendería lo que era la compasión?

Scuff se rezagó un poco cuando cruzaron la calle.

—Servirá —dijo Crow en voz baja, satisfecho. Entonces le dirigió su amplia sonrisa—. Que venga los sábados. Si le falta entusiasmo para venir, sabrá que esta profesión no está hecha para él.

Ridículamente, Hester notó que se le hacía un nudo en la garganta, como si fuese a echarse a llorar, y le costó hablar.

—Gracias.

Crow se encogió de hombros, quitándole importancia.

—He preguntado a un par de pacientes acerca de la familia Roberts. Deberían vivir a la vuelta de la esquina.

Encontraron dos carnicerías. En la primera negaron conocer a la familia Roberts, pero en la segunda, aunque a regañadientes, les dieron indicaciones para llegar a una ruinoso casita apretujada entre el patio trasero de la propia carnicería y la casa de empeños que daba a un callejón.

Crow llamó a la puerta. Estaba levantando la mano para llamar otra vez cuando la abrió un hombre corpulento, de aspecto desaliñado y con el rostro pálido e hinchado.

—¿Señor Roberts? —inquirió Crow.

—¿Quién pregunta? —respondió, inquieto, aquel hombre.

—Me llaman Crow. Soy médico...

—¡Dios! ¿Qué ha pasado? —dijo el hombre con un repentino arrebato de furia—. ¡No ha sido culpa mía!

Crow debió de percibir el miedo que tenía. Hester casi podía olerlo en su aliento y en el sudor rancio de su ropa. Enseguida tuvo claro que no averiguarían nada útil si se convertían en enemigos. Le constaba que Crow también lo sabía.

—No estoy investigando nada malo —dijo Crow en voz baja—. Al menos, creo que no.

—No vi nada —dijo el hombre, todavía a la defensiva.

—¿Es usted el señor Roberts?

—¿Y qué si lo soy? Aunque no estoy diciendo que lo sea, ojo.

Crow no alteró su tono de voz.

—Bien, suponiendo que sea usted, ¿tiene tres hijos?

Roberts se quedó helado. Todo su cuerpo se le puso tenso y su tez perdió el poco color que tenía.

Hester sintió una compasión que no podía permitirse.

Entonces vio un movimiento detrás de Roberts y se dio cuenta de que su esposa estaba justo detrás de él, escuchando. Su semblante también reflejaba miedo e indecisión, pero sobre todo aflicción.

—¿Podemos pasar? —preguntó Crow.

Roberts dijo «no» y su esposa dijo «sí» en el mismo momento.

Crow aguardó, con Hester a su lado y Scuff unos pasos detrás de ellos.

—Por favor, Alfred —dijo la señora Roberts en voz baja, casi atragantada.

Tras otro momento de silencio, Roberts se retiró, dejando que ella abriera a puerta.

Hester entró detrás de Crow en la pequeña habitación que obviamente hacía las veces de comedor y de salita de estar. Scuff aguardó fuera. La habitación estaba escasamente amueblada, pero ordenada y sorprendentemente limpia. Hester miró en derredor. No había juguetes a la vista y solo un único libro, que era delgado, con la cubierta pegada un poco torcida. Un libro infantil.

La señora Roberts era escuálida y tenía el pelo lacio, sus facciones eran hermosas y debía de rondar la treintena. Pero la pobreza y la maternidad la

habían despojado de su luminosidad.

Crow se sentó como si tuviera intención de quedarse. Indicó a la señora Roberts una de las otras sillas para que también se sentara.

—¿Tiene tres hijos? —le preguntó con amabilidad.

Hester aguardó en silencio, expectante.

—Seis —contestó la señora Roberts, y al ver la confusión de Crow agregó—: La mayor se ha ido por su cuenta. Los pequeños todavía son bebés. Gracias a Dios. —Se le arrasaron los ojos en lágrimas y siguió hablando con dificultad—. Los que se han ido son Maggie, Charlie y Mike.

—¿Se fueron a la vez?

La señora Roberts asintió con la cabeza y las lágrimas le corrieron por las mejillas.

—Son buenos chicos, señor. Sobre todo Maggie. —Tragó saliva—. ¿Qué les ha sucedido?

—Todavía no lo sé. —Crow eludió la respuesta porque desconocía en qué medida los padres habían participado en aquello—. Pero lo averiguaré.

—Deme más detalles, señora Roberts —pidió Hester con delicadeza—. ¿Cuándo los vio por última vez? ¿A qué hora? ¿Cuándo se dio cuenta de que habían desaparecido?

—¿De qué sirve saberlo? —El señor Roberts se acercó a su esposa, gruñendo a Crow, sin hacer el menor caso a Hester—. ¡No me venga con que es médico para darse importancia ante nuestro pesar! Se han ido, y punto.

—Solo intenta ayudar, Alfred —dijo la señora Roberts, desesperada y con la voz temblorosa—. ¡A lo mejor no se han ido para siempre! ¡A lo mejor puede encontrarlos!

Miró alternativamente a Crow y a su marido.

—¡A mí no me acusen! —dijo Roberts, furiosamente. Había rabia en su rostro, y también algo más que Hester tardó un momento en reconocer. Era un dolor inextinguible, y solo después de mirarlo fijamente y ver el apagado rubor de su piel se dio cuenta de que además era culpable. No había denunciado la desaparición de los niños porque tenía algo que ver con ella.

Tenía esposa y cinco hijos a los que alimentar, y su situación económica era desesperada. Quizás había vendido a los niños, posiblemente a alguien que había prometido alimentarlos. Había visto casos así. Era una solución terrible, pero tal vez la única que tenía a su alcance. ¿Vender a unos pocos para salvar a los demás? Era mejor que perderlos a todos.

Volvió a mirar el rostro de la mujer y vio su angustia y su tristeza. Su sufrimiento era tan grande que apenas podía soportarlo, y sabía que no tenía escapatoria.

—Señor Roberts. —Crow se volvió hacia él—. No tengo ningún interés en intentar enjuiciarlo por lo que sea que haya hecho con sus hijos. Ahora solo importan sus vidas... ¡de las que usted es responsable! Dígame a quién los vendió, por cuánto, y qué le dijeron que iban a hacer con ellos.

La señora Roberts ni siquiera miró a su marido. La culpa por su silencio también la estaba consumiendo, aunque tal vez había callado para protegerlo.

Lenta y dolorosamente, Roberts describió al hombre que lo había abordado, ofreciéndose a comprar, alimentar y cuidar de los niños, de modo que pudieran hacer compañía a una anciana dama ingresada en el hospital, que no tenía hijos ni nietos.

—¿Y usted le creyó? —preguntó Crow, enarcando sus negras cejas.

Roberts evitó los ojos de su esposa e ignoró a Hester por completo.

—Claro que sí. Era un caballero. Dijo que les darían la mejor comida regularmente y que dormirían en camas de verdad. ¡Yo no puedo darles eso!

Discutir carecía de sentido. Obviamente, la verdad era demasiado amarga. ¿Constituía un delito? Tal vez. Sin embargo, ¿quién habría actuado de otra manera ante semejante dilema?

Crow se levantó despacio. Dio la impresión de ir a decir algo más pero cambió de parecer. Miró por encima de Roberts a su esposa.

—¿Cómo se llaman? —insistió Hester.

—Charlie, Maggie y Mike —contestó la mujer, mirándolo a los ojos con desesperación.

—Por ahora están bien —dijo Crow—. Procuraremos que sigan estándolo.

Salieron y ya estaba anocheciendo. Ninguno de ellos habló, pero Crow tocó el hombro de Hester un momento.

Scuff echó a caminar detrás de ellos.

Al mismo tiempo que Hester, Crow y Scuff caminaban por la calle Mayor de Isle of Dogs, Monk y Orme estaban remando con facilidad y fluidez, surcando el agua hacia las oficinas de la aduana del Pool de Londres. La ligera brisa del anochecer estaba llena de sonidos y olores de la marea entrante, sal y brea, fango del río y pescado.

En torno a ellos los cascos de buques transoceánicos surgían de entre la

bruma, con las velas arrolladas y atadas a los palos.

—El amanecer es el único momento tan agradable como este —dijo Orme, sonriendo despacio—. Tan agradable que es como estar en casa, tranquilamente; extensas marismas con pájaros volando en lo alto, miles de pájaros, negros contra el cielo. A veces se oye el batir de sus alas, ¿sabe?

—Sí, lo sé —convino Monk—. Es un sonido bonito.

—Echaré de menos a estos —dijo Orme, un tanto atribulado, contemplando los enormes cascos que descansaban casi inmóviles sobre el agua lisa—. Han dado la vuelta al mundo y regresado. Y mis sueños con ellos.

—Siempre puede venir, si le apetece —le recordó Monk.

—Lo pensaré —respondió Orme—. Eso es lo que Devon solía decir. Parece que haga mucho tiempo, ¿verdad?

Monk lo rememoró. Podía ver el rostro de Devon tan vívidamente como la última vez que se vieron, antes de que Devon saltara al río con toda aquella terrible muerte en la bodega y le prendiera fuego, sacrificándose para que todos estuvieran a salvo.

Había dejado la petición de que Monk lo sustituyera en el mando. Orme había hecho honor a sus últimas voluntades y prestó su apoyo a Monk durante sus primeros y difíciles tiempos como comandante. Ahora, Orme merecía dejar su puesto con honores y con la gratitud de la Policía Fluvial, y sentarse en la ribera con su hija y su nieto.

—Le echaré en falta —dijo Monk.

—Por un tiempo solo —convino Orme con cierta satisfacción—. Hooper es un buen agente. Pero no velará por usted como yo lo hacía. Será exigente. Quizá ya esté preparado para eso, a estas alturas.

—Más me vale —convino Monk, aunque con un repentino escalofrío de soledad. No podía decirle a Orme con toda franqueza cuánto lo extrañaría; sería injusto arrojar esa sombra sobre su jubilación.

Arrastró un poco el remo y Orme dio una palada más larga para arrimar la patrullera a la escalera. Monk saltó a tierra y ató la amarra a un bolardo. Orme lo siguió.

El plan ya estaba trazado. Solo necesitaban la cooperación de McNab para mantener la operación en secreto, de modo que no se enterase el resto de personal de la aduana. No había necesidad alguna de volver a deliberar.

Enfilaron el sendero, cruzaron la calle y entraron en el edificio de la

aduana. Monk dio sus nombres y rangos.

—Sí, señor —respondió el recepcionista—. Es la segunda puerta a la derecha, una planta más arriba, señor.

Monk y Orme siguieron las indicaciones del recepcionista escaleras arriba y llamaron a la puerta señalada con el nombre de McNab. Eso tal vez debería haberle dicho algo a Monk. Nunca se había molestado en poner una placa en su puerta. Todos los que importaban sabían dónde encontrarlo.

McNab los hizo aguardar un momento antes de abrir. Era un hombre fornido, un poco más bajo que Monk pero con un cuerpo musculoso que le tensaba el uniforme, formando arrugas en los hombros. El pelo le estaba raleando y lo llevaba cuidadosamente peinado.

Por un instante le pareció reconocer algo familiar en él, pero Monk lo descartó enseguida, atribuyéndolo a su parecido con tantos otros hombres, un tipo de constitución muy común en la policía y en el ejército.

Monk volvió a presentarse y después presentó a Orme.

—Sé quién es usted —respondió McNab. No había agrado en su voz, ningún placer de encontrarse de nuevo con un antiguo colega. Normalmente era Orme quien trataba con aquel alto funcionario de la aduana. Su relación no era cómoda, pero con el tiempo habían limado asperezas.

Sin embargo, era indudable que Monk había coincidido con él en el pasado, durante los años que sirvió en la Policía Metropolitana. Sintió una punzada de advertencia pero la ignoró. No podía permitirse discutir con aquel hombre. En el río, en particular, tenían demasiados casos en común. Tomó aire para decirle el motivo de su visita.

McNab se anticipó.

—Lo sé todo sobre su caso de tráfico de armas —dijo agresivamente—. En justicia debería ser nuestro. El contrabando es asunto de la aduana, como bien sabe. Pero este saldrá en las noticias, si se resuelve bien. —Un ligero toque de diversión le cambió el semblante—. O si acaba mal. Si es así, también le sacarán todo el jugo que puedan.

Hacía mucho tiempo que Monk no se topaba con un viejo enemigo que le conociera y de quien no conservara recuerdo alguno. ¿Qué había ocurrido con McNab? ¿Habían sido rivales? ¿Enemigos? ¿Lo había perjudicado de alguna manera? Sabía lo suficiente para no estar orgulloso de todo su pasado, y había muchos fantasmas cuyos rostros no veía con claridad, solo una impresión fugaz, una manera de hablar que le resultaba familiar, una

referencia que le tocaba la fibra y que volvía a perder de inmediato.

—Pues entonces más vale que lo resolvamos bien —respondió Monk, conteniendo su genio con dificultad—. Le estoy informando de nuestros planes por cortesía profesional, y confiando en que pueda ayudarnos con otra patrullera y tres o cuatro hombres armados. Esos traficantes de armas tienen mucho que perder, y si tienen montada una buena guardia la batalla puede ser violenta.

Ahora la sonrisa de McNab fue abiertamente cínica.

—Desde luego que sí, señor Monk —convino McNab—. Será mejor que me cuente exactamente qué ha planeado, ¿o podríamos acabar disparándonos los unos a los otros! ¿No sería un triste final para una carrera tan... interesante?

Miró a los ojos de Monk con una sonrisa crispada.

A Monk ya no le cabía duda de que él y McNab se habían conocido antes del accidente, y tal vez su aversión estuviera fundada en alguna verdadera trastada. Eso no podía cambiarse, pero a lo que debía enfrentarse era a la posibilidad de que McNab trasladara su aversión por él a sus hombres. Todo indicaba que aquella era la oportunidad para llevar a cabo una venganza largo tiempo demorada.

Monk no permitiría que sus hombres pagaran por unas ofensas que nada tenían que ver con ellos, si en efecto existían. Y aquella operación era demasiado importante y potencialmente peligrosa para dejar sitio a sentimientos personales, justificados o no.

—Pues asegúrenos bien de que da resultado, señor McNab —dijo Monk en voz baja—. Seguro que desea tan poco como yo que esas armas lleguen a las calles.

McNab evitó responder.

—¿Me da los detalles, por favor?

Miró a Orme.

Con fría formalidad, Orme se los dio.

Cuando Monk llegó a casa aquella noche, estaba tan cansado que le costaba concentrarse. Creía tener vagos recuerdos de McNab pero no podía determinar si eran recientes o no, reales o no. Era solo el rostro de McNab, enojado, con la mirada cargada de odio. ¿Había sido real? ¿O era una jugarreta de las sombras?

Hester y Scuff ya habían cenado, y Monk había comprado un emparedado

de jamón a un vendedor ambulante en el muelle. Hester le preparó una taza de té, que se tomó con un pedazo de tarta. Fue a decirle algo pero se contuvo, limitándose a sonreír y a acariciarle suavemente la mejilla.

—Vete a la cama —dijo con ternura—. Puedo esperar.

5

Monk llegó al río muy temprano, bastante antes del amanecer del día siguiente. Un cielo despejado apenas empezaba a palidecer por el este y las sombras todavía eran alargadas, fundiéndose unas con otras. A primera vista la lancha en la que iba podía parecerse a cualquier otra que regresara de una larga patrulla nocturna, hasta que uno reparaba en que había tres hombres a bordo, no la pareja habitual, uno en cada remo, y un tercero en la popa. Los seguía de cerca una segunda lancha más pesada, también de dos remos y con un hombre agazapado en la popa. Avanzaban hacia una goleta de tres palos fondeada en medio de la corriente. Era uno de los muchos barcos que aún llevaban su cargamento en la bodega, aguardando su turno de descarga en uno de los muelles.

Era Orme quien iba sentado en la popa de la primera lancha, de cara a Monk, con su rostro entrecano mirando río abajo, observando cómo se acortaba la distancia que mediaba entre ellos y su presa. Las luces de navegación de la goleta marcaban su posición claramente, y a medida que la oscuridad se disipaba en el este, sus mástiles se recortaban negros contra el horizonte y su casco panzudo era fácil de ver.

Monk y Bathurst se movían al unísono, guiando la lancha a través de la rápida corriente de la marea. La otra lancha se deslizaba con la misma facilidad a unos veinte metros de ellos, con Laker y Hooper a los remos. Si todo salía con arreglo al plan, abordarían la goleta justo cuando saliera el sol y la dársena quedase iluminada. Se acercaban desde el oeste, entre las últimas sombras de la noche. Si McNab tenía razón, transportaba un cargamento de contrabando. Si hubiese sido de coñac o de tabaco, Monk no habría tenido inconveniente en dejar el asunto en manos de McNab y sus hombres de la aduana, pero aquello era tráfico de armas, algo completamente distinto. Mil rifles como el que había visto en la comisaría de Wapping, con munición, podían iniciar una pequeña guerra en las calles de Londres. Podían incluso provocar batallas callejeras por su posesión en cuanto llegaran a tierra.

La Policía Fluvial ya estaba casi a sotavento de la goleta. Monk notó la diferencia en el remo al quedar a resguardo de la corriente. Hizo una seña a Bathurst y lo vio acortar la palada para que la lancha no virase en redondo.

Monk hizo la señal, alzando el brazo. Orme se puso de pie, en perfecto equilibrio; el balanceo de la lancha y el movimiento del viento y la marea

eran una segunda naturaleza para él. Lanzó el rejón y lo dejó volar. Se enganchó en la borda y Orme tiró para tensarlo.

En la proa de la otra lancha, Laker hizo lo mismo y aseguró la sogá.

Bathurst se recostó. Monk le había dado órdenes precisas, no cabía discutir. Tenía que aguardar con las lanchas.

Sin titubear, Orme se agarró a la sogá, trepó por el costado del barco hasta la borda, y saltó a la cubierta.

En la sogá de popa, Monk vio la figura alargada de Hooper subiendo más cautamente, vacilando al llegar a la altura de la regala.

Monk echó un vistazo hacia el otro lado, confiando en ver a Orme arriba, pero allí no había nadie. ¿Qué se había perdido? Volvió a mirar a lo alto. Nada.

Con un solo movimiento, Bathurst estuvo a su lado, escrutando la línea continua de la cubierta.

—Por favor, señor.

—No —contestó Monk—. Necesitamos que alguien se quede en la lancha.

Pero algo iba mal. Orme tendría que estar en la baranda. Monk miró a Hooper. Vio un brazo que se agitaba y Hooper desapareció bruscamente. Abajo, en el agua, Laker se mostraba confundido, sin saber qué hacer. Alcanzó el extremo inferior de la sogá.

Monk agarró la que había usado Orme.

—Quédese aquí —ordenó a Bathurst. Subió por la sogá tan deprisa como pudo, más deprisa de lo que era seguro, pero tenía que saber qué había ocurrido en la cubierta. Habían subido silenciosamente, sin advertencia alguna, resguardados por la sombra del costado de sotavento del barco. Tendría que haber sido seguro.

Estaba casi arriba. Tenía rozaduras en los dedos, sus músculos protestaban por sostener el peso. Oyó un golpe sordo y un grito ahogado. Se detuvo con la cabeza justo debajo de la cubierta para no ser visto.

Hubo un ruido de metal contra metal y otro grito. Laker también estaba casi en lo alto. Monk se valió de todas sus fuerzas para auparse y rodar hasta la cubierta. Se puso de pie al instante, pistola en mano.

Delante de él, en la cubierta que empezaba a iluminar el alba, Orme estaba frente a un hombre con un alfanje en la mano. Orme estaba inmóvil, con la pistola todavía en el cinto.

En la otra punta de la cubierta, Laker ya había subido a bordo y avanzaba con sigilo, con la pistola desenfundada. Si disparaba podría salvar la vida de Orme, pero el ruido alertaría al resto de la tripulación, que subiría armada a cubierta. Se produciría un tiroteo y podrían terminar todos heridos o muertos.

Entonces, Monk vio un movimiento con el rabillo del ojo. Se volvió ligeramente y distinguió una mano en el borde opuesto de la cubierta, y luego una cabeza. De repente se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo. ¡El barco estaba siendo abordado por un traficante de armas rival, por el costado de barlovento! ¿Cómo era posible? ¿Se habían equivocado sobre la identidad del funcionario corrupto de la aduana y después de todo era McNab, que ahora estaba traicionando a Monk y a sus hombres?

Hooper debió de ver al intruso un instante después. Agitó un brazo y señaló hacia la escotilla, haciendo un gesto como de cortar en el aire.

Monk asintió con la cabeza.

Hooper cerró la escotilla y la atrancó justo cuando Laker levantaba su arma para disparar al asaltante.

Entonces, Orme se movió, abalanzándose sobre el hombre tan de repente que no le dio tiempo a reaccionar. Orme le golpeó la barriga con el hombro y ambos cayeron pesadamente al suelo. Monk tenía a tiro al otro asaltante en la banda de barlovento. Corrió hacia él, manteniéndose agachado, pero en lugar de dispararle le asestó un golpe en la sien, haciéndole caer del barco. Podría haberlo matado con la fuerza con la que lo había golpeado, pero fue silencioso, poco más que una salpicadura en el río. Abajo nadie pudo oírle caer.

Monk no sabía cuántos hombres más eran. Todavía a gatas, avanzó hasta la borda y miró abajo. Había dos falúas en el agua. Tal vez ocho hombres, y todavía quedaba sitio para las armas que, sin duda, habían ido a robar. Había otros cuatro trepando por las redes de cuerda colgadas en el costado del barco. Dio media vuelta y vio que Orme seguía enfrentado al hombre del alfanje. Monk necesitaba aquella arma blanca.

Duró solo segundos, pero el momento quedó grabado como una imagen fotográfica en la mente de Monk: Laker inmóvil, sin saber qué hacer; Orme a gatas; el hombre del alfanje despatarrado en la cubierta, empezando a levantarse otra vez.

Se oían gritos y golpes en la cubierta inferior. La tripulación se había dado cuenta de que alguien había cerrado la escotilla y eran prisioneros en su

propio barco. ¿Irían a por las armas? Era de suponer que en el cargamento también habría munición. ¿Cuánto tardarían en pensarlo, romper las cajas y regresar para abrirse paso fuera de la bodega a balazos? Entonces podrían acribillar a todos los hombres presentes en la cubierta, policías y piratas por igual. Tenían la coartada perfecta para hacerlo. Matarían a Monk y a todos sus hombres y sostendrían que nunca los habían visto. Hundirían las lanchas y posiblemente sus cuerpos. Podrían acusar a los ladrones de armas, marcharse con la marea y vender su mercancía en cualquier otro lugar. Siempre había mercado para tales cargamentos.

Monk echó a correr por la cubierta y estampó la culata de su pistola en la muñeca del hombre que empuñaba el alfanje. Notó cómo se rompía el hueso antes de que el hombre gritara. Le arrebató el alfanje y regresó al borde de la cubierta. La luz iba en aumento. Se veían los remolinos de la corriente y las manchas oscuras de los desechos flotantes.

Los hombres que se encaramaban por la banda de barlovento estaban casi arriba. Monk levantó el alfanje y golpeó tan fuerte como pudo las cuerdas, cortando una, dos y la tercera. La red entera se desprendió, arrastrada por el peso de los hombres, enredándolos en ella al caer en el agua y sumergiéndolos, sepultándolos en la corriente.

Hooper estaba en la otra punta de la cubierta. Allí había cuerdas diferentes, una red diferente. Monk le lanzó el alfanje y Hooper lo alcanzó justo cuando tocaba la cubierta. Agarró la empuñadura y rajó las cuerdas mientras el primer hombre asomaba la mano. Hooper hizo una mueca y acto seguido le dio una patada en la mandíbula. El asaltante perdió el equilibrio y cayó hacia atrás, llevándose las cuerdas con él. El segundo hombre se soltó y cayó al agua, enredado en la red, agitando brazos y piernas.

Laker estaba al lado de Orme, atando al vigilante y metiéndole un trapo en la boca.

Monk regresó a la banda por donde habían abordado el barco y vio a Bathurst, con el rostro ceniciento, obedientemente sentado en la popa de la lancha. Le hizo señas indicando que todo iba bien y que se quedara donde estaba, y después regresó a la cubierta.

El primer disparo atravesó la madera de la escotilla, haciendo volar astillas. Un segundo lo siguió casi de inmediato.

Monk miró a sus hombres. Estaban todos inmóviles, a la espera. Hooper tenía una pistola y el alfanje. Orme y Laker, sendas pistolas.

—No desperdicien munición —dijo Monk en voz baja.

Indicó a cada hombre dónde debía situarse, cerca de la escotilla pero lo bastante lejos para que no los alcanzara una bala perdida.

—Vigile la banda, Laker —ordenó Monk—. Si alguien sube desde el agua, o desde una de sus barcas, dé un disparo de advertencia, y el siguiente a matar. Si suben detrás de nosotros podemos darnos por muertos.

—Sí, señor.

Laker no discutió. Su rostro era pálido a la luz del amanecer; su mirada, fija. Se movió un poco a fin de tener una visión más clara de toda la cubierta de la banda que daba al este.

Otro disparo atravesó la escotilla, astillando la madera.

Nadie se movió.

La culata de un mosquete destrozó el centro de la maltrecha escotilla. Acto seguido el cañón de un rifle apareció y disparó en un ángulo muy bajo. La bala no alcanzó a nadie y fue a parar al agua, pasando cerca de Bathurst.

Monk levantó la mano para evitar que uno de sus hombres respondiera.

Había tanto silencio que podían oír los lametones del agua contra el casco y el golpe sordo de un trozo de madera a la deriva golpeando los baos.

Entonces hubo otro topetazo, más ruidoso, como si algo pesado rozara el casco.

Laker se puso tenso, irguió la espalda y apuntó hacia el lugar de donde venía el ruido.

Se oía el movimiento de los hombres debajo de la escotilla.

Laker disparó, y el tiro sonó como un trueno en el silencio reinante.

Alguien salió de repente por la escotilla rota, disparando a ciegas. En el mismo momento, Laker disparó al hombre que se estaba aupando por la borda. Cayó dando un alarido. Un instante después oyeron el golpe contra el agua y la salpicadura que levantó.

Monk quería decirle a Bathurst que se marchara. No sabía cuántos traficantes de armas había en la bodega ni cuántos piratas los estaban abordando desde el este. Un hombre solo a los remos no tendría posibilidad alguna.

Monk dio media vuelta y se dirigió al lado oeste de la cubierta. Su instinto le dictaba gritar una advertencia. Bathurst no sabría que los disparos eran contra los asaltantes del otro lado del barco. Pero si Monk gritaba, todo el mundo se enteraría de que estaba allí y dejaría a Bathurst indefenso.

Al volverse vio a un barbudo gigantesco que salía por la escotilla y rodaba por la cubierta, pistola en mano. Hooper le daba la espalda, apuntaba su arma a otro asaltante que estaba trepando a pulso por la jarcia del mástil de mesana. Si subía lo suficiente, tendría una visión de pájaro de toda la cubierta y los hombres que había en ella.

Hooper le disparó y falló. El viento se estaba levantando y el barco se balanceaba lo suficiente para desplazar a un hombre un metro con el movimiento del mástil.

El barbudo levantó su pistola y apuntó a Hooper. Laker, a unos diez metros de ellos, levantó su arma, disparó y abatió al barbudo, de cuyo cuello manó sangre a borbotones. Fue un tiro certero, o afortunado. El arma del barbudo cayó al suelo. Orme se lanzó hacia ella y le dio una patada para que no pudiera alcanzarla.

Sin titubear, Hooper afinó su puntería y disparó al hombre que estaba encaramado a la jarcia. Esta vez le dio en el hombro y por un instante quedó colgado de una mano; luego cayó al río, levantando una gran salpicadura.

Había otro hombre encaramado a la jarcia. Agarraba las cuerdas con una mano y su arma con la otra.

Un segundo hombre estaba saliendo por la rota escotilla, derecho hacia Laker.

Laker lo vio y se paralizó.

El hombre encaramado a la jarcia también le apuntaba.

El corazón de Monk palpitaba. No podía disparar al hombre de la escotilla sin dar a Laker.

El barco estaba empezando a balancearse dado que el viento arreciaba.

El hombre de la escotilla se irguió, levantando el cañón de su arma. El hombre de la jarcia miró a Monk, medio resguardado de él por los obenques, y se volvió de nuevo hacia la cubierta.

Orme agarró un cabo adujado y lo lanzó con fuerza; alcanzó a Laker en medio del cuerpo justo cuando el hombre de la escotilla disparaba, y la cubierta escupió astillas allí donde había estado Laker un instante antes. Monk enseguida abatió al hombre de la jarcia. Se estrelló contra la cubierta y permaneció inmóvil, en medio de un charco de sangre.

Laker dio media vuelta y disparó hacia la escotilla, luego se quedó horrorizado al ver al hombre que salía a través de ella, chorreando sangre pero todavía empuñando su arma, apretando el gatillo una y otra vez,

disparando al azar.

Laker hizo una mueca y le volvió a disparar.

Ahora salían más hombres por la escotilla, armados con rifles. Debían de haber roto unas cajas de su preciado cargamento y habían cargado por lo menos tres armas. Tenían suficiente munición para resistir un asedio. Salieron tres a la vez, mirando en distintas direcciones.

También había más hombres subiendo por la borda. Hooper los iba eliminando aunque había recibido un balazo. Una mancha de sangre se iba extendiendo por su hombro izquierdo.

Monk vio que un hombre trepaba por la jarcia del mástil de mesana, justo encima de la escotilla. Su visión sería perfecta. Y si Monk lograba liquidarlo, caería directamente a la escotilla, bloqueando el paso a los hombres que aún estaban en la bodega. Pero necesitaba que el hombre llegara más arriba, al menos otros tres metros.

El hombre se detuvo, listo para apuntar a Hooper.

Monk disparó primero desde abajo.

El hombre disparó a su vez, pero sin apuntar, y siguió encaramándose. Otros cinco metros y sería demasiado tarde, quedaría resguardado por la jarcia.

Orme estaba acorralado entre la escotilla y la borda.

Monk disparó al hombre del mástil. Entonces, mientras el hombre estaba a punto de alcanzar la cofa, Monk apuntó con más cuidado y le disparó al pecho. El hombre se soltó y cayó desplomado, chocando contra el borde de la escotilla y desperdigando a los hombres que había allí, uno de los cuales cayó sobre las astillas de la madera rota. Su grito fue breve y espantoso.

De pronto había disparos en todas direcciones.

Orme estaba en la borda, gritando y agitando los brazos.

Hooper estaba rodilla en tierra, apuntando con cuidado. La mancha de sangre del hombro se seguía extendiendo.

Había más disparos procedentes del agua. Parecía que estuvieran rodeados. Fue Orme quien corrió por la cubierta y embistió a Laker en el pecho de modo que ambos cayeron de lado justo cuando la escotilla estallaba en llamas.

—¡Por la borda! —chilló Monk a pleno pulmón, señalando la banda por la que habían subido a bordo y, Dios lo quisiera, Bathurst y la otra lancha seguirían aguardando. Ninguno de ellos duraría mucho en el agua inmunda

con la rápida y traicionera corriente. Desconocía cuánta munición transportaba el barco, pero si el fuego la alcanzaba, toda la cubierta quedaría acribillada a balazos.

Monk gateó los pocos metros que lo separaban de Hooper, que estaba intentando ponerse de pie, balanceándose peligrosamente. Ahora la sangre le manchaba toda la manga izquierda y tenía más en la pierna.

Monk lo sujetó y por un momento sintió su peso. Entonces, Hooper hizo un esfuerzo sorprendente y se enderezó, justo cuando Laker llegaba para agarrarlo por el otro lado.

—¡Bathurst está ahí! —gritó Orme por encima del creciente rugido de las llamas y los estallidos de bala en la bodega. Monk no veía la otra lancha. Era evidente que el fuego había alcanzado la munición. Si había pólvora almacenada en el barco, saltarían por los aires.

Hooper se volvió hacia el este, donde aguardaban las falúas de los asaltantes. Ninguno de ellos sabía cuántos piratas más había.

—¡Yo los entretengo! —gritó Orme, y acto seguido dio media vuelta para enfrentarse a los asaltantes, ahora visibles bajo los primeros rayos de sol.

No había tiempo para discutir. Monk y Laker llevaron a Hooper al otro lado de la cubierta. La escotilla ardía ferozmente y escupía nubes de humo gris.

Al llegar a la otra banda descolgaron a Hooper, que se agarró a la soga con la mano sana.

Bathurst estaba a pocos metros, manteniéndose a buena distancia del barco, de modo que pudiera haber escapado si algún asaltante lo hubiese rodeado desde el costado del este.

En cuanto vio a Monk, agarró ambos remos e hizo virar la lancha apoyando todo su peso en ellos, abarloándola a menos de un metro del casco del barco. Cuando Monk y Laker bajaron a Hooper, Bathurst ya estaba a punto para recogerlo y acomodarlo en la lancha.

—Váyase —ordenó Monk a Laker.

—No puedo dejarle aquí, señor —replicó Laker, imperturbable, y aunque la voz le tembló al pronunciar la última palabra, su mirada era resuelta.

—¡Hará lo que puñetas le ordene! —le gritó Monk—. Bathurst no podrá dejar atrás a esos rufianes si rema solo, y Hooper no está en condiciones de remar.

—Entonces márchese usted, señor —respondió Laker—, y yo cubriré a

Orme.

Monk titubeó un instante, y entonces supo lo que tenía que hacer. Miró a Laker y acto seguido saltó por la borda y se descolgó hasta la lancha. Le ponía enfermo dejar a Orme en el barco, pero le constaba que debía marcharse. Aunque después de aquello, Orme solo haría sustituciones hasta que recibiera la notificación. Ya había visto y hecho bastante. Había retrasado su jubilación con el único fin de asegurarse de que Monk dominaba su trabajo.

—A la orilla —dijo Monk a Bathurst—. Hooper necesita un médico.

Hooper intentó protestar.

—Podemos aguardar... —comenzó.

—¿Para qué? —le preguntó Monk—. ¿Para que el resto de los asaltantes venga desde el otro lado y nos aíslen? Si Orme y Laker resisten mientras vamos a tierra, enviaremos suficientes lanchas a liquidar a esos rufianes y detener a los que queden vivos. Ahora estese quieto. —Se movió con torpeza por encima de Hooper y agarró el otro remo. Para entonces ya había aprendido a remar diestramente, deprisa y al unísono con cualquier otro remero.

Llegaron a la escalera más cercana en cuestión de minutos y los recibieron manos voluntariosas que sacaron a Hooper de la lancha en volandas. Hooper protestó pero nadie le hizo caso.

—Están viniendo más hombres, señor —le dijo a Monk un agente de la policía local—. Armados. Algunos ya han ido a rodear el barco por el otro lado, con su otra lancha.

Monk miró en derredor. No lograba ver a nadie. En el agua la goleta seguía ardiendo. Desde la ribera parecía que solo se tratase de unas pocas llamas, aunque otros barcos estaban levando anclas e izando velas para alejarse de ella.

Asombrado, Monk se dio cuenta de que el abordaje y la refriega habían durado menos de quince minutos.

—¡Otra lancha! —gritó Monk—. ¡Cualquier barca que pueda adentrarse en el río! Nuestros hombres estarán en el agua dentro de nada, si es que siguen vivos. ¡Deprisa!

Un barquero ofreció su transbordador, con el rostro pálido y adusto.

—Cuenta conmigo. Pero no voy armado...

—Gracias —aceptó Monk—. Llévase a Bathurst, aquí presente, y recojan

a nuestros hombres si están en el agua. Él los reconocerá. —Lanzó una mirada fulminante a Bathurst, desafiándolo a discutir. Después se volvió hacia uno de los agentes—. Usted coja el arma de Hooper y venga conmigo. ¡Enseguida!

Observó al barquero, seguido a regañadientes por Bathurst, mientras bajaban la escalera y zarpaban en el transbordador. Estaba amaneciendo y todo lo bañaba una luz fría y acuosa. La goleta seguía vomitando nubes de humo y el fuego parecía remitir. Quizá lo que sucedía era que resultaba menos visible contra el cielo iluminado y su reflejo plateado en el agua. Si había pólvora a bordo todavía era posible que estallara en cualquier momento.

Monk y el agente bajaron la escalera hasta la lancha de la que acababa de desembarcar Monk. El agente estaba familiarizado con el sistema de remar con un hombre delante del otro, cada cual con un remo, y solo necesitaron dos o tres paladas para coger el ritmo y empezar a alejarse de regreso a la goleta incendiada, esta vez por el otro lado. El agente no iba armado, pues ningún policía regular portaba arma, pero entendía su función como agente de policía y contaba con luchar si la ocasión lo exigía. El arma de Hooper estaba en las tablas del fondo junto a sus pies. Estaba dispuesto a entrar en acción en distancias cortas, si era preciso.

Cuando rodearon la popa de la goleta, situándose a barlovento del humo que seguía despidiendo, Monk vio cuatro embarcaciones en el agua, una escorada de mala manera y, al parecer, abandonada. Otras dos estaban cerca del casco y había varios hombres descolgándose por los costados del barco, acarreando cuantas armas habían podido robar. En cada barca solo había un hombre, que la mantenía abarloada y en equilibrio. En cualquier momento estarían preparados para una batalla que Monk y el agente no podrían ganar.

Monk no sabía si Orme y Laker seguían vivos, como tampoco si estaban en la goleta o en el agua. Subió el remo a bordo y dijo al agente que hiciera lo mismo. Apenas les quedaba tiempo.

El agente se agachó y recogió el arma de Hooper. No sabía cuánta munición le quedaba.

Monk apuntó con cuidado al hombre de la falúa más cercana, que sería el primero en poder contraatacar. Sintió un gran alivio, y luego náuseas, cuando su bala hizo diana y el hombre cayó al agua como una piedra.

El que estaba en la otra falúa dio media vuelta, y su semblante era una

máscara de horror. Entonces, con más presencia de ánimo, levantó su pistola.

Con mano firme, el agente disparó el arma de Hooper. El hombre trastabilló un momento y después cayó desplomado al fondo de la falúa, provocando un balanceo tan fuerte que el hombre colgado de la soga y listo a saltar tuvo que aguardar. Se demoró lo suficiente para que Monk también le pudiera disparar.

Estaban llegando más lanchas de la policía desde la orilla. De repente Monk acusó el cansancio, el cuerpo le dolía debido a la tensión y sobre todo por la inquietud a propósito de sus hombres.

En cuanto estuvo seguro de que los recién llegados se habían hecho cargo de rescatar lo que quedara, se volvió para remar de regreso a la banda de sotavento de la goleta, manteniéndose a una distancia prudencial puesto que aún existía el riesgo de que explotara.

Mientras la rodeaban, ni él ni el agente vieron nada que rompiera la superficie del agua ligeramente rizada, excepto unos cuantos puñados de desechos que podían ser cualquier cosa. No había nadie luchando por mantenerse a flote, ningún cadáver.

¡Quisiera Dios que Orme y Laker ya no estuvieran en la cubierta! Monk no quería arriesgar la vida del agente subiendo al barco incendiado, pero no podría bajar a un hombre sin ayuda, y mucho menos a dos. En realidad se necesitaban tres hombres: uno que permaneciera en la lancha y dos a bordo. Pero no había tiempo.

Monk dio una palada en sentido contrario sin darse cuenta de que no le había dicho al agente lo que se proponía hacer. Vio su momentánea expresión de sorpresa pero el agente enseguida lo entendió, y también giró.

¿Dónde demonios estaban Bathurst y el barquero? ¿Todavía rastreando el agua? ¿Siguiendo la corriente en pos de alguien que hubiese sido arrastrado por ella? ¿O les habían disparado desde la cubierta y la marea se había llevado la lancha a la deriva? La mera idea le revolvió el estómago. Hundió el remo con fuerza, provocando una buena salpicadura.

El agente titubeó, se saltó una palada para que la lancha se enderezara de nuevo. En cuestión de segundos estuvieron abarloados a la goleta.

—Manténgala aquí —ordenó Monk. Sin aguardar una respuesta, trepó trabajosamente por el costado, subiendo a pulso. En lo alto se detuvo a escuchar, luego saltó a la borda y al instante se puso a gatas.

Laker estaba sentado a pocos metros, con un trozo de tela atado

burdamente en torno a su muslo, en buena parte manchado de sangre oscura. Orme estaba tendido encima de él, bocarriba e inmóvil.

—¿Qué le ha demorado? —dijo Laker con una sonrisa torcida. Mascullaba las palabras, tenía la garganta tan seca que apenas podía hablar.

—Malditos piratas —respondió Monk, como si se tratase de un asunto trivial, como llegar tarde a una cena—. ¿Puede levantarse? —Se obligó a bajar la vista hacia Orme. Estaba pálido, pero su pecho se hinchaba y deshinchaba ligeramente. Al menos eso le pareció a Monk.

—Sí, creo que sí. —Laker asintió con la cabeza—. Pero no puedo llevarle a él. Pesa más de lo que me imaginaba. —Pestañeó—. ¿Dónde está Hooper? ¿Está bien?

Monk lo miró y, por un instante, antes de que lo ocultara, vio al niño que llevaba dentro Laker, un crío inseguro al que sería muy fácil lastimar.

—Ahora ya estará con el médico, espero —contestó, levantando a Orme del regazo de Laker y tendiéndolo con cuidado en la cubierta—. Bathurst y un barquero han venido a buscarles...

Alargó la mano para ayudar a Laker a ponerse de pie. Notó el bandazo del joven y lo agarró con más firmeza.

Laker se afianzó y tendió el otro brazo.

—No puede llevarlo usted solo —señaló.

—De acuerdo, pero usted no me sirve —le espetó Monk—. Baje a la lancha y procure no caerse al agua. Envíeme al agente para que me ayude con Orme.

Laker titubeó.

—¡Ahora! —le gritó Monk, oyendo la aspereza de su propia voz. Notaba el calor que atravesaba la cubierta.

Laker dio media vuelta y fue con torpeza hasta la borda, colgándose de las manos en el último instante y desapareciendo de la vista.

Monk aguzó el oído pero no oyó salpicadura alguna, solo los topetazos y los sorbetones del agua cuando la lancha se arrimaba al casco del barco.

Pareció transcurrir una eternidad antes de que Monk viera al agente encaramarse por la borda y correr por la cubierta hacia él. Entre los dos levantaron a Orme, que apenas estaba consciente y no se sostenía de pie. Cortaron un trozo de cuerda de la jarcia y la ataron en torno a su pecho, por debajo de los brazos, y procuraron bajarlo con tanto cuidado como era posible hasta donde Laker mantenía la lancha en su sitio.

Diez minutos más tarde estaban por fin en el muelle, donde manos voluntariosas los ayudaron a subir a tierra. Había un médico esperando. Alguien iba repartiendo coñac, y Bathurst fue a su encuentro, cojeando por el embarcadero, con el rostro rebotante de alivio. Primero miró a Monk, después a Laker y a Orme.

Monk quería decir algo. En aquel momento debía tranquilizar a sus hombres, ¿pero qué les podía decir?

Se limitó a asentir con la cabeza en un gesto de reconocimiento, en absoluto de afirmación.

Trasladaron a Orme a una ambulancia que aguardaba allí cerca.

Monk lo acompañó al hospital, sentado a su lado mientras el médico hacía lo posible para cortar la hemorragia de varias heridas.

Orme yacía inmóvil, perdiendo y recobrando la consciencia.

Monk le hablaba todo el rato, deseoso de que permaneciera despierto, de que siguiera vivo. Ojalá hubiese tenido a Hester allí. Ella quizás habría sabido qué hacer; como mínimo su mera presencia le habría hecho pensar en el amor y la vida, el honor, la delicadeza, todas las cosas que hacían bella la existencia, que requerían que se creyera en ellas por más negra que fuese la noche.

El viaje parecía eternizarse. El tráfico cada vez era más denso porque la gente iba camino de sus oficinas, tiendas y fábricas.

Monk escrutó el semblante de Orme. Todavía tenía color, pero era porque estaba bronceado, no porque irradiara salud, y se le veía mucho más menudo de lo que realmente era. Parecía como si la muerte hubiese posado en él el vacío de sus ojos hundidos. Hacía dos horas que habían salido al río, y todo había cambiado.

El médico estaba tenso; sus manos eran firmes pero tenía el rostro sudoroso.

—¿Puedo ayudar? —preguntó Monk. En cuanto lo dijo se dio cuenta de que era una pregunta ridícula, pero necesitaba hablar, sentir que participaba del esfuerzo por salvar a Orme. Quería que el médico le dijera que podía salvarlo, pero Monk tenía miedo de preguntárselo. ¿Qué podría decirle, excepto que no lo sabía? Estaba haciendo cuanto podía.

Monk pasó el resto del trayecto en silencio, mirando a Orme, tocándole la mano de vez en cuando, de modo que si estaba consciente supiera que no estaba solo. Cuando llegaron ayudó a trasladar a Orme con una camilla hasta

el hospital.

Condujeron a Orme a la habitación donde atendían a los casos urgentes. Monk fue autorizado a aguardar allí. Ni siquiera los médicos sabían qué hacer por él, una vez detenida la hemorragia. Habían vendado las heridas de los brazos y las piernas, pero la más importante era interna; la bala le había roto las costillas y rebotado.

Se estaba debilitando por instantes.

—¿No puede hacer algo? —preguntó Monk, desesperado, al médico.

Era una pregunta que estaba de más. El médico ya había hecho cuanto estaba en su mano.

—¿Puedo quedarme con él? —preguntó un momento después.

—Sí, por supuesto —contestó el médico, sonriendo brevemente. Entonces dirigió su atención a quienes podía ayudar. Se disculpó, dejando a Monk solo.

Este miró a Orme y pensó en todo el tiempo que habían pasado juntos, los miles de cosas que Orme le había enseñado con el ejemplo, rara vez con palabras. Era un hombre reservado, resuelto, a primera vista parecía incluso adusto.

Pero nunca levantaba la voz ni se precipitaba en sus juicios, pese a que Monk lo había exasperado a menudo. Habían comido juntos, sumidos en un silencio amigable. Recordó una ocasión en la que, estando junto a un brasero tiritando de frío por el gélido viento de febrero que llegaba del río, Orme pagó un dinero extra al castaño. Rememoró la imagen de Orme sonriendo y zapateando inconscientemente mientras una banda tocaba en un muelle. Era una tonadaailable. Se preguntó con quién habría bailado Orme aquella canción en concreto. ¿Con su esposa, fallecida tanto tiempo atrás?

Alargó el brazo y le estrechó la mano. Comenzó a hablarle de todo lo que recordaba, cosas buenas y malas, algunas divertidas, confidencias, chistes y anécdotas.

Orme despertó y abrió los ojos, vacilando un momento al mirar a Monk, inseguro de si lo reconocía. Entonces sonrió.

El momento se desvaneció, y fue como si Orme hubiese salido de la habitación. Monk supo que no volvería a hablar con él; sin embargo, siguió contándole cosas en voz baja, rememorando el pasado.

Se le ocurrió que tal vez debería enviar una nota a la hija de Orme, pero no recordaba su dirección, solo que vivía a considerable distancia río abajo. Alguien de la comisaría podría hacer que un mensajero le llevara una carta.

Pero Monk tenía claro que Orme se estaba muriendo, que tal vez ya estaba en los abismos de la inconsciencia. Además, una carta de un mensajero no era manera de enterarte de que tu padre se estaba muriendo.

Iría a verla en persona cuando dejara de ser útil allí. Orme quizá no volvería a despertar, pero si lo hacía, encontraría a Monk a su lado.

El médico regresó al cabo de un rato. Monk había perdido la noción del tiempo, aunque poco importaba.

—Lo siento —dijo el médico en voz baja—. Ha perdido demasiada sangre. Está en estado de shock... su organismo no logra recuperarse... —Negó con la cabeza, la energía que lo había impulsado toda la noche había desaparecido con la derrota—. ¿Le conocía bien?

—Sí —contestó Monk—. Aunque tal vez no tan bien como él me conocía a mí. —Se puso de pie trabajosamente. Le dolía todo el cuerpo—. Gracias...

Regresó a la comisaría de Wapping. La encontró prácticamente desierta, solo quedaban los hombres que estaban de guardia.

Los convocó para anunciarles la muerte de Orme, pedir la dirección de su hija y averiguar si los heridos estaban bien.

Estaba muy cansado, tenía los miembros entumecidos y ansiaba ver a Hester, pero aquello debía hacerlo antes. Tenía que tomar un transbordador que lo llevara río abajo, aguardarlo y traerlo de vuelta. Iba a ser la peor tarea de la jornada, pero era ineludible y le correspondía a él hacerla. Se lo debía a Orme, le debía eso y mucho más.

Hester había trabajado muchas horas cuidando a Radnor. Después de visitar a la familia Roberts, su excitación ante la posibilidad de una cura quedó sumamente ensombrecida por el método que Hamilton Rand empleaba para tratarlo.

Estaba agotada, pero tenía que plantearle la cuestión cara a cara, y tenía que hacerlo en privado. No debía mencionarse ni por asomo delante de otros empleados del hospital, y mucho menos delante de Radnor o de su hija.

Primero fue a su despacho, aunque en realidad no contaba con encontrarlo allí, y luego se dirigió al laboratorio.

Estaba inclinado sobre un microscopio, estudiando lo que hubiera en un portaobjetos de cristal. Una mirada de fastidio le mudó la expresión hasta que reconoció a Hester.

—¿Qué ocurre, señora Monk? ¿Ha cambiado su estado?

Hester cerró la puerta. No quería que hubiese la más remota posibilidad

de que alguien los oyera.

—Solo para bien —contestó, caminando entre los tarros y botellas, los mecheros y viales. Se detuvo lo bastante cerca de él para ver que lo que estaba examinando era una muestra de sangre.

—¿Pues por qué me interrumpes? —preguntó Hamilton.

—Los niños —dijo Hester despacio y con toda claridad—. No puede seguir extrayéndoles sangre a este ritmo. Es excesivo.

Hamilton se irguió lentamente, observándola como si fuese un espécimen que acabara de descubrir. Su mirada era a la vez íntima y distante.

—¿Qué está proponiendo exactamente, señora Monk? —dijo en voz baja.

Hester sintió un escalofrío, tenía la boca seca pero debía contestar.

—Que demore el tratamiento o que busque a otros donantes.

—¿Y si me niego? —susurró Hamilton.

Hester tragó saliva.

—Entonces se arriesga a que mueran, y no permitiré que eso ocurra.

—Entiendo. ¿Sabe una cosa, señora Monk? La creo.

Se volvió y dio un par de pasos hasta un armario, lo abrió y sacó una botella y una gasa. Estaba entre ella y la puerta.

Hamilton levantó la vista, sonriendo con una extraña expresión de pesar. Entonces se movió deprisa. Hester notó que le agarraba los brazos. Le dolió. Había un olor acre, algo que le tapaba la boca y la nariz. Intentó zafarse de Hamilton, pero las tinieblas se cerraron sobre ella y se sumergió en el vacío.

Cuando Monk llegó a casa no había rastro de Hester. Supuso que la habían retenido en el hospital. Quizás el paciente al que estaba atendiendo había llegado a un punto crítico y no podía abandonarlo.

Scuff había dejado una nota, diciendo que estaba trabajando con Crow y que no sabía a qué hora regresaría.

Monk se fue a la cama solo, inquieto y triste. Había tenido muchas ganas de contarle a Hester lo de la goleta y todo lo que había ocurrido, el suspense y el dolor, el miedo por sus hombres, y la encomiable manera en que habían cuidado unos de otros en los momentos más peligrosos. Se sentía orgulloso de ellos y había deseado decírselo, verla complacida. Se dio cuenta, con un poco de vergüenza, de lo mucho que deseaba ver su rostro, sus ojos, cuando se lo dijera. Al margen de todo eso, lo que importaba era que habían sobrevivido.

Y, por supuesto, estaba la cuestión de McNab, cuyos hombres no se

habían presentado. ¿Había sido por un contratiempo, un malentendido, un descuido o una traición deliberada como venganza por algo que Monk no podía recordar?

Sobre todo quería hablarle de Orme y del pesar que sentía, de lo profunda que era su sensación de pérdida. Deseaba contarle que había sido Laker, precisamente, quien había intentado salvarlo a la desesperada. Laker había llorado al saber que Orme había fallecido. Hester lo habría entendido.

Compartir todo aquello con ella era de suma importancia para Monk. Aliviaría su propio sufrimiento y así comenzaría a sobreponerse.

Por la mañana se despertó entumecido y todavía cansado, pero se levantó enseguida, se afeitó y se vistió. Al bajar encontró a Scuff en la cocina.

—Todavía no ha vuelto a casa —dijo Scuff, mirando a Monk de arriba abajo—. ¿Qué ocurrió? ¿Estuviste en una refriega?

No expresó con palabras su inquietud, pero su rostro era más que elocuente.

—Se habrá visto obligada a quedarse en el hospital —contestó Monk, dirigiéndose a la hornilla. Scuff ya la había abierto, limpiado la ceniza y añadido más carbón. El hervidor estaba caliente. Todo estaba dispuesto para el desayuno; solo faltaba Hester. Para ellos dos, su ausencia dejaba la habitación incompleta.

Scuff ayudó a Monk a preparar el desayuno y comieron juntos, compartiendo un amigable silencio. Scuff se marchó al colegio y Monk bajó al embarcadero para tomar un transbordador hasta Wapping.

A última hora de la tarde seguía sin tener noticias de Hester, y Monk ya no pudo aguantarlo más. Se puso el abrigo otra vez y salió a averiguar dónde estaba.

Cuando llegó al hospital, se dirigió de inmediato al ala anexa donde Hester trabajaba para el doctor Rand. Se encontró con que a pesar de sus músculos doloridos, avivaba el paso solo de pensar que la vería al cabo de nada aunque no pudiera llevársela a casa con él. Bastaría con verla, oír su voz, para que se aflojara el nudo que tanto le dolía en su fuero interno.

Preguntó por el despacho de Magnus Rand y enfiló el pasillo, haciendo caso omiso a toda protesta. Llamó a la puerta bruscamente.

—Adelante —respondió una voz desde dentro.

Monk abrió la puerta y entró. La cerró a sus espaldas y vio a un hombre bastante agobiado que estaba sentado detrás del escritorio cubierto de

papeles. Apenas reparó en el resto de la habitación, obviando los estantes repletos de libros y recuerdos.

—¿El doctor Rand? —preguntó.

—En efecto, señor. ¿Quién es usted y en qué puedo servirle?

—Soy William Monk, comandante de la Policía Fluvial del Támesis —respondió Monk—. He venido a ver a mi esposa, Hester Monk. Estoy preocupado por ella. Hace dos días que no aparece por casa. ¿Dónde está?

Rand palideció por completo. Tardó segundos antes de poder hablar.

—Lo siento, la señora Monk no está aquí —dijo con la voz un poco ronca—. Hoy se ha marchado súbitamente, sin darme una razón. De todos modos, solo era un puesto provisional. Estaba sustituyendo a una amiga que tuvo que irse unos días de permiso.

Monk se quedó anonadado.

6

Hester se despertó con dolor de cabeza. Abrió los ojos bajo un sol cegador y los volvió a cerrar enseguida. No había reconocido la habitación. No estaba en su casa. ¿Estaría todavía en el hospital? ¿En una habitación que no conocía? ¿Por qué?

Se humedeció los labios e intentó tragar saliva, pero tenía la boca demasiado seca. La lengua le sabía a manta vieja. El cuerpo le dolía como si se hubiese visto envuelta en una pelea y, sin embargo, no recordaba nada semejante. De hecho, lo último que recordaba era estar en el laboratorio de Hamilton Rand. Él le había dicho algo. Ella había discutido. Se esforzó en recordar a propósito de qué, pero el motivo de la disputa era elusivo.

Se movió un poco. Estaba tendida encima de algo blando. De no haber estado tan dolorida, estaría cómoda.

Abrió los ojos de nuevo, dejándolos entrecerrados. Su visión era menos nítida. Respiró profundamente y se obligó a enfocar la mirada. Yacía en una cama con columnas de madera tallada a los pies. El papel pintado de las paredes era de un rosa rojizo muy oscuro. El techo era bajo. La luz del sol entraba por una ventana con reja, creando un charco de luz a su alrededor. Parecía la habitación de una casita de campo.

Se incorporó lentamente. Nada se lo impidió, ni cuerdas ni ataduras. De pronto le sobrevino el recuerdo del olor a éter. Lo había tenido en el rostro. ¡Eso era lo que le había ocurrido! ¡Rand le había tapado la boca y la nariz con una gasa empapada en éter! Recordó con pánico el momento en que no había podido respirar. Se estaba asfixiando, intentando no inhalar los vapores. Luego, la oscuridad.

Con eso no bastaba. Poco a poco bajó las piernas de la cama y después se levantó. Todavía estaba un poco mareada, le dolía la cabeza y tenía el estómago revuelto, pero no estaba herida. Se dirigió a la ventana con paso cada vez más firme. Era baja, una ventana casi de cabaña, como si estuviera debajo del alero. Se asomó. Llevaba razón: el tejado era de paja, pues se veía como afloraba por la parte superior del cristal; paja vieja, oscura y que se estaba disgregando. La ventana estaba cerrada con pestillo y el marco, hinchado y atrancado.

Miró abajo. Estaba en una primera planta. Vio un jardín descuidado donde las flores se habían asilvestrado, esparciendo sus semillas por doquier.

Más allá había lo que parecía un huerto de manzanos y perales cargados de fruta. Algo molestó a una bandada de pájaros que remontó el vuelo. Un hombre caminaba entre la maleza. Era alto, patilargo y portaba una escopeta colgada en el hombro con absoluto desparpajo.

¿Dónde demonios estaba?

No presentaba lesiones y todavía llevaba su uniforme gris azulado de enfermera y el delantal blanco. Se tocó el pelo. Lo tenía hecho un desastre, se le había desprendido de varias horquillas. Entonces notó una molestia en los brazos. Se arremangó y vio los incipientes cardenales. Había peleado.

¿Con quién? ¿Con Magnus Rand? Seguro que no con el hombre de la escopeta, que ahora había desaparecido en el huerto.

Iba completamente vestida pero sin zapatos. En la habitación no había nada más que le perteneciera. Fue hasta la puerta y tocó el picaporte. Apenas se movió. Estaba atrancado. Lo agitó hasta que el sentido común le dijo que la puerta estaba cerrada.

—¿Hay alguien ahí? —gritó—. ¡Sáquenme de aquí!

No obtuvo respuesta. Aguzó el oído por si oía algún movimiento en la planta baja o detrás de la puerta.

—¡Déjenme salir! —gritó otra vez, con la voz más fuerte y aguda. Percibió el pánico que transmitía.

La puerta se abrió casi de inmediato y apareció un hombre en el otro lado. Era Hamilton Rand, y su rostro alargado de erudito solo mostraba una ligera desaprobación.

—Está armando un alboroto innecesario, señora Monk —dijo, irritado—. Cálmesese y prepárese para hacer su trabajo. Le proporcionaré un peine y un espejo. La pulcritud inspira confianza a los pacientes.

—¿En serio? —dijo Hester, sarcástica, con la voz un poco ronca—. ¿Y que te dejen inconsciente por la fuerza y te traigan aquí contra tu voluntad para encerrarte en una habitación extraña, también tiene el propósito de inspirar confianza?

—La habitación no tiene nada de extraña —replicó Hamilton sin alterarse—. Es bastante agradable y absolutamente normal. Está limpia, y cuento con que la mantenga así. En cuanto a lo de la inconsciencia, usted se lo buscó. De haber tenido más presentes sus obligaciones en lugar de su bienestar personal, habría venido de buena gana. Su deber no es solo con el paciente sino con la medicina en sí misma.

Hester empezó a protestar.

—En cuanto a su confianza en mí, señora Monk —interrumpió Hamilton—, que usted carezca de ella es decepcionante pero irrelevante. Nada de esto tiene que ver con usted. Tiene que ver con la supervivencia de Bryson Radnor y con un descubrimiento médico que salvará miles de vidas. —Adoptó un aire sombrío—. Y ahora deje de comportarse como una niña y prepárese para atender a su paciente.

—¿Quién lo atiende ahora mismo? —inquirió Hester—. Ni siquiera sé dónde estamos ni cuánto tiempo llevamos aquí.

—El lugar donde se encuentra carece de importancia —dijo Hamilton, descartando la cuestión—. Llevamos aquí poco más de una hora. No obstante, hace bastante más rato que salimos del hospital, y se requiere su saber hacer. La estaré aguardando.

—Si está enfermo, no le importará demasiado mi aspecto —respondió Hester.

Los ojos de Hamilton la fulminaron en un arrebato de ira.

—Hará lo que se le ordene, señora Monk. Que quede claro de punto y hora. No deseo tratarla como a una prisionera a la que tengo que sobornar para que se porte bien, y castigarla si no lo hace. Pero no se engañe pensando que no lo haré, si usted me obliga a hacerlo.

—Deme el peine. Me las puedo arreglar sin espejo —respondió Hester. De nada serviría discutir; si Radnor estaba gravemente enfermo, no debían dejarlo solo. Además, esa parecía ser la única manera que tenía de salir del dormitorio.

Hamilton sacó un peine de un bolsillo y se lo pasó. Dio la impresión de ir a decir algo más, pero cambió de parecer.

Hester se quitó las horquillas que todavía llevaba prendidas y se peinó, luego se recogió el pelo con destreza y volvió a sujetarlo con las horquillas. Devolvió el peine.

Hamilton lo recogió sin comentarios.

—La señorita Radnor está con él —dijo mientras se daba la vuelta para cruzar el descansillo y bajar por una escalera muy estrecha hasta la planta baja—. Es válida, y diligente, pero carece de su experiencia y habilidad. Usted es muy buena enfermera, señora Monk, demasiado buena para dejarse llevar por su temperamento a expensas del paciente. Esta vez lo pasaré por alto. Tenemos mucho trabajo que hacer. Este podría ser el gran salto de la

medicina desde que Harvey descubrió la circulación de la sangre.

Sin pensar, Hester contestó de inmediato:

—Desde el éter —arguyó—. Poder operar a un paciente mientras está inconsciente hace posibles muchas cosas que antes no lo eran. Lo siguiente que necesitamos es una forma de detener las infecciones.

Una expresión de sorpresa no desprovista de satisfacción cruzó el semblante de Hamilton, como si le complaciera constatar que Hester tuviera tales conocimientos.

—Las infecciones son irrelevantes cuando el paciente ha fallecido debido a una pérdida de sangre —replicó—. Y ninguna operación va a curar la leucemia. Aunque me alegra de que esté interesada en estos asuntos. —El enojo desapareció de su voz, devolviéndole el entusiasmo—. No puede evitarlo, señora Monk, y ahora va a participar en uno de los grandes momentos de la medicina, un descubrimiento que salvará vidas cuando los militares y estadistas de este mundo hayan caído en el olvido. ¡Vamos!

Hizo una seña de impaciencia, instándola a que se apresurara.

Hamilton llegó ante una puerta en lo que antes había sido una sala de estar y que ahora estaba despojada de muebles casi por completo. El ambiente era soleado y en otras circunstancias habría resultado agradable. Hamilton abrió la puerta sin llamar y la sostuvo hasta que Hester entró.

La habitación era espaciosa, y en medio había una cama grande con los pies y el cabezal de hierro. Bryson Radnor yacía recostado en las almohadas, y aunque la habitación estaba caldeada, la sábana y las mantas lo tapaban hasta lo alto del pecho y los hombros.

Tenía la piel húmeda y pálida, y unas ojeras azuladas que parecían moratones.

Adrienne Radnor estaba a su lado, con un vaso de agua en la mano y una toallita colgada del brazo. Llevaba un delantal blanco que cubría en parte su sencillo vestido marrón. Estaba nerviosa y no disimulaba su angustia. No hizo el menor caso a Hester. Al verla no se sorprendió ni dio muestras de reconocerla. Miraba directamente a Rand.

—¡Vamos! —dijo Rand. Agitó el brazo para que Hester lo siguiera hasta la cama de Radnor.

—¿Puede oírme, señor Radnor? —preguntó Hester claramente, situándose al lado del enfermo y mirando detenidamente su rostro—. Voy a tomarle el pulso y la temperatura.

Radnor entreabrió los ojos.

—¿Me está pidiendo permiso, mujer? Haga lo que tenga que hacer —respondió con un hilo de voz. Ni siquiera el enojo lograba devolverle su timbre habitual.

—No, no le estoy pidiendo permiso —contestó Hester, tomándole la muñeca con la mano y palpando las venas más próximas a la piel en busca de los latidos de su sangre. Eran azules, un poco filamentosas y fáciles de ver, sobre todo en el dorso de la mano.

Tenía el brazo frío y pegajoso. Su pulso era débil pero regular. Dejó que transcurriera un minuto pero no cambió. Le puso la mano en la frente.

—¡Haga algo! —exclamó bruscamente Adrienne, presa del pánico.

—No haré nada hasta que sepa qué debo hacer —respondió Hester con más serenidad de la que sentía.

—¡Usted no! —espetó Adrienne—. ¡Señor Rand! Ayúdele... por favor.

Fue entonces cuando Hester recordó, con una punzada de miedo, que Hamilton Rand era un químico sobresaliente, quizás incluso un genio, pero que no era doctor en medicina. Esto le arrogaba un inmenso poder, y él no sabía que no lo utilizaría para regatear por su libertad. Hester tampoco era doctora, pero desde luego no era la primera vez que estaba sola con un paciente que no podía recurrir a nadie más, y sin tiempo para la indecisión.

—¿Cuándo le ha dado algo más que agua por última vez? —preguntó.

Adrienne permaneció callada.

Hester dio media vuelta para mirarla.

—¡No se quede ahí plantada! ¿Cuándo le ha dado algo mejor que agua? Si quiere que haga algo, dígamelo.

—Le he dado un poco de caldo de carne hace cosa de una hora —le dijo Adrienne.

—¿Y con anterioridad? ¿Sabe siquiera cuánto tiempo llevamos aquí? ¿O cuánto hace que su padre salió del hospital?

—Unas tres horas, me parece. —Adrienne tenía la voz tomada, como si tuviera un nudo de miedo en la garganta—. Y una hora aquí. ¿Era demasiado pronto para darle algo de alimento? Me lo ha pedido él mismo.

—Posiblemente no lo bastante pronto —respondió Hester. No sabía si tenía razón, pero era preciso que tanto Adrienne como el propio Radnor creyeran en ella—. ¿Qué ha comido usted?

—Yo no... solo... un poco de pan. Pero él no puede comerlo, ¿verdad?

—Seguramente no. Pero usted también tiene que comer. No le será de ayuda si empieza a desmayarse. ¿Hay cocinera en esta casa?

—No, solo un jardinero. Por favor, señora Monk...

Hester sintió una pizca de pena por aquella joven. Entendía su miedo, su dolor, incluso su sentimiento de culpa por no poder hacer más que observar cómo la vida de su padre se le iba de entre las manos. Todo eso la había llevado a confabularse en lo que equivalía a un secuestro. ¿Se había detenido a pensar el precio que podía costarle en el futuro?

—Pues entonces la cocinera será usted —dijo Hester, con mucha más amabilidad—. Solo tiene que trabajar con cuidado. Todo debe cocerse ligeramente, con muy poca sal, sin pimienta ni mostaza ni ningún otro condimento ácido. Hay que conservar los nutrientes. Sopa de verdura, un poco de caldo ligero de pollo o de carne. Hágalo tan bien como pueda, y deprisa. Si hay algo que pueda traer enseguida, tanto mejor. Incluso té con un poco de azúcar estaría bien.

Adrienne vaciló solo un instante, reacia a separarse de su padre, pero aceptó lo inevitable y salió de la habitación.

Hester se volvió hacia Rand.

—No tendría que haber abandonado el hospital. La transfusión de sangre estaba dando resultado —dijo en voz muy baja.

—Lo sé muy bien —convino Rand—. Y volverá a darlo.

—¿Cómo? La sangre se coagula en muy poco tiempo.

Los ojos de Radnor brillaban.

—Zumo de limón —contestó, con un susurro tan quedo que Hester más que oírlo lo leyó en sus labios—. Y potasa... tan simple como eso. El truco consiste en hallar las proporciones exactas y tener el valor de ponerlo en práctica.

Hester lo miró fijamente y por primera vez advirtió la fuerza de su voluntad, el poder de la inteligencia detrás de aquellos ojos tan extraños que cambiaban de color con la luz.

—¿Ha traído provisiones de sangre?

De pronto se sintió asqueada al pensar en lo que había hecho a los niños para obtener sangre suficiente. No se atrevió a manifestar el horror que la embargaba, ni tampoco su aflicción. ¿Pero cómo iba a disimularlo? Tuvo ganas de agarrar una de las botellas de la mesita y golpearlo hasta destrozar la cara sonriente de Rand.

—No sea ridícula —dijo Rand con mucha labia, como si ningún mal pensamiento le hubiese pasado por la cabeza. No se mostró en absoluto indignado—. No sé cuánta vamos a necesitar ni por cuánto tiempo. He traído a los niños aquí. Veo que sigue sin entenderlo. La verdad es que me desconcierta. Unas veces parece muy capaz, muy imaginativa, encendida por su amor al conocimiento. ¡Y otras me maravilla que pueda ser tan estúpida!

Negó con la cabeza y siguió hablando, meticulosamente, como si estuviera dando clase a un estudiante.

—El objetivo es descubrir la cura para la sangre mala, la sangre blanca, y para la insuficiencia de sangre provocada por una herida grave y el consiguiente shock para el organismo. Radnor solo es el primero de muchos. Lo salvaremos, y de este modo obtendremos grandes conocimientos y, por consiguiente, apoyo económico para seguir investigando.

Escrutó el semblante de Hester para ver si captaba la magnitud de lo que le estaba diciendo. No eran vanidad ni elogios lo que deseaba, eso le constaba a Hester. Lo que quería era compañía en sus experimentos.

Hester se avergonzó de sí misma porque por un instante fue consciente de la repercusión que podían tener; igual que Rand, vislumbró resultados maravillosos. Podrían salvar a un sinnúmero de personas en el futuro.

Entonces volvió a recordar el coste que aquello tenía para Charlie, Maggie y Mike. ¡Por no mencionar a sus padres!

—¿Los niños están aquí? —dijo. Era la única pregunta que podía hacer sin suscitar el enojo o el recelo de Rand.

—Por supuesto. Esta es otra de sus obligaciones. Cuidará de ellos, se ocupará de que estén sanos. Cuanto mejor estén, cuanto más tranquilos, más posibilidades tendremos de salvar a Radnor.

Hester lo miró de hito en hito. Rand era a un tiempo humano y monstruoso.

Una ligera sonrisa curvó las comisuras de su inexpresiva boca.

—Por si en algún momento se le ocurre escapar, señora Monk, recuerde que no sabe dónde está. Y si fracasa Bryson Radnor morirá, y es su paciente. Aunque seguramente tengan mucha más importancia emocional para usted los tres niños, que bien podrían morir sin sus cuidados. —La sonrisa desapareció de sus labios—. Si Radnor muere, ya no necesitaré a esos niños, a quienes no puedo cuidar, y que bien podrían causarme problemas. Supongo que no es preciso que me explique mejor, ¿verdad?

Hester lo entendió a la primera y le creyó. Hamilton Rand era químico, el médico era Magnus, y desde su punto de vista un descubrimiento médico invalidaba todo lo demás. Sacrificaría a los niños sin siquiera darse cuenta del daño que haría. Si alguna vez había tenido dudas, algún atisbo de compasión o arrepentimiento, los había superado.

—No, señor Rand. En absoluto.

—Pues entonces le ruego que cuide de su paciente asegurándose de que los niños estén alimentados y en el mejor estado de salud posible. —La miró de arriba abajo—. Me figuro que sabe cocinar. No quiero encomendar esa tarea a la señorita Radnor. Me parece que desconoce el arte culinario y que no tiene el menor interés en aprender. Se ocupará de su padre, mantendrá limpia la habitación y hará la colada.

—¿Dónde están los niños? —preguntó Hester, empleando un tono más suave, aunque con dificultad. Por el bien de los hermanos, no debía suscitar el antagonismo de Rand. Hasta que encontrara un arma que usar contra él, debía ganarse su confianza.

—La acompañaré —respondió Rand—. Están en la antigua cochera. Es un lugar perfectamente adecuado para ellos, limpio y cálido. Están encerrados, por supuesto. No podemos permitir que vayan deambulando por ahí. Podrían lastimarse o incluso perderse.

La iba conduciendo por la espaciosa cocina con el suelo de piedra. Adrienne les echó un vistazo, vertió agua hirviendo en una tetera grande y se volvió de nuevo hacia la tabla de cortar, para seguir picando verduras.

En el patio bañado de sol, Rand sacó una llave del bolsillo.

—Esta es para la puerta exterior —comentó—. Se la daré a usted. Creo que es lo bastante inteligente para deducir qué les ocurrirá a los niños si no cuida de ellos como es debido.

—¡Señor Rand! —Hester habló con la voz tan ronca que Rand se detuvo y se volvió para mirarla, enarcando las cejas—. Lo he entendido a la primera. No tiene por qué recordádmelo cada dos por tres.

—Bien —respondió Rand. Asintió con la cabeza—. Le guste o no, juntos trabajaremos bien.

Le entregó la llave, dio media vuelta y regresó a la cocina, cruzando el patio con brío.

Hester abrió la puerta de la cochera y la cerró a sus espaldas antes de mirar siquiera la espaciosa estancia. Había pocos muebles, solo un armario

con unos cuantos cajones abajo y cuatro camas pequeñas. El entarimado del suelo lo cubría una gran jarapa y una única puerta conducía a otra habitación, presumiblemente un cuarto de aseo, quizás incluso con bañera. Rand conocía los riesgos de infección que conllevaba la suciedad.

Maggie estaba sentada en una de las camas. Estaba pálida y su actitud reflejaba apatía, hasta que al ver a Hester se le iluminó el semblante. Saltó de la cama y fue corriendo a su encuentro, aferrándose a ella con una fuerza sorprendente.

—¡Ha venido a buscarnos! ¡Les dije que vendría!

Hundió la cabeza en el talle de Hester, agarrándola como si se estuviera ahogando.

Hester correspondió al abrazo de Maggie mientras miraba a Charlie, que estaba incorporado en otra cama, con Mike a su lado. Ambos estaban pálidos también, pero los había visto peor en el Hospital de Greenwich. Notó la regularidad de su propio pulso y comprendió que Rand había entendido que debía mantenerlos en buen estado de salud, al menos mientras los necesitara. Cuando Radnor se hubiese recuperado, o Rand creyera que lo estaba, la situación cambiaría. Pero entre tanto tenía tiempo de pensar y trazar un plan. Tenían que escapar, porque aquello era solo un respiro que no duraría mucho.

—Debemos tener cuidado —le dijo a Maggie, soltándola y dirigiéndose hacia sus hermanos.

—Ya sabía yo que vendría —dijo Charlie con una tímida sonrisa, mirándola a los ojos en busca de una promesa que Hester anhelaba poder hacer.

—Yo también —agregó Mike, sonriendo a su vez.

Le dio un vuelco el corazón al mirarlo. Todavía era poco más que un bebé, con los dientes de leche regulares y blancos, y el pelo rizado que reclamaba un buen corte.

Hester se sentó en la cama y los observó con suma gravedad.

—Vamos a ser tan buenos que nadie tendrá motivos para enfadarse con ninguno de nosotros ni para pensar que estamos planeando algo que no les gustaría. ¿De acuerdo?

Los tres asintieron.

—Vamos a cuidar unos de otros y un día, bastante pronto, podremos irnos a casa. O encontraremos el modo por nuestra cuenta, o alguien vendrá a ayudarnos.

Era una temeridad decir semejante cosa. No sabía dónde estaban ni cómo iban a localizarlos allí, suponiendo que los estuvieran buscando. Rand podía haberle dicho cualquier cosa a Monk. Él sabía que le preocupaban los niños. Bien podía haberle dicho que estaba cuidando de ellos, de modo que se tranquilizara al dar por descontado que Hester regresaría a casa cuando se encontraran bien.

Por un instante fue presa de un miedo abrumador. Aquello no bastaba ni de lejos. Notaba la presión de los dedos de Maggie. La niña se daría cuenta de que estaba asustada.

—¡Muy bien! —dijo enérgicamente—. Empecemos por el principio. ¿Tenéis hambre?

—Sí —dijeron los tres al unísono.

—Pues me voy a ver qué encuentro en la cocina. Os tenéis que quedar aquí. Cerraré la puerta para que nadie entre a molestaros.

—¿Tiene que irse? —preguntó Maggie.

—Aquí no puedo preparar la cena —dijo Hester sensatamente.

Charlie la miró dubitativo.

—¿Pero regresará?

—Claro que sí —prometió Hester—. Estamos juntos en esto.

Hester salió al huerto para ver qué había plantado, aunque estuviera un poco asilvestrado. Originalmente se había dispuesto en bancales con senderos estrechos entre ellos para facilitar la recolección, pero ahora estaba lleno de maleza.

Caminó entre los bancales, buscando algo sustancioso, quizá patatas o zanahorias. Tal vez fuese un poco tarde para las habichuelas. Las que estuvieran condiciones de ser comidas ya se habrían cosechado.

Encontró el bancal de las patatas, pero ya las habían arrancado y solo había malas hierbas. No había zanahorias. Pensó que seguramente la tierra estaba demasiado apelmazada. Los pocos repollos que quedaban habían crecido demasiado y se habían echado a perder.

Tendrían que apañarse con lo que hubiera en la cocina y la despensa.

Sin embargo, juntó un buen manojo de cebollinos. Había menta por todas partes, pero con la menta ya se sabía. Sus raíces se extendían bajo la superficie y brotaba en varios sitios distintos a la vez. También había un poco de perejil, una buena mata de romero y otra de salvia en flor, que desprendían un aroma muy agradable si las tocabas. También había tomillo limonero, con

su característico olor acre, además de tomillo normal. Desde luego haría un buen uso de semejante cosecha. Las hierbas eran a un tiempo apetitosas y medicinales.

También recogió un poco de perejil, cortando las partes muertas.

La puerta de la cocina no estaba cerrada con llave. Justo cuando estaba girando el picaporte reparó en la sombra del hombre que salió por la esquina de la casa, todavía con la escopeta colgada del hombro. Era el mismo que había visto desde la ventana. Volvió a preguntarse quién sería. ¿El jardinero, tal vez? ¿O simplemente un vigilante que había contratado Rand? Se detuvo de golpe y la miró entrar antes de cruzar el patio y desaparecer de nuevo. Verle fue un escalofriante y deprimente recordatorio de que estaba prisionera.

La cocina estaba caldeada y llena de aromas agradables. Se olía la sopa que hervía en la olla y oyó su borboteo. Había varias ristras de cebollas colgadas de las vigas del techo, y también chalotas. Confió en que Adrienne hubiese puesto alguna en la sopa. Tendría que haberle pedido que lo hiciera.

Adrienne estaba delante del fogón, con una cuchara de madera en la mano. Unos mechones de pelo se habían caído de las horquillas y se estaban rizando a causa del vapor. Tenía el rostro crispado por la ansiedad. Estaba claro que cocinar para siete personas era un reto con el que no disfrutaba. En su casa se limitaría a dar órdenes a los sirvientes. Quizá nunca había puesto un pie en una cocina.

Echó un vistazo a Hester cuando entró pero no dijo palabra. Su relación había cambiado drásticamente desde que estuvieron en el hospital, donde eran iguales con un propósito común. Ahora Hester era una prisionera y Adrienne formaba parte de la fuerza que la retenía, aunque en realidad fuese tan prisionera de las circunstancias como ella.

Hester entendía a Adrienne mucho más de lo que la joven habría creído. El miedo a perder el padre ya quedaba en un pasado lejano, pero la culpa por no haber estado a su lado todavía persistía.

Le mostró el perejil.

—Mire qué he encontrado en el huerto —dijo Hester, ofreciéndoselo—. Casi todas las sopas parecen más apetitosas con un poco de perejil picado y espolvoreado por encima. Y es muy bueno para la digestión.

Adrienne lo aceptó pero no la miró a los ojos.

—Gracias.

Hester se quedó y ayudó a preparar las verduras que Adrienne había

encontrado en la despensa, y luego coció una generosa porción para los niños.

Regresó a tiempo para picar el perejil y espolvorearlo sobre la sopa, y luego la subieron juntas a la habitación de Radnor. Hester sostuvo la puerta abierta y Adrienne entró con el plato de sopa, servido con primor en una bandeja.

Radnor estaba recostado en la cama. Se le veía cansado y enfermo, y no hizo esfuerzo alguno por disimularlo hasta que vio a Hester detrás de Adrienne.

—Papá, te hemos traído un poco de sopa —dijo Adrienne con dulzura—. La he hecho lo mejor que he podido y debería sentarte bien.

Radnor la miró con una extraña mezcla de sentimientos. Su rostro reflejaba orgullo bastante abiertamente, pero también un chispazo de enojo y un profundo pesar que era casi tan visible como los estragos de su enfermedad.

Al verlo, Hester se sintió en buena medida una intrusa que no debería ser testigo de tan íntima relación. Se le ocurrió retirarse, pero parte de su deber consistía en asegurarse de que Radnor comiese tanto como pudiera y atenderlo si le sobrevenía algún malestar. Su propia incomodidad era irrelevante.

Se limitó a preguntar a Radnor si podía ayudarlo a ponerse más cómodo para comer, y entonces se dio cuenta, enojada consigo misma, de que así parecía una sirvienta. Ella era enfermera, no su doncella. ¡Y estaba allí bajo coacción! Mientras lo ayudaba a inclinarse hacia delante para ahuecar las almohadas se preguntó qué sabría acerca de las circunstancias de su presencia en la casa. ¿Estaba enterado de que le habían hecho perder el conocimiento con éter para llevarla allí contra su voluntad? ¿Que ahora en realidad era una prisionera, con los niños como garantía de su buena conducta?

Y si lo sabía, ¿le importaba?

Miró un instante sus fríos ojos azules al recostarlo de nuevo, y fue él quien apartó la vista. Había un exceso de perspicacia en él, algo tan inquisitivo que parecía leerle el pensamiento.

Adrienne insistió en darle de comer ella misma. Radnor no estaba en condiciones de sostener la cuchara sin derramar la sopa, y eso lo enojaba. Hester lo vio en las arrugas de su rostro y lo oyó en sus gruñidos al tragar. Si Adrienne se dio cuenta, hizo ver que no.

Además, se estaba quedando sin aliento. El esfuerzo que le costaba comer era evidente para todos.

—Quizá deberíamos parar un momento —sugirió Hester—. La sopa no se enfriará.

Adrienne titubeó.

—¡Haz lo que te dicen! —le espetó Radnor, y acto seguido se atragantó.

—¡Perdona, papá! —dijo Adrienne enseguida. Miró desesperada a Hester—. ¡Haga algo! ¡Se está asfixiando!

Hester sospechó que el ataque de tos era fingido. Ya le había visto manipular los sentimientos de su hija.

—¡Ayúdele! —ordenó Adrienne.

Radnor la miró y volvió a toser.

Esta vez Hester tuvo bastante claro que estaba fingiendo.

—Tal vez será mejor que no le demos más sopa —dijo fríamente—. No se encuentra tan bien como creía. Es una lástima. Pero no la desperdiciaremos.

Radnor la fulminó con una mirada cargada de malevolencia.

—Si quiere sopa, señora, prepáresela. Esta es mía. Mi hija la ha hecho para mí.

Hester le sonrió con dulzura.

—Por supuesto que sí. Y me alegra de que esté tan bien como para apreciarlo. —Se volvió hacia Adrienne—. Me parece que pese a todo está en condiciones de terminársela.

Dio media vuelta y salió de la habitación antes de que Radnor viera su indignación.

Radnor pareció fortalecerse después de comer. Solo una o dos horas después de tomar la sopa se repuso e insistió en que Adrienne se quedara a pasar la noche con él. Su hija ya avisaría a Hester o a Rand si necesitaban auxilio.

Hester observó a los dos con vergüenza ajena mientras Adrienne intentaba acompañarlo al cuarto de baño para que pudiera ir de vientre. Lo agarró de un brazo para ayudarle a mantener el equilibrio sobre sus debilitadas piernas, sin que diera la impresión de estar soportando su peso. Radnor iba inclinado y, por consiguiente, el camisón le quedaba muy largo en la parte de delante. Corría el riesgo de tropezar con él y caerse.

—¡Por Dios, ponte derecha, chica! ¡Soy un enfermo, no un idiota! —

gruñó Radnor.

Aquello fue totalmente injusto. Era evidente que Adrienne lo hacía lo mejor que podía, pero no se quejó, ni siquiera intentó defenderse.

Radnor se tambaleó y Adrienne entró en pánico. Se volvió hacia Hester con los ojos muy abiertos.

—¡Cálmate! —le dijo, furioso, Radnor—. ¡No me dejes caer, maldita sea! ¿No sabes hacer nada a derechas?

—Lo siento, papá. Apóyate más en mí. ¡No te soltaré!

Hester se dio cuenta de que Adrienne estaba asustada y perdiendo el control. Se apresuró a coger a Radnor por el otro lado, sujetándolo con firmeza. Notó que sus músculos se tensaban al zafarse de ella. ¿Aquello era deliberado?

—¡Señor Radnor! —dijo Hester secamente—. Apóyese en mí y deje que Adrienne nos abra la puerta.

Radnor la fulminó con la mirada. Tenía más fuerzas de las que Hester suponía.

—¿Cree que va a entrar aquí dentro para ver cómo hago de vientre, señora?

—Alguien tiene que sujetarle el camisón —replicó Hester—. Si intenta hacerlo solo, se caerá. Podría terminar pasando la noche en el suelo o, peor todavía, romperse una cadera. O ambas cosas.

Adrienne reprimió un sollozo y lanzó a Hester una mirada cargada de odio y desesperación.

—Ya te ayudaré yo —le susurró a su padre. Luego dijo a Hester—: Por favor, váyase. ¡Lo despoja de toda dignidad! ¿Cómo puede ser tan... cruel?

Hester perdió la paciencia, no con la fragilidad o el miedo a la humillación, sino con la mezcla de amor, aversión y dependencia mutua que parecían tener padre e hija.

—No hay nada indigno en ser humano —dijo Hester, enojada ante tanta estupidez—. Todos nacemos desnudos y berreando. Todos funcionamos esencialmente de la misma manera. Todos nos necesitamos unos a otros de vez en cuando. Nadie lo está despojando de su dignidad. O bien la conservas, o tú mismo renuncias a ella al comportarte como un idiota. —Se volvió hacia Radnor—. Usted no es distinto de cualquier otro hombre. Por el amor de Dios, deje de montar el número porque tiene que ir de vientre. ¡A nadie le importa!

Adrienne dio un grito ahogado.

Radnor pareció considerar un momento si responder o no, y optó por callarse.

Cinco minutos después volvía a estar en la cama, listo para pasar la noche. Adrienne, exhausta, estaba sentada a su lado con un libro en las manos, leyendo a media voz a su padre mientras él conciliaba el sueño.

Por la mañana, Hester se despertó asustada. Al recordar dónde estaba, le sobrevino una sensación de pérdida. Permaneció inmóvil, pensando en Monk y en Scuff. ¿Sabían ya lo que le había ocurrido? ¿Qué les habría dicho Magnus Rand?

Entonces oyó ruidos abajo, pasos. Lo que ella sintiera carecía de importancia. Lo que contaba eran los tres niños y las promesas que les había hecho.

Se levantó de la cama. Estaba entumecida, y todavía cansada, pero no le sucedía nada malo. Tenía una batalla que librar hora tras hora, minuto a minuto. Si Radnor podía salvarse, tanto mejor, pero debía mantener a los niños con vida hasta que se le ocurriera una manera de escapar.

Se lavó y se vistió con la misma ropa de la víspera. No tenía otra cosa que ponerse. Después bajó a la cocina. Fuera todavía era de noche, solo un pálido resplandor en el este anunciaba que el amanecer se acercaba. Entonces entendió qué era el ruido que había oído. El jardinero estaba limpiando las cenizas del fogón para avivar el fuego. Cerró la puerta de golpe y se levantó despacio, dándole la cara, un palmo más alto que ella e imponente incluso sin su escopeta.

—Más vale que ni se le ocurra —dijo en voz baja al ver que Hester miraba hacia la puerta de atrás—. Puedo derribarla en un momento y, entonces, qué sería de los pequeños, ¿eh? La señorita Radnor no va a cuidar de ellos. Está demasiado ocupada con su padre. —Torció los labios en una media sonrisa—. El fogón estará caliente dentro de cinco minutos. Hay harina de avena en ese arcón de madera de ahí, y leche abundante. Y también hay huevos.

Hester miró su rostro macilento y sus nudosas manos. Seguramente había matado pollos y conejos con ellas, con un gesto rápido y sin pensar en ello. Haría cualquier cosa que Rand le pidiera. En sus ojos no había ni una chispa de imaginación, tampoco piedad.

—Buena idea —convino Hester—. Gracias por encender el fuego.

El jardinero gruñó y dio media vuelta. Había estado preparado para una respuesta enojada o suplicante. La conformidad de Hester lo pilló por sorpresa.

Hester preparó una buena porción de gachas de avena, suficiente para todos ellos, incluido el propio Rand. Después las dejó hirviendo a fuego lento mientras iba a levantar a los niños. Cuando se hubieron lavado y vestido los llevó de regreso a la cocina y les sirvió gachas con mucha leche. Estaban sentados a la mesa de madera, comiendo, cuando entró Rand.

—¿Qué significa esto? Señora Monk, no voy a permitir que...

Enojada, Hester se apartó de la mesa para que no la oyeran los niños.

—Si no les concede un poco de aire fresco y toda la comida que necesitan, lo que tendrá serán unos niños enfermos cuya sangre no le servirá —le contestó con aspereza, en voz baja—. Supongo que no habrá llegado tan lejos para fracasar por culpa de un detalle tan obvio.

El semblante de Rand reflejó un momento de sorpresa, y también de algo que bien podía haber sido agradecimiento. Recobró la compostura de inmediato.

—Encárguese de que hayan terminado y regresado a su habitación dentro de una hora.

Hester miró fijamente aquellos ojos de cuyo color nunca estaba segura, y luego su boca de labios finos, sin ninguna curva, ni ninguna pasión.

Se sorprendió a sí misma aceptando sus órdenes obedientemente. No podía permitirse enojarlo.

Las gachas habían perdido su sabor pero se las terminó de todos modos, y después llevó a los niños de vuelta a su habitación y cerró la puerta con llave al salir. Las ideas se le agolpaban en la cabeza, buscando formas de escapar sin encontrarlas.

Rand regresó justo cuando había dicho que lo haría. Era exacto en todo. Ni siquiera hacía gestos innecesarios.

—Vamos a comenzar, señora Monk —le dijo Rand a Hester—. Esté atenta y haga exactamente lo que le diga. Usted es una mujer inteligente y muy buena enfermera. Le ruego que no nos haga perder el tiempo fingiendo que no entiende lo que estamos haciendo. —La miró un momento a los ojos, como para asegurarse de que le estaba prestando atención—. Vamos a extraer sangre a los dos niños mayores, algo menos de medio litro a cada uno —continuó—. Mezclaré el zumo de limón y la potasa en proporciones exactas,

y usted observará. Por favor, no sea tan tonta para fingir demostraciones sentimentales. Si lo hace, me veré obligado a lastimarla. Si los niños salen perjudicados, será por culpa de su estupidez.

La miró fijamente, con cierto grado de respeto.

—Sé cosas acerca de usted, señora Monk. No la elegí al azar entre las demás enfermeras. Usted ha asistido a operaciones quirúrgicas; de hecho, incluso ha realizado alguna cuando no había alguien más cualificado. Tiene habilidad y entereza. No desperdicie la vida de estas personas con histrionismos y moralinas. ¿Entendido?

Hester lo entendió perfectamente. Él lo supo ver en su rostro y se volvió sin aguardar una respuesta verbal.

Primero, Hester observó cómo preparaba el zumo de limón exprimido, refinándolo hasta que quedó completamente claro. Entonces lo mezcló con potasa, en medidas exactas. Vertió la mezcla en un tarro y lo cerró herméticamente.

A continuación lo acompañó a buscar a Maggie para llevarla la habitación de arriba, donde le extraerían la sangre.

Hester prefirió clavarle la aguja ella misma porque le constaba que lo haría con más delicadeza que Rand. Los conocimientos químicos de Rand eran magníficos, sus mediciones exactas hasta la última gotita, pero desconocía el concepto de amabilidad y no parecía entender el miedo.

Al menos eso era lo que Hester pensaba hasta que le tocó el turno a Charlie. Esta vez a Rand le resultó difícil mirar. Hester oyó cómo inhalaba cuando clavó la punta de la gruesa aguja en la vena del delgado brazo de Charlie. Apenas se había curado del último pinchazo.

Hester le habló a Charlie en voz baja, disculpándose por lo que estaba haciendo, pero contándole el maravilloso regalo que estaba haciendo a otras personas, a la ciencia médica y al conocimiento en general. Todo ese rato, mientras oía su propia voz, se estuvo preguntando si debía decirle tales cosas. No quería que Charlie pensara que aquello le gustaba o que lo encontraba correcto, pero necesitaba que Rand pensara que creía en ello.

Era sumamente consciente de la presencia de Rand arrimado a ella, bien cerca para asegurarse de que Hester solo hacía exactamente lo que le había dicho que hiciera.

Tiró del émbolo suavemente y observó el líquido escarlata que llenaba el tubo de cristal. Le revolvía el estómago estar participando en semejante

procedimiento, pero al menos ella haría menos daño a Charlie que Rand. El terso rostro infantil de Charlie estaba pálido mientras también él miraba.

Cuando hubo terminado pasó el vial de sangre a Rand, que lo cogió sin mirar a Charlie ni darle las gracias. O bien estaba tan concentrado que era ajeno a las demás personas, o bien era presa de ciertos sentimientos que le exigían todo el dominio de sí mismo al que pudiera recurrir. Por un momento Hester pensó que se trataba de lo segundo, pero no tardó en cambiar de parecer. ¿Por qué iba a pensar que Rand tenía sentimientos? Estaba utilizando a los niños. ¡Y a ella la había secuestrado!

Sonrió a Charlie y lo acarició con dulzura.

—Gracias —dijo. Entonces agregó—: Ven a tenderte un rato. Hay agua abundante, así que, por favor, bebe. Intentaré preparar algo especial para almorzar.

Le dedicó la mejor sonrisa que pudo.

Cuando regresó de llevar a Charlie a la cama, encontró a Rand aguardándola, impaciente.

—El tiempo es esencial, señora Monk. Pensaba que ya lo sabía.

—¡También lo es la salud de nuestros... donantes! —le espetó Hester—. Si ellos no están bien, tampoco lo estará el señor Radnor y, más importante si cabe, tampoco el experimento.

—Me alegra de que comprenda que todo forma parte de un mismo esfuerzo —respondió Rand, aparentemente más calmado—. Por favor, ayude a Adrienne a terminar de preparar al señor Radnor. Le enseñaré qué debe hacerse exactamente con la sangre en otra ocasión. Es conveniente que usted lo entienda.

Hester no le había dicho que no le importaba lo más mínimo cómo trataba la sangre. Pero reparó en que Rand parecía reclamar su interés. ¿O acaso ya lo había percibido? Se molestó consigo misma por estar interesada, y también por no haber puesto suficiente cuidado en ocultárselo. Desde un punto de vista moral le repelía y, sin embargo, las posibilidades del bien que podía hacer encendían su imaginación. Miles de soldados, fantasmas del pasado, abarrotaron su mente.

—Sí, señor Rand —dijo obedientemente, y se volvió para que no le viera el rostro.

Encontró a Radnor recostado sobre varias almohadas. Era indudable que tenía más color en la cara e incluso una chispa de interés en los ojos.

Adrienne estaba a su lado, atenta a cualquier movimiento, escuchando cada palabra como siempre.

Radnor miró a Hester de arriba abajo con ojos brillantes y escrutadores.

—¿Por qué es enfermera, señora Monk? —preguntó con curiosidad—. ¿No tiene una familia a la que cuidar, un hombre que la mantenga? No es fea pero tiene una lengua muy afilada, y los hombres pueden cansarse pronto de eso.

Hester lo miró sorprendida.

—Durante la guerra de Crimea fue por el deseo de ser útil y por el profundo respeto que me inspiraba el valor de muchos de nuestros soldados. Me enojaba la estupidez de otros, supongo. —Lo miró de hito en hito, con la misma dureza que él la miraba—. Ahora estoy sustituyendo temporalmente a una amiga. Cuando regrese retomaré mis ocupaciones habituales. Si es que sobrevivo, claro. Estoy aquí bajo coacción, como sin duda sabe perfectamente. Pero admito que los experimentos del señor Rand me intrigan. Hay mucho que aprender.

Radnor asintió con la cabeza muy despacio.

—Le gusta aprender. A mí también. Aprenda cuanto pueda. El conocimiento es la riqueza del mundo; la belleza es su alegría. ¡Aprecie la belleza que hay en todo! Aprenda cuanto pueda, insisto. Pase la noche en vela bajo las estrellas y analice todas las sublimes posibilidades que ofrece la mente. —Sonrió, como si en su memoria las estuviera saboreando—. Coma el fruto de la vida hasta que el jugo le chorree por el mentón. Ríase de lo absurdo hasta que le duelan los costados y se quede sin aliento. ¡Agárrelo! No lo suelte hasta que le arranquen los dedos cuando haya muerto. ¡Vístase de colores, mujer! No de ese maldito gris azulado.

Volvió a mirarla de arriba abajo, torciendo los labios con desdén.

—Tal vez me vestiré de escarlata, como si llevara uniforme de soldado —contestó Hester, sosteniéndole todavía la mirada—. Para que la sangre no se vea.

Radnor asintió y sonrió lentamente, pero sus ojos volvían a reflejar miedo.

—Me estoy muriendo, pero al menos he estado vivo. ¿Alguna vez ha estado viva? ¿Viva de verdad? ¡Con su cuerpo flacucho, su vestido gazmoño y la espalda tiesa como un palo de escoba! ¿Alguna vez ha amado a un hombre, salvo a una distancia segura? ¿Eh?

—Sí. Y quizás ame mañana, y muchos mañanas después de ese. Usted no. Y ahora ¿me permite hacer mi trabajo y prepararlo para la siguiente tanda de tratamiento? —le preguntó, esbozando una sonrisa gélida.

—¡Cómo se atreve a hablarle así a mi padre! —dijo Adrienne con firmeza, levantándose de un salto—. ¡Recuerde quién es y cuál es su posición aquí!

Hester la miró.

—Estoy prisionera aquí porque usted necesita mis aptitudes a fin de tener alguna posibilidad de salvarle la vida a su padre. Eso no lo olvido. Diríase que es usted quien lo ha olvidado.

Radnor juntó las manos, que apenas se rozaron, con la intención de aplaudir.

—Te supera —le dijo a Adrienne, luciendo una maliciosa sonrisa de satisfacción—. ¡De hecho, no eres ni la mitad de divertida!

Adrienne hizo una mueca de dolor pero permaneció de pie. No lo miró ni le contestó. En cambio, insistió en ayudar a Hester a prepararle el brazo, esterilizándoselo con alcohol, para luego ponerlo lo más cómodo posible a fin de que no le costara tanto estar absolutamente quieto.

Rand entró en la habitación. Puso el aparato en su sitio y comenzó el procedimiento. Clavaron la aguja en el brazo de Radnor. A Hester le constaba que dolía, pero él se negó a demostrarlo, ni siquiera con los ojos. Solo su respiración se alteró un momento, pero enseguida volvió a ser normal. Hester respetó su coraje aunque poca cosa más. Su voluntad de vivir era casi palpable en la habitación, como la energía en el aire cuando se avecina una tormenta.

Adrienne se apartó un poco de su lado pero en ningún momento dejó de mirarlo. ¿Realmente imaginaba que podía hacer algo por ayudarlo? ¿O solo se trataba de una mezcla de hábito y miedo, y del dominio que él ejercía sobre su hija, como si fuese de su propiedad?

Mientras los segundos se iban sucediendo, Hester comprobaba que la sangre fluyera sin trabas y que el pulso y la temperatura de Radnor se mantuvieran estables. Tenía los ojos cerrados pero a Hester le constaba que estaba despierto, notando cómo se fortalecía la vida en sus venas con la sangre fresca y roja de Charlie dentro de su cuerpo.

¿Qué había en la sangre de esos niños para que diera vida? Rand era químico. ¿Lo sabía él? Se lo preguntaría en otra ocasión, cuando estuvieran a

solas. ¿Por qué era diferente su sangre? ¿Guardaba relación con algún elemento mínimo del procedimiento, el ritmo, el equilibrio entre los ingredientes, o dependía del paciente que la recibía?

Adrienne observaba a su padre, ignorando a Hester como si fuese parte del aparato, con sus tubos y botellas, su estructura, abrazaderas y alambres para sostenerlo todo en su sitio.

El color estaba volviendo al rostro de Radnor. Hester era consciente de que Adrienne también se daba cuenta. Se inclinó un poco hacia delante. Tenía rígidos los músculos del cuello debido a la tensión, y los ojos muy abiertos. ¿Qué estaba viendo, la vida recuperando las pautas de antes, a su padre con el vigor y la energía de antes? No había oído hablar a Adrienne acerca de su propia vida, excepto para explicar que su padre dependía de ella. ¿Era tan cautiva como Hester en aquella casa? La diferencia era que mientras Radnor viviera, para Hester no habría un final a la vista.

Pero si moría, sí que habría un final cercano. Rand no podía permitirse dejarla salir de allí con todo lo que sabía sobre lo sucedido. Testificaría contra él; no tendría elección moral. Y, pensamiento todavía más espantoso para ella, a Charlie, Maggie y Mike también los matarían. Al menos los dos mayores dirían lo que sabían. Rand no podía arriesgarse a que ocurriera eso.

Tenía que hallar la manera de sacarlos a todos de allí.

¿Cuánto tiempo más la seguiría necesitando Rand? Si el tratamiento tenía éxito, para cuando estuviera seguro sería demasiado tarde para que Hester pudiera actuar.

Rand lo sabía. Estaría atento a los progresos de Radnor, cada mejoría, cada empeoramiento, y sabía que ella también lo estaría. Sintió frío solo de pensarlo, se le erizó el vello de los brazos, como si alguien hubiese dejado entrar una corriente de aire gélido. No cabía cometer ni una sola equivocación.

Miró al otro lado de la cama y vio que Adrienne la estaba observando. Sus ojos se encontraron un momento en el que pareció que ambas se comprendían mutuamente a la perfección. Pero duró un suspiro y enseguida volvieron a ser las desconocidas que habían sido antes.

Una vez más, la sangre nueva produjo una notoria mejora en la salud de Radnor. El día siguiente al tratamiento estaba sentado en la cama y recibió con gusto un buen desayuno. Hester se lo llevó con sentimientos encontrados. Su profesión y su voluntad eran curar. Estaba entrenada para descartar la personalidad de los enfermos; y el juramento de todos los profesionales de la medicina obligaba a hacerlo siempre lo mejor que podían, sin juzgar.

Y el tratamiento estaba dando resultado. Eso era una victoria nueva y de gran importancia.

Por otra parte, cuanto más cerca estaba Radnor de recuperarse del todo, menos control tenía Hester sobre su vida, menos tiempo para pensar.

Ahora, Radnor la estaba observando.

Hester le puso la bandeja delante y vio con una mezcla de placer y repugnancia cómo cogía el tenedor y el cuchillo y comenzaba a dar cuenta de dos huevos pasados por agua sobre una crujiente tostada. Lo había preparado todo ella misma, pues Adrienne carecía de la habilidad necesaria para hacerlo. Radnor comía despacio, con deleite, saboreando cada bocado, bastante consciente de que Hester lo estaba viendo y tomaba nota. En realidad, daba la impresión de que le divertía, como si la atención de Hester diera una dimensión adicional a su placer.

Hester se llevó la bandeja vacía y la dejó en el rellano, y enseguida regresó para tomarle el pulso y la temperatura una vez más. Le cogió la muñeca y la sostuvo mientras contaba. La sangre latía con fuerza, era como si pudiera tocar la vida que había dentro de él.

—¿Y bien? —preguntó Radnor cuando terminó de contar—. ¿Satisfecha, señora Monk?

—Está haciendo progresos, señor Radnor —contestó Hester, soltándole la mano tan pronto como pudo—. Y su temperatura es prácticamente normal.

Radnor sonrió.

—¿Alguna vez se ha divertido, mujer? ¿Alguna vez se ha reído de algo ridículo, ha visto la hilarante absurdidad de la vida? ¿Siempre hace lo que le dicen o mira a sus patronos a los ojos y les dice que se vayan al infierno? Tal vez tenga usted menos sangre roja que yo. —Soltó una carcajada seca—. Qué hace el señor Monk para que eligiera a una mujer como usted, ¿eh?

Su expresión era curiosa, casi lasciva.

—Es comandante de la Policía Fluvial del Támesis, señor Radnor — respondió con una sonrisa tan fría como la de él. Reparó en la expresión de sus ojos y él supo que ella la había visto. Eso lo fastidió—. Y sí, he hecho todas esas cosas que dice —prosiguió Hester—. Sobre todo lo de decir a los hombres que se vayan al infierno, cosa nada fácil en el ejército. Y las he hecho con buenas personas. Y ahora dígame, ¿alguien lo ha amado sin que antes usted lo hubiese comprado, señor Radnor?

En cuanto estas palabras salieron de su boca se arrepintió de haberlas pronunciado. Había permitido que la sacara de quicio y eso era un error táctico, además de moral, entre paciente y enfermera. El momento de sorpresa de Radnor antes de recobrar la compostura fue su única recompensa.

Sonrió de oreja a oreja, volviendo a enseñar los dientes. Estaba satisfecho por haberla provocado sin que ella se hubiese resistido.

Hester pasó parte del día con Maggie, Charlie y Mike. Primero limpió y ordenó la habitación. Era importante hacerlo. Eran muy vulnerables a las infecciones.

Mike parecía estar tan bien como antes, pero Maggie estaba lánguida. Se la veía muy pálida y cada dos por tres se quedaba dormida. Mike fue hasta ella y se quedó plantado junto a la butaca donde estaba acurrucada. Quería hablarle, pero Maggie estaba demasiado adormilada para prestarle atención.

Fue hasta donde estaba Charlie, que miraba por la ventana. No había nada que ver excepto el viento en los árboles y las sombras de las nubes en las colinas distantes.

Mike se apoyó contra él. Charlie lo rodeó con un brazo pero no dijo palabra.

Hester fue a la pequeña despensa y regresó con una bandeja con vasos y una jarra de leche. Cuando apareció de nuevo, Mike corrió a su encuentro y la abrazó a la altura de las caderas. Hester primero pensó que era porque le apetecía la leche, pero después de servirla y convencer a Maggie de que bebiera una poca, se dio cuenta de que Mike estaba asustado. Simplemente no sabía cómo expresarlo con palabras.

Tuvo ganas de abrazarlo, aliviar su temor, pero no era su hijo. No tenía derecho a esa intimidad y la ponía nerviosa inmiscuirse, creando un vínculo que tendría que romper cuando se viera obligada a ayudar a Rand a extraer más sangre; o, finalmente, cuando encontrara una manera de llevarlos a casa. Se preguntó cómo podía darles un respiro de la incertidumbre sobre lo que

sería de ellos, incluso si regresaban a su hogar. ¿Sabían por qué estaban allí? ¿Entendían que Rand les estaba quitando vida para salvar a Radnor?

Se devanó los sesos buscando cuentos que contarles, pero no recordaba los que había oído en su infancia. Y, por descontado, a la edad de Maggie era perfectamente capaz de leer sola.

Solo le acudían a la mente retazos de cuentos. Se acordaba de *La Cenicienta*, ¿pero qué les importaban a aquellos niños los príncipes y los zapatos de cristal? ¿Y en la historia? Estaba llena de relatos apasionantes. ¿O la leyenda?

El primero que se le ocurrió fue el del rey Alfredo y la invasión vikinga. Al menos podría describir los grandes barcos escandinavos y cómo derrotaron a Alfredo, que luego contraatacó.

—¿Os cuento un cuento? —preguntó Hester, sentándose en la otra butaca—. ¿Una historia verdadera sobre un rey muy valiente que juntó a todos sus hombres y libró una gran batalla?

Charlie la miró con gravedad.

—¿Ganó?

—Oh, sí, al final sí —le aseguró Hester—. Era muy valiente y nunca se daba por vencido, por mal que fueran las cosas. ¡De hecho, todavía lo llamamos Alfredo el Grande!

—Sí... por favor —dijo Charlie.

Mike se quedó mirándola fijamente hasta que de pronto agarró un puñado de su falda y poco a poco se subió a su regazo. Se acomodó y aguardó.

—Hace mucho tiempo —comenzó Hester—, no muy lejos de aquí, había un hombre que se llamaba Alfredo. No era especialmente corpulento ni fuerte, pero en cambio era muy valiente...

Una hora después, Mike estaba dormido, todavía en su regazo, y a Hester le sorprendió lo mucho que pesaba. Era como un amasijo de codos y rodillas, y tuvo que moverlo con cuidado para ponerse mínimamente cómoda. Maggie estaba acurrucada en la otra butaca. Charlie seguía escuchando y, cada vez que ella detenía el relato, la instaba a continuar.

Entrada la tarde apareció Rand. Se quedó cerca del umbral, observando la escena un momento antes de requerir su atención.

Hester se levantó, llevando en brazos a Mike para dejarlo junto a Maggie, y luego siguió a Rand fuera de la habitación. Era plenamente consciente de tener los ojos de Charlie clavados en la espalda mientras cerraba la puerta.

El rostro insulso y erudito de Rand estaba crispado de irritación.

—Está perdiendo su profesionalidad, señora Monk —dijo fríamente—. No está aquí para entretener a esos niños. Usted es parte de este experimento. Sería una gran estupidez que lo olvidara.

Esta vez la cautela refrenó la respuesta que le acudió a los labios.

—Solo una parte —convino Hester—. Soy reemplazable, aunque no sea fácil ni conveniente en este momento. Lo mismo vale para ellos. Su sangre da resultado. No tiene la de otras personas que también lo dé. ¿No es verdad, señor Rand?

Rand le sostuvo la mirada en silencio durante un prolongado momento. Estaba desconcertado por sus observaciones y, sin embargo, como siempre, extrañamente complacido de que pareciera entender lo que había que hacer. Dio media vuelta y pasó delante escaleras abajo, cruzó el vestíbulo y entró en la habitación donde realizaba casi todo su trabajo. Era allí donde examinaba cosas bajo el microscopio finamente cincelado que había cerca de la ventana.

Se volvió de cara a ella tras cerrar la puerta, de modo que no hubiera riesgo alguno de que Adrienne los oyera sin querer.

—¿Qué persona de honor se negaría a donar un poco de su sangre para salvar la vida de otra? —inquirió Rand.

—Ninguna —contestó Hester—. Nunca he dudado de su propósito, señor Rand, solo de los medios que utiliza para alcanzarlo.

—¿Y qué medios me sugiere que utilice, señora Monk? —preguntó Rand—. ¿Cuánto he de esperar? ¿Hasta que encuentre a otra familia de niños cuya sangre cure a todo el mundo? Tal como ha señalado, ni siquiera sé dónde buscar, o cómo reconocerla si la encuentro, excepto con el método de ensayo y error.

¿Era emoción lo que resonaba en su voz, o eran figuraciones de Hester?

—¿Cuántas personas pierden miembros y mueren a causa del shock y la pérdida de sangre? —Su voz se volvió rasposa, como si algún recuerdo lo estuviera ahogando—. ¿Cuántos hombres mueren de leucemia? —Se movió para que Hester no pudiera verle el rostro más que de perfil—. A veces la mayoría se salva por el sacrificio de una minoría. No es culpa mía, así lo dicta la naturaleza.

Se calló de golpe y permaneció en silencio. Después se enderezó y alcanzó un pequeño cuadrado de cristal de los que usaba para analizar muestras de sangre con el microscopio.

—Necesito su ayuda —dijo con aspereza—. No podemos perder el tiempo con caprichos sentimentales.

—Ocuparse de que los niños sobrevivan no es un capricho sentimental, señor Rand —replicó Hester con amargura—. Cuando salve a alguien del todo, tendrá que saber por qué da resultado su sangre, a diferencia de la de cualquier otro, al menos por el momento. Seguramente hay muchas cosas que podrían ser la causa, ¿verdad? ¿Guardan relación con sus padres? ¿Su vida, su herencia, su entorno? ¿Es algo que comen o incluso algo que no comen y los demás sí?

Miró el cuerpo envarado de Rand, la rigidez de sus hombros.

—Descubrir que da resultado y ayudar a Bryson Radnor a vivir es solo el principio —prosiguió Hester—. ¿Acaso quiere anunciar al mundo: «Sí, lo hice, pero no sé cómo y por eso no puedo volver a hacerlo»?

Rand se volvió muy despacio hacia ella. Estaba pálido, pero de súbito sus ojos brillaban.

—Qué perspicaz, señora Monk. Me equivoqué al decepcionarme de usted. Por supuesto que debo saber qué es lo que cura tan increíblemente en esta sangre en concreto, y en qué es diferente de la de otras personas. Pero si tengo éxito con Radnor, habrá más dinero disponible para financiar la investigación. La gente suplicará participar en ella. —Esbozó una sonrisa avinagrada—. Haré muchos nuevos amigos entre quienes ahora no tienen el menor interés.

Hester percibió el sufrimiento que subyacía tras su amargura. No lo había creído capaz de sentir un dolor personal, pero quizá se equivocaba. Fue algo más que una táctica para su propia supervivencia y la de los niños lo que la empujó a preguntar. Le constaba que no debía ser taimada. Rand se daría cuenta de inmediato y se molestaría.

—Para usted se trata de algo personal, ¿verdad? En realidad no persigue la gloria.

—¡La gloria! —Rand pronunció la palabra como si fuese una obscenidad—. ¿En eso cree que consiste la ciencia médica? ¿En una búsqueda de autobombo?

Torció el semblante con desagrado por haber esperado de ella algo más elevado.

Hester aceptó que había cometido un error e intentó corregirlo.

—Tal vez debería haber dicho la pura búsqueda del conocimiento en sí

mismo, más que su aplicación práctica. Eso es algo que no cabe menospreciar.

Rand se quedó momentáneamente perplejo por el modo en que Hester captaba el asunto. Se vio obligado a pensar otra vez.

—¿Por qué le importa tanto, señora Monk? ¿Piensa que no soy consciente de que no para de recordarme el valor de esos niños porque ha desarrollado un vínculo sentimental con ellos?

—¡Se equivoca de nuevo! —dijo Hester, dando rienda suelta a su enojo—. Está dando a entender algo sensiblero y básicamente egoísta. Eso es indigno de cualquiera de nosotros dos. Me preocupo por ellos porque son dulces y valientes, y deberían crecer para tener tantas oportunidades en la vida como les depara el destino. Esto no es sentimental, ¡es decencia elemental! Si le traen sin cuidado los individuos, miente cuando dice que no persigue la gloria. Sin un objetivo que vaya más allá de usted mismo, está claro que busca la gloria, alabanzas, recompensas. No se engañe a sí mismo.

Rand hizo una mueca tan brusca como si le hubiese dado un tortazo.

—Qué de prisa juzga usted —la acusó—. Quiero la cura para la leucemia de modo que nadie vuelva a morir de eso, ya sea adulto o niño. —Hablaba con vehemencia, la voz le temblaba como si no pudiera controlarla—. Vi morir a mi hermano, y apenas era mayor que Charlie. Era el niño más guapo que he conocido más brillante, más gentil, más inteligente que yo. —Torció los labios en una mueca de enojo—. Magnus es un gran tipo, pero nunca compensará la ausencia de Edward. —Inhaló profunda y entrecortadamente—. Como tampoco yo. Pero tal vez salve a alguien en el futuro que alcanzará la grandeza, la belleza de la mente y el alma.

—Quizás a Charlie —dijo Hester en voz baja, esta vez sin crítica—. Nunca se sabe. O los hijos que algún día tendrá.

Rand la miró. Por un momento no hubo el menor fingimiento de indiferencia en él, solo recuerdo y profunda pena.

—¡Maldita sea! —dijo en voz baja—. ¡Quiero que cuide a esos niños y los mantenga con vida para que pueda usar su sangre hasta que logre salvar a Radnor y descubra cómo lo estoy haciendo! Eso es todo.

—¿Habría utilizado a Edward de la misma manera, si otra persona le hubiera llevado a trabajar en esto?

Sabía que estaba corriendo un riesgo, pero nunca tendría una oportunidad mejor que aquella.

—No puedo utilizar a Edward, de modo que eso no importa —respondió Rand, despiadadamente.

—¿Y a Magnus?

Hester no iba a soltar a su presa.

—¡Lo necesito vivo! Es médico, y muy bueno. Necesito sus aptitudes. Esto debería estar al alcance de su entendimiento. —Se le ensombreció el rostro—. Además, ya intentamos trasfundir la sangre de Magnus. No dio resultado. La mía tampoco. Lo intenté dos veces con la mía. Ambos pacientes murieron. —Le dio la espalda—. ¿Y ahora me haría el favor de dejar de darme la lata con sus preguntas y atender a su trabajo? Es posible que mañana tengamos que extraer más sangre.

—¡No puede hacerlo! —dijo Hester, presa del miedo otra vez—. ¡Los matará! No puede seguir sacándoles sangre tan a menudo. Aparte de otras consideraciones, su sangre carecerá de propiedades curativas. Por el amor de Dios, ¿es que no se da cuenta?

Rand permaneció inmóvil de espaldas a ella.

—De todas formas, ¿por qué demonios está haciendo esto? —inquirió Hester—. ¡Quizá sea brillante, pero usted es químico! El médico es Magnus. ¿Por qué no está aquí?

—Sé suficiente medicina para arreglármelas —contestó Rand, todavía de espaldas a ella—. Y usted tiene experiencia. No pierde la calma.

—Eso no es una respuesta —dijo Hester. Se mantuvo tan serena como pudo, pero advirtió que una clase distinta de pánico estaba brotando en su fuero interno—. ¿Magnus sabe siquiera lo que está haciendo usted?

Ahora se dio media vuelta, con los ojos relucientes.

—¡Pues claro que sabe lo que estoy haciendo! Magnus tiene el título de médico, pero yo sé casi tanta medicina como él. Ahora bien, si fracasamos, él tiene más que perder.

Hester se quedó atónita. ¿Hamilton Rand realmente asumía la responsabilidad para salvar a su hermano si todo acababa desastrosamente mal?

Rand reparó en la expresión de Hester y entendió sus pensamientos como si los hubiera dicho en voz alta. Enarcó las cejas.

—No pensará que yo haría tal cosa... ¡No se entera de nada! Nos mira, ve un poco, muy poco y saca conclusiones. ¿Quién piensa que crio a Magnus, lo ayudó a estudiar, lo alentó y pagó su carrera de medicina?

Hester tragó saliva. Tenía la boca seca.

—Su padre... —En cuanto lo dijo se dio cuenta de que se equivocaba—. ¿Usted?

—Abandoné la facultad de Medicina cuando mi padre murió. Me puse a trabajar para ganar dinero con el que mantener a mi familia. Entonces mi madre también murió. Fue después de que Edward... —Respiró profundamente para tranquilizarse—. Después de que Edward muriera. Solo quedamos Magnus y yo. Estaba decidido a que al menos uno de nosotros llegara lejos. Magnus tenía la oportunidad. Y ahora va a tener éxito.

A Hester no se le ocurrió qué decir. Sus sentimientos se desgarraban en tantas direcciones distintas que era como si sintiera un dolor físico dentro de sí. Le costaba imaginar la pérdida que había sufrido Hamilton, su disposición a sacrificarse, la carga de gratitud que pesaba sobre Magnus. Y cada vez que Hamilton mencionaba el nombre de Edward veía el rostro pálido de Charlie, perdiendo su asidero a la vida a medida que le iban extrayendo sangre.

—¿No tiene nada que decir, señora Monk? —preguntó Rand con amargura—. ¿Nada que opinar?

Hester negó con la cabeza.

—Creo que ha llegado el momento de poner fin a esto y que me vaya a preparar la cena. Lo más probable es que Adrienne esté atendiendo a su padre. Y, francamente, prefiero fregar una sartén sucia que alimentarlo.

Rand sonrió, torciendo las comisuras hacia abajo.

—No es preciso que el enfermo le agrade, señora Monk. Basta con que lo mantenga vivo.

—Lo sé, señor Rand —le contestó Hester, esta vez mirándolo a los ojos—. Tengo el mayor interés personal en hacerlo. No lo olvidaré, se lo aseguro.

A última hora de la tarde Hester subió la escalera para ver a Radnor otra vez.

Adrienne aguardaba a Hester ante la puerta del dormitorio.

—No la necesitamos, señora Monk —dijo fríamente—. Mi padre está recobrando fuerzas día a día. El doctor Rand es un genio. Creo que pasará a la historia de la medicina.

Lo dijo con orgullo. Tal vez fuese un sentimiento más seguro que el de una frágil esperanza. Había estado muy asustada, y sin duda la incomodaba ser consciente de que Hester había sido testigo de su miedo casi íntimamente, demasiado de cerca para olvidarlo.

—Me alegra mucho saberlo. —Hester correspondió a su sonrisa. Le fue fácil ser sincera, por muchas razones—. Aun así entraré a comprobar el pulso y la temperatura.

Adrienne se plantó delante de la puerta, bloqueándola. Permanecieron unos segundos enfrentadas en silencio. Finalmente, Hester habló.

—¿Hay algo que no desea que vea, señorita Radnor? —dijo con compostura.

Una sombra cruzó la frente de Adrienne.

—Por supuesto que no. Simplemente no quiero que lo moleste. Sus modales son descorteses, a veces incluso combativos, y estoy convencida de que usted misma lo sabe. Mi padre necesita reposo. Vaya a cuidar de los niños. De todos modos, me parece que le importan más ellos aunque él sea el enfermo.

—Los niños también están enfermos, señorita Radnor, y no tienen a nadie más que se ocupe de ellos —contestó Hester, sorprendida. Le constaba que Adrienne no sentía el menor afecto por los chiquillos. De hecho, no demostraba el más mínimo reparo ante el hecho de que Rand les extrajera sangre regularmente para dársela a su padre. Tal vez estaba tan desesperada que ni siquiera se había detenido a considerarlo. Su miedo a que Radnor pudiera fallecer oscurecía todo lo demás.

Hester pensó por primera vez que, dado que Adrienne ya había cumplido los treinta, a lo mejor había dedicado tanta atención a hacer compañía a su padre que había perdido algunas oportunidades de casarse, y quizá no se le presentarían más. En tal caso nunca tendría hijos. ¿Estaba entristecida por eso?

Uno nunca sabía qué heridas llevaban los demás donde nadie podía verlas. Habló con más amabilidad.

—Solo quiero hacer las comprobaciones habituales, señorita Radnor. No lo molestaré. Luego informaré al señor Rand y después, si no me encomienda otra tarea, me aseguraré de que los niños también estén bien.

Adrienne se hizo a un lado sin decir palabra. Aunque indicó a Hester que entrara, no le abrió la puerta.

Radnor estaba despierto, sentado casi derecho contra las almohadas, con un libro abierto entre las manos. Sin embargo, estaba observando la puerta. Hester estuvo segura, al ver la expresión de interés de su rostro, de que había oído al menos en parte la conversación que acababa de mantener en el

descansillo.

—Me alegra ver que se encuentra tan bien que incluso tiene ganas de leer —dijo Hester con una leve sonrisa mientras cerraba la puerta a sus espaldas.

Radnor levantó el libro un momento y después lo cerró.

—Es bueno —comentó—. Pero no un sustituto de la vida. ¿Echa de menos el ejército, señora Monk? ¿No le gustaría poner a prueba sus aptitudes en algo más interesante que alargar un par de años la vida de un viejo?

Hester lo miró fijamente.

—Sí, señor Radnor. Ahora mismo preferiría con mucho estar en mi casa, pero por desgracia no tengo esa opción. Me gusta hacer muchas cosas, y esta no es una de ellas.

Radnor sonrió.

—¡Sincera por fin! Sin embargo, le gustaría que Rand tuviera éxito, ¿verdad? Le gustaría participar de sus logros. ¿Va a mentirme a este respecto?

Daba la impresión de que disfrutaría si Hester lo hiciera, que saborearía su propia superioridad al reconocer la verdad.

—Sí, me gustaría —admitió Hester—. Pero eso no significa que vaya a ser así.

—¿Tiene intención de escapar? —preguntó Radnor con satisfacción—. Le faltan el arrojo y la inteligencia necesarios. Usted siempre permanecerá dentro de los seguros límites de cumplir con su deber.

—Está claro que se encuentra mucho mejor.

Le alcanzó la muñeca para tomarle el pulso. Le tocó la frente con el dorso de la mano. Estaba caliente, pero con el calor de la vida, no el de la fiebre.

—¿No se marchará, verdad? —la desafió Radnor—. Se quedará, siempre esperando la clemencia de Rand... ¡Hasta que la mate!

Hester terminó de tomarle el pulso. Iba una pizca acelerado pero no salía de los parámetros normales.

Pasó por alto el comentario de Radnor.

—Está mucho mejor, pero ha tenido un encontronazo con la muerte y creo que usted lo sabe.

—Santo cielo, claro que lo sé. Es mi cuerpo el que está enfermo, no mi mente. ¡Deje de hablarme como si estuviera senil! Todavía soy lo bastante joven para poseerla con una pasión que nunca ha imaginado. Podría dejarla sin aliento y pidiendo más.

—Cosa que dudo que pudiera darme —respondió Hester con un toque de frío divertimento, aunque en realidad se sentía particularmente vulnerable. Durante la guerra se había acostumbrado a los comentarios bastante desmandados de algunos soldados. La vida y la muerte estaban muy cerca, en ocasiones. Pero hacía muchos años que no trataba con ese tipo de pacientes.

Radnor la fulminó con la mirada. Entonces, Hester reconoció algo más que furia en su semblante, y supo de qué se trataba exactamente. Era terror, el terror devorador de la aniquilación, de convertirse en nada, ni siquiera un agujero en la oscuridad. Radnor estaba lo bastante recuperado para no anhelar la muerte como un final al sufrimiento, sino para verla como un paso irrevocable hacia el olvido.

—Con un poco de suerte, pasará una buena noche y por la mañana tendrá ganas de desayunar —dijo Hester de manera insulsa. Detestaba el sonido de su propia voz, tan trillada como si no hubiese visto ni entendido nada. Era un insulto a su propia inteligencia. Y, sin embargo, seguía siendo mejor que reconocer la verdad.

Arregló la cama para que resultara más cómoda y dejó una vela encendida para que Radnor no se quedara a oscuras. En el campo la oscuridad era absoluta las noches sin luna, nada que ver con la ciudad, donde siempre había una luz encendida en alguna parte, por débil que fuera, y normalmente los ruidos del tráfico, cascos de caballo, ruedas y repiqueteo de arneses, el recordatorio de que había otros seres vivos en el mundo.

Al salir de la habitación, Hester vio que Adrienne estaba aguardando expectante. Hester le sugirió que durmiera en la butaca que había al lado de la cama, si así lo deseaba.

—¡Por supuesto! —replicó Adrienne—. ¿Qué creía que iba a hacer? ¿Irme a mi habitación y olvidarme de él? No soy una enfermera asalariada.

Dijo estas palabras como si fueran obscenas.

Hester no le recordó que ella tampoco lo era, sino que estaba prisionera bajo amenaza de muerte.

—Si usted fuese enfermera, señorita Radnor —dijo con bastante amabilidad—, sabría que nunca ignoramos ni abandonamos a un paciente, como tampoco los médicos, sean cuales sean las condiciones del servicio que prestamos, tanto si es remunerado como si no.

Adrienne se quedó mirándola unos instantes.

—No —dijo por fin—. Supongo que no pueden, ¿verdad?

Se dirigió hacia la puerta.

—¡Adrienne! —exclamó Hester.

Adrienne volvió la vista atrás.

—¿Sí?

—Mi deseo es que viva, y por muchas razones, pero esto es un experimento peligroso y controvertido. Creo que usted ya lo sabe, pero está dispuesta a correr cualquier riesgo a fin de salvar a su padre.

—Por supuesto que sí.

—A Hamilton Rand solo le preocupa que el experimento tenga éxito por el sinfín de personas que podría salvar en el futuro. Pero para llevarlo a cabo ha encerrado a tres niños y pone en peligro sus vidas al extraerles más sangre de la cuenta.

—¿Y de qué otra manera podría hacerlo? —protestó Adrienne.

—Probablemente de ninguna —respondió Hester con franqueza—. Y si tiene éxito pasará a la historia como uno de los grandes héroes de la medicina. Ahora bien, ¿ha pensado en lo que ocurrirá si fracasa?

Adrienne estaba al borde del llanto. Su rostro parecía casi exangüe.

—No podemos dejar que fracase.

—¿Pero y si fracasa? ¿Ha pensado en lo que Rand hará con nosotros?

Hester detestaba tener que decir aquello, pero quizá nunca tendría otra oportunidad.

Adrienne la miraba fijamente, y el horror le ensombreció los ojos a medida que fue asimilando lo que Hester daba a entender.

—No lo ha hecho —dijo Hester—. Quizá no le importe que me mate. Y tendrá que hacerlo. Me ha secuestrado. No puede permitirse confiar en que no se lo diré a la policía. ¡Mi marido es policía! Y a los tres niños... también tendrá que matarlos. O quizás encargue a ese jardinero que lo haga...

—¡Basta! —Adrienne sollozó.

—Y en cuanto a usted —prosiguió Hester—. ¿Piensa que la dejará vivir? ¿Que se arriesgará a dejarla libre para que cuente a todo el mundo lo que ocurrió?

—Pero si yo no diría nada.

Hester sonrió con amargura.

—Quizá no este año... o el que viene. Pero si usted también está muerta, seguro que nunca lo contará.

—¿Qué... qué quiere que haga? —susurró Adrienne.

—Si el experimento fracasa, debemos escapar... con los niños.

—¿Entonces por qué está intentando salvar a mi padre? ¿Por qué no deja que muera y se escapa cuanto antes?

—Porque no podría vivir con ese cargo de conciencia... ¿Usted sí?

Adrienne permaneció unos momentos mirando a Hester y en sus ojos había comprensión y respeto. Luego se volvió y entró en la habitación de Radnor, cerrando la puerta con firmeza.

Hester se despertó en plena noche al oír girar la cerradura de la puerta de su dormitorio y después la voz de Rand, más aguda de lo normal.

—Vístase, señora Monk, y luego baje de inmediato. Radnor está sufriendo una crisis. Vamos, señora Monk. Dese prisa.

Viejos recuerdos regresaron como una avalancha: ser despertada en la noche por la llegada de los heridos en el campo de batalla. Fue como si los años transcurridos desde entonces se hubiesen desvanecido. En menos de dos minutos estuvo vestida. Se recogió el pelo en un moño que sujetó con horquillas para que no le cayera en la cara. En cuestión de segundos se abrochó los botines.

Rand había dejado abierta la puerta del dormitorio. Cruzó derecha el descansillo y bajó la escalera tan deprisa como era seguro. Oía en su memoria la voz de Florence Nightingale diciendo que nunca se diera prisa hasta el punto de poder cometer un descuido. Había que poner cuidado, hacer siempre las cosas como era debido. Nunca dejarse llevar por el pánico, absolutamente nunca. Aparte de ser inútil, asustaba a los demás.

Abrió la puerta de la habitación de Radnor con toda calma, terminó de atarse el delantal y entró.

Adrienne estaba al lado de la cama, con el rostro ceniciento y el pelo despeinado, la mitad recogido con horquillas y la otra mitad medio suelto como si lo hubiera estrujado presa de la angustia. Ahora tenía las manos entrelazadas delante de ella, con los nudillos blancos de tanto apretar.

—¿Dónde se había metido? —inquirió en cuanto vio a Hester—. ¿Por qué no estaba aquí?

—Tiene que dormir de vez en cuando —dijo Rand en voz baja—. Señora Monk, haga lo que pueda.

La miró un momento, y después se volvió hacia la figura de Radnor, que yacía postrado en la cama. Tenía los brazos abiertos encima de la maraña de sábanas y los ojos cerrados. Su color era espantoso: grisáceo en torno a los

ojos y rojo febril en las mejillas. Parecía no ser consciente de la presencia de los demás, como si ya estuviera entrando en un coma.

Hester fue hasta él, pasando junto a Adrienne y obligándola a quitarse de en medio. Miró a Radnor con más detenimiento y luego le tocó la frente. La tenía húmeda y muy caliente. Su camisón estaba tan empapado en sudor que casi podría haberlo escurrido. Incluso las sábanas estaban húmedas.

—Traiga sábanas limpias, si las hay —dijo Hester, mayormente a Adrienne—. Si no, nos las arreglaremos con mantas.

—No puede cubrirlo con mantas —protestó Adrienne—. Son ásperas y pican.

Hester se volvió hacia ella y la miró a los ojos.

—Haga lo que le digo —dijo con firmeza—. Estas sábanas están sucias y mojadas. Traiga ropa de cama limpia y una palangana de agua. ¡Vamos!

Pareció que Adrienne le hubiesen dado un puñetazo.

—¡Hágalo! —le espetó Rand.

Esta vez obedeció, dio media vuelta y salió de la habitación con torpeza, tan nerviosa que chocó con la jamba de la puerta.

Hester miró a Rand y sintió el pánico que se adueñaba de ella. Tenía la boca seca y el corazón le latía con tanta violencia que se le podría reventar. Si Radnor moría, Rand tendría que ocultar lo que había hecho. Hester dejaría de serle útil, igual que Charlie, Maggie y Mike. No podía permitirse dejarlos vivos y arriesgarse a que contaran lo que había sucedido allí.

Miró a Radnor otra vez. Tenía que despejar la mente de todo lo demás. La fiebre era muy alta. No sabía por qué, ni siquiera si guardaba relación con la última transfusión de sangre. Podría ser otra cosa, un simple germen que una persona saludable habría podido combatir.

Se volvió hacia Rand.

—Hay que intentar bajarle la temperatura. Si la fiebre sigue subiendo lo matará. Antes de cambiar las sábanas le daremos un baño con agua fresca. Usaremos toallas mojadas, y luego la evaporación contribuirá a enfriarlo. Traiga todas las toallas que tenga.

—No tenemos muchas... —comenzó Rand.

—La ropa también sirve, esté limpia o usada —contestó Hester—. Debemos empezar en cuanto la señorita Radnor regrese con la palangana de agua.

Rand aún no había llegado a la puerta cuando Hester volvió a hablar.

—¡Señor Rand!

Rand dio media vuelta, con los ojos muy abiertos.

—Dígale al jardinero que llene la bañera, por si tenemos que meterlo en un baño frío: frío, no gélido. Quizá tenga que ayudarnos a trasladarlo. Supongo que hará cualquier cosa que usted le pida, ¿no?

—Sí, sí, por supuesto.

Asintiendo con un gesto contenido, Rand salió corriendo a obedecer.

Adrienne regresó con una palangana de agua y las sábanas.

—¿Qué está haciendo? —inquirió—. ¿No tiene una medicina que darle? ¿Por qué no está haciendo algo? ¡Sé que lo odia, pero no puede dejarlo morir!

Su voz rayaba peligrosamente en la histeria.

Hester necesitaba que Adrienne se dominara. Afortunadamente, Rand apareció justo entonces en el umbral, con varias toallas.

—Señorita Radnor, requiero su ayuda —dijo Hester con calma—. Este no es un momento adecuado para dejar que sus sentimientos le nublen el buen juicio. Estoy haciendo lo que puedo para salvar a su padre. No sé qué ha sucedido para que le subiera tanto la fiebre, y no tengo manera de averiguarlo. Deje la palangana ahí y pásame una toalla ahora mismo.

Adrienne obedeció a regañadientes, dando a Hester una toalla de mano. Hester la cogió.

—Ahora ayúdeme. Vamos a lavarlo con cuidado...

—¡El agua está fría! —Adrienne tragó saliva—. ¿Qué más da que esté limpio? ¡No sea tan estúpida, se está muriendo!

—No lo estoy lavando —le espetó Hester—. ¡Y el agua no está fría, solo fresca! Intento bajarle la fiebre antes de que le pare el corazón. Haga lo que le digo. Sostenga bien esa palangana y destápelo hasta la cintura.

Adrienne obedeció de mala gana, con el semblante transido de aflicción.

Hester escurrió la toalla y la aplicó con delicadeza sobre la piel pálida de Radnor. Repitió la operación una y otra vez. Después se la puso en la frente y se la pasó por las mejillas, suavemente, como si le tuviera cariño.

Adrienne observaba, resentida al principio y después, poco a poco, con cierto grado de comprensión.

—Traeré agua limpia —propuso tras la sexta vez.

—Que esté más fresca —le dijo Hester.

Cuando Adrienne regresó, Hester reanudó la tarea. El pulso de Radnor seguía siendo rápido y débil, pero la temperatura había bajado.

—Deje la palangana y traiga otra toalla —le dijo Hester—. Y hágale lo mismo en las piernas, tan arriba como pueda.

Adrienne se quedó atónita.

—¡No puedo! Es...

Hester procuró ser paciente.

—¿Lo quiere vivo o muerto? Sus piernas no son distintas de las de cualquier otro hombre.

—¡Es mi padre!

Hester buscó la mirada de Adrienne y vio el terror que sentía, la vergüenza, el miedo a la soledad.

—Adrienne —dijo Hester más amable—, es necesario que lo hagamos, si queremos salvarlo. Si lo prefiere, continúe con la parte alta del cuerpo, tal como yo lo estaba haciendo, y yo me ocuparé de las piernas. Está empezando a reaccionar. —Quisiera Dios que fuese verdad—. Pero no podemos parar. Si la fiebre remite, se pondrá bien... al menos por el momento.

—¿En serio? —preguntó Adrienne con voz ronca—. ¿Está segura?

¿Qué debía contestar? Era todo lo que podían hacer. Hester no conocía otro método para hacer bajar la fiebre antes de que lo matara.

—Si conseguimos bajarle la fiebre se salvará —repitió Hester.

A Adrienne se le saltaron las lágrimas y le resbalaron por las mejillas.

—Gracias —musitó. Respiró profunda y entrecortadamente.

Trabajaron toda la noche. Rand llevó té para las dos y una mezcla de licor y cordial para dársela a Radnor si recobraba la consciencia y era capaz de tragar.

Cuando las primeras luces del alba aparecieron pálidas por el este, de modo que las ramas negras de los árboles quedaban perfiladas contra el cielo, Radnor abrió los ojos.

—¡Papá!

Adrienne sintió un inmenso alivio. Le agarró la mano y se la llevó a los labios, besándola una y otra vez.

Hamilton Rand miró a Hester y muy lentamente sonrió.

—Gracias, señora Monk. Ha hecho honor a su vocación.

Hester miró a Radnor a los ojos. En ellos vio arrogancia y victoria, y un segundo después, consciencia de que ella las había visto y sabía a qué respondían.

Sintió como si un pedazo de hielo le hubiese tocado el corazón.

8

Monk abrió todas las vías de investigación que pudo para buscar a Hester. Habló con todos sus contactos a lo largo del río, incluido Crow, que le refirió su visita a la familia Roberts con Hester, donde se enteraron de que a los niños se los habían llevado al hospital con el consentimiento de su padre, aunque mediante un pago. Monk habló en privado con Sherryl O'Neill, la enfermera con quien Hester había trabajado más unida, pero Sherryl sabía incluso menos que el propio Monk. Estaba consternada con la desaparición de Hester pero no pudo ofrecerle indicio alguno. También temía poner en peligro a Hester si armaba un escándalo, de lo que Monk tomó debida nota con un escalofrío que le heló la sangre en las venas. Y confirmó que los niños ya no estaban en el hospital.

Informó a todos sus hombres, río arriba y río abajo, de la desaparición de Hamilton Rand, aunque eso en sí mismo no era un delito, tal como le había recordado el doctor Magnus Rand.

Radnor y su hija sin duda se habían ido por propia voluntad. ¿Pero adónde?

No fue difícil averiguar dónde vivía Radnor. Su mayordomo vigiló mientras Monk llevó a cabo un concienzudo registro de la hermosa casa con sus cuadros, adornos y recuerdos, pero nada reveló adónde podía haber ido Radnor. Era más que probable que ni él lo hubiese sabido con antelación.

Del mismo modo, tampoco había rastro de Adrienne. Su doncella dijo que no faltaba ninguna prenda de su ropero, excepto el vestido que llevaba puesto el último día que estuvo en la casa. La buena mujer no sabía dónde podía estar su señora. De hecho, le preocupaba que Radnor hubiese fallecido y que Adrienne, alterada por la aflicción, hubiese perdido la cabeza y anduviera vagando sola por ahí, incapaz de enfrentarse a la realidad.

Lo único que averiguó Monk fueron el nombre y la dirección del abogado de Radnor, y decidió enviar a Hooper a entrevistarse con él. Tampoco era que esperase obtener grandes resultados. Radnor tenía derecho a ir y venir a su antojo y ninguna obligación de informar a nadie. No había cometido ninguna clase de delito.

Monk salió de la casa con la cabeza dándole vueltas. Recorrió la tranquila calle bajo el sol sin reparar en su resplandor ni en su calor.

Hamilton Rand se había llevado a Hester por la evidente razón de que

necesitaba servirse de sus aptitudes. Él era químico, no médico, carecía de experiencia práctica en enfermería, y mucho más en el cuidado de un hombre que se estaba muriendo de leucemia, fuese la víctima o el instigador de un experimento.

Rand mantendría a Hester con vida mientras supusiera más una ayuda que un estorbo. ¿Hester era consciente de ello? Era una luchadora nata, de las que luchan primero y piensan en el coste después. ¡Esta vez no! No si tenía tantas ganas de vivir como Monk deseaba que tuviera. Resultaba aterrador constatar en qué medida su propia felicidad estaba vinculada a su presencia, a su amor, a su fe en él. Se preguntó si siquiera habría tenido la voluntad de seguir adelante cuando perdió la memoria, sin saber ni quién era, si ella no hubiese creído que merecía la pena que luchara.

Se había convertido en un hombre mejor a fin de estar a la altura de lo que ella había visto en él.

Era una idea espeluznante. ¿Qué habría sido de él si nunca se hubiesen conocido, o si ella lo hubiese abandonado en los días más oscuros de su despertar después del accidente?

Sin darse cuenta, había avivado el paso. Paró un coche de punto y dio al conductor la dirección de la comisaría de policía de Wapping. No sabía qué hacer a continuación para encontrar a Hester. Había hecho indagaciones sobre otras propiedades que Radnor pudiera poseer, preguntando a todos los allegados y conocidos de Radnor tanto en el ámbito profesional como en el social, aunque tenía pocos amigos. Ninguno tenía constancia de que tuviera otras casas.

Hooper levantó la vista en cuanto entró Monk. Todavía estaba pálido y conmovido, de vez en cuando hacía una mueca de dolor. A Monk le habría gustado concederle un permiso para que se recobrara, pero no podía arreglárselas sin él. Pensó con un gran sentimiento de pérdida en lo a menudo que Orme había dirigido la comisaría en los primeros tiempos, mientras Monk aprendía las costumbres del río, familiarizándose con los hombres y ganándose su confianza.

La muerte de Orme los había afectado mucho a todos. Había una profunda pena en el semblante de cualquier hombre cuando este bajaba la guardia. Lo habrían echado de menos alegremente si estuviera en su casa río abajo, pescando, cotilleando con los vecinos, cuidando el jardín. Todos habrían tenido intención de dejarse caer por allí algún día y ver cómo estaba,

tomar una taza de té o una jarra de cerveza en la taberna. Aunque nunca llegaran a hacerlo, la posibilidad estaría ahí.

Habrían maldecido su ausencia, pero con una sonrisa. Ahora era irrevocable.

Monk extrañaba no solo las aptitudes de Orme y las discretas gestiones que hacía sin aludir a ellas sino que, además, y más aún, era consciente como nunca de la soledad que conllevaba el estar al mando. No había nadie para enmendar sus omisiones, limar las asperezas que en ocasiones provocaba con su actitud, mejorar su todavía imperfecto conocimiento del río y sus costumbres. Sobre todo añoraba el sentimiento de afecto que Orme había creado con su confianza en el triunfo del bien. Jamás había hablado de fe, pero algo de ella subyacía tras sus palabras.

—Buenos días, Hooper —saludó Monk, tan animado como pudo—. He estado en casa de Radnor. He efectuado un registro pero no he hallado nada útil, excepto el nombre de su abogado. No está obligado a decirnos nada. Oficialmente no lo buscamos, ni siquiera como testigo. —Se dio cuenta de lo fútil que sonaba aquello—. Pero si tiene alguna otra propiedad, es posible que sepa adónde hayan ido.

Hooper cogió el trozo de papel que Monk le pasó, pero su expresión dejó claro que lo consideraba tan inútil como el propio Monk.

—¿Algún progreso? —preguntó Monk.

—No, señor. Aunque Laker está investigando a McNab. Tiene unos cuantos contactos en la aduana. Me parece que ese malnacido nos la jugó a propósito.

Monk estaba de acuerdo con él, pero con la amargura añadida de creer que había sido como pago por algún antiguo agravio que McNab consideraba que le había hecho Monk. Había pasado la noche en vela, esforzándose por recordar de qué se trataba, pero no se le ocurrió nada.

Hooper lo estaba observando, aguardando una respuesta.

—Creo que tiene algo personal contra mí —dijo Monk en voz baja. Resultaba difícil admitirlo. Ahora todos sus hombres estaban pagando por lo que quisiera que fuere aquel desaire del pasado, y ni siquiera podía decirles en qué consistía porque él mismo no lo sabía.

Tenía que dar a Hooper una explicación más detallada. ¿Debía decir la verdad, que no recordaba más que vagas sombras y retazos de antes del accidente? ¿Cómo podía esperar que sus hombres confiaran en él, sabiendo

eso?

Pero Hester confiaba en él. John Devon lo había hecho. Incluso Runcorn, su antiguo supervisor, había aprendido a hacerlo. ¿Acaso la verdadera cuestión era que no confiaba en Hooper?

¿Qué estaba pensando ahora? En el mejor de los casos, que Monk era evasivo; en el peor, un mentiroso.

—Venga a mi despacho —dijo Monk finalmente, luego se volvió y pasó delante.

Una vez en el despacho cerró la puerta y permaneció de pie, enfrentado a Hooper, cuya expresión era ahora más seria incluso que antes.

—McNab —dijo Monk, incómodo. Detestaba tener que hacer aquello pero había confiado su vida a Hooper muchas veces. Tal vez era injusto no habérselo contado antes. ¿Pero cuál era el momento adecuado para contárselo a nadie?

Hooper aguardaba en silencio, con los ojos fijos en el rostro de Monk.

—Quizá sea culpa mía. No lo sé porque después de la guerra de Crimea tuve un accidente de tráfico muy grave. Cuando desperté en el hospital no podía recordar nada. Quiero decir nada en absoluto. Ni mi nombre ni mi aspecto ni dónde vivía. Aprendí muchas cosas acerca de mí a partir de los demás, de deducciones. En aquel entonces no se lo conté a nadie, excepto a un colega. No me atrevía porque me sentía totalmente vulnerable.

Vio asombro y compasión en los ojos de Hooper.

—Poco a poco fui recordando la mayoría de mis aptitudes. Tal vez sean parte de mi naturaleza. Gradualmente y a menudo de manera dolorosa descubrí quién me apreciaba y quién no, pero no siempre por qué. Nunca recuperé la memoria. Aprendí a funcionar sin ella. Hester creyó en mí, más que yo mismo.

Reparó en la fugaz comprensión que cruzó el semblante de Hooper. Conocía a Hester y no podía sorprenderse.

—No sé con certeza si McNab me guarda rencor por algo del pasado, pero todo indica que sí. No sé de qué se trata ni si está fundamentado en una verdadera mala pasada o no. —Lo siguiente era lo más difícil de decir pero tenía que reconocerlo—. Ojalá Orme no hubiese pagado mi deuda. Si es real, tendría que haberla pagado yo.

—Real o no, McNab no tendría que haberla cobrado, señor —respondió Hooper—. Si cobramos a cuantos creemos que están en deuda con nosotros,

quizá no tengamos suficiente para pagar todo lo que debemos cuando otros vengan a cobrar.

Monk sonrió a su pesar.

—Gracias, Hooper.

—¿Los demás hombres lo saben, señor?

—No.

No quería abundar en explicaciones; harían que pareciera que intentaba disculparse.

—De acuerdo, señor. Dejaré a Laker en ello, si no le importa, mientras me ocupo de buscar a la señora Monk. Quiero atrapar a ese malnacido. Todos lo queremos. Un buen hombre murió porque nos traicionaron. La próxima vez sabremos a qué atenernos con McNab.

—Sí. Gracias —dijo Monk. Se dio cuenta de que la tensión que le oprimía el pecho se había aligerado un poco al confesar la verdad, sin que importara adónde pudiera conducir.

La mañana y el anochecer eran los peores momentos del día. Monk regresó a lo que para él era peor que una casa vacía. Scuff siempre estaba aguardándolo. Era evidente que cada vez le costaba más adoptar la mirada esperanzada con la que lo recibía y que se retorció como un puñal en las entrañas de Monk. Scuff nunca expresaba sus sentimientos con palabras. Monk no sabía si no sabía cómo decir cuánto sufría o si consideraba que era un asunto demasiado privado para hablar de ello. O quizá tenía miedo de hacer más profunda la tristeza de Monk. ¿Qué se le decía a alguien que temía la peor pérdida de su vida?

A veces Monk deseaba que hablara, pues así ambos podrían comentar su miedo por la seguridad de Hester. Estaban demasiado ocupados en andarse con rodeos, como si no compartir sus temores los hiciera menos reales.

Lo peor de todo para Monk era conciliar el sueño cuando estaba demasiado agitado para permanecer despierto más tiempo; la bendición del olvido y luego despertar por la mañana, cuando todo regresaba como una avalancha, con toda la fuerza de un nuevo dolor.

La tarde en que había registrado el domicilio de Radnor, subió los últimos escalones hasta el Paradise Row y abrió la puerta de su casa. Scuff estaba en el vestíbulo, aguardando. Seguro que había estado atento a la llegada de Monk.

Monk respiró profundamente y procuró sonreír a modo de

agradecimiento, no porque trajera buenas noticias. En realidad, poco habría importado lo que dijera. Sus ojos reflejaban fracaso y Scuff supo interpretar su mirada.

—Me alegra que ya estés en casa. He preparado cena. No muy buena pero está caliente, y está lista.

Su gramática había empeorado desde la desaparición de Hester pese a los pocos días transcurridos, como si deseara que el tiempo retrocediera.

—Gracias —dijo Monk distraídamente. No tenía apetito. Entonces miró el rostro pálido de Scuff y se dio cuenta del tiempo y el esfuerzo que debía haberle costado. Scuff detestaba las tareas domésticas. ¡Eran trabajo para mujeres! Aquella era la mejor manera que tenía de demostrar a Monk que lo amaba, y le preocupaba muchísimo haberlo hecho suficientemente bien.

Monk hizo un esfuerzo.

—Voy a lavarme las manos. Estaré en la mesa dentro de cinco minutos.

Dio la espalda a Scuff para que no viera que estaba emocionado. Era ridículo. Notaba el escozor de las lágrimas en los ojos. Scuff necesitaba de él algo más que aquello.

Subió al piso de arriba. El agua que se echó a la cara estaba limpia y muy fría, tanto que hizo una mueca. Luego se secó con la toalla que más le gustaba, se pasó un peine por el pelo y volvió a bajar.

La cena estaba servida en la mesa de la cocina, tal como lo habría hecho Hester. Era sencilla: puré de patatas hervidas, frito con un poco de cebolla. Las salchichas ya las había frito antes y estaban un poco recocidas, con la piel reventada, pero su olor era apetecible.

Monk respiró profundamente otra vez y se sentó.

—Creía que no tenía hambre —comentó, casi con su voz habitual—. Pero esto me hace cambiar de parecer.

Comenzó a comer lentamente, concentrándose en lo que estaba haciendo. La verdad era que no estaba mal. Tal vez la fruición de Scuff por la comida le había enseñado un par de cosillas.

Comió el último bocado, consciente de tener los ojos de Scuff clavados en él todo el rato.

Después se sentaron frente a frente en la sala de estar con una taza de té cada uno y un pedazo de tarta que Scuff había comprado en la panadería del barrio. Scuff se interesó por cómo había ido la jornada de Monk. Con mucho cuidado, Monk eludió el tema de Hester, pues era una herida que dolía

demasiado tocar. Era como hablar del tiempo mientras tu barco se hunde contigo a bordo.

—¿Está mejor el señor Hooper? —preguntó Scuff.

—Me parece que sufre bastante —contestó Monk—, pero lo va superando. Podría tomarse unos días de permiso pero no lo hará.

—Claro que no —dijo Scuff de inmediato, con los ojos muy abiertos—. ¡Nadie lo hará, salvo que no se sostenga en pie!

Monk sonrió a su pesar.

—Laker apenas se sostiene de pie, pero está haciendo tareas administrativas, cosa que odia.

Scuff se quedó impresionado. Él también detestaba el papeleo. Su rostro reflejó respeto por el sacrificio de Laker.

—¿Has visto a Worm? —preguntó Monk, mayormente por decir algo—. ¿Está bien? ¿Y la señora Burroughs?

Scuff se encogió de hombros y dejó su tarta en el plato.

—¿De verdad quieres saberlo? ¡Worm está fatal! Se muere por salir y hacer algo útil, algo para ayudar. La señora Burroughs está trabajando como si alguien le azotara la espalda con un látigo. Y el señor Robinson pone cara de perro y tiene el humor a juego. Me da que mataría a alguien, solo que no sabe a quién. —Miró a Monk—. Le he dicho que la encontraríamos y la traeríamos de vuelta, y he pensado que me iba a pegar. Luego se ha ido hecho una furia y ha dado un portazo. Ha sido como cuando tengo ganas de llorar, pero no quiero que nadie lo sepa porque ya no soy un niño pequeño.

—No solo lloran los niños pequeños —le dijo Monk.

—¡Ya lo sé! —respondió Scuff, cogiendo la tarta otra vez—. Pero no vamos a llorar, porque vamos a rescatarla. No le harán daño porque la necesitan. Solo tenemos que ser rápidos, por si se les muere ese viejo cabrón. —Tomó un bocado de tarta y continuó con la boca llena—. Tenemos que pensar a quién le importa tanto como a nosotros, y confiar un poco en ellos. He estado pensando. Si los niños mueren, ahorcarán al tipo que se los llevó, ¿no?

—Eso espero —contestó Monk—. ¡De hecho, me encargaré de que así sea!

—Ya me lo figuraba —dijo Scuff con seriedad—. ¿Supones que su hermano realmente se llevaría un disgusto?

Monk lo miró de hito en hito, una nueva idea fue tomando forma en su

mente hasta que en cuestión de segundos se concretó.

—Sí —dijo con decisión—. Sí, creo que sí. Y puesto que está implicado en el plan y también podrían acusarlo, seguro que le importa mucho.

Scuff frunció el ceño.

—Dijiste que ya lo habías interrogado.

—Asegura que no sabe dónde están, pero le haré repasar cada paso de sus vidas, cada sitio en el que hayan vivido, visitado o conocido a alguien.

—Eso ya lo hiciste...

—O sabe dónde están o, si no lo sabe, estará tan preocupado como nosotros, aunque sea por razones distintas. Si no ha tenido noticias de Hamilton, a estas alturas estará aterrorizado. Y su propia reputación también depende de eso. Tengo que recordárselo.

—Squeaky ayudaría —dijo Scuff con entusiasmo—. ¡Sabe comportarse la mar de bien! ¡Parece un abogado y todo! Y escribe papeles que parecen reales.

—Sí...

—Y... —comenzó Scuff otra vez.

Monk sonrió; de pronto le resultó menos difícil.

—Lo haré. Mañana por la mañana iré a la clínica y hablaré con Squeaky.

Scuff correspondió a su sonrisa, no sin cierta timidez.

—Más vale que tengas cuidado. Si usas papeles chungos contra alguien, como los que hace un tipo como Squeaky, puedes meterte en un buen lío. La policía...

—Lo sé.

—Sobre todo a ti. —Scuff no iba a callarse así como así—. La Policía Fluvial piensa que caminas sobre las aguas, pero a la policía regular no le caes muy bien.

—Eso también lo sé —respondió Monk—. Tendré cuidado. Ahora recogeré la cocina y tú te irás a hacer los deberes.

Scuff había sido sabiamente discreto a propósito de los deberes, de hecho, del colegio en general, y Monk, por una vez, no le preguntó al respecto.

Monk fue a la clínica de Portpool Lane a primera hora de la mañana siguiente. Como siempre, reinaba un considerable ajeteo. Apenas había cruzado el vestíbulo de entrada cuando apareció Claudine. Por un instante tan breve que bien pudo ser una ilusión, hubo esperanza en su rostro. Los ojos y el porte de Monk, la tensión que emanaba, le dijeron que no había novedades.

Claudine fue a su encuentro, esforzándose en aparentar que todo era normal.

Monk le ahorró tener que pensar qué decir, hablando primero.

—Tengo una nueva idea para buscarlos, pero antes me gustaría hablar con Squeaky.

Claudine se relajó un poquito, tan solo aflojando los hombros.

—Está en su despacho. Le mandaré una tetera. ¿Qué tal un trozo de tarta? Tiene aspecto de no haber desayunado todavía.

Asintió con la cabeza y dio media vuelta sin aguardar su respuesta. De todos modos no iba a aceptar una negativa.

—Gracias —dijo Monk, con una leve sonrisa. No necesitaba que lo acompañaran al despacho de Squeaky. Había estado allí un sinfín de veces y sabía que este vivía en la clínica.

Llamó bruscamente a la puerta y la abrió. Pilló a Squeaky desprevenido. En cualquier otra ocasión se habría encendido su siempre voluble mal genio. Esta vez había revelado su vulnerabilidad. Levantó la vista de lo que estaba escribiendo y, al reconocer a Monk, mostró el mismo instante de expectación que había asomado al rostro de Claudine. En cuanto se esfumó dio paso a la furia, pues no iba a permitir que nadie fuese testigo de su decepción.

—¿Qué quiere? —espetó—. ¿Acaso cree que no tengo bastantes cosas que hacer?

—Ayuda —contestó Monk sucintamente—. Tal vez podría recomendarme un falsificador, si necesitara uno. Bueno, discreto y barato. Y que esté dispuesto a trabajar para mí a pesar de que soy policía.

El semblante de Squeaky pasó por la incredulidad, la cólera y el orgullo herido para acabar en la esperanza.

—¿Tiene algo concreto en mente? —preguntó.

—Todavía no —admitió Monk—, pero tengo intención de ver a Magnus Rand de nuevo, y esta vez no voy a pedirle ayuda. Quiero dejarle bien claro que su hermano será acusado de secuestro y asesinato si alguno de sus prisioneros muere antes de que los rescatemos. Eso arruinaría la reputación profesional de Magnus. Me parece que eso puede importarle muchísimo.

—¡Ya iba siendo hora, puñeta! —dijo Squeaky, exaltado—. ¿Qué quiere de mí? ¡Puedo hacer cualquier cosa, y usted lo sabe de sobras! ¿Qué le parece un borrador de un artículo de prensa, breve y despiadado, que muestre lo que le sucederá a él, eh? «Hoy el deshonorado químico Hamilton Rand ha sido

ahorcado en Newgate por el espantoso asesinato de unos niños inocentes a los que desangró en el curso de sus horribles experimentos.» —Miró a Monk con las cejas enarcadas—. Esto tendría que hacerle recapacitar.

Monk se fijó en que Squeaky no iba a mencionar que Rand había matado a Hester, ni siquiera para enfatizar la supuesta noticia. Se abstuvo de comentarlo. Él habría hecho lo mismo.

—Es una buena idea —convino—. Hágalo tan real como pueda, pero deprisa. No tiene que ser perfecto, solo parecer lo bastante auténtico para hacerle entender lo que sucedería. Será mucho más contundente que limitarse a decírselo y dejar que se lo imagine. Gracias.

—Lo tendré listo en media hora —prometió Squeaky—. Ahora pensemos qué decir exactamente.

Llamaron a la puerta.

—Adelante —dijo Squeaky, levantando la voz—. Pero más vale que tenga un buen motivo para interrumpir.

El picaporte giró lentamente, la puerta se abrió y vieron a Worm. En el suelo había una bandejita con una tetera, una jarra de leche y una taza con su platito. No la podía sostener y llamar a la puerta a la vez. Se agachó para recogerla y la llevó un tanto vacilante hasta el escritorio, dejándola delante de Monk.

—Supongo que es un buen motivo —dijo Squeaky a regañadientes.

Worm estaba acostumbrado a él y no se dio por aludido. En cambio, miró esperanzadamente a Monk.

—Gracias —le dijo Monk, también haciendo caso omiso a Squeaky—. Estamos planeando cómo rescatar a Hester. Espero que estés aquí todo el tiempo para que puedas cuidar de Claudine.

Miró fijamente a Worm.

Worm asintió gravemente.

—Sí, aquí estaré. Todo el rato.

—Gracias —dijo Monk—. Y gracias también por el té.

—Dice que hay que tomarlo mientras está caliente —agregó Worm—. El té frío no hace ningún bien. —Miró el plato—. La tarta es buena a cualquier hora.

Monk miró el pedazo de tarta de frutas. Lo partió en dos mitades y le ofreció una a Worm.

Worm tragó saliva.

—Es para usted.

—Puedes tomarte la mitad —le dijo Monk.

Worm era un niño pequeño; había resistido una vez y eso ya era mucho. Tomó la tarta y se la zampó en dos bocados.

Monk lo observó salir por la puerta y se comió el resto. Luego bebió un sorbo de té. Desde luego seguía estando muy caliente.

—Empecemos —dijo a Squeaky.

Monk salió de la clínica y paró un coche de punto para ir directamente al río, luego tomó un transbordador hasta el embarcadero de Greenwich. Para entonces tenía tan claro en su mente el artículo que Squeaky había redactado que podría haberlo recitado de memoria. Era breve, vívido, incluso sugerente, pero el deleite por la caída en desgracia de Hamilton Rand y su ejecución en la horca era crudo y realista. Periódicos como *The Times* no publicarían algo semejante, serían mucho más comedidos, incluso filosóficos, pero aun así lo leerían personas cuya opinión era importante para Magnus y Hamilton Rand. Aparecería en los periódicos que llamaban la atención en la calle, anunciados en carteles que verían sus vecinos, tanto si querían verlo como si no.

Monk pagó al barquero, subió la escalera de piedra y recorrió a pie el breve trecho que faltaba hasta el hospital. Un sol cálido brillaba a sus espaldas, la luz resplandecía en el agua y la brisa le traía el sonido de voces distantes. Aquella ribera era su hogar. Si miraba colina arriba alcanzaba a ver algunos de los árboles, abultados como nubes verdes, que veía desde las ventanas de su casa. Allí había sido más feliz que en cualquier otro lugar en toda su vida.

En realidad, teniendo en cuenta que más de la mitad de su vida se había perdido con la amnesia, esa afirmación era un poco arrebatada. Sin embargo, no le cabía la menor duda de que era verdad. Si hubiese vivido en otro lugar tal como ahora vivía allí, seguramente habría conservado alguna reminiscencia. Pequeños detalles se lo recordarían: el perfume de la hierba, el sonido de una risa femenina, unos andares que resultaran familiares, la curva de la mejilla o el cuello, el color del pelo...

Haría lo que fuese necesario para que Magnus Rand le dijera dónde estaba su hermano. Desenterraría cualquier recuerdo, inflamaría cualquier miedo...

Fue derecho al vestíbulo del hospital y entró, sin mirar a izquierda ni a derecha. Alguien le gritó pero hizo caso omiso. Sabía dónde estaba el

despacho de Rand, y o bien lo encontraría o lo aguardaría allí. Aquello no debía hacerse en público por muchas razones. Si lo hacía delante de colegas de Rand que lo respetaban, que posiblemente lo apreciaban y sin duda le debían cierta lealtad, todos se pondrían de su parte, quizás incluso echarían a Monk por la fuerza.

Además, si estaban delante de personas cuya opinión le importaba, Rand tendría un motivo casi insalvable para no revelar ninguna información.

Magnus estaba de pie, escrutando la librería. Era obvio que buscaba un título en particular. Dio media vuelta al entrar Monk. No se molestó en disimular su irritación.

—Ya se lo dije, señor Monk, no sé dónde está mi hermano. Tampoco es que forzosamente se lo dijera si lo supiera. Su esposa es una enfermera excelente. Posee una experiencia inusual en ciertas áreas que nos son muy útiles, y si decidió irse con él y no le ha informado a usted, es asunto de ella. Estas cosas pasan. Y, finalmente, señor Monk, no le conozco muy bien, pero si es tan autoritario con ella como lo es conmigo, podría entender su decisión.

Miró a Monk con una expresión de desafío, como si hubiese ganado alguna clase de victoria en su fuero interno.

Por un instante Monk se puso furioso, pero acto seguido lo invadió la incredulidad. Aquello era impropio de Hester. Ahora bien, ¿acaso no todos los hombres pensaban que conocían tan bien a sus esposas que podían entender cualquier cosa acerca de ellas, cuando en realidad solo conocían las capas exteriores más finas, mientras todo su dolor permanecía oculto?

¿Magnus Rand realmente creía lo que estaba diciéndole a Monk? ¿O se trataba de una defensa premeditada?

Monk apenas esbozó una sonrisa.

—Por descontado, si ese fuera el caso, doctor Rand, quizá sería el último en darme cuenta. Pero su hermano también se llevó consigo a tres niños de edad insuficiente para tomar decisiones acerca de adónde quieren ir. El menor tiene apenas cuatro años. Eso es un secuestro, señor Rand.

Rand sonrió con frialdad, pero seguía transmitiendo la sensación de estar confiado, de creer que tenía la defensa perfecta.

—Niños no deseados, señor Monk. Aunque sea una tragedia, las riberas del Támesis están llenas de críos como ellos. Sin hogar, hambrientos, tremendamente vulnerables a toda suerte de abusos incalificables...

—Exacto —convino Monk—. Incluso a que se los lleven y los encierren

a fin de extraerles sangre para realizar experimentos con ancianos enfermos que quieren vivir sin que les importe lo que pueda costar a otros.

Rand palideció un poco.

—Así es como lo ve usted, señor Monk, porque le arrogaría el derecho de entrar aquí y exigir información que justificaría que fuese en busca de su esposa. La ley lo vería como el rescate de unos niños abandonados para evitar que pasen hambre y duerman en las calles, darles buena comida, camas limpias y protección contra los ataques de predadores que podrían abusar de ellos sexualmente o forzarlos a realizar trabajos manuales. El ámbito médico consideraría que se está tratando su malnutrición, y que de vez en cuando se les extrae sangre para llevar a cabo un experimento que quizá salve innumerables vidas en el futuro. Mi hermano pasará a la historia como uno de los grandes innovadores de la ciencia médica.

Apareció un leve rubor de orgullo en su rostro al decirlo, y una profunda satisfacción.

Monk se metió las manos en los bolsillos y palpó el papel que Squeaky había preparado. Era reacio a utilizarlo pero, si lo hacía, tendría una oportunidad antes de que perdiera contundencia. Tenía que poner los cimientos con cuidado. Si los desperdiciaba, no le quedaría nada más.

—Los niños no carecían de hogar —dijo con compostura—. Sus padres estaban desesperados y se los vendieron a ustedes a fin de tener dinero para alimentar a los más pequeños. No tenían ni idea de lo que iban a hacer con ellos. —Vio la súbita duda que asomaba al semblante de Rand—. ¿Tanto le importa que su hermano sea famoso en la historia de la medicina?

Oía los latidos de su propio corazón mientras aguardaba la respuesta.

Esta vez, Rand titubeó. Parecía haberse replegado en su fuero interno y estar recordando o sopesando alguna decisión.

Monk ansiaba interrumpirlo y mejorar su ventaja, pero aquello era demasiado importante para cometer el más ligero error. La vida de Hester podía pender de un hilo en función de la decisión que tomara Rand. ¡Casi seguro que era así! Tenía la garganta tan tensa que, al tragar, faltó poco para que se asfixiara.

—Sí —dijo Rand por fin—. Claro que me importa que tenga éxito y que sea reconocido por su brillantez y por la dedicación a la que ha entregado su vida. ¿Cómo iba a ser de otro modo? No tiene ni idea de cuánto le ha costado, de lo contrario no lo preguntaría.

—¿Le costó más de lo habitual? ¿Más de lo que la gente suele pagar? — preguntó Monk.

Rand apoyó los codos en el escritorio e inclinó la cabeza hasta sus manos, echándose el pelo para atrás con los dedos.

—Hamilton era el mejor de nosotros —dijo en voz baja—. Al menos intelectualmente, quizás en todos los sentidos. En realidad no llegué a conocer a Edward. Murió cuando yo todavía era muy pequeño. Lo único que recuerdo es la habitación en penumbra, las cortinas siempre medio corridas para conservar el calor en invierno y dejar fuera el sol en verano. Era cinco años mayor que yo, pero siempre fue enclenque, muy delgado y muy pálido. Me sonreía, pero no hablaba mucho.

Monk tomó aire para preguntar quién era Edward, pero cambió de parecer. Decidió dejar que Rand contara la historia en lugar de romper el hilo del recuerdo y la sensación de sufrimiento mediante una interrupción.

—Naturalmente, no sabía lo enfermo que estaba —prosiguió Rand—. Pero Hamilton, sí. Era mayor, diez años mayor que yo. Edward tendría unos ocho cuando murió. Recuerdo la aflicción. Era verano pero diríase que la casa entera estuviera permanentemente dentro de una nube gris y fría. Nadie rio durante mucho tiempo. No pudieron ser años, pero lo parecía.

»Mi madre murió al cabo de poco —continuó Rand—. Mi padre vagaba por la casa como un fantasma. Transcurrió el tiempo. Hamilton era muy buen estudiante en el colegio. Iba a ingresar en la universidad para convertirse en médico. Era su sueño.

Monk pudo imaginarlo fácilmente: un muchacho consagrado al estudio de la medicina para refugiarse de su profunda pena, y tal vez para aprender la ciencia con la que los médicos habían fallado a su familia.

—Yo quería hacer lo mismo —prosiguió Rand—, pero iba muy por detrás de Hamilton; en edad, por descontado, pero tampoco poseía un intelecto tan brillante como el suyo. Entonces murió nuestro padre y nos quedamos sin dinero. Hamilton renunció a sus estudios y buscó trabajo. Encontró un empleo que no le gustaba, pero ganaba lo suficiente para mantenernos a los dos, y con el tiempo pudo pagar mi matrícula en la universidad. Me convertí en el médico que él siempre había querido ser.

Aunque a su pesar, Monk sintió una profunda lástima por ellos. Resultaba fácil imaginar a los hermanos, la lealtad y el sacrificio que mediaban entre ambos, el deber de vivir la vida por sí mismos, y tal vez incluso por Edward.

Miró a Rand, aguardando a que continuara.

Rand suspiró.

—Finalmente, empecé a ganar lo suficiente para mantenernos a los dos. Hamilton pudo dejar el empleo que había acabado por odiar y retomar sus estudios. Consideraba que para él era demasiado tarde y demasiado caro licenciarse en Medicina. Pero era brillante en muchos campos. No le costó licenciarse en Química, con notas sobresalientes.

—¿De qué murió Edward? —preguntó Monk, casi seguro de cuál sería la respuesta.

—Leucemia —dijo Rand en voz baja—. ¿No lo había deducido?

—Solo lo suponía —contestó Monk—. Y sí, Hamilton pagó un precio muy alto y generoso para que usted fuese médico. Pero lo hizo por decisión propia. Estos niños no eligieron morir por ello, y es muy probable que terminen muriendo. Y pienso que usted lo sabe.

Rand parecía estar cansado, tenía su abundante pelo alborotado.

—Ya se lo he dicho, señor Monk, no sé adónde se han ido. Imagino que Hamilton no me lo dijo precisamente porque sabía que usted vendría a preguntarlo.

Monk enarcó las cejas.

—¿Y no confió en que usted no me lo diría?

—¡Claro que sí! —respondió Rand, dolido—. Sabe que soy leal. Me protege para que no se me pueda culpar —agregó, enojado y beligerante.

—¿Culparlo de qué? —preguntó Monk, sin levantar la voz—. ¿De la muerte de los niños? ¿O de la de mi esposa?

Rand palideció.

—¿Qué está diciendo? No está extrayendo sangre a su esposa. ¿No entiende nada? Solo la sangre de los niños es buena. ¡Da resultado en cualquiera, en todo el mundo! Solo que todavía no sabemos por qué. Sin saber por qué, no estamos en condiciones de determinar qué otras personas tienen sangre que dé resultado. Solo es un experimento afortunado, no un sistema. ¡Por el amor de Dios, hombre, piense lo que significaría! —Se inclinó sobre el escritorio—. ¡Piense en las vidas que se salvarían! Tenemos que saber...

—Ya sé que no le extrae sangre —interrumpió Monk—, pero si el experimento no da resultado, si Radnor muere, dejará de necesitarla. ¿Supone que le permitirá marcharse?

Rand estaba demacrado.

—¡Ha ayudado! No puede decir nada. A cambio de la vida de los niños... Hamilton...

Monk lo miró desdeñosamente.

—Seamos realistas, doctor Rand. Dudo que vaya a correr ese riesgo. Una vez que mi esposa se haya ido y los niños estén a salvo, ¿por qué iba a confiar en que guardara silencio? Y lo mismo se aplica a los niños.

—¡Está hablando como si fuese un monstruo! —Rand casi se atragantó con sus propias palabras—. ¡No lo es! Es un hombre brillante, lo bastante valiente para asumir los riesgos que hay que asumir para descubrir nuevas curas, nuevos procedimientos que salven innumerables vidas en el futuro. ¿No se da cuenta? Es como... es como zarpar en solitario para cruzar el océano y descubrir un nuevo continente.

El asombro que reflejaban sus ojos fue momentáneamente como el del niño que debió de ser cuando Edward murió y Hamilton renunció a sus sueños para cuidar de la familia.

Monk se metió la mano en el bolsillo otra vez y sacó el falso artículo de periódico de Squeaky.

—Dudo que la gente lo vaya a ver como el descubridor de un nuevo continente —dijo muy serio, mirando a Rand—. Creo que más bien será algo así.

Puso el papel encima del escritorio y lo alisó.

Rand lo vio y frunció el ceño.

—¿Qué demonios es esto? —inquirió.

—Así es como creo que el futuro verá a su hermano —contestó Monk—. Léalo.

Rand lo leyó despacio, y todo rastro de sangre desapareció de su rostro. Durante unos segundos estuvo demasiado aturdido para hablar, demasiado horrorizado.

—Va siendo hora de afrontar la realidad —dijo Monk con más amabilidad—. Hamilton no puede permitirse soltarlos. Tanto si Radnor vive como si muere, quedará expuesto si ellos viven. En cuanto deje de necesitar a Hester, se deshará de ella. A los niños quizá los mantenga vivos más tiempo, no ya por ellos sino por su sangre. Serán sus prisioneros mientras sobrevivan. Es poco probable que intenten escapar porque tendrían que dejar atrás al más pequeño. Solo tiene cuatro años. No lo conseguiría.

Rand empezó a menear la cabeza, negándolo todo, pero el cuerpo entero le temblaba.

—Y eso bastará para que ahorquen a su hermano —prosiguió Monk. Aborrecía lo que estaba haciendo, pero la vida de Hester dependía de ello, así como la de los tres niños y la felicidad, tal vez incluso la cordura de su madre.

—¿Es este su legado para el futuro, doctor Rand? ¿Un hombre que desangra niños para sus experimentos y asesina a la enfermera que intenta salvarlos? Juzgado y ahorcado, con el consenso de la opinión pública...

Rand se puso de pie de un salto.

—¡Basta! —gritó, hecho una furia, con la voz quebrada de dolor—. Él no es así. Usted está equivocado, terriblemente equivocado. Hamilton es un gran hombre.

—Entonces, no tiene por qué esconderlo —respondió Monk, levantándose a su vez—. ¿Dónde está? Quiera Dios que no sea demasiado tarde.

—¡Ya se lo he dicho, no lo sé! ¡No me lo dijo!

Rand estaba a punto de perder el control de sus sentimientos. Tenía el rostro ceniciento y se balanceaba.

—Siéntese y piense —le ordenó Monk—. Lo conoce de toda la vida. ¿Adónde iría? ¿Adónde han ido en el pasado? ¿Sabe de alguna propiedad que pudiera utilizar?

Rand se tapó la cara con las manos.

—¡Basta! No puedo pensar...

—Sí que puede —insistió Monk—. Tiene inteligencia y dominio sobre sí mismo. No se desmaya cuando ve sangre. No le entra el pánico cuando personas heridas le necesitan. Use su mente, su memoria. ¿Tiene amigos con una casa en el campo? Hemos investigado pero no encontramos nada a su nombre. Aunque eso no significa gran cosa. ¿Dónde tienen parientes? ¿Adónde van de vacaciones? ¿De dónde procede su familia?

Rand miró a Monk como si hubiese surgido del suelo envuelto en una pestilente nube de azufre.

—Mi tía Betty tenía una casita en el estuario. Nos la dejó a nosotros...

—¿Dónde exactamente? ¿En el lado de Kent o en el de Essex?

—En Kent. Un pueblecito que se llama Redditch. Está alejada del centro. Antes era una granja.

—¿Nombre de la granja?

—Long Meadow —contestó Rand en voz tan baja que fue casi inaudible

—. No le haga daño...

Monk inhaló profundamente y soltó un suspiro.

—No se lo haré por voluntad propia —contestó, esperando poder cumplir la promesa. Pues sabía que si Hamilton Rand había hecho daño a Hester, lo mataría.

9

—Tenemos que conseguir un carro para que no se note que venimos de la ciudad —dijo Scuff, pensativo—. Uno de esos que llevan cosas al mercado.

Estaban en la sala de estar del Paradise Row: Monk, Scuff y Hooper, que todavía se resentía de su reciente herida. Como el verano tocaba a su fin, cada día oscurecía más pronto. Monk, sorprendido de que pensara que iba a acompañarlos en aquella misión, miró a Scuff.

—Puede ser peligroso —le dijo Monk en voz baja—. No sé a cuántos hombres tendrá Rand allí, y quizá vayan armados.

Scuff le sostuvo la mirada sin pestañear.

—¿Me estás diciendo que te podrían disparar? ¿Incluso matar?

—A cualquiera de nosotros —contestó Monk con franqueza. Mentir a ese respecto de nada serviría, y solo conseguiría que Scuff se sintiera más excluido.

La mirada de Scuff no vaciló.

—Entonces no somos diferentes —señaló—. Puedo hacer cosas.

Monk se quedó un momento sin saber qué contestar. Quería proteger a Scuff, asegurarse de que en aquella tragedia al menos él saliera ileso. Hester nunca dejaría de lamentarse si Scuff sufría algún daño por haber ido a rescatarla.

—Voy con vosotros —dijo Scuff sin aguardar la respuesta de Monk—. Vamos a buscar a Hester y a unos niños que son como yo era antes. Seré útil. Además, el señor Hooper todavía está herido. Me necesitáis. Tenemos que hacer esto.

—Sí, en efecto —convino Monk—. ¡Pero tienes que hacer lo que te digan!

—Lo haré —prometió Scuff, asintiendo con la cabeza.

Monk no le creyó, pero no era momento de discutir.

—Tiene razón —observó Hooper—. Necesitamos un carro de campo. Algo que no llame la atención en una carretera rural. No tendremos ocasión de atraparlos si no los pillamos por sorpresa. Veré si alguien sabe quién tiene un carro fuerte que podamos utilizar.

—Squeaky lo sabrá —dijo Scuff con entusiasmo—. Puede conseguir cualquier cosa si realmente quiere. —No agregó que por Hester lo haría, pero Monk sabía que lo pensaba—. Puedo ir a decírselo.

Monk miró a Hooper y después, a Scuff.

—Bien. Ve y pídeselo. Lo necesitamos mañana antes del amanecer. No hay tiempo que perder. Iría ahora mismo, pero tenemos que aguardar a que haya algo de luz. De noche no podemos meternos por caminos que no conocemos.

—Tendré que decirle para qué lo queremos —señaló Scuff.

—Por supuesto —aceptó Monk a regañadientes—. No hay más remedio. Cuéntale lo que sea preciso para que lo entienda, y que le quede claro que es urgente. Dile que pagaré lo que sea necesario.

Scuff sonrió brevemente y luego fue a recoger su chaqueta del perchero, donde estaba colgada al lado de la de Monk. Un instante después estaba en la calle y oyeron que la puerta se cerraba.

Monk y Hooper se pusieron a estudiar los mapas que tenían de la zona donde Magnus Rand había dicho que estaba la casa de campo. Podían ver las carreteras principales, pero habría muchos caminos que no estarían marcados. Había mucho que planear, con variaciones para cubrir cualquier imprevisto que pudiera surgir.

Scuff fue a la carrera a ver a Squeaky. La luz ya era brumosa sobre el río y el color del cielo se iba oscureciendo en el oeste. Tomó el primer transbordador que pudo, apretujado en el asiento junto a un hombre obeso con un bombín que le venía grande y se le apoyaba en las orejas. Scuff pagó su pasaje antes de adentrarse en la corriente y saltó a tierra en cuanto tocaron los escalones de piedra de la otra orilla.

Normalmente habría aguardado a que pasara un ómnibus y habría hecho los transbordos necesarios para llegar al menos hasta Gray's Inn Road. Esta vez corrió entre el tráfico y paró un coche de punto. Le sorprendió que el conductor no cuestionara sus posibilidades de pagar. Tal vez ya aparentaba ser un muchacho, no el niño que sentía dentro de sí.

—Tan deprisa como pueda —dijo—. Quiero ir a la clínica de Portpool Lane, delante de la cervecera.

—¿Estás enfermo?

El cochero lo miró, receloso.

Scuff exageró un poco la verdad, o tal vez mucho.

—No. Mi madre es el médico de allí. Dese prisa, por favor.

El cochero seguía recelando, pero cuando Scuff le puso dos chelines en la mano dejó de discutir el asunto y azuzó a su caballo.

Scuff sabía que había dado al cochero dinero de sobras para pagar el trayecto, de modo que en cuanto el carruaje se detuvo junto al bordillo en Portpool Lane, saltó, cruzó la acera corriendo y entró.

La mujer que estaba sentada al escritorio de la entrada levantó la vista de inmediato, suponiendo que era una emergencia. Entonces reconoció a Scuff y el asunto pasó de ser sanitario a ser personal. Se levantó de la silla y corrió a su encuentro.

—Hola, Hetty —dijo Scuff, apresurado—. Tengo que ver al señor Robinson enseguida. ¿Está en su despacho?

—Eso espero —contestó Hetty—. ¿Quieres que...?

—No, gracias.

Enfiló corriendo el estrecho pasillo y paró en seco delante de la puerta de Squeaky. Llamó, la abrió y entró sin aguardar una respuesta, cerrándola de golpe a sus espaldas.

Squeaky abrió la boca para soltarle lo que opinaba de semejantes modales. Entonces vio el semblante de Scuff y por una vez se mordió la lengua.

—Creemos que sabemos dónde está. —Scuff se inclinó sobre el escritorio, lleno como siempre de documentos, cartas y anotaciones de cálculos—. Tenemos que ir mañana a rescatarla. Tenemos que acercarnos sigilosamente para que no sepan que somos nosotros. Puede que haya armas. Es en el campo. ¡Tiene que ayudarnos, por favor!

Squeaky lo miró fijamente, con el pelo largo y alborotado, el rostro rebosante de indignación.

—¿Estás insinuando que quizá no lo haría? ¡Vigila esa lengua, chaval! Te daré un buen sopapo cuando esto haya acabado. ¿Dónde está? ¿Qué dice Monk? ¿Te envía él o has venido por tu cuenta? ¿Armas, eh?

Scuff respiró profundamente y se calmó un poco.

—Tenemos que ir a una casa de campo tan temprano como podamos, pero todo son veredas y senderos, de modo que no podemos ir de noche. No deben saber que somos nosotros... ¡Ni siquiera imaginarlo!

—¡Despacio, despacio! —dijo Squeaky, gesticulando—. ¿Quiénes son «nosotros»?

—Monk, el señor Hooper y yo —contestó Scuff. La impaciencia le hacía cambiar el peso de un pie al otro—. ¡Usted puede encontrar un carro, si quiere! Puede encontrar cualquier cosa, si realmente la quiere.

Squeaky se levantó.

—Por supuesto que puedo —convino—. ¿A cuántas personas tiene que llevar ese carro? Es lo único que necesito saber.

Scuff tragó saliva.

—A nosotros tres, y a Hester y los tres niños que raptaron para sacarles sangre.

—¿Cómo sabes eso? —Squeaky entornó los ojos—. ¿Escuchando lo que no debes, eh?

—¡Solo un poco! ¿Va a conseguirnos un carro o no?

—¡Claro que sí!

—Iré con usted. Supongo... supongo que tendré que conducirlo.

La mera idea lo llenaba de espanto. Conocía bien el río, pero los caballos eran un asunto completamente distinto. De todos modos, no podía permitir que nadie se diera cuenta de que tenía miedo.

Squeaky lo miró de arriba abajo, y había algo en sus ojos que bien podía ser respeto.

—Vamos, pues —dijo bruscamente, como si Scuff le estuviera haciendo esperar—. Iremos a buscar un carro y un caballo.

Scuff se enderezó al instante.

—¡Sí, señor! —dijo, y en cuanto se dio cuenta de que había llamado «señor» a Squeaky ya fue demasiado tarde para retirarlo.

El recado les tomó más tiempo de lo esperado. Parecía que con demasiada frecuencia hubiera una razón o una excusa. El carro era demasiado grande, demasiado pequeño, tenía una rueda rota, el caballo era rencoso o el precio, exorbitante. Scuff se habría quedado con el último sin rechistar, pagando lo que fuese, pero Squeaky le hizo callar y se marcharon. Las farolas ya estaban encendidas y era noche cerrada cuando por fin encontraron un carro muy bueno y compraron un montón de heno para darle más autenticidad.

—Y para esconder lo que queremos —agregó Squeaky—. Mejor que la gente no sepa lo que no tiene que saber.

Scuff lo entendió. La misión debía tener éxito. Cualquier cosa que la hiciera mejor, más segura, era buena. Incluso estuvo de acuerdo en irse a casa sin protestar y confiar en que Squeaky llegara a las cuatro de la madrugada, con el caballo y el carro, de modo que pudieran salir de Paradise Row justo antes del amanecer. De esta manera estarían bien lejos de la zona donde los conocían antes de que otras personas salieran a las carreteras.

—Cuando nos crucemos con gente que ya se haya levantado, serán campesinos —señaló Squeaky—. Más vale que seamos invisibles. Y eso significa que el señor Monk tiene que quitarse esa ropa que le cae como si un sastre se la hubiese hecho a medida. ¡Cosa que seguramente es así! Tampoco debemos parecer barqueros en un lugar tan apartado del río como al que estaremos yendo nosotros.

—¿Nosotros? —preguntó Scuff, y en el acto deseó no haberlo hecho, pero ya era demasiado tarde.

Squeaky se volvió para mirarlo.

—¿Vas a decirme que eres capaz de manejar el caballo todo el camino de ida y vuelta? A los caballos no solo se les da órdenes, ¿sabes? Tienen su propia personalidad, como cualquiera. Si tienes que ir a rescatar a la señorita Hester y a esos críos, de nada te servirá discutir con un caballo que no te entienda.

Faltó poco para que Scuff preguntara si el caballo lo entendía a él, pero en realidad prefería no saber la respuesta. Olvidó lo que le dictaba su instinto y se avino sin discutir.

Incluso repitió las palabras de Squeaky con absoluta firmeza cuando llegó a Paradise Row y le dijo a Monk que lo había conseguido.

Monk se lo agradeció, le dio un bocadillo de carne fría bien grande y le dijo que se fuera a la cama. Lo despertaría a las tres y media para que se preparara, dando por hecho que Squeaky cumpliría su palabra y estaría allí a las cuatro.

Hooper iría con ellos. Dormiría en la sala de estar y también estaría listo a la hora convenida.

—¿Ya está? —preguntó Scuff, nervioso—. ¿Solo nosotros?

—Puedes cambiar de opinión —dijo Monk, en un tono repentinamente amable—. No sabemos cuántos son, seguramente solo Rand y el personal que tenga. Pero Laker tiene que regresar a la comisaría. Todavía no está en condiciones para esto y no podemos irnos todos. Los demás agentes tienen sus deberes habituales. No puedo apartarlos del trabajo policial.

Scuff tragó saliva.

—Voy con vosotros.

Monk asintió con la cabeza, frunciendo un poco el ceño.

—Muy bien. Pero tienes que hacer lo que te digan. Formas parte de un equipo. Si un hombre desobedece, pone en peligro a los demás. ¿Entendido?

—Sí, entendido —dijo Scuff con decisión—. Haré exactamente lo que me digas. Lo prometo.

No fue tan difícil cumplir su palabra como Scuff había pensado, al menos al principio. Habría prometido cualquier cosa con tal de que no lo dejaran atrás.

Squeaky apareció entre las sombras del final de la calle, parecía que se disolviera en la oscuridad que había de una farola a la siguiente, tomando forma cada vez que pasaba por los trechos iluminados. Iba inclinado sobre las riendas, con las manos nudosas enfundadas en unos mitones. Llevaba una vieja chistera abollada en la cabeza, y el pelo largo y canoso le sobresalía por ambos lados. Se abrigaba con una capa o un abrigo andrajoso; era imposible discernirlo. Pero lo único que a Scuff le importaba era que había escogido un carro grande con un buen cargamento de heno y la correspondiente horca clavada en el montón más grande. De todo ello tiraba un caballo fortachón, demasiado bueno para el artefacto al que estaba uncido.

Monk y Hooper aguardaban en el bordillo.

—Excelente —dijo Monk, evaluándolo de un vistazo—. Gracias.

Aunque Squeaky no pudiera verle la cara, la gratitud de Monk era evidente.

Squeaky tiró de las riendas.

—Suban y vayámonos.

Monk miró primero a Squeaky y luego al caballo.

—Gracias —dijo otra vez, y se encaramó al carro, pasando la pierna por encima de las tablas de los costados y sentándose en el heno. Hooper aupó a Scuff y subió el último.

Viajaron en silencio, aparte del ruido constante de los cascos del caballo en la calzada y los crujidos del carro. Nadie hablaba, cada cual iba sumido en sus pensamientos. De vez en cuando Scuff miraba de soslayo a Monk, preguntándose si estaba planeando lo que harían o si tan solo recordaba tiempos mejores, pensando en cuando estaban los tres en casa, preocupados, tal vez, pero a salvo. Le pareció ver inquietud en el rostro de Monk, pero aunque el amanecer ya se anunciaba, seguían estando prácticamente a oscuras.

¿Sabía Monk con qué iban a encontrarse cuando llegaran a aquel sitio? ¿Habría mucha gente y tendrían que luchar? Scuff esperaba que sí. Quería hacer daño a las personas que habían raptado a Hester. Era bastante bueno en

las peleas a distancias cortas que de vez en cuando se montaban en el colegio. Pero aquello sería diferente. Los hombres quizá llevarían navajas, incluso armas de fuego. ¿Y si Hester estaba herida? Seguro que había peleado cuando se la llevaron. La idea era tan dolorosa que la apartó de su mente. Tenía un nudo en la garganta y la boca seca.

Se puso a contemplar los setos que bordeaban la carretera. Con el sol naciente, distinguía los campos que se extendían en ambos lados, con arboledas en muchos de ellos y ganado despertando lentamente. Casi todas las reses estaban de pie; se preguntó si dormirían así.

Todos seguían callados.

Hooper le echó un vistazo a Scuff una o dos veces, como para asegurarse de que estaba bien. Scuff apreciaba a Hooper. Había algo en la manera en que Hooper lo miraba que le hacía sentirse bien.

Le parecía que había una extensión tremenda de campiña, kilómetros y kilómetros de campo abierto, como si no hubiera otras ciudades. Entonces Scuff cayó en la cuenta de que estaban evitando pasar por los pueblos, excepto por los más pequeños, y se sintió idiota por no haber entendido de entrada que iban a hacerlo así.

Se alegró mucho cuando se detuvieron para tomar un desayuno tardío. El caballo también necesitaba un descanso y beber, aunque Squeaky puso mucho cuidado en que no lo hiciera en demasía.

—¿Por qué lo hace? —preguntó Scuff mientras estaban de pie en el patio de la posada, con la luz dorada y pálida del primer sol lamiendo los adoquines—. Está sediento. Ha tirado de nosotros todo el camino.

—Es una yegua —le corrigió Squeaky—. Y los caballos a veces beben demasiado y se ponen enfermos. Tengo un par de zanahorias para ella. ¿Quieres dárselas tú?

Scuff lo meditó un momento. Ahora que estaba de pie en el suelo, el caballo se veía enorme. Entonces se fijó en la sonrisa de Squeaky.

—¡Claro que sí! —dijo de pronto—. ¡Deme las zanahorias!

Squeaky se las pasó.

—Pon la mano abierta, así. No querrás que también se lleve tus dedos. Los dedos no le harían ningún bien.

Scuff le lanzó una mirada hosca y agarró las zanahorias. Fue hasta la yegua y las sostuvo con la mano abierta, procurando aparentar que daba de comer a los caballos a diario.

La yegua las tomó con delicadeza, soplando aire caliente por las narinas. Scuff le miró la cara mientras masticaba y la yegua gesticuló esperanzada por si había más.

—No tengo más —le dijo Scuff—. No tienes que comer demasiado o te pondrás enferma. ¿Acaso no lo sabes?

La yegua volvió a darle un golpe con el belfo, más fuerte esta vez. Fue entonces cuando vio movimiento en el heno que transportaba el carro. Fue solo una especie de estremecimiento, como si hubiera algo vivo debajo.

Las ratas no le gustaban lo más mínimo, pero estaba acostumbrado a ellas; o lo había estado cuando vivía en las orillas del río. Preferiría con mucho encontrarse con una estando de pie en el suelo que sentado a su lado en el heno. Agarró un puñado de heno y lo apartó. En lugar de una rata encontró a Worm, acurrucado tan lejos como podía, mirándolo fijamente con los ojos muy abiertos.

Estuvo a punto de preguntar a Worm qué hacía allí, pero la respuesta era evidente. También quería ayudar.

—¿Qué demonios piensas que hará la señorita Claudine cuando descubra que te has ido? —dijo entre dientes—. ¡Se volverá loca! Desmontará la clínica entera buscándote.

Worm avanzó a rastras unos centímetros.

—No, no lo hará —susurró, tratando de no levantar la voz—. Le dejé una nota explicándoselo.

—¡No sabes escribir, atontado! —dijo Scuff, desesperado—. Y ahora no tenemos tiempo de llevarte de vuelta.

Worm retorció el otro pie hacia delante.

—Me la escribió Hetty —contestó—. Y no le puedes echar la culpa. Ella solo escribió el mensaje y yo puse mi nombre después. Sé escribir mi nombre. ¡Me enseñó ella misma!

Scuff empleó unas cuantas palabras escogidas que creía haber olvidado, pero Worm lo entendió perfectamente y ni siquiera pestañeó.

Scuff notó una mano pesada en el hombro y se asustó.

—No deberías decir palabras como esas —dijo Worm sentenciosamente, aunque mirando a Squeaky, que estaba detrás de Scuff.

—Y tú no deberías estar aquí —repuso Squeaky con severidad—. Ya te lo advertí.

Worm permaneció callado.

Scuff dio media vuelta y vio que Monk y Hooper se acercaban. El semblante de Monk se ensombreció, enojado, cuando vio a Worm.

Worm estaba muy asustado pero no se movió.

Fue Squeaky quien habló.

—Tenemos un polizón —dijo, despreocupado—. Quiere ayudar. Haremos que este insolente se lo curre. Una cosa en su favor es que nadie se fijará en él.

Miró fijamente a Monk, casi sin pestañear.

—¿Sabía que estaba aquí? —inquirió Monk.

—No —contestó Squeaky.

Viendo la expresión de su rostro, Monk no supo si creerle o no.

Scuff no lo hizo pero no abrió la boca.

Monk miró a Worm.

—Más te vale hacer exactamente... exactamente lo que te digan. Vamos en busca de unos hombres que matan niños. ¿Entendido?

Worm asintió con la cabeza.

—Supongo que tendrás hambre —agregó Monk.

Worm asintió de nuevo.

Con un suspiro, Monk partió su gruesa rebanada de pan por la mitad y le ofreció un trozo a Worm.

Sin dejar de mirar a Monk a la cara, Worm alargó el brazo y lo cogió. Se lo comió en treinta segundos.

Viajaron a ritmo constante, siguiendo las indicaciones que Monk le había sonsacado a Magnus Rand. Entrada la mañana estaban en la zona correcta. Tras unos cuantos errores y un par de preguntas, encontraron una granja sin nombre en las afueras de Redditch. Respondía casi exactamente a la descripción que había hecho Rand.

—Diría que es esta —dijo Hooper, mirándola fijamente desde la carretera. Era una granja vieja, a unos ciento cincuenta metros por un camino de tierra. La paja del techo necesitaba una buena reparación, pero estaba rodeada de tierra fértil. Había varios campos a su alrededor. Aparentemente dentro de sus lindes, había un huerto con más de treinta perales y manzanos, y un grupo de edificios anexos que parecían estar bastante bien mantenidos.

—Si es esta —dijo Monk con cautela—, Rand tiene a alguien aquí todo el tiempo. Las malas hierbas crecen muy deprisa en una tierra tan buena como la de aquí.

—¿Un jardinero? —sugirió Hooper, escrutando toda la tierra que alcanzaba a ver.

—Tal vez. Es posible que haya más personal.

Monk siguió la mirada de Hooper. Había un puñado de sitios en los que un hombre no se vería desde la carretera.

Squeaky guardaba silencio.

—Iré a ver —se ofreció Scuff, con la boca tan seca que se le atrancaba la lengua.

—Enviemos a Worm —interrumpió Squeaky—. Nadie se fijará en él. — Sin aguardar la aprobación de Monk, se volvió hacia Worm, que estaba a pocos metros de él—. Ve solo hasta esa curva, ¿la ves? —Señaló el camino de carro—. Mira qué se puede ver desde allí y regresa enseguida a decírnoslo. ¿De acuerdo?

—Sí, de acuerdo —convino Worm, y emprendió la marcha a buen paso.

Monk alargó el brazo para agarrarlo por la espalda, pero Worm lo esquivó como una anguila en un río y se fue correteando hacia la curva del camino. Monk dio media vuelta para ponerse de cara a Squeaky, pero la discusión murió en sus labios. No tenían tiempo que perder con avanzadillas de reconocimiento, y todos lo sabían.

Permanecieron juntos bajo la intensa luz del sol matutino. Monk, Squeaky, Hooper y Scuff observaron la pequeña figura de Worm mientras este llegaba a la esquina, miraba con cuidado a su alrededor y luego se dirigía hacia la puerta principal.

Monk renegó entre dientes.

Hooper apoyó con firmeza una mano en su hombro.

—No lo detenga, señor. No tenemos tiempo que perder si este no es el lugar.

Worm se había perdido de vista. Los segundos pasaban, arrastrándose hasta que el tiempo pareció eternizarse. No había más sonido que el viento en los árboles, el zumbido de los insectos en la hierba alta que flanqueaba la carretera y de vez en cuando un chasquido cuando una inflorescencia se abría debido al creciente calor del sol. Una abeja deambulaba perezosamente entre las flores de un seto. Unas ovejas balaban a lo lejos.

Era casi insoportable.

Scuff no se atrevió a mirar a Monk.

Por fin vieron a Worm regresando por el camino de tierra. No corría pero

avanzaba deprisa. Llegó sin aliento, y solo entonces reparó Scuff en que iba descalzo.

—¿Y bien? —preguntó Monk, sin poder evitarlo.

Worm asintió vigorosamente con la cabeza. Estaba colorado.

—Había dos mujeres en la cocina. Estoy casi seguro de que una era la señorita Hester. Había sábanas tendidas, y también un camisón muy grande. —Abrió los brazos sin apartar ni un instante los ojos del rostro de Monk—. Y hay un hombre muy alto, como él. —Señaló a Hooper—. Pero lleva un arma muy larga, y anda de un lado a otro del jardín sin parar. Pero tiene las manos sucias, como si cavara a menudo la tierra. Me ha dicho que me largara y que si volvía me mataría como a un conejo.

Tragó saliva con dificultad, todavía mirando, esperanzado, a Monk, anhelando su aprobación.

—¿Dos mujeres en la cocina? —le preguntó Monk.

—Sí —asintió Worm.

—¿Cuánto se parecía una de ellas a la señorita Hester? ¿Mucho o un poco?

—Mucho. Solo que llevaba el pelo recogido de cualquier manera, como si no le importara. Vamos, que no iba bien peinada.

—¿Y el jardinero llevaba un arma? —insistió Monk.

Worm tragó saliva y asintió con la cabeza.

Monk miró a Hooper.

—Primero tenemos que atrapar al jardinero.

Monk tomó la decisión. No iban a obtener información mejor que aquella. Dio una palmadita a Worm en el hombro.

—Gracias. Lo has hecho muy bien. A partir de ahora harás lo que se te diga o tendré que atarte al carro. ¿Prometido?

Worm asintió de nuevo, pero estaba sonriente, sonrojado por el elogio. Había ayudado.

Estudiaron lo que podían ver del paisaje durante unos minutos y luego empezaron a trazar planes para ver cómo podían hacer salir al jardinero fuera de las inmediaciones de la casa, de modo que pudieran emboscarlo y quitarle el arma. Finalmente acordaron que Worm haría de señuelo, desde una distancia prudente.

—Eso puedo hacerlo yo —dijo Scuff de inmediato.

—No, no puedes —le dijo Monk con gravedad—. Empiezas a ser muy

alto. De lejos te tomará por un hombre. Tenemos que dejar que vuelva a hacerlo Worm. Tu trabajo será atraer su atención después. —Se agachó y bosquejó un diagrama en el polvo que había al lado de la calzada—. Yo estaré aquí, Squeaky ahí. Hooper vendrá por aquí, y cuando Worm llegue aquí, tú irás por este lado y sacarás a Worm de ahí. ¿Lo entiendes? Tenemos que ofrecerle demasiados blancos para que no sepa hacia dónde disparar. Hooper, cuando se gire hacia este lado, Dios quiera que sea antes de dispararme, le golpea tan fuerte como pueda con la horca.

—Sí, señor.

Hooper ya tenía la horca del heno en la mano.

—Bien —respondió Monk—. No aguardemos más. ¿Todo el mundo lo tiene claro?

Asintieron al unísono. Hooper se marchó hacia la derecha y Squeaky, hacia la izquierda, con Scuff pisándole los talones.

Worm volvió a enfilar el camino por el medio, con Monk pegado a los setos, avanzando y deteniéndose, manteniéndose a no menos de diez metros del niño. Se sentía culpable de utilizar a Worm, sobre todo por su afán de agradar y participar aun a riesgo de su propia seguridad. Se había devanado los sesos para dar con otro plan, pero no se le había ocurrido. Ahora tenía que pensar, estar atento y prepararse para cualquier eventualidad.

Vio al jardinero antes que Worm. Estaba de pie, medio oculto por un arbusto espeso, observando al niño.

Monk siguió caminando. Según lo que podía ver, Worm no sabía que el jardinero estaba tan solo a unos metros de él, ni que todavía iba armado. Lo tenía a tiro. Difícilmente fallaría.

¿Monk debía gritar? Distraería al jardinero un momento pero también distraería a Worm, tal vez lo suficiente para que el jardinero apuntara el arma y disparase. O para que se abalanzara desde detrás del arbusto y agarrara a Worm, o incluso para que lo matara sin querer con su enorme peso.

Monk se agachó, cogió la piedra más grande que encontró y se la arrojó al jardinero. No creía que fuera a darle, pero sin duda lo distraería el tiempo suficiente para dar ventaja a Worm. ¡Quisiera el cielo que echara a correr de regreso hacia Monk o en dirección a Hooper! Squeaky estaba a su izquierda, pero era mayor y no estaba en forma, lo suyo era falsificar documentos y engañar al recaudador de impuestos, no las peleas cuerpo a cuerpo.

La piedra golpeó el arbusto, sacudiendo las ramas y cayendo pesadamente

al suelo.

El jardinero dio media vuelta, temiendo un ataque.

Worm puso pies en polvorosa, corriendo en zigzag como un conejo en la maleza.

El jardinero corrió tras él, empuñando el arma. Sus piernas eran mucho más largas, su paso era como tres de los de Worm, pero la escopeta le dificultaba la marcha y se retrasaba al cambiar de dirección. No obstante, estaba ganando terreno. La distancia que mediaba entre ambos iba disminuyendo.

De repente el jardinero salió despedido por los aires y se estampó de cara contra el suelo, con los brazos como aspas y sacudiendo y retorciendo los pies como si los tuviera atados.

Squeaky se agachó y recogió la escopeta. Agarrándola por el cañón, se dio impulso y asestó un tremendo golpe al jardinero en la cabeza. Lo dejó completamente flácido, como si estuviera muerto.

Monk bajó corriendo por la ligera pendiente hacia ellos y llegó justo cuando Squeaky daba unas palmadas a Worm en la cabeza.

—Buen trabajo, chico —dijo con toda calma—. Sabes lo que te haces.

Worm tenía los ojos arrasados en lágrimas pero se negó a llorar.

Monk bajó la vista hacia el jardinero, la sangre que tenía en la sien, el pecho que se hinchaba al respirar trabajosamente y sus piernas, que estaban atadas con un trozo de cuerda muy delgada, uno de cuyos extremos estaba anudado a una pesada llave inglesa.

Squeaky se encogió de hombros.

—Hubiese sido una lástima desperdiciar un trozo de buena cuerda —dijo, esbozando apenas una sonrisa—. La mayoría de los tipos que persiguen a alguien no miran dónde ponen los pies.

—¿Se la ha lanzado usted? —dijo Monk con incredulidad—. ¿Dónde ha aprendido a hacerlo?

—Solo hay que calcular el momento —contestó Squeaky, mostrando sus dientes torcidos—. Buena cosa, el cálculo.

—Me encargo yo del arma.

Monk alargó la mano y Squeaky le pasó la escopeta.

Hooper llegó junto a ellos. Miró primero la escopeta y después al jardinero tirado en el suelo. Entonces vio el semblante de Squeaky, y a Worm, que estaba muy pálido, y dedujo lo que debía de haber ocurrido.

Recogió el trozo de cuerda y comprobó su resistencia. Se agachó para atar las muñecas del jardinero.

—Antes de hacer eso —dijo Monk enseguida—, quítele la chaqueta. Su gorra está allí. Me las pondré y entraré. Hooper, coja la escopeta y vaya por la parte delantera, no vaya a ser que Rand intente escapar por allí. Squeaky, quédese aquí vigilando al jardinero cuando acabemos de atarlo. Dele otro golpe si es necesario. Allí hay una buena estaca clavada en el suelo, el rodrigón de un árbol joven. Amárrelo ahí. ¿Scuff?

—¿Sí?

Scuff dio un paso al frente.

—Ve a buscar el carro y el caballo. Tráelo aquí con cuidado y aguarda. Necesitamos tenerlo cerca si tenemos que llevarnos a alguien que esté enfermo. Squeaky te ayudará a darle la vuelta para que podamos salir directamente, quizá con prisa. —Echó un vistazo a Hooper mientras ataba al jardinero, que empezaba a recobrar la consciencia—. No use más cuerda de la necesaria —le advirtió—. Tal vez la necesitemos para otros. Rand no vendrá de buena gana. Y es posible que la señorita Radnor tampoco.

—Tengo mucha, señor —dijo Hooper alegremente, dando un fuerte tirón a la punta de la cuerda para apretar el nudo.

El gesto despertó del todo al jardinero, que se puso a aullar de dolor.

—¡Cállate! —le dijo Hooper con dureza.

El jardinero lo fulminó con la mirada, le vio los ojos y se calló.

Hooper revisó el arma para asegurarse de que estaba cargada y que funcionaba bien. Luego se dirigió lentamente hacia el lado de la casa, camino de la puerta principal.

Scuff y Worm enfilaron a regañadientes el sendero hacia el carro y el caballo.

Squeaky lanzó una mirada fulminante al jardinero, dirigió a Monk un gesto de asentimiento, casi como un saludo militar, y este avanzó deprisa y en silencio hacia la puerta de la cocina, en la parte trasera de la casa.

Worm había dicho que había visto a dos mujeres en la cocina y que estaba casi seguro de que una de ellas era Hester, de lo que cabía deducir que la otra sería Adrienne Radnor. ¿Se habían hecho amigas, o su enemistad había empeorado? ¿Dónde iba a meterse Monk?

Si ahora cometía una equivocación, aún era posible que todo terminara en tragedia. Si Adrienne tenía un cuchillo de cocina en la mano y le entraba el

pánico, podría hacer cualquier cosa.

Se caló la gorra del jardinero para taparse mejor la cara. ¿El jardinero solía llamar antes de entrar? ¿Era un aliado de Rand? ¿Un empleado? ¿Un criado? ¿Alguien que estaba en deuda con él por un antiguo favor? ¿Un pariente, incluso?

Había demostrado tener una vena violenta al ver a Worm por segunda vez. ¿Qué clase de hombre perseguía a un niño de ocho años con una escopeta cargada?

Uno que estuviera asustado, con algo muy peligroso que ocultar.

Monk llamó a la puerta y acto seguido la abrió. Estaba en la entrada trasera de una gran cocina de granja. En medio del suelo de piedra, a unos tres metros de Monk, estaba Adrienne Radnor con un cuchillo cebollero en la mano, cortando zanahorias en una tabla de madera. Por un momento no prestó atención a la presencia de Monk. Entonces se dio cuenta de que no era el jardinero y abrió mucho los ojos.

—¿Quién es usted?

Apretó con fuerza el mango del cuchillo y fue a su encuentro, con los ojos entornados y la hoja en posición de ataque, baja, como si fuera a clavársela.

Monk no contestó y se movió hacia la gigantesca cocina económica. Estaba caliente. Encima había cazuelas de estofado a punto de hervir, y una olla burbujeante del tipo de las que se utilizaban para cocer pudines. Había suficiente comida para alimentar a ocho o diez personas.

La rejilla donde se escurrían las cazuelas y sartenes limpias estaba a un par de palmos de su mano derecha.

Adrienne se acercó a él con la punta del cuchillo apuntándole a la barriga.

—¿Quién es usted? —repitió, enojada.

Monk agarró una de las cacerolas de cobre más pequeñas y le dio un golpe en el brazo tan fuerte como pudo. La notó chocar con un hueso, y el cuchillo cayó con estrépito al suelo. Adrienne dio un grito ahogado de dolor y palideció. Cayó de rodillas, con el brazo colgándole inutilizado.

Se hizo un momento de silencio.

Adrienne tomó aire para gritar.

Monk agarró otra sartén.

—No —dijo en voz baja—. Ese brazo no se curará si lo golpeo otra vez. Siéntese en esa silla y no se mueva. No quiero tener que atarla, pero no puedo dejarla suelta.

Apartó el cuchillo de una patada, lo bastante lejos para que ella no lo alcanzara, y la ayudó a sentarse en la silla. Había suficiente cordel de cocina para atarla, impidiéndole moverse. Le sorprendió la cantidad de nudos marineros que le acudieron a la mente desde algún recóndito lugar de su memoria. A su pesar, también la amordazó; no se fiaba de que no se pusiera a chillar en cuanto saliera de la cocina.

Monk la dejó allí y salió silenciosamente por la puerta que daba al vestíbulo, atento a cualquier sonido que advirtiera de una presencia humana. Tardó un poco en oír un murmullo de voces.

Fue de puntillas hasta la puerta y escuchó. Oyó la voz de un hombre, luego otra voz masculina y, finalmente, la de una mujer. No entendía lo que decía pero reconoció el tono de Hester, su musicalidad, dijera lo que dijese.

Agarró con cuidado el picaporte y lo giró. Cedió cuando lo tocó, y Monk abrió la puerta de golpe.

Dentro de la habitación había una cama grande. Recostado en las almohadas yacía un anciano con el rostro demacrado por la enfermedad pero rebosante de vida. Tenía un brazo atado con correas al tronco, y la aguja que le perforaba la piel iba conectada a un tubo de cristal lleno de un líquido rojo. Solo podía ser sangre. El tubo estaba conectado a una botella suspendida de un artefacto de alambre y cuerda, arrimado a la cama.

Hester estaba a su lado, todavía vestida con su uniforme gris azulado de enfermera. Lo llevaba arrugado y manchado de sangre, como si no se lo hubiese cambiado durante días. Pero la alegría que inundó su semblante cuando vio a Monk la volvió tan guapa como a cualquier mujer viva.

Rand, blanco de ira, con los ojos centelleantes, estaba justo detrás de ella. Rápido como un gato, cogió el bisturí de una caja de instrumentos y alargó el brazo para agarrarla del hombro.

En un instante horrible, Monk adivinó sus intenciones. Le cortaría el cuello si Monk no se retiraba. Hester era, ante todo, lo que siempre había sido para Rand: un rehén al que utilizar.

Hester alargó el brazo como si quisiera suplicar a Monk que obedeciera. Acto seguido lo echó para atrás con fuerza, clavando el codo en la boca del estómago de Rand, justo en el punto más vulnerable: en la curva donde se juntaban las costillas.

Rand dio un grito ahogado y se agachó. Hester lo golpeó de nuevo, esta vez en la cara, en el labio superior justo debajo de la nariz, que chorreó

sangre.

Monk agarró el brazo de Rand y se lo retorció. El bisturí cayó al suelo mientras Hooper entraba en la habitación desde el vestíbulo.

Media hora después ya casi había terminado todo. Scuff había acercado el caballo y el carro y preparó unos camastros bien mullidos en el heno para Charlie, Maggie y Mike. A Radnor, que no paraba de protestar, lo ayudaron a tenderse al otro lado del montón de heno. Adrienne todavía iba vendada, y Hester hizo lo que pudo para fijarle el brazo roto y ponérselo en cabestrillo.

Estaban listos para emprender el largo regreso a casa. Ataron al jardinero donde la policía local pudiera encontrarlo y dejaron la casa cerrada hasta que la investigación concluyera. Hooper se quedó con él para asegurarse de que todo se hacía legalmente y con orden.

Squeaky condujo el carro, haciendo turnos con Scuff. Worm iba sentado con ellos en el pescante, observándolo todo.

Hester y Monk iban sentados de lado en el heno, atendiendo de vez en cuando a los enojados, heridos y reacios prisioneros. Por lo general, los ignoraron, incluso a Radnor, que daba la impresión de ser el que estaba menos desconcertado de todos ellos.

10

Oliver Rathbone llegó a su casa de Londres sumamente complacido, aunque había disfrutado mucho de su estancia en Edimburgo. Era una ciudad hermosa y refinada pero la ley escocesa era diferente de la inglesa, y siempre lo había sido, y encontró un tanto arduo —si bien como perito forense en un caso antiguo— poner a prueba tanto su habilidad como su memoria.

Después se había tomado unas vacaciones en los bonitos bosques de los Trossachs, y tal vez eso fue lo que realmente lo había perturbado. Su salvaje, casi inquietante belleza había aumentado su conciencia de estar solo. Había anhelado volverse hacia alguien y decir: «¿No es exquisito? ¡Cómo se refleja la luz en el lago! Con qué elegancia se apiñan los árboles contra el cielo.» Pero no había nadie. Por amable que fuese un desconocido, nunca compensaría el mutuo entendimiento con un amigo; nada en absoluto compensaba la ausencia de amor.

No echaba de menos a Margaret, la esposa que lo había abandonado después de su inhabilitación. No, eso no era verdad; su corazón lo había abandonado mucho antes. Fue simplemente la excusa que la exoneró y se lo puso fácil. Extrañaba lo que había creído que tenían, lo que había esperado que con el tiempo llegaría a ser.

Había teleografiado avisando de la hora en que tenía previsto llegar a casa, y su criado, Dover, lo recibió en la puerta sin darle tiempo a meter la llave en la cerradura.

—Buenas tardes, sir Oliver —dijo, haciendo una ligera reverencia, con evidente satisfacción—. Me alegra tenerle de nuevo en casa, señor. Han ocurrido muchas cosas durante su ausencia, y estoy seguro de que deseará ponerse al corriente. ¿Le sirvo una cena ligera, señor? ¿Un emparedado de ternera fría, tal vez, y una copa de clarete?

Rathbone se sintió envuelto por la cordialidad y la familiaridad de la bienvenida. Había alquilado el apartamento tras separarse de Margaret. No tenía sentido conservar la casa. Era demasiado grande pero, sobre todo, era el caparazón vacío de un sueño que había fenecido. Aquel lugar era elegante y casi escaso en mobiliario, y lo bastante espacioso para satisfacer lo que realmente le complacía. No había ostentación, solo calidad. Y Dover hacía que pareciera un hogar. De probada lealtad, solo daba su opinión cuando se la preguntaban.

—Sería perfecto —respondió Oliver, dirigiéndose a la sala de estar, con sus sillones viejos y en extremo confortables. Aun con la chimenea apagada, el ambiente era agradablemente acogedor, y había rosas tardías en el jarrón de la mesa auxiliar.

—Bien, señor —dijo Dover en voz baja—. ¿Le traigo la prensa, señor? He conservado el *The Times* mientras ha estado fuera, y hay un buen montón de ejemplares. —Frunció el ceño, como si ese hecho lo contrariase—. Aunque tal vez no sea la manera más agradable de ponerse al día, señor, si me permite el comentario.

Su tono de voz advirtió a Rathbone de que se había perdido algo importante. Tuvo un escalofrío pese a la calidez de la habitación. Se volvió para mirar a Dover.

—¿Qué es lo que me desagradará tanto leer? Quizá sería mejor que me lo contara usted mismo.

—Traeré el emparedado, sir Oliver, y el clarete.

—¡No, Dover, cuéntemelo ahora!

Rathbone sintió el filo de la ansiedad en su fuero interno.

—Es una larga historia, señor, y un tanto complicada. Pero le aseguro que termina de modo satisfactorio, al menos por el momento. Naturalmente, lo que no puedo decir es cuál será el resultado final.

—Subiré a lavarme —respondió Rathbone—. Los trenes siempre hacen que me sienta sucio. Después me contará de qué se trata. ¿Ha...? —Se encontró con la boca seca—. ¿Ha fallecido sir Ingram York?

—Que yo sepa no, señor.

Rathbone se llevó una ligera decepción. Ingram York era el juez que había engatusado a Rathbone en el caso que había conllevado su ruina. No, no era cierto. York había cavado el hoyo pero fue el propio Rathbone quien se metió en él, con la arrogante creencia de que podría hacer justicia a despecho de la ley y sin pagar el precio correspondiente.

Ingram York, actualmente enfermo mental, también era el marido de Beata, a quien Rathbone había terminado por amar a pesar de su buen criterio. ¡Buen criterio! Qué término tan poco apropiado para aludir a sus decisiones más recientes, tanto personales como profesionales.

Y, sin embargo, Beata era hacia quien había deseado volverse para compartir la melancólica belleza de los Trossachs, de Loch Lomond con su costa rocosa y atisbos de luz en el agua.

Bajó de nuevo, limpio y habiendo cambiado la ropa de viaje por una vieja chaqueta de esmoquin. Dover había servido los emparedados en la mesa y una copa de clarete de intenso rojo rubí a temperatura ambiente, que emanaba su fragancia en el ambiente.

—Bien, ¿cuáles son las novedades? —preguntó Rathbone. Se sentó en el sillón y cogió el primer emparedado.

Dover permaneció de pie, como de costumbre. Consideraba que era el comportamiento adecuado de todo criado que se preciara. Formaba parte de su identidad.

—Ante todo, señor, debe saber que la señora Monk está sana y salva en su casa...

De repente, Rathbone se quedó sin aliento.

—¿Qué quiere decir, Dover? ¿Por qué no iba a estarlo? ¿Qué ha ocurrido? ¿Cómo está el señor Monk?

—Bastante bien, señor, aunque en ningún momento corrió peligro. Fue a la señora Monk a quien secuestraron junto con tres niños pequeños, al parecer de la ribera.

Rathbone lo miraba fijamente.

—¿Tres niños? ¿Quiénes? ¿Santo cielo, Dover, y por qué? ¡Cuénteme la historia como es debido, hombre!

Le constaba que estaba siendo poco razonable, pero no podía evitarlo. Ahora estaba erguido en el asiento; el emparedado y el clarete, olvidados.

—La señora Monk estaba trabajando en un anexo especial del Hospital de Greenwich, casi siempre de noche, para suplir a una amiga de sus tiempos en el ejército, que había caído enferma —dijo Dover sin alterarse—. De un modo u otro descubrió que el médico y el químico que dirigen esa parte de la institución estaban realizando experimentos con pacientes enfermos y heridos, usando la sangre de unos niños a los que habían recogido en las márgenes del río.

Rathbone cerró los ojos, como si así pudiera borrar el panorama que estaba imaginando.

—Cuando se dieron cuenta de que la señora Monk sabía lo que estaban haciendo —prosiguió Dover—, se la llevaron a ella y a los niños, junto con su paciente actual, al campo. Los encerraron en una granja, tanto para acallarlos como para utilizarlos en lo que estaban haciendo. Por descontado, el señor Monk descubrió dónde estaban y acudió en su rescate. Tomó

prisioneros al químico y a la hija del paciente que estaban intentando curar. Pronto los llevarán a juicio. Saldrá en todos los periódicos, por eso he pensado que debía saberlo antes de leerlo, señor.

—Sí —dijo Rathbone despacio, sin haberse recuperado de la impresión—. Sí, por supuesto. Tiene toda la razón. Gracias, Dover.

—Señor.

Dover inclinó la cabeza y se volvió hacia la puerta.

—¿Dover? —dijo Rathbone enseguida. Dover dio media vuelta.

—¿Sí, señor?

—¿Qué fue de los niños?

—No lo contaron, señor, excepto que están siendo atendidos en un lugar a salvo. Mejor que sea así, si me permite decirlo, señor.

Rathbone no discutió, pero las ideas se le agolpaban en la cabeza. Resolvió ir a ver a Hester a la mañana siguiente y asegurarse de primera mano de si estaba realmente ilesa, y no realmente más afligida de lo que estaba permitiendo que vieran los demás. Tal vez podría ayudarla en algo.

Por la mañana resultó que los acontecimientos se anticiparon a sus intenciones incluso antes de que hubiese acabado de desayunar. Todavía estaba cansado del largo viaje en tren. No tenía prisa en levantarse, después de su inhabilitación debida al caso en el que tan ostensiblemente se había tomado la justicia por su mano. Hacía poco le habían permitido actuar como segundo abogado, un mero asistente del letrado que llevara el caso. Era una posición a la que no estaba acostumbrado. Hacía muchos años que no aceptaba casos menores: hurtos, alteraciones del orden público, riñas. Fue una dura caída desde el lugar que ocupaba antes, cuando se le consideraba uno de los mejores abogados penalistas del país, para luego ser aclamado por su reciente nombramiento como juez de la judicatura. El lento remontar era amargo; en el mejor de los casos, difícil.

A menudo le costaba conciliar el sueño, y yacer despierto en la cama era lo más debilitante para su alma. Necesitaba encontrar algo que mereciera la pena, una causa que volviera a hacerle hervir la sangre.

Desayunó razonablemente temprano. Dover siempre estaba despierto y a punto. Rathbone debería mostrarle más agradecimiento por su lealtad. Se había servido una segunda taza de té cuando Dover entró con ciertos aires de petulancia.

—Ha venido a verle el señor Ardal Juster, señor. Se disculpa por

presentarse a tan temprana hora, pero dice que es importante. ¿Debo traer otra taza, señor? El té está prácticamente recién hecho.

Aunque a su pesar, Rathbone sintió un aguijonazo de interés, incluso de excitación. Ardal Juster era el abogado que lo había defendido en su propio caso, y desde entonces le había pedido consejo en otros asuntos.

—Sí, faltaría más —convino Rathbone sin vacilar—. Y tráigale una taza. Pregúntele si ha desayunado y si le apetece tomar algo más.

Dover desapareció y un momento después entró Ardal Juster. Era varios años más joven que Rathbone, de unos treinta y tantos, esbelto y moreno. Era bastante guapo, pero la cualidad que más llamaba la atención era el entusiasmo que irradiaba su rostro, su vitalidad.

—Buenos días, sir Oliver —dijo, tendiendo la mano al tiempo que Rathbone se levantaba para saludarlo—. Lamento interrumpir su desayuno, pero durante su ausencia he aceptado llevar la acusación de un caso que estoy seguro que le interesará, tanto profesional como personalmente. Su consejo sería inestimable para mí, y todavía le pediría más: su ayuda en el tribunal, si usted estuviera dispuesto.

Rathbone indicó a Juster con un ademán que ocupara la otra silla de la mesa. Al regresar Dover con una taza limpia, le ofreció té, y se lo sirvió en cuanto Juster inclinó la cabeza.

Dover se fue a preparar tostadas y Juster comenzó de inmediato, inclinándose encima de la mesa, llevado por su entusiasmo.

—¿Está al tanto del secuestro de Hester Monk y de los tres niños Roberts? Todos rescatados sin ningún percance, y Hamilton Rand detenido junto con Adrienne Radnor, la hija del paciente con el que estaban realizando experimentos.

—Algo sé —contestó Rathbone. Observó el rostro de Juster, procurando formarse un juicio sobre la razón de su vehemente interés. ¿Era indignación ante el crimen, fascinación por los aspectos legales o ansias de poner a prueba su talento contra los poderosos intereses representados por la defensa? Esperó que se tratara de algo más elevado que los considerables honorarios y la oportunidad de aparecer en un caso que recibiría mucha publicidad—. Pero le ruego que me explique exactamente quién es Rand, cuáles son los cargos que se le imputan y cómo los contempla la ley —agregó.

—Es complicado. —Juster se recostó un poco en la silla y bebió un sorbo de té, pero sus ojos no se apartaron en ningún momento del rostro de

Rathbone—. Hamilton Rand es un químico muy destacado, tal vez incluso un genio y un poco loco. Su hermano, Magnus Rand, es un buen médico y no ha sido acusado con él, aunque bien cabría considerarlo cómplice. —Saltaba a la vista que sopesaba lo que decía, procurando no imprimir emoción a las palabras que escogía ni a su tono de voz—. Han estado experimentando con la transfusión de sangre de un ser humano a otro, a fin de evitar la muerte por pérdida de sangre en quienes presentan heridas graves, y para curar enfermedades, como la leucemia.

Miró inquisitivamente a Rathbone, a la espera de sus comentarios.

Rathbone asintió con la cabeza, haciendo caso omiso de su té.

—Continúe.

—No es una idea nueva —prosiguió Juster—. De hecho, se ha venido probando con distintos grados de éxito durante más de dos siglos. Si lo consiguiera, sería uno de los grandes avances en la historia de la medicina.

—¿Y yendo al grano? —instó Rathbone.

—Según parece, Hamilton Rand ha tenido cierto éxito. Milagrosamente, uno de sus pacientes sigue vivo. O al menos lo estaba hace un par de semanas. Ha desaparecido, pero no hay motivos para suponer que esté enfermo, o incluso muerto. Se llama Bryson Radnor. A fin de continuar el tratamiento, Rand secuestró a los tres niños cuya sangre parece ser la única que al parecer siempre da resultado. Tengo entendido que es algo sumamente inusual. También se llevó a la señora Hester Monk, que estaba cuidando a Radnor.

Rathbone volvió a sentir frío.

Como si lo hubiese notado, Juster contestó a la pregunta.

—A la señora Monk se la llevaron contra su voluntad y permaneció allí bajo coacción, así como para cuidar a los tres niños, que cada día se debilitaban más dado que los sangraban regularmente y en demasía...

—¿Pero están vivos? —interrumpió Rathbone. La idea de aquel loco, genio o no, sangrando a niños hasta matarlos era espantosa.

—Oh, sí —le aseguró Juster—. Pero son demasiado jóvenes para testificar. El mayor tendrá unos siete años.

—¿El caso es contra Hamilton Rand? ¿Por secuestro?

—Sí. Y contra Adrienne Radnor, la hija del paciente, una mujer de treinta y pocos años. Fue totalmente cómplice en el secuestro de los niños y de Hester Monk.

—Entiendo.

Rathbone se terminó su taza de té. Dover entró con tostadas recién hechas y ambos comieron en silencio mientras Rathbone consideraba los hechos y Juster aguardaba.

—Los cargos son de secuestro —prosiguió Rathbone al cabo de un rato—. ¿Por qué le interesa tanto el caso? Es evidente que es así.

Juster sonrió.

—Por muchas razones, sir Oliver. El secuestro de una enfermera que no puede siquiera intentar escapar debido a los niños que dejaría atrás; es más, que no puede abandonar a su paciente porque es la única que está cualificada para atenderlo. Y, sin embargo, si él muere, su vida puede correr peligro. Rand no se atreve a dejar que se marche. Sin duda, detesta a Radnor, pero ha jurado ayudar a cualquier persona enferma, por vil que sea, y en cualquier circunstancia.

A Rathbone se le heló al sangre en las venas.

—Rand no es médico, es químico —le advirtió Juster—. No ha prestado juramento a la medicina. El juramento hipocrático dice «la salud y la vida del enfermo serán las primeras de mis preocupaciones». Ahora bien, ¿cómo descubrir nuevos tratamientos sin hacer experimentos que pueden terminar mal? —Su expresión apasionada reflejaba la magnitud de la idea—. ¿Quién asumirá los riesgos de dar un paso hacia lo desconocido cuando nadie puede calcularlos? ¡Claro que lo que les hizo a la señora Monk y a los niños está mal! Ahora bien, ¿totalmente mal? ¿Qué dice la ley? ¿Y qué debería decir?

Rathbone asintió con la cabeza despacio, entendiendo el atolladero que planteaban los argumentos de Juster.

—¿Y la señorita Radnor? —preguntó—. ¿En qué medida cabe culparla, realmente? ¿Y qué dirá la ley con respecto a ella?

—Ha dado en el clavo —convino Juster, esbozando una sonrisa—. Y no obstante tienen que ser enjuiciados. De lo contrario, cualquiera podrá justificar cualquier cosa aduciendo que busca nuevos avances médicos. —Su tono devino más apremiante—. Ayúdeme, sir Oliver. A la señora Monk le han hecho mucho daño, y creo firmemente que si el comandante Monk y sus hombres no la hubiesen rescatado, tanto ella como los niños Roberts lo habrían pagado con su vida. Por suerte no resultó herida, al menos no físicamente. Pero el miedo y la reclusión son una tortura psicológica, y eso también es un crimen que quizá nunca estaremos en condiciones de

cuantificar.

—¿Por qué acude a mí? —preguntó Rathbone. No buscaba elogios, ni siquiera un aserto. No veía las razones que lo hacían apropiado para el caso, y conocía lo bastante a Juster para comprender su ambición.

Juster sonrió.

—Porque hace muchos años que conoce y aprecia a la señora Monk. Por ella luchará duro pero con justicia. Y si la defensa le tiende una trampa en el estrado, usted contraatacará sin piedad. Me consta que ciertos letrados han puesto en entredicho su reputación. Todavía no le han restituido el puesto que usted desea ostentar. No sé si alguna vez lo harán. Pero usted es el mejor, tanto si se reconoce como si no. Y el público lo sabe, aunque sus señorías de la judicatura tal vez no. —Sonrió brevemente, pero con afecto—. Y nunca se rinde.

—Y usted ha tenido la diplomacia de no mencionar que tengo una deuda de honor con usted —agregó Rathbone—. Me defendió con brillantez cuando nadie más estaba dispuesto a hacerlo, y no sin cierto riesgo para su carrera.

Juster sonrió más abiertamente, mostrando los dientes.

—¿En serio? Lo había olvidado.

Rathbone gruñó.

—Ya. Solo porque está seguro de que yo no. Bien, estudiaré el caso con todo detenimiento y haré cuanto pueda para prestarle ayuda. Como bien dice, es un caso muy interesante. Gracias. ¿Le apetece otra taza de té...?

Cuando Juster se marchó, Rathbone sopesó con detenimiento lo que le había referido. Pidió a Dover que le llevara los periódicos que habían escrito sobre el incidente y los estudió todos. Sabía de sobra que lo que publicaban los periódicos, incluso los mejores, no era necesariamente la verdad. No eran hechos lo que buscaba sino la manera en que se había informado del caso, pues eso sería lo que más habría moldeado la opinión pública.

Poco después de almorzar tomó un coche de punto. Cruzó el río y recorrió la orilla sur hasta la colina donde se encontraba Paradise Row.

—¡Oliver! —Hester lo recibió con sorpresa y sumo placer—. ¡Qué alegría verte! ¿Estás bien?

Lo contempló detenidamente, como si quisiera oír algo más que la cortesía de la respuesta al uso, siempre afirmativa.

Rathbone le sonrió. Ver a Hester todavía lo llenaba de una extraña mezcla de felicidad y pesar. Una vez le había pedido que se casara con él, y nunca lo

olvidaba del todo, aunque reconoció que era a Monk a quien verdaderamente amaba, y que siempre sería así.

—No me vengas con tonterías, Hester —dijo Rathbone con bastante delicadeza—. He leído los periódicos, y Ardal Juster se ha presentado en casa cuando aún estaba desayunando. Me ha pedido que le ayude en la acusación contra Hamilton Rand y, por supuesto, Adrienne Radnor. Estoy la mar de bien. Ahora dime cómo estás tú, y sin evasivas.

—Será mejor que pases —lo invitó Hester—. Da un sol agradable en la parte de atrás. Podemos sentarnos con las cristaleras abiertas y beber limonada. Me parece que tengo un poco de tarta.

Dio media vuelta y entró en la casa.

Rathbone pasó detrás de ella sin mencionar que era la una y media de la tarde, demasiado pronto para tomar tarta.

Dio la casualidad de que Scuff se había tomado la tarta, pero la limonada era excelente. Su sabor dulce y agrio a la vez parecía peculiarmente apropiado para la ocasión. Las rosas aún durarían un mes o dos, pero se respiraba el otoño en el aire.

—¿Qué es lo que quieres saber? —preguntó Hester con cierta cautela.

Rathbone recordaba, no sin dolor, la vez en que la había humillado en el estrado durante un juicio varios años atrás, porque había creído vehementemente en la causa por la que estaba luchando. Hester comprendió por qué lo había hecho, pero el recuerdo seguía vivo en sus ojos, así como la falta de confianza. Le había dejado claro que no lo culpaba. Lo habría despreciado si hubiese antepuesto la amistad a la justicia. Ella nunca antepondría sus sentimientos a la medicina.

Rathbone se lo recordó.

Hester sonrió con remordimiento.

—Tienes razón —admitió—. Deberíamos hablar con franqueza, pero no es fácil.

—¿No? ¿Te fuiste con Rand de buen grado?

Hester abrió mucho los ojos.

—¡No! ¡Por supuesto que no!

—Hester, tengo que saber qué te preguntará la defensa aunque te violente contestar. Debemos prepararnos con la verdad ahora, no cuando sea demasiado tarde.

Hester esbozó una sonrisa y palideció un poco.

—No fui de buen grado. En realidad, estaba inconsciente. Me parece, por el olor que percibí después, que usaron éter. Cuando volví en mí estaba en un dormitorio del piso de arriba de una casa en medio de la campiña. William me explicó que la habían heredado Rand y su hermano. Lo único que veía desde la ventana era un trozo de jardín, unos campos de cultivo y unas colinas al fondo. No sabía dónde estaba.

—¿Quién más había?

—Hamilton Rand, Bryson Radnor, que era el paciente, su hija, Adrienne, y los tres niños: Charlie, Maggie y Mike. Y el jardinero. Casi siempre estaba patrullando el terreno. Iba armado.

—¿Sabes qué tipo de arma llevaba? ¿Qué aspecto tenía? ¿Puedes describirla?

—Era una escopeta de dos cañones. Soy enfermera militar, Oliver; no es la primera vez que veo armas.

—Sí, por supuesto. Disculpa —dijo Rathbone, compungido.

—Y de verdad que estoy bien —agregó Hester—. Deja de hablarme como si estuviera a punto de desmayarme, por favor.

—Hester... —comenzó a decir Rathbone, pero enseguida se calló. ¿Qué podía decir que no la pusiera en un aprieto ni hacerla más consciente de que una vez la había amado profundamente? Ahora estaba allí en calidad de amigo, y como abogado de la acusación quería contar con la confianza de Hester para que no la pillaran desprevenida cuando la defensa hiciese lo que estuviera en su mano a fin de desacreditarla—. Hester, nadie ha muerto —continuó Rathbone con gravedad—. Los cargos son de secuestro. Si la defensa logra causar la impresión de que fuiste por voluntad propia, el caso contra Rand dependerá del testimonio de tres niños pequeños, que son muy jóvenes, y que seguramente no saben leer ni escribir. No podemos llamarlos al estrado. ¡El juez no los creerá y la defensa los confundirá! Dependerá de ti, y también de Monk y de quien estuviera con él cuando te encontraron. Todos son hombres de Monk, y la defensa, sin duda, lo señalará.

Hester frunció el ceño, y la primera sombra de verdadera inquietud asomó a sus ojos.

Rathbone se inclinó un poco hacia delante.

—Hester, dirán que Monk irrumpió en la casa y que nadie sabía quién era. ¡Naturalmente, se defendieron! ¿Quién no lo haría? Si consiguen que parezca que tú participabas por voluntad propia en el experimento, nos

quedamos sin caso. Es harto probable que Adrienne Radnor mienta y diga que fuiste tan de buen grado como ella misma. Que no le dijeras a tu marido dónde estabas es un asunto doméstico, pero no es culpa de ellos.

Hester se quedó anonadada, un poco mareada, como si le hubiese dado una bofetada.

—Lo siento —dijo Rathbone con delicadeza, poniendo su mano encima de la de Hester y notando que sus dedos se enfriaban y encogían como si tuviera miedo de él.

—Rand me habría matado si Radnor hubiese muerto —dijo—. Y peor todavía, creo que habría sangrado a esos niños hasta matarlos si así salvaba a Radnor.

—No estoy hablando de la realidad —dijo Rathbone—. Necesito lo que podamos demostrar. Y eso no tiene que ser lo que resulte creíble sino lo que quede más allá de toda duda razonable. Si surge cualquier duda que ofrezca una explicación alternativa, el jurado tendrá que absolverlos a los dos.

Se detestó por la aspereza de sus palabras, que le supieron amargas como los limones de la bebida.

Hester pestañeó para contener las lágrimas.

—¿Cómo voy a demostrar que me quedé porque no podía dejar a los niños solos allí? ¿Quizás algún miembro del jurado lo habría hecho? ¡Todos serán hombres!

Los jurados siempre eran hombres.

—Muchos estarán casados y tendrán hijos —respondió Rathbone—. Les constará que sus esposas jamás abandonarían a sus hijos para que los sangraran hasta morir de esa manera, asustados y solos, sin amor ni consuelo. A lo mejor tendremos que confiar mucho en los avales de personalidad.

—¿Para mí? —dijo Hester, forzando una sonrisa como burlándose de sí misma—. Dirijo una clínica para prostitutas —le recordó—. Quizá será mejor que no lo saques a colación.

—Una enfermera del ejército que ahora atiende a los caídos en una guerra diferente —repuso Rathbone secamente.

Hester sonrió abiertamente a su pesar.

—¿Qué me dices de los niños? Basta con verlos para darse cuenta de lo pequeños y vulnerables que son. Y Maggie podría testificar. Pelearía con cualquiera que amenazara a sus hermanos. ¡Ningún abogado quedará demasiado bien si intimida a una cría de seis años a la que han medio

desangrado para un experimento!

—No podemos demostrar que la sangraron poniendo en peligro su vida —dijo Rathbone con gravedad—. Pero eso es lo de menos dado que el juez no admitirá testimonios de una niña de su edad. La defensa luchará con uñas y dientes para impedir que suban al estrado.

—¡Pero estuvieron allí! —protestó Hester—. Es un hecho incontestable.

—Rand dirá simplemente que pagó a la familia para que participaran en un experimento médico. Ahora bien, la cuestión más importante es la siguiente: ¿pudo estar cerca del éxito Rand? ¿Es posible que creyera que lo estaba? Por favor... pon mucho cuidado en lo que contestas.

Hester permaneció callada tanto rato que Rathbone pensó que no iba a hablar. Finalmente, se irguió y lo miró a la cara.

—Sí, pienso que, en efecto, estaba muy cerca. Y si me lo preguntan en el estrado así lo diré.

Rathbone la miró, escrutándole el semblante, y vio en sus ojos lo maravillada que estaba. Titubeó un momento, aborreciendo preguntar y temeroso de la respuesta.

—Si te preguntan en el estrado qué piensas de su trabajo, ¿qué dirás?

Hester se mordió el labio.

—Tendría que decir que si tuviera éxito sería uno de los mayores avances para salvar vidas de los que tengo conocimiento. No me refiero solo a los pacientes con leucemia, también a las mujeres que mueren desangradas al dar a luz, a cualquier herido que esté agonizando por el shock de la pérdida de sangre, soldados, marineros, personas que sufren accidentes de todo tipo, en la calle, en las fábricas... ¡Imagina poder operar sin temer hemorragias, sabiendo que lo que pierdes puede reemplazarse!

—¿Y a los hijos de quién sangramos? —preguntó Rathbone, dándose cuenta de que su caso se estaba desvaneciendo delante de sus propios ojos.

Hester perdió todo el color y le quedó el rostro demacrado.

—No lo hacemos —dijo con voz ronca—. Buscamos otra solución. Este es el problema que Rand no resolvió. ¿Por qué daba resultado la sangre de esos niños? Antes que Rand, otros hombres han intentado llevar a cabo el mismo experimento, y cuando la sangre no es la apropiada, los pacientes mueren de una manera espantosa.

—¿De modo que su éxito es parcial?

—Sí. Es un paso en el camino, nada más. En mi opinión es el mejor paso

que alguien haya dado en mucho tiempo. Pero no sabemos si habría tenido un éxito completo puesto que no pudo continuar. —La mirada se le ensombreció de repente—. Y, por supuesto, si lo declaran inocente, ¿quién sabe cuántas otras personas intentarán hacer algo similar?

A Rathbone no se le había ocurrido pensarlo. Tuvo la sensación de que la temperatura del aire bajaba diez grados de golpe.

—Entonces debemos estar mucho más seguros de tener éxito si interponemos una acción judicial —dijo en voz baja.

—Hizo mal al secuestrarme, y más aún al llevarse a los niños para sangrarlos. Pero si pudiera extraerse un poco a varias personas adultas que la donaran voluntariamente... —Negó con la cabeza—. Es un hombre odioso, pero eso no tiene nada que ver con las vidas que su trabajo podría salvar.

—Lo comprendo. Antepongo la ley ante las personas que me importan, cuando obran mal. Cuento con que tú hagas lo mismo con la medicina. Así es como debemos hacerlo. De lo contrario, todo lo demás también se pierde, tarde o temprano.

Hester asintió con la cabeza, demasiado emocionada para hablar.

Rathbone bebió el resto de su limonada y se levantó para marcharse. Tenía la cabeza llena de pensamientos y sentimientos encontrados. Había dicho a Ardal Juster que aceptaría el caso y que trabajaría con él. Ahora empezaba a ver que su complejidad era más profunda y mucho más complicada de lo que había supuesto.

Aquella misma tarde, Rathbone visitó a Beata York. Fue una idea impulsiva y tal vez no muy acertada, pero sus ganas de verla invalidaron su juicio. Se dio cuenta de ello cuando estaba ante la puerta y ya había llamado.

El mayordomo lo recibió no solo con cortesía sino con simpatía, como si se sintiera culpable por el vergonzoso comportamiento de Ingram York, pese a que ya había transcurrido cierto tiempo.

—Buenas tardes, sir Oliver —dijo gentilmente—. Si tiene la bondad de acompañarme a la sala de día, informaré a lady York de que está aquí.

Sintiéndose cohibido, Rathbone aceptó, siguiéndolo a través del vestíbulo, que ahora ya le resultaba familiar, hasta la sala de día. Seguía siendo tan austera como cuando el propio York vivía allí, antes de la espantosa noche en que había perdido por completo los estribos y agredido a Rathbone con su bastón, para acabar desplomándose en el suelo debido a algún tipo de ataque. Desde entonces, cada vez que Rathbone entraba en esa

habitación rememoraba el horror de aquella velada. No fue miedo a resultar herido, fue la impresión, y después el tremendo bochorno de la repentina zambullida de York, pasando de lo que parecía ser mera excentricidad a un estado de demencia absoluta. York le desagradaba demasiado para compadecerlo y, sin embargo, a pesar de sí mismo sintió algo muy parecido, si es que uno podía sentir compasión y repugnancia a la vez.

El mayordomo regresó y lo condujo a la sala de estar, donde Beata lo aguardaba.

Rathbone se emocionó de repente al verla de nuevo. Habían transcurrido más de tres semanas, y parte de la nitidez del recuerdo se había desvanecido. Percibió en ella pequeños detalles que le parecieron nuevos: una suavidad de la luz en su pelo, el modo en que arqueaba las cejas, la forma tan directa de mirarlo aunque sin desafío. Le constó que todo eso cambiaría si decía algo que ella considerase cruel o indigno. Perder su afecto era lo más devastador que le cabía imaginar en aquel momento.

—Supuse que regresarías cuando te enterases de lo que le había sucedido a Hester Monk —dijo Beata con dulzura—. ¿No es un triste comentario sobre nuestros intereses públicos que el juicio por un horror médico sea más digno de aparecer en la prensa que el secuestro de una enfermera y tres niños pequeños? —Miró al mayordomo, que estaba detrás de Rathbone, y luego a él otra vez—. ¿Has comido algo desde el almuerzo?

—Lo suficiente —contestó Rathbone—. Apenas importa en estos momentos.

Beata le había indicado un sillón al otro lado de la chimenea, delante del suyo. Rathbone tuvo la extraña y aguda sensación de que había sido el que solía ocupar Ingram York antes de sufrir el colapso. De hecho, lo recordaba sentado allí. ¡Cuánto podía cambiar todo en un lapso de tiempo tan breve! No hacía tanto que había ido a aquella casa por primera vez, honrado con la invitación. Y, no obstante, desde entonces él mismo había sido juez, y en ese cargo perdió incluso el derecho a ejercer de letrado ante los tribunales.

Beata había pedido al mayordomo que les sirviera jamón frío, empanada de queso y té, y Rathbone apenas la había oído. Murmuró su agradecimiento.

—¿Vas a aceptar el caso? —preguntó Beata.

—Solo como ayudante —contestó Rathbone—. Ardal Juster lleva la acusación.

—Conozco las obligaciones que impone la ley —le reprendió Beata,

esbozando una sonrisa—. Piense lo que piense, tú lo guiarás. No es tonto. Saldrá a ganar, y es plenamente consciente del valor de tu experiencia y de tu juicio.

—¿Mi juicio? —dijo Rathbone con incredulidad—. Si tiene dos dedos de frente, ¡no me hará caso!

Se permitió sonreírle. No quería que Beata reparase en la amargura de su voz. Pocas cosas resultaban menos atractivas que la autocompasión, y le importaba en grado sumo lo que ella pensaba de él, mucho más de lo que estaba dispuesto a admitir.

Beata correspondió a su sonrisa, esta vez con arrepentimiento.

—Llevabas razón en tu juicio moral, querido, solo te equivocaste en la manera de hacer uso de la ley. Pero en aquel caso no había una manera correcta de hacerlo. ¿La hay en este caso? Según lo poco que he leído en los periódicos, dista mucho de ser un asunto sencillo, ¡aunque la prensa siempre exagera tanto! La competencia es buena para algunos negocios, hace que todo el mundo dé lo mejor de sí mismo, pero ver quién puede gritar más alto solo sirve para ensordecernos.

Rathbone notó que se le relajaban los músculos, como si un repentino calor se hubiese colado en la habitación.

—Solo he leído *The Times*... —comenzó.

—Por supuesto —convino Beata, casi riendo—. No te imagino leyendo la prensa sensacionalista.

—Quizá sea donde encaja mejor esta historia —respondió Rathbone, atribulado—. Hamilton Rand es un químico destacado pero no es médico. Según dice Hester, y no exagera, Rand la secuestró a ella y a los niños a los que estaba sangrando, y los recluyó en una casa de campo en Kent. Por voluntad propia fueron Bryson Radnor, un hombre muy rico que padece leucemia, y su hija adulta, Adrienne, que ayudaba a cuidar de él.

Beata escuchó sin interrumpir.

—La dificultad reside en que Radnor y su hija estaban allí de buen grado. A ella la acusan junto con Rand...

—¿Y a Radnor no? —preguntó Beata, sorprendida.

—Sostiene que estaba enfermo y apenas consciente cuando lo trasladaron del hospital a la casa de campo.

—¿En serio? ¡Qué galante de su parte! —dijo Beata con sarcasmo.

—Podría ser cierto, y el jurado bien podría creerle.

—¿Qué dice la hija?

—De momento, nada. Al parecer depende mucho de su padre.

—¿En lo económico, en lo social, en lo emocional? —inquirió Beata.

—Probablemente en todo eso.

—Vaya por Dios. Entonces todo recae en lo que diga Hester, aparte de los tres niños.

—Son demasiado jóvenes para prestar declaración. Y sus padres aceptaron dinero para alimentar a los tres pequeños que siguen estando en su casa. —Lo dijo con cierto grado de amargura que ni siquiera intentó disimular—. ¿Hasta qué punto se puede culpar a unos padres que se convencen a sí mismos de que un hijo mayor estará bien si lo venden a quien está dispuesto a pagar suficiente dinero para alimentar y salvar a unos bebés que lloran de hambre?

Beata apartó la mirada, los ojos se le arrasaron en lágrimas, y Rathbone deseó haberse parado a pensar antes de expresar con palabras algo que ella no era preciso que supiera.

—Perdona, Beata. No tendría que...

Se volvió de golpe hacia él, con los ojos centellantes a través de las lágrimas.

—¡No te atrevas a intentar protegerme de las verdades de la vida como si fuese una niña, Oliver! ¡No me lo merezco!

Rathbone se quedó atónito.

—Lo... siento. No era mi intención...

Estaba realmente consternado por su propia torpeza.

—Sé muy bien qué son la crueldad, la injusticia y la aflicción. No hace falta que se me trate como a una flor que se marchita si la tocan.

Por primera vez, Rathbone tomó en consideración lo que Beata debió sentir cuando Ingram York dijo algunas de las cosas que había dicho. ¿Qué crueldades privadas e íntimas había sufrido que no podía contar a nadie? ¿Qué vergüenza le había hecho pasar York de la que no pudiera hablar? ¿Qué sueños podía haberle destrozado, como un tornillo que se va apretando lentamente?

Sabía cuánto le había dolido su propio desengaño con Margaret, aunque tal vez en buena medida fue culpa suya. Había elegido creer que ella era diferente de cómo era en realidad. Abrir los ojos le había costado no solo el futuro sino el pasado, eliminando el significado y el alma de lo que él había

creído que era.

¿Qué había perdido Beata para que la humillara tanto mencionarlo? Nunca le preguntaría. Y otra disculpa no haría más que empeorar las cosas.

—La ética médica es muy complicada —dijo Rathbone, después de una pausa—. La experimentación está llena de posibilidades de fracaso, de sufrimiento e incluso de muerte. No obstante, sin ella no aprendemos nada. No se descubren nuevas curas y la ignorancia destruye el progreso. Todo depende mucho del punto de vista que adoptas. Si alguien a quien amo estuviera enfermo, probablemente tomaría en consideración cualquier precio que hubiese que pagar para salvarlo. Si el enfermo fuese yo mismo, no lo sé. Quizás estaría demasiado cansado y padeciendo demasiado para querer seguir batallando. De todos modos, si me estuviera muriendo de hambre, ¿quién sabe qué haría? Quizá lo haría por voluntad propia, ¿pero qué idea tendría del dolor que sufriría? Incluso de los cambios, tal vez irreversibles, que tendrían lugar en mi cuerpo o en mi mente.

—¿Vas a decir esto ante el tribunal? —Lo estaba observando con interés, sin rastro de enojo, sin pensar en absoluto en sí misma—. ¿Vas a señalar que ese consentimiento no puede ser informado si lo da una persona que no entiende las consecuencias médicas de lo que significa el experimento?

Rathbone no se molestó en decir que no sería él sino Ardal Juster quien hablaría en el tribunal.

—Sí —contestó, pensativamente—. Y parecerá que me interpongo en el camino del progreso en general.

—Rand podría haber usado la sangre de otra persona —señaló Beata—. Un adulto más capaz de entender el experimento y dispuesto a correr el riesgo.

—Esa es la cuestión —dijo Rathbone con fastidio—. Hay algo en la sangre de esos tres niños que parece dar resultado sistemáticamente. Ya ha probado con la de otros, y fracasaron.

—Oh...

—No está solo la cuestión de vivir, sino la de la calidad de vida —prosiguió Rathbone—. Tal vez Radnor sea más víctima de esto de lo que él cree. Tengo mucho que estudiar antes de aconsejar a Juster.

—¿Llamarás a peritos forenses? ¿A otros médicos? —preguntó Beata, meditabunda—. No olvides la rivalidad profesional, Oliver. La defensa también tendrá expertos. Las personas perjuran por muchas razones; algunas

ni siquiera son conscientes de que lo hacen. Será más seguro que te atengas a los hechos. A Hester se la llevaron contra su voluntad y la mantuvieron prisionera. ¿Hay alguna forma de convencer al jurado de que si no la hubiesen rescatado, y Radnor hubiese muerto, Rand podría haberle hecho daño?

—No lo sé —admitió Rathbone—. Pero creo que sí... y eso ya es mucho para conseguirlo.

—Has dejado que se te enfriara el té. Permíteme pedir otra tetera. Y cómete la empanada. La cocinera es realmente buena.

Rathbone se recostó en el sillón.

—Gracias.

Hablaron de otras cosas hasta entrada la noche. Cuando Rathbone se marchó apenas podía pensar en el caso, solo en el gran afecto que le inspiraba Beata. ¿Cuánto más tiempo se aferraría Ingram York a su rabiosa y deteriorada vida, encerrado en el manicomio, medio paralizado en un mundo de pesadillas y silencio? ¿Acaso no era también compasión esperar su liberación?

Rathbone pasó el resto de la semana hablando con otros médicos especialistas en enfermedades de la sangre o con sobrados conocimientos sobre la muerte causada por el shock de una herida y la consiguiente pérdida de sangre. Siguiendo una sugerencia de Hester, también habló con comadronas que habían traído al mundo a niños sanos, cuyas madres habían fallecido por hemorragias que había costado demasiado tiempo detener.

Cuanto más aprendía, más entendía la acuciante necesidad de encontrar una solución a la donación de sangre de la que una persona saludable podía prescindir sin problema, y que en cambio devolvería la vida a alguien que si no moriría.

Incluso se preguntó qué riesgos correría él mismo si la persona agonizante fuese Beata. ¿Sería capaz de ver cómo se iba apagando, sufriendo, si el donativo de sangre de una tercera persona pudiera salvarla?

El viernes fue a ver a Ardal Juster a su casa al anochecer. Era bastante más tarde de la hora que los buenos modales habrían permitido una visita, sobre todo a alguien a quien no conocías bien. Aun así, fue.

Juster se sorprendió pero enseguida se dio cuenta de que el asunto era grave. En cuanto estuvieron en su acogedor y atestado estudio, cerró la puerta y se enfrentó a Rathbone.

—¿Qué sucede?

—Creo que no deberíamos iniciar el procedimiento judicial —dijo Rathbone con gravedad—. Pienso que podemos terminar perdiendo y haciendo que Rand quede como un héroe...

—¡Por el amor de Dios, hombre! —dijo Juster con incredulidad—. Secuestró a una mujer que usted conoce bien y a quien profesa mucho afecto. Si Radnor hubiese muerto, o incluso uno de los niños, habría tenido que matarla. Ella nunca habría guardado silencio acerca de lo ocurrido. Yo lo sé, usted lo sabe y por las llamas del infierno que Rand lo sabía.

—Pero no sucedió, Juster —señaló Rathbone—. Está viva. No se puede enjuiciar a una persona por lo que crees que habría hecho en unas circunstancias que no llegaron a darse. Lo sabe tan bien como yo. La defensa dirá que los padres de los niños aceptaron dinero...

—Pero no sabían lo que les iba a ocurrir a los niños —interrumpió Juster acaloradamente, levantando la voz.

—¿Y si Rand sostiene que se lo dijo de buen principio?

—¡No lo hizo! —repuso Juster, aunque flaqueando.

—Por supuesto que no lo hizo, el muy puñetero —convino Rathbone—. ¿Pero puede demostrarlo si Rand jura que lo hizo?

Juster se quedó mirándolo fijamente.

—Solo puede acusarlo de secuestrar a Hester y esperar que su testimonio resista ante la defensa, porque la atacarán de todas las maneras que se les ocurran.

—¿Se está retirando por eso, en realidad? —preguntó Juster, si bien su tono fue más cordial, en absoluto crítico.

—No... No lo creo. De hecho, no me estoy retirando. Prefiero con mucho estar sentado a su lado y darle el consejo que pueda cuando llegue el momento, que sin duda llegará. Si es que usted sigue adelante...

—Si no lo hago, buscarán a otro —señaló Juster—. Mejor que sea yo. Me esforzaré al máximo.

—Pues entonces nos aguarda una ardua batalla —le contestó Rathbone—. Más vale que nos preparemos.

11

Rathbone tenía una extraordinaria sensación de euforia y miedo cuando entró en la sala del Old Bailey, el famoso Tribunal Penal Central de Londres. Iba a comenzar el caso contra Hamilton Rand y Adrienne Radnor por el rapto de Hester Monk.

Tenía miedo por Hester, pues era el único testigo contra ambos acusados durante la comisión del delito. Si la defensa lograba sembrar dudas sobre su palabra, fuese mediante hechos o difamaciones, el tribunal desestimaría el caso.

Por supuesto, llamarían a Hooper. A Charles Colbert, el abogado defensor, no le costaría nada suscitar dudas sobre la imparcialidad de Monk como marido de Hester, su discernimiento, y la necesidad de justificar la violencia de su actuación. Incluso podría llamar al hosco jardinero para que diera fe de sus heridas, infligidas mientras protegía como era debido a su patrón de la intrusión de unos hombres de quienes nada sabía. Ellos fueron los agresores, no él, y había sido él quien había resultado herido.

Sería mejor llamar a Hooper que a Monk, aunque incluso su testimonio podría ser puesto en duda. Al fin y al cabo, Monk era su jefe. Aparte de lealtad, también estaba la cuestión de su empleo en el futuro. Sería un arma demasiado tentadora para que Colbert no la utilizara.

Squeaky y Scuff eran igual de vulnerables. A Worm ni siquiera había que tomarlo en consideración, aunque, habiéndolo conocido, Rathbone pensaba que aguantaría cualquier interrogatorio. Quien lo acosara parecería cruel y se ganaría el desprecio del jurado y, peor aún, su antipatía. Por supuesto, Colbert no permitiría que las cosas fueran tan lejos. Haría que pasara desapercibido, basándose en su edad y en su carencia absoluta de estudios.

Iba a ser un caso muy difícil. Rathbone miró la alargada sala con su magnífico banco de madera tallada que ocupaba el juez, la doble fila de asientos para el jurado. Encima de ellos, aislado del cuerpo del tribunal, estaba el banquillo donde se sentaban los acusados, custodiados por guardias. Rathbone se sentó a su mesa al lado de Ardal Juster ante el espacio vacío que asemejaba una arena, donde se encontraba el estrado para los testigos, con su pequeña escalera en espiral. Colbert estaba sentado, llamativamente cómodo, al otro lado. El suyo era un arte bien aprendido, pues era un hombre un tanto desgarrado: flaco, con el pecho un poco hundido y las piernas muy largas.

A Rathbone le recordaba una cigüeña aplicada, falta de equilibrio físico; pero cuando le veías los ojos y oías su afilada lengua viperina, te dabas cuenta de su brillantez intelectual.

Aquella era la primera aparición de Rathbone desde que lo habían rehabilitado después de su caída en desgracia. Como asistente de Juster, estaba autorizado a interrogar a los testigos, pero ya habían convenido que él no preguntaría a Hester. Su historia, tanto personal como profesional, estaba demasiado expuesta a insinuaciones.

El tribunal fue llamado al orden, lo presidía lord Justice Patterson, un juez que Rathbone apenas conocía. Tal vez eso fuese una ventaja.

Los preliminares fueron los mismos de siempre. Los miembros del jurado ocuparon sus sitios. Todos eran hombres respetables de mediana edad, dueños de considerables propiedades y, por descontado, de reputación intachable. Que fuesen pares del acusado rara vez era verdad, pero en aquel caso lo eran. Excepto en lo relativo a Adrienne Radnor, sentada en el banquillo al lado de Hamilton Rand. Las mujeres no cumplían los requisitos legales y no se consideraban aptas intelectual o emocionalmente para aquella tarea.

Juster se puso de pie e hizo una breve introducción de su caso. Solo dijo que atañía a un asunto que algún miembro del jurado quizá no habría tenido ocasión de considerar. Las pruebas serían muy perturbadoras, y su responsabilidad sería grande y compleja, pero confiaba en ellos por completo. Fracasar en aquel caso sería fallar a la honestidad no solo en el presente, sino también en el futuro.

Rathbone había estado de acuerdo cuando la plantearon previamente. Viendo los rostros del jurado, todavía estuvo más seguro de que era la táctica correcta.

El primer testigo al que llamaron fue Hester. Esa era la táctica más arriesgada porque al final la resolución del caso dependería de ella. Si causaba buena impresión al jurado, los demás testigos serían creídos; de lo contrario, nada más daría resultado.

Rathbone estaba sentado muy tieso, con las manos entrelazadas y los nudillos blancos debajo de la mesa para que nadie los viera.

Hester subió los peldaños del estrado y se detuvo arriba, con las manos a los lados y el rostro sereno. Llevaba un vestido azul, sutilmente drapeado y muy favorecedor. Era del color de su uniforme de enfermera, pero sin el

delantal blanco.

Juster comenzó. Él y Rathbone habían planeado aquello con detalle.

—Señora Monk, en agosto de este año, ¿dónde estaba trabajando?

—En el anexo del Hospital de Greenwich —respondió Hester, tranquila y firme, aunque un poco pálida. Rathbone detestaba que tuviera que pasar por aquello otra vez y temía por ella. Sería muy fácil herirla en sus sentimientos.

—¿En calidad de qué? —preguntó Juster con delicadeza, aunque su voz llegaba hasta el último rincón de la galería que tenía a sus espaldas, así como a los oídos del jurado en sus bancos tallados y del juez, situado delante de todos ellos.

—De enfermera, mayormente en el turno de noche —contestó Hester.

—¿Llevaba tiempo trabajando allí?

Una vez más lo preguntó inocentemente, como si desconociera la respuesta.

—Unas tres semanas.

Juster fingió sorpresa.

—Así pues, ¿era un trabajo nuevo para usted?

—Solo el hospital era nuevo para mí —contestó Hester—. He sido enfermera de vez en cuando desde la guerra de Crimea.

Juster fingió una sorpresa aún mayor.

—¡La guerra de Crimea! ¿Estuvo en Sebastopol, con Florence Nightingale?

Lo dijo levantando la voz para que todo hombre o mujer presente en la sala oyera alto y claro el nombre de la que quizás era la enfermera más famosa del mundo, una heroína para cualquier soldado.

—Sí —reconoció Hester.

—¿Y sigue dedicándose a la enfermería?

Hester levantó un poco la barbilla.

—Lo hice durante un tiempo al regresar a Inglaterra, después me casé. Volví a trabajar como enfermera temporalmente porque una amiga de aquellos tiempos se había puesto enferma. Me pidió que la sustituyera hasta que se recobrara. No sabía cuánto tardaría. Era un hospital que atendía principalmente a soldados de la Armada, con heridas semejantes a las que estaba acostumbrada a tratar. Me pareció que no podía negarme.

—¿De modo que ocupó su puesto, mayormente de noche?

—Sí.

—¿Trabajaba para el señor Hamilton Rand?

—No. Me dedicaba a tareas de enfermería general y respondía ante el doctor Magnus Rand.

En la galería el interés del público empezaba a decaer. Rathbone reparó en que había gente que se movía nerviosamente, cambiando de postura de vez en cuando. Juster tenía que avanzar.

Como si hubiese oído los pensamientos de Rathbone, Juster cambió de tema.

—¿Estaba en el turno de noche cuando descubrió la sala de los niños, señora Monk?

La atención volvió a ser total. Nadie se movía.

—Sí. En plena noche vi a una niña, que aparentaba tener unos seis años, sola en el pasillo. —La voz de Hester tembló un poco debido a la emoción—. Estaba pálida y aterrorizada. Me dijo que su hermano se estaba muriendo.

El silencio era tal, que se oiría la caída de un alfiler al suelo.

Colbert hizo ademán de ir a interrumpir, y al menos media docena de personas lo fulminaron con la mirada.

Hester prosiguió sin que Juster la instara a hacerlo.

—Fui con ella. Me condujo por un pasillo que no había visto antes hasta una sala donde había seis camas, tres ocupadas por niños que aparentaban tener entre tres y siete u ocho años.

—¿Y alguno de ellos era su hermano?

Colbert volvió a tomar aire pero cambió de parecer.

—Los otros dos niños eran sus hermanos —contestó Hester—. El mayor, Charlie, estaba gravemente enfermo. El pequeño, Mike, estaba asustado pero no muy enfermo. Tiene cuatro años. Me quedé con ellos toda la noche, y juntos nos las arreglamos para mantener vivo a Charlie. Por la mañana había recobrado la consciencia y presentaba indicios de recuperación.

—¿Qué le ocurría? —preguntó Juster inocentemente, echando un vistazo a Colbert antes de volver la vista hacia Hester.

Rathbone se relajó una pizca y dejó de clavarse las uñas en las palmas de las manos. Colbert estaba al acecho de cualquier patinazo, una suposición, la afirmación de una habilidad que Hester no poseyera.

—No lo sabía —respondió Hester—. Parecía estar padeciendo falta de líquidos...

Esta vez Colbert no se pudo resistir. Se puso de pie.

—Señoría, el señor Juster tal vez haya olvidado que no nos ha proporcionado un historial de formación médica que acredite que la señora Monk pueda establecer semejante diagnóstico. ¡Y tampoco le ha preguntado por qué demonios no avisó al médico!

Un par de jurados se mostraron perplejos, mirando alternativamente a Colbert y al juez.

Juster sonrió. Miró a Hester.

—¿Cómo lo sabe, señora Monk? ¿Y por qué no avisó al médico, si Charlie estaba tan enfermo como dice?

—Era plena noche —contestó Hester. Su voz era perfectamente desapasionada, pero estaba cargada de sentimiento—. El doctor Rand no duerme en el hospital. Y es responsabilidad de toda enfermera saber si un paciente ha perdido demasiado líquido sin reemplazarlo. Hay diversas maneras de saber si alguien está deshidratado.

Alargó el brazo y pellizcó la carne con el pulgar y el índice de la otra mano.

—Cuando la piel es firme, significa que estás bien. Cuando se separa, como hizo la de Charlie, indica que no hay suficiente líquido. Uno puede sentirse aturdido, con dolor de cabeza, un poco mareado y muy cansado. El interior de la boca se seca mucho, llegando a ser doloroso. Orinas muy poco. Es fácil que esto suceda, sobre todo si has perdido mucho líquido por vómitos o diarrea. Me limité a animar a Charlie a beber tanta agua como pudiera. Más tarde le preparamos caldo de ternera, de modo que ingiriera algo de alimento.

Con el rabillo del ojo, Rathbone vio que un par de mujeres sentadas en las primeras filas de la galería asentían con la cabeza.

Colbert había efectuado su primer lanzamiento, errando el tiro visiblemente.

—Gracias, señora Monk —dijo Juster, disimulando apenas su sonrisa—. Es posible que muchos de nosotros no estemos seguros sobre cuáles son las tareas que corresponden a un médico o a una enfermera. Me parece que ahora ha quedado claro que se sirvió de su experiencia atendiendo a enfermos muy graves para salvar la vida del niño.

Colbert se puso de pie.

—Señoría, mi docto colega está testificando. Entiendo su entusiasmo, pero me consta que es más sensato. ¡Al menos creo que lo es!

—Mis disculpas —dijo Juster enseguida, antes de que el juez pudiera

intervenir. Se volvió de nuevo hacia Hester—. Cuando por la mañana Charlie pareció mejorar, ¿informó de la situación al doctor Rand?

—El asunto dejó de estar en mis manos —contestó Hester—. El doctor Rand se enteró de que yo había estado en aquella sala y me pidió que ayudara en el tratamiento de uno de sus enfermos, que padecía leucemia.

Colbert miró a Juster con severidad. Juster sonrió.

—¿Cómo supo que se trataba de esa enfermedad, señora Monk?

—No lo sabía —respondió Hester—. Lo supe cuando el doctor Rand me lo dijo, y no tenía motivos para dudar de él.

Una risita ahogada recorrió la sala.

—¿Y usted consintió en hacerlo? —prosiguió Juster.

—Por supuesto.

—¿Por qué?

Pareció desconcertarse ligeramente ante la pregunta.

—Nunca me negaría a tratar a un paciente, cualquiera que sea su enfermedad. Y esta no es contagiosa, de modo que no mediaba la cuestión de la cuarentena.

—Exactamente —convino Juster—. ¿De qué manera ayudó en su tratamiento? ¿Puede contar algo acerca del paciente a este tribunal?

Hester describió sucintamente a Bryson Radnor, centrándose en su estado de salud y sus síntomas, y mencionando que su hija, Adrienne, lo acompañaba.

—Fue de gran ayuda —continuó—. Había cuidado de su padre una temporada mientras estaba enfermo y supo describir claramente al doctor Rand el curso de la enfermedad. También ayudó en las tareas de enfermería, cosa que resultó muy provechosa para el hospital.

—¿Qué tratamiento le administraban, señora Monk?

—Transfusión de sangre humana —dijo Hester en voz baja.

Fue como si la sala entera diese un grito ahogado. En la galería alguien resolló. Dos jurados se inclinaron hacia delante como si no estuvieran seguros de haberlo oído bien.

Lord Justice Patterson frunció el ceño.

—¿Ha dicho transfusión de sangre humana, señora Monk?

—Sí, señoría —contestó Hester con compostura—. Se ha intentado muchas veces antes, desde hace doscientos años o más. Nunca se ha conseguido un éxito permanente. A menudo el fracaso es inmediato. El

paciente sufre angustia, náuseas, debilidad extrema y, finalmente, muere.

—¿Y el señor Radnor? —preguntó Patterson.

—Mejoraba —respondió Hester—. En ocasiones durante varias horas, a veces incluso más tiempo. Luego volvía a debilitarse y era preciso repetir el tratamiento.

Patterson miró fijamente a Juster.

—¿Tiene algún otro testigo que dé fe de esta notable historia, señor Juster?

—Sí, señoría. Si me permite continuar.

Patterson asintió con la cabeza y se recostó en su imponente asiento tallado.

Juster siguió interrogando a Hester y fue obteniendo, paso a paso, una vívida descripción de la máquina de transfusión sanguínea. Comenzó por la extracción de sangre a Charlie y Maggie, y cómo se le añadía algo para que no se coagulara.

—¿Qué le añadían? —preguntó Juster.

—Me parece desacertado decírselo —contestó Hester—, por si alguien intenta hacer algo semejante por su cuenta. Se requiere un nivel muy alto de destreza.

—Entiendo. —Asintió con la cabeza—. ¿Puede decir al tribunal cómo se administraba?

Hester describió el funcionamiento del aparato de Rand. Después, Juster la interrogó sobre su secuestro en el hospital, y finalmente le preguntó cómo la habían rescatado Monk y sus hombres.

Nadie la interrumpió. El tribunal estaba tan silencioso que el más leve movimiento resultaba audible: el roce de una tela contra una madera, el crujido de una silla cuando alguien cambiaba de postura.

—¿Intentó escapar durante ese tiempo? —preguntó Juster.

—No. No podía abandonar a los niños —contestó Hester.

—¿Y a su paciente?

Hester titubeó.

—¿Señora Monk?

—No lo sé —dijo por fin—. Había sufrido una crisis aguda, y dudo que la señorita Radnor hubiese sabido manejarse sola.

—¿Pero pensó en escapar? —insistió Juster. Rathbone le había advertido que Colbert machacaría aquella cuestión. No podía permitirse pasarla por

alto.

—Sí, pensé en hacerlo —contestó Hester en voz muy baja—. Pero los niños estaban cada vez más debilitados. El señor Rand les extraía demasiada sangre. Son muy pequeños, muy flacos...

Se le quebró la voz.

Colbert levantó la vista de golpe e hizo ademán de ir a ponerse de pie.

Juster se volvió hacia él.

—Su testigo, señor Colbert.

Rathbone pensó en el acto que Juster le había cedido el turno demasiado pronto. Había otras cosas que podía haberle preguntado a Hester para que el jurado viera más claramente su coraje y su entrega.

Era demasiado tarde. Colbert se puso de pie, caminó hasta el centro del entarimado para situarse debajo del estrado y levantó la vista hacia Hester.

—Ha sido muy concreta, señora Monk —dijo Colbert, con una ligera sonrisa—. Le quedamos agradecidos. La mayoría de los presentes somos legos en lo concerniente a detalles médicos como los que ha descrito. Ayúdenos, por favor. ¿He entendido bien que el señor Rand estaba sacando cierta cantidad de sangre a esos dos niños y que luego la metía, mediante una aguja muy fina y una máquina de su creación, en las venas del paciente enfermo? ¿Y que después de este tratamiento, el paciente daba muestras de una notable recuperación? ¿Es una descripción ajustada de lo que usted le ayudaba a hacer?

—Es incompleta —repuso Hester, con toda calma—. Pero no es errónea.

—¿Qué me he perdido? —preguntó Colbert, fingiendo desconcierto.

—Al señor Radnor no le faltaba sangre —explicó—. Tenía la sangre enferma. El doctor Rand había intentado tiempo atrás realizar este tipo de transfusión con otros pacientes y otros donantes. Según parece, estos tres niños, incluido el menor, tienen una sangre que da un resultado positivo en cualquier paciente. De momento nadie sabe por qué.

—Eso ya lo ha mencionado —dijo Colbert, sin perder la cortesía—. Pero dio resultado, ¿no? El señor Radnor estaba vivo y aparentemente recobrando las fuerzas cuando el señor Monk y sus hombres irrumpieron en la casa e interrumpieron el tratamiento por la fuerza, para luego arrestar al señor Rand y a la señorita Radnor, y traerlos a todos ustedes de vuelta a la ciudad, ¿correcto? Basta con que conteste sí o no, señora Monk.

Rathbone se puso tenso. Si Hester decía que sí, estaría admitiendo que

Monk, en efecto, había perjudicado las posibilidades de recuperación de Radnor. Pero no podía decir que no.

—No lo sé —dijo Hester, esbozando una sonrisa—. Puedo decirle el pulso, la temperatura, si comía o no, y si dormía bien. Lo que eso significaba respecto a su recuperación, y si esta sería temporal o permanente, no lo sé.

Colbert disimuló una ligera irritación, pero a Rathbone no le pasó por alto.

—¿Siempre defiere a un médico, señora Monk? Seguro que en su heroica experiencia en el campo de batalla tuvo que tomar decisiones importantes cuando un soldado presentaba heridas graves. Mi investigación sobre su carrera me dice que en ocasiones llevó a cabo intervenciones quirúrgicas allí mismo, sobre la hierba. ¡Incluso amputó miembros a hombres agonizantes y les salvó la vida! —Imprimió un desmesurado asombro a su voz, suscitando emociones en el tribunal—. Era menos circunspecta entonces, mucho menos tímida.

Hester estaba pálida.

—En el campo de batalla, unos segundos de demora pueden llevar a que un hombre muera desangrado cuando ha perdido un miembro, señor Colbert —dijo con cierta aspereza—. Puede no haber un doctor al que preguntar. Y para cuando encuentras a uno ya puede ser demasiado tarde. En cuanto al señor Radnor, hice todo lo que pude por mantenerlo vivo. Padeecía una enfermedad que suele ser mortal, pero no en cuestión de minutos. Tenía tiempo de sobra para pedir consejo al señor Rand y obrar con arreglo a sus instrucciones.

—¿Y aun así no sabe si se estaba recuperando? —dijo Colbert, incrédulo.

—El tratamiento era experimental —explicó Hester, de nuevo con cautela—. En esencia significa que nadie sabe si dará resultado o no.

—Sus respuestas son muy comedidas, señora Monk, muy bien calculadas. Diríase que escoge sus palabras para protegerse de acusaciones de complicidad en este... experimento. ¿Creía que iba a fracasar?

Rathbone miró a Juster y vio la ansiedad que por un instante asomó a su semblante. ¿Se había fijado el jurado? Hester a veces era exasperantemente sincera. ¿Dónde residiría ahora su lealtad? ¿En la justicia, por la seguridad de los niños que había terminado por conocer y proteger? ¿O quizá su lealtad sería para con la propia medicina, para todas las vidas futuras que podrían salvarse si Rand tuviera éxito, o incluso si un tercero recogía sus

conocimientos y seguía esa vía de investigación?

¿Cómo le dictaría contestar su conciencia? No debía titubear demasiado si no quería que su respuesta pareciera artificiosa. Colbert la presionaría a ese respecto. Peor aún, el jurado tomaría su indecisión por una sarta de mentiras.

Rathbone volvió a mirar a Juster. Tal vez debería protestar, decir que Colbert estaba pidiendo a Hester el mismo tipo de especulación que según él no estaba cualificada para dar. Sería correcto desde el punto de vista legal, pero también quedaría bastante claro que se trataba de una evasiva. La pregunta estaba hecha. Había que contestarla, si no el jurado sacaría sus propias conclusiones. Colbert era mucho menos afable de lo que aparentaba.

—¿Señora Monk? —dijo Colbert, con un toque de curiosidad.

Hester sonrió.

—Tal como ha dicho, señor, no estoy cualificada para dar semejante opinión. Pero dado que ha abierto una puerta al preguntármelo, puedo decir que estaba profundamente impresionada por los medios que empleaba el señor Rand para impedir que la sangre recién extraída se coagulara, en cuyo caso sería inservible para dársela a otra persona. Su equipo estaba bien diseñado y parecía funcionar eficientemente...

—Señora Monk —interrumpió Colbert, frunciendo el ceño con fastidio...

Hester lo ignoró como si no lo hubiese oído y continuó.

—... para llevar a cabo la función de dar sangre al paciente. En ocasiones, la reacción del señor Radnor no era buena, pero con los cuidados que le proporcionábamos se recuperaba. Considero imposible decir si con el tiempo se habría recuperado de su enfermedad, o si habría seguido necesitando sangre regularmente. Además, el señor Rand no llegó a descubrir por qué la sangre de estos niños siempre daba resultado.

Colbert sabía cuándo dejar de insistir en un asunto. Dio las gracias a Hester y le dio permiso para retirarse.

Juster decidió no volver a interrogarla. Él también sabía reconocer una mano ganadora cuando la había jugado.

El siguiente testigo al que llamaron fue Hooper. En cuanto Hooper hubo prestado juramento y dijo su nombre y ocupación, Juster se adentró en el entarimado con garbo y desenvoltura y levantó la vista hacia el estrado. Estaba seguro de que Hooper podía cuidar de sí mismo, y esta certidumbre se reflejaba en cada ángulo de su cuerpo cuando empezó.

—¿Cuándo supo que el señor Rand había secuestrado a la señora Monk?

Hooper esbozó una sonrisa.

—Cuando la encontramos en su casa de campo cerca de Redditch y Rand empuñaba un bisturí, con el filo en el cuello de la señora Monk, amenazando con matarla, señor.

No era la respuesta que Juster había esperado, pero la reacción en la sala le dejó más que satisfecho. Se oyeron gritos ahogados en la galería y un frufú de telas como si el viento hubiese agitado el follaje de un árbol. Los miembros del jurado se pusieron tensos, unos mirando a Hooper, otros a Hester, que ahora estaba sentada en la galería.

Justice Patterson se mordió el labio, y aun así no consiguió disimular su sonrisa.

Colbert estaba de pie.

—¡Señoría! —protestó.

Patterson levantó la mano.

—Ha sido una pregunta imparcial, señor Colbert, y la respuesta, también. —Miró a Hooper—. ¿He entendido bien, señor, que hasta ese momento no sabía lo que había ocurrido?

—Creía saberlo, señoría —dijo Hooper con seriedad—. Pero hasta entonces no lo supe con certeza. Solo era lo que parecía más probable según las pruebas, pero las pruebas pueden ser erróneas.

—Desde luego que sí, señor Hooper —convino Patterson—. Por favor, continúe, señor Juster. Me figuro que tiene más preguntas que hacer.

—Sí, señoría.

Juster inclinó la cabeza ligeramente, sobre todo para disimular su sonrisa. Rathbone se dio cuenta porque estaba haciendo lo mismo. No obstante, todavía estaban muy lejos de la victoria. La defensa ni siquiera había comenzado.

—Señor Hooper —prosiguió Juster—, el señor Monk es su superior inmediato, ¿correcto?

—Sí, señor.

—¿Le ordenó que lo acompañara en este viaje para ir a buscar a la señora Monk?

—No, señor. No me ordenó que hiciera nada aparte de cumplir con mis obligaciones habituales en la Policía Fluvial. Andamos un poco cortos de personal desde que varios de nosotros fuimos heridos en una refriega a bordo de un barco que traficaba con armas. —Bajó la voz—. Y uno de los nuestros

murió desangrado. Oficialmente todavía estoy de baja, señor.

Rathbone miró a Hooper con más detenimiento y se fijó en que no estaba completamente erguido en el estrado. Cualquiera podría pensar que se debía a la incomodidad de un hombre corpulento en un espacio reducido, y tal vez tenso por la situación en la que se encontraba. Pero Rathbone reparó en que en realidad era por la manera en que repartía su peso al no estar curado del todo de una herida.

—Lo lamento, señor —contestó Juster—. Y deseo su pronta recuperación.

—Gracias, señor, falta muy poco —respondió Hooper.

—¿Sin embargo, fue con el señor Monk a buscar a su esposa con la intención de rescatarla?

—Sí, señor. En cuanto el doctor Rand nos dio la dirección creímos que no había tiempo que perder. Pensábamos que si el señor Radnor moría, no tendría motivos para mantener viva a la señora Monk. Podría testificar contra él.

Colbert se puso de pie de un salto.

—¡Señoría! Esta observación es en extremo prejuiciosa. ¡El testigo desconoce por completo si el señor Rand habría hecho algo semejante! De hecho, tal como hemos oído, la señora Monk valora mucho el experimento del señor Rand. Incluso ha llegado a decir que podría ser un regalo para la medicina del futuro. Solicito a su señoría que ordene al jurado desestimar el comentario del testigo, y que le advierta de que se abstenga de hacer más observaciones similares.

Patterson levantó la mano para acallar la protesta de Juster y se volvió hacia el estrado.

—Señor Hooper, ¿ha dicho que podría testificar contra él o que lo haría? Sea exacto, por favor.

—Que podría, señoría —contestó Hooper con ecuanimidad—. Estaría en condiciones de...

Patterson asintió y se volvió hacia Colbert.

—Me parece una observación imparcial. Si el señor Radnor hubiese fallecido, la señora Monk sin duda habría estado en condiciones de testificar. Por favor, proceda, señor Juster.

—Gracias, señoría. —Juster se volvió de nuevo hacia el estrado—. ¿Cómo encontraron esa casa de campo, señor Hooper?

Hooper hizo un breve y vívido relato de lo que habían hecho, empezando por la consecución de un carro apropiado para el viaje. Luego describió, con frecuentes objeciones de Colbert, cómo habían reducido y atado al jardinero antes de entrar en la casa y descubrir a Adrienne Radnor en la cocina y a Hester ayudando a Rand a cuidar de Bryson Radnor. Incluyó cómo había reaccionado Rand, su amenaza a Hester, y cómo esta se había zafado de él.

Colbert solo hizo un intento serio de defensa cuando se levantó para repreguntar a Hooper.

—No le preguntaré, señor Hooper, por qué consideraron necesario o apropiado agredir al jardinero —dijo desdeñosamente—. El pobre hombre todavía padece las secuelas de ese incidente y por eso hoy no está en condiciones de testificar. Por consiguiente, la única palabra que tenemos a propósito de este lamentable asunto es la suya y la de sus amigos. Ahora bien, ¿quizá podría decirnos si la señorita Radnor opuso resistencia a su invasión? Y, por favor, díganos por qué omitió decir que, en efecto, estaba siendo de ayuda. Su amado padre, su único familiar vivo, estaba gravemente enfermo y, sin la ayuda del señor Rand, sin duda a punto de morir. ¿No es natural que quisiera permanecer al lado de su padre, aunque solo fuese para atender a sus necesidades y consolarlo en sus últimos días? ¿No haría lo mismo cualquier hija?

—Sí, por supuesto —respondió Hooper, esbozando una sonrisa—. Pero es la única que conozco que mantenía cautivos a una enfermera y a tres niños para hacerlo.

—¿Cautivos, señor Hooper? —dijo Colbert con engañosa afabilidad—. ¿Acaso iba armada la señorita Radnor? Según lo que nos ha contado acerca de la señora Monk, es una mujer formidable a la hora de combatir. ¿Cuál era el arma de la señorita Radnor? Seguro que no sería algo tan mortífero como el bisturí del que tan expertamente se deshizo la señora Monk cuando el señor Rand se lo puso en el cuello.

—La señorita Radnor tenía una llave —contestó Hooper—. Una que cierra la puerta para que no puedas salir. Y, por supuesto, contaba con la ayuda de un jardinero armado con una escopeta.

Rathbone soltó el aire en un largo suspiro y sonrió, sintiendo un cierto alivio de la tensión que le agarrotaba los hombros.

Juster ni siquiera intentó disimular su júbilo. Nada de lo que en ese momento hiciera Colbert borraría aquella imagen de la mente de los jurados.

Faltaba poco para que dieran las cinco de la tarde. Sin duda, Patterson levantaría la sesión en cualquier momento.

Patterson sonrió.

—Caballeros, creo que es el momento ideal para...

No fue más lejos. Las puertas de entrada a la sala se abrieron con estrépito de par en par, dejando entrar el aire frío y el murmullo de voces del vestíbulo. Todo el mundo se volvió hacia el responsable de tan violenta interrupción. Vieron a un hombre plantado en el umbral, con una alborotada mata de pelo plateado resplandeciente y un traje immaculado. Lo flanqueaban dos ujieres del tribunal que no habían conseguido impedirle la entrada.

—¡Señor! —comenzó Patterson.

El hombre avanzó con largas y firmes zancadas, la cabeza bien alta, el rostro radiante de vigor.

—¿Es este el juicio de Hamilton Rand y Adrienne Radnor? —inquirió, con voz resonante. Siguió avanzando con decisión, ignorando a todos los presentes y dirigiendo sus preguntas solo al juez—. Sí, ya me lo figuraba. Bien, señor, soy Bryson Radnor, y como puede ver por mi porte, gozo de una salud excelente, gracias a que fui rescatado del borde de la tumba por el coraje y el genio de Hamilton Rand. Y, por supuesto, por la lealtad de mi hija, Adrienne, que nunca cejó en su empeño de salvarme de morir de esa terrible enfermedad que conocemos como leucemia, causante de tantas muertes que no podemos contarlas.

Su voz era fuerte, resonante y autoritaria.

Se hizo un silencio absoluto en la sala. Los jurados podrían haber sido estatuas de cera pintadas para que parecieran hombres. Incluso Patterson parecía haberse quedado paralizado a media frase.

Radnor por fin se volvió y contempló el resto de la sala.

—Damas y caballeros, Hamilton Rand es uno de los hombres que en épocas futuras será visto como un héroe. Soldados en campos de batalla con los que todavía no hemos soñado, víctimas de todo tipo de accidentes espantosos vivirán gracias a su trabajo, su paciencia, su fe en el arte y la ciencia de la medicina y su voluntad de aprender.

Un hombre se puso de pie en la galería y levantó los brazos.

—¡Maravilloso! —exclamó.

Otro se levantó e hizo lo mismo. Luego un tercero, un cuarto, y finalmente la galería entera.

Patterson reclamaba orden, pero su voz apenas se oía por encima del tumulto.

Juster se sentó como si le flaquearan las rodillas. Miró desesperanzado a Rathbone sin molestarse en buscar algo que decir.

Los miembros del jurado estaban perplejos pero sonrientes.

Poco a poco el alboroto se fue apagando y Patterson logró hacerse oír.

—¡Caballeros! ¡Damas y caballeros! ¡Orden, por favor!

Por fin logró algo parecido al silencio. Poco a poco la gente volvió a sentarse.

Colbert estaba eufórico, pero tuvo el atino de permanecer callado y, astutamente, fingir que estaba tan asombrado como todos los demás.

—Damas y caballeros —comenzó Patterson otra vez—, en vista del extraordinario acontecimiento que acaba de tener lugar, deseo reconsiderar el asunto en profundidad y asesorarme en las cuestiones que ha suscitado. Levanto la sesión y pospongo el juicio de Hamilton Rand y Adrienne Radnor hasta que lo haya hecho...

Aquella misma noche, Monk y Hester estaban sentados a la mesa de la cocina, cenando sin saborear la comida. Scuff estaba presente, como de costumbre, y Worm también estaba allí. Lo había pedido, y cuando llegó la hora de irse faltó poco para que se agarrara literalmente a las faldas de Hester de modo que nadie pudiera llevárselo.

Ahora los cuatro estaban sentados delante de los platos medio vacíos. No tenían ánimo para comer con gusto. Fue Worm quien preguntó qué estaban pensando.

—¿Qué ha pasado? —preguntó para romper un prolongado silencio.

Monk no había estado en el tribunal mientras los testigos prestaban declaración. Miró a Hester para que lo explicara.

—No estoy segura —dijo con franqueza—. Parecía que estábamos ganando fácilmente. El señor Hooper ha estado genial. Me parece que todo el mundo había entendido que el señor Rand nos llevó a Redditch y nos mantuvo allí por la fuerza. Entonces el señor Radnor ha irrumpido en la sala, sosteniendo que Rand le había curado la leucemia, y que era uno de los grandes héroes de la medicina.

—¿Lo es? —preguntó Worm, frunciendo el ceño—. Pensaba que os había encerrado y que no os dejaba volver a casa. ¿Eso no está mal?

—Sí, por supuesto. Pero probablemente casi todos los que estaban

presentes en la sala conocían a alguien que estaba enfermo o que algún día podría estarlo. Quieren creer que podría ser verdad que existe una manera de curarse. Todos queremos pensarlo. No quieren que metan al señor Rand en la cárcel.

—Pero lo que hizo estaba mal —dijo Worm otra vez. No entendía por qué no bastaba con eso.

Hester alargó la mano y lo acarició.

—Si yo estuviera muy enferma y solo hubiese un médico que pudiera curarme, ¿no querrías que permaneciera fuera de la cárcel y lo hiciera?

Worm la miró fijamente, preocupado.

—¿No estás enferma, verdad?

La voz le tembló un poco pese a su esfuerzo por dominar su emoción.

Hester pestañeó, cerrando los ojos con fuerza. Estaba cansada y se sentía derrotada, más vulnerable de lo que deseaba que Worm supiera.

—No, no lo estoy. Estoy bien y seguiré estando bien. Pero hay personas que enferman, y esperamos que todas ellas tengan a alguien que las ame.

Worm asintió despacio.

—Entiendo.

—¿De veras? Estar enfermo es espantoso. No siempre pensamos con claridad cuando tenemos miedo —dijo Hester.

—¿Entonces no le harán nada por lo que te hizo a ti? —insistió Worm.

—De momento no —admitió Hester.

—Todavía no hemos terminado —interrumpió Monk—. Habrá que pensar qué vamos a hacer.

El rostro de Worm se iluminó.

—¿En serio? ¿Puedo ayudar?

Esta vez Scuff también miró a Monk, con las mismas preguntas pintadas en su semblante.

—Cuando sepa qué hacer —contestó Monk—. Esta noche estoy demasiado cansado para tener buenas ideas.

Scuff fruncía el ceño.

—Los Roberts vendieron a sus hijos, ¿no? —preguntó, mirando a Hester y a Monk.

—Sí —respondió Hester—. No podían darles de comer. Pensaron que los Rand lo harían.

Scuff la miró incrédulo.

—A veces creemos lo que necesitamos creer —dijo Hester con tristeza—. No soportamos pensar otra cosa. ¿Por qué? No podemos acusarlos de secuestro.

—¿Crees que los compraron a todos? —preguntó Scuff—. Si consiguiéramos encontrar a uno que no... ¿Realmente tiene suficiente dinero para hacerlo, y comprar cosas para las máquinas y todo eso?

—No lo sé —dijo Monk, pensativo—. Mañana iré a ver a Rathbone. Tal vez él tenga alguna idea.

Se volvió hacia Scuff.

—Podrías saltarte el colegio y quedarte en casa.

—¿Yo también puedo? —preguntó Worm, entusiasmado.

—Tú no vas al colegio —señaló Scuff.

—¡Sí que voy! —repuso Worm al instante, aunque todos sabían que no iba.

—Pues mañana podrás —dijo Monk de inmediato—. Scuff te enseñará.

El rostro de Worm se inundó de placer. Se volvió para mirar esperanzado a Scuff.

Scuff sabía cuándo lo habían vencido y se encogió de hombros con pesadumbre. En realidad, tal vez no estaría tan mal.

—Te haré trabajar —advirtió.

Worm le dedicó una sonrisa deslumbrante.

12

Hester estaba tendida inmóvil en la cama, aterrorizada pero sin saber por qué, ni qué era lo que la paralizaba de miedo. Quería forcejear, alargar los brazos muy despacio hacia la oscuridad y ver qué tocaba, pero no podía moverse.

Aguzó el oído y solo oyó un goteo muy lento y apenas perceptible. No había ningún otro sonido, ni siquiera el de su propia respiración.

Intentó mover los pies pero los tenía sujetos por los tobillos. Quiso levantar la mano. También la tenía atada, por la muñeca. Entonces, como un horror que tomara forma delante de ella, se dio cuenta de que no podía moverse porque estaba atada, sujeta por los tobillos, las muñecas y el pecho.

Sacudió las ataduras bruscamente, y solo consiguió apretarlas más. Seguía sin ver nada; solo oía aquel goteo apenas perceptible. Y este también se detuvo. Se sentía débil. Tenía la boca seca. Le dolía la parte interior del codo izquierdo, donde las venas estaban cerca de la superficie... ¡Eso era lo que estaba oliendo! Ese ligero olor como a cobre que flotaba en el aire: ¡sangre!

¿Quién sangraba tanto para que ella notara el sabor de la sangre en su garganta? ¡Tenía que ayudarlo antes de que muriera desangrado! De nuevo intentó incorporarse, pero apenas se movió unos centímetros antes de que la correa que le rodeaba el pecho se tensara. Casi no podía respirar.

Entonces cayó en la cuenta de algo terrible. Intentó apartarlo de su mente, pero estaba inmersa en aquella realidad. Querían que siguiera viva para proporcionarles sangre. Alguien la necesitaba. Como en la antigua leyenda del vampiro que muere salvo si bebe de las venas de un ser humano. Era su alimento, su vida.

Igual que a Maggie y a Charlie, la mantenían viva para que suministrara sangre a alguien. ¿A Radnor? ¿Había ocupado el lugar de los niños, como castigo por no salvarlos, por no encargarse de que detuvieran a Rand?

Volvió a tensar los músculos pero apenas tenía fuerzas. Se estaba desvaneciendo; cada vez le costaba más permanecer consciente. El olor a sangre aumentaba, llenando cada bocanada de aire, asfixiándola.

¿Estaba muriéndose? ¿Qué les ocurría a los muertos? Enterrarían su cuerpo, naturalmente. Nadie iba dejando cadáveres por ahí. La gente haría preguntas. Y los cadáveres se pudrían y olían muy mal. ¿Pero qué sería de

ella? ¿Quién era en su fuero interno? ¿Se iría a otro mundo? ¿Llevaban razón los pastores de la Iglesia? ¿O sería solo una oscuridad como la que ahora la envolvía? Sin sonido, sin visión, sin movimiento... un silencio interminable, soportado a solas.

Estaba cogiendo frío. Ya no sentía los pies.

¿Ya había muerto? Ese había sido el terror de Radnor, ¿no? Dejar de existir.

No sabía cuánto tiempo había transcurrido cuando fue consciente de que algo le tocaba el brazo, algo cálido. Inhaló horrorizada y oyó el grito de su propia voz.

Intentó apartar el brazo. La mano dejó de agarrarla y lo pudo mover. Las ligaduras habían desaparecido.

Había luz al otro lado de los párpados, y calor. Abrió los ojos muy despacio, temiendo lo que iba a ver.

—¡Hester!

Era la voz de Monk, apremiante, asustada.

Levantó la vista hacia él. Estaba junto a ella, con la mano cerca de su brazo como si acabara de soltarla. Estaba en su propia habitación, en su propia cama.

Muy lentamente se incorporó, moviendo los pies, las piernas. Nada la sujetaba, ninguna atadura, salvo el enredo que ella misma había hecho con las sábanas.

Miró a Monk otra vez. Estaba completamente vestido.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó con voz ronca.

—Estabas tan cansada que te he dejado dormir —respondió Monk—, pero has gritado. Debías de estar soñando... algo bastante malo, a juzgar por el miedo que he notado en tu voz.

La acarició con ternura, apartándole unos mechones de pelo de la frente. No le preguntó qué había soñado. Tal vez pensó que como la mayoría de las pesadillas, la había olvidado pocos instantes después de despertar. Pero aquella no la había olvidado. Seguía siendo muy real, la sentía en su cuerpo, en el olor a sangre que le llenaba la nariz y la garganta.

Se recostó sobre la almohada.

—He soñado que me estaban sangrando —dijo en voz baja, y luego le contó las sensaciones exactas que había tenido.

—¡Hester! —Monk la abrazó con firmeza, estrechándola tanto entre sus

brazos que podría haberle hecho daño—. ¡Basta! Ha sido un sueño. No volveré a dejarte sola. Al menos mientras estés dormida. Incorpórate. —La ayudó a erguirse. Sus manos eran cálidas—. Pondré el hervidor a calentar y Scuff te traerá una taza de té.

—¡No! —dijo Hester, alargando la mano para agarrarlo—. No te vayas... todavía no.

Monk no discutió, solo la corrió con cuidado hacia su lado de la cama. Después se tendió y la abrazó de nuevo.

—Entiendo que Radnor tuviera tanto miedo de morir —dijo Hester en voz baja, tratando de explorar la jungla de pensamientos que tenía en la cabeza—. Quizá todos lo tenemos. No pensamos en ello porque nos paralizaría. He notado... —Volvió a sentir el horror tan vívidamente que se le tensó el cuerpo entero—. Era como si estuviera atada para que no pudiera moverme. Y me iba debilitando. ¿Crees que Rand tiene la menor idea de lo que le está haciendo a la gente? ¿Es posible que solo vea a quienes está ayudando?

—Eso no es excusa —dijo Monk con gravedad—. Es una respuesta pueril. La aceptaría en boca de un niño como Worm. Si fuese Scuff, le diría que lo pensara mejor.

—Tienes razón. —Permaneció un rato callada. Había entrado en calor y estaba a gusto. Recordó la habitación con el aparato que sostenía la botella de sangre y que con mucho cuidado iba alimentando, gota a gota, el cuerpo de Radnor. La máquina de Rand estaba diseñada y construida ingeniosamente—. Era una máquina perfectamente ajustada, William —dijo en voz alta.

—Ser un buen ingeniero tampoco es excusa —contestó Monk.

—No estaba pensando en eso. ¿Cuánto tiempo supones que le llevó construirla?

—¿Por qué? ¿Acaso importa?

—¿Meses? ¿Años, hasta dar con el diseño correcto? Todos esos pesos y equilibrios.

Monk se incorporó poco a poco para mirarla, su sombría expresión reflejaba sus sentimientos.

—¿Hester?

—Mucho tiempo —susurró Hester—. ¿Con la sangre de cuántas personas lo habrá intentado? ¿Y qué fue de ellas? Obviamente no lo detuvieron por eso, de lo contrario no estaría en libertad.

Monk la miraba fijamente.

—¿Qué estás diciendo, Hester? ¿Que llevó a otras personas a la casa de campo para hacer experimentos con ellas?

Hester lo miró a los ojos.

—Sí, me parece que sí. Todo estaba preparado y montado cuando llegamos allí. Creo que a nosotros nos llevó de improviso cuando se dio cuenta de que lo estábamos investigando todo con demasiado detenimiento. Salió huyendo. No lo había planeado. Lo decidió justo entonces, cuando yo estaba en su laboratorio. Me tapó la cara con éter. Fue una decisión repentina. Los niños dijeron que también se los habían llevado con prisa. No recordaban gran cosa, pero todo se hizo de prisa y en secreto. No tuvo tiempo de trazar un plan. —Se calló un momento e hizo memoria—. La máquina que había en la casa de campo no era la misma que usaba en el hospital. Ya estaba allí, montada y lista para ser usada. ¡William, ya la había usado antes! ¿Cuántas veces? ¿Durante cuánto tiempo? ¿Y qué fue de esas personas?

Monk tardó varios segundos en contestar.

Hester no dijo más, sumiéndose en sus pensamientos. Dejó que su mente revisara su estancia en la casa de campo.

—La habitación para los niños estaba preparada —dijo—. Había cuatro camas, no tres, todas hechas con sábanas y mantas. No se puede hacer algo así en tan poco tiempo. O bien Rand ya tenía planeado llevarnos allí y se vio obligado a hacerlo antes de lo previsto, o... o era un sitio que ya había usado antes.

—Dijiste que la máquina, el aparato, era complicada. ¿Podrían haberla montado tan de prisa?

—No. Y los tornillos estaban duros, muy apretados, como si no los hubieran tocado en mucho tiempo. Lo sé porque intenté desenroscar uno con una llave inglesa para poder ajustar el brazo. No conseguí moverlo.

—Pues me parece que no tenemos más remedio que regresar allí, tal vez llevándonos a Hooper, y ver qué más descubrimos.

Monk se incorporó de nuevo, deshaciendo el abrazo.

—Y antes de que Patterson convoque de nuevo al tribunal e intente poner un poco de orden en el juicio. Sabe Dios cómo lo hará. Me parece que ha llegado el momento de que Worm regrese a la clínica junto a Claudine. Creo que ahora está a salvo.

—¿Estás...?

Hester se calló. Había estado a punto de preguntar si estaba seguro de que Worm iba a estar bien en la clínica, pero entonces recordó lo desesperada que sin él estaría Claudine.

—Buena idea —convino—. Tengo que levantarme. ¿Qué te apetece desayunar? Hay...

Monk sonrió y volvió a apartarle el pelo de la frente.

—¿Qué tal si almorzamos? —preguntó.

—¿Tan tarde es?

—Casi. Para cuando te hayas vestido lo será.

Cuando Scuff se enteró de lo que iba a hacer Monk, se ofreció voluntario en el acto para acompañarlo.

—Encontraremos el doble de cosas si somos dos —señaló con bastante sensatez.

—No te falta razón —convino Monk—. Por eso me llevaré a Hooper.

—Hooper todavía está herido —arguyó Scuff.

—¿Has pensado en cómo se siente Hester? —dijo Monk con ternura—. Pasó días encerrada en esa casa. Vio prácticamente todo lo que hizo Rand.

Una profunda pena encogió el estómago a Scuff. Deseó ser más alto y más fuerte para poder golpear a Hamilton Rand, darle una paliza hasta hacerle sangrar y que se arrepintiera de lo que había hecho.

—Tenemos que asegurarnos de que lo meten en la cárcel —dijo con mucho sentimiento—. ¡Tenemos que hacerlo! No importa el tiempo que tengamos que investigar. ¿Por qué no nos vamos ahora mismo? ¿Qué estamos esperando?

—El almuerzo —contestó Monk.

—¿Qué importa el almuerzo? —dijo Scuff, incrédulo.

Monk lo miró fijamente. Era la primera vez desde que lo conocía que Scuff no mostraba interés por algún tipo de comida.

Scuff se sonrojó, pero seguía estando molesto.

—En realidad —dijo Monk con paciencia—, quiero que te quedes aquí y cuides de Hester. Está teniendo pesadillas horribles, se ve cautiva en esa casa, atada a una cama y muriendo desangrada. No quiero dejarla sola; de hecho, no puedo. Podría pedírselo a alguien de la clínica, tal vez...

—Lo haré yo —interrumpió Scuff. Casi le hacía vomitar la idea de recurrir a un desconocido—. No hace falta que avises a nadie. Estaría mal. Pensaría que no nos preocupa. ¿Qué te pasa?

Monk intentó disimular su sonrisa, pero Scuff la vio.

—¡Lo has hecho adrede! —acusó a Monk, notando que volvía a ponerse colorado. Fue por una mezcla de enojo, miedo, conciencia de tener una responsabilidad tremenda y también de por fin ser casi un adulto... y seguir formando parte de un hogar.

—Sé amable con ella —prosiguió Monk—, pero haz que coma. No le hagas caso si dice que no tiene hambre. Tazas de té, pan con mantequilla, pero corta rebanadas finas. ¿Alguna vez te has fijado en cómo unta la punta de la barra y luego corta la rebanada, para que la mantequilla la mantenga unida de modo que pueda ser realmente fina?

Scuff asintió con la cabeza.

—Sí. ¿Debo hacer eso?

—Si puedes, sí. Si no, haz que lo haga ella misma, aunque tengas que fingir que es para ti. Tú haz que coma, y dale conversación. No la dejes sola. No sé cuándo estaré de vuelta. Dependerá de lo que descubramos. Puede llevarme toda la noche, incluso parte de mañana. No te preocupes; si no vengo a dormir, hazle compañía. No dejes que tenga pesadillas ni que se despierte sola a oscuras.

—No lo haré —prometió Scuff—. Pasaré toda la noche en la butaca, lo prometo.

—Gracias.

Scuff se tomó muy en serio su nueva responsabilidad. Cuanto más pensaba en ello, más cuenta se daba de que Monk no solo confiaba en él, sino que le había ofrecido una oportunidad de pagar una pequeña parte de todo lo que Hester había hecho por él.

De vez en cuando todavía soñaba que estaba encerrado en la bodega del barco de Jericho Phillips.

¿Era así como Hester se sentía? Era tan fuerte y tan inteligente que costaba creer que alguna vez se hubiese sentido tan pequeña y vulnerable como se había sentido él, o tan fácilmente derrotada. Quizás él podría serle de más ayuda que el propio Monk. Sabía lo que se sentía. Siempre lo sabría, por más cosas que le acontecieran. Incluso si crecía hasta ser tan alto como Monk y aprendía a pelear, a conseguir un buen trabajo y ganar dinero, aquel recuerdo siempre estaría en algún rincón de su fuero interno, detrás de una puerta que nunca abriría excepto si se veía obligado a hacerlo.

En cuanto Monk se marchó, echó leña al fuego y puso el hervidor a

calentar. Hester estaba doblando la colada en el lavadero de la parte de atrás, donde había grandes tinas en las que lavar las sábanas. Sabía que había tarta en la despensa. La sacó y la puso en la mesa, después fue a buscar a Hester.

La vio en cuanto abrió la puerta del lavadero. Estaba con una sábana en una mano, pensando, como si estuviera a kilómetros de allí o hubiese olvidado cómo doblarla.

Scuff cogió la sábana de su mano y le pasó una punta. Hester sonrió y la agarró. Juntos doblaron todas las sábanas y las fueron amontonando. A Scuff le encantaba el olor del algodón limpio. Era acogedor y le daba seguridad. Era dulce, no como el azúcar sino como el viento que sopla en los campos. Eso lo había olido hacía muy poco, tan solo unos días atrás, pero no era algo que uno olvidara.

—Gracias —dijo Hester, esbozando una sonrisa. Todavía estaba muy pálida.

—He preparado té —le dijo Scuff—. Y he sacado la tarta. A lo mejor, si nos la comemos toda, podríamos hacer otra.

—¿Podríamos?

Hester sonrió, negando con la cabeza mientras lo seguía hacia la cocina. Vio la tarta, la tetera y las tazas en la mesa. De repente pestañeó apretando los ojos y apartó la vista, como si hubiera algo interesante al otro lado de la ventana.

Scuff fingió que no se había dado cuenta. Pero eso le indicó que Hester no estaba bien. Las demás mujeres lloraban a menudo, pero Hester no. Pasara lo que pasase, lo resolvía por su cuenta. Nunca lloraba.

Se sentó a la mesa y sirvió el té, una taza para ella, una para él. Después cortó la tarta por la mitad y puso un trozo en cada plato. Hester protestaría al ver tanta comida, pero Monk había dicho que tenía que comer.

Scuff respiró profundamente. No sabía qué debía hacer, e intentó recordar qué había hecho ella cuando tenía pesadillas sobre el barco de Phillips. Le había hecho hablar de ello, poco a poco, para que no le quedara todo encerrado dentro de sí, demasiado espantoso para expresarlo con palabras.

—Se te está enfriando el té —dijo, y pensó que era una tontería. Acababa de servirlo.

Hester dejó de mirar por la ventana y se sentó delante de él. Scuff vio en su semblante que solo estaba siendo educada, pero aun así empezó a comerse la tarta, a bocados pequeños, uno después de otro. Se la veía cansada y, si tal

cosa era posible, asustada.

Scuff tenía que decir algo. Para eso lo había dejado Monk allí, no para que se quedara sentado y mirando. Resultaba muy extraño. Siempre era ella quien le hacía hablar cuando tenía miedo o estaba abatido, recordando cosas malas que temía que volvieran a ocurrir. La sensación era como si al cerrar los ojos, y después abrirlos, fuese a encontrarse de nuevo allí, y la realidad en verdad era el sueño.

—Todavía sueño con Jericho Phillips —dijo en voz baja.

Hester levantó la vista hacia él, dejando caer el trozo de tarta.

—Lo sé. No puedo prometer que vaya a dejar de ocurrirte. Ojalá pudiera. Pero cada vez será menos frecuente.

—Solo me pasa pocas veces —contestó Scuff—. Pero dijiste que estaba bien hablar de ello de vez en cuando, y que no era un cobarde porque todavía me diera miedo.

—Así es —dijo Hester enseguida—. ¿Quieres que lo hablemos?

—No. ¿Pero es verdad lo que dijiste, que no era una tontería hablar de ello a veces, y que no estoy siendo un crío si todavía me parece real?

—Claro que no es una tontería. ¿Por qué lo preguntas? ¿Han empeorado tus sueños?

Adoptó un aire tan preocupado que Scuff temió haber ido demasiado lejos.

—No, qué va —respondió en el acto—. Ya casi nunca sueño. Pero sé lo que se siente. Estaba pensando en esos chiquillos. ¿Crees que ellos también soñarán? ¿O lo impediste porque estabas a su lado para que nunca se sintieran solos?

Hester sonrió un poco.

—Me gustaría pensar que estuve a su lado. Al menos casi todo el tiempo. Pronto regresarán con su padre y su madre. Cuando estén más fuertes.

—¿Pero su madre se alegró de verdad cuando los vio? —preguntó Scuff.

—Sí, claro. —Ahora su voz sonó absolutamente ronca, como si estuviese conteniendo una intensa emoción—. Sí que se alegró. Fue como si alguien hubiese encendido todas las luces dentro de ella.

Scuff permaneció callado un momento, saboreando aquella felicidad. Después respiró profundamente.

—Tú también puedes hablar de ello. Sabré escucharte. Me enseñaste a hacerlo. No pensaré que fuiste tonta. A veces la tontería es no tener miedo.

Esta vez Hester sonrió abiertamente, y las lágrimas le asomaron a los ojos.

—Gracias —dijo en voz baja.

—No voy a dejarte sola, no hasta que vuelva Monk. Voy a dormir en la butaca de vuestra habitación, así si te despiertas por la noche me encontrarás a tu lado.

—¡No tienes por qué hacerlo! —protestó Hester.

—Sí que lo tengo que hacer. Me acuerdo del miedo que tenía, y cuando me despertaba por la noche tú estabas siempre a mi lado, hasta que empecé a estar bien otra vez.

La miró de hito en hito y ella le sostuvo la mirada. En los ojos de Hester vio que había sufrido mucho por los niños a los que no podía salvar y porque pensó que moriría y no volvería a ver a Monk, ni a él ni a ningún otro ser querido. Le constaba que eso era lo que veía porque era lo que él habría sentido.

—Las cosas irán mejor —prometió—. Aunque no ahorquen al señor Rand, algo ocurrirá para que lo detengan y si no haremos que ocurra. —No tenía ni idea de si era verdad, pero supuso que era lo que ella necesitaba creer—. Te lo prometo —agregó.

Hester se inclinó hacia él y le dio un suave beso en la mejilla.

—Gracias —susurró—. Me encantará que duermas en la butaca. Creo que así los malos sueños no se atreverán a venir.

Scuff sintió un inmenso placer. Eso debía de ser lo que significaba sentirse parte de algo, pensó, que alguien estuviera contigo no porque dieras pena sino por tu propia valía.

Aquella noche, Hester también soñó, pero tuvo sueños de reencuentros, de familias juntas. No soñó que Charlie, Maggie y Mike volvieran a ver a su madre y supieran que podían regresar a su casa; soñó con Adrienne y el recobrado y vigoroso Bryson Radnor.

¿Adrienne estaba enterada de antemano de la histriónica aparición que su padre haría en el juicio? Era lo que la había salvado y, de paso, también a Hamilton Rand. ¿Había sabido que lo iba a hacer? La expresión de su rostro daba a entender que no. ¿Fingió para que nadie sospechara, o Radnor no había pensado en lo que haría hasta el momento en que actuó?

Se inclinaba a pensar que lo había preparado, pero no paraba de recordar imágenes de Adrienne y Radnor juntos, tanto en el hospital como luego en la

casa de campo. Se mostraba impaciente con ella, condescendiente, a veces incluso desdeñoso. ¿Había sido la enfermedad la que hablaba, su miedo? ¿O simplemente su carácter?

Hester se sumió en un dormir más profundo sin saber la respuesta.

Monk y Hooper fueron a Redditch en un carro mucho más pequeño que la primera vez, y con un caballo que podía mantener un paso bastante bueno. Pasaron un momento por la comisaría local de la policía para hacerles saber que estarían en la casa de campo, buscando más pruebas relacionadas con el caso. No fue solo una cortesía sino una precaución necesaria, habida cuenta de las circunstancias. Otra precaución necesaria fue llevar una pistola cada uno por si acaso el jardinero de la escopeta, ahora con motivos reales para vengarse, todavía anduviera por la propiedad o los bosques cercanos.

—Si decide dispararme, podrá decir que creyó que era un conejo —dijo Hooper con sorna.

Monk miró a Hooper de arriba abajo.

—¿Y esperar que lo crean? —dijo, incrédulo.

Hooper sonrió.

—Quizá no, pero para mí ya sería un poco tarde —señaló.

Llegaron en una típica mañana dorada de otoño. Buena parte de los campos ya estaban segados, y los almiarés se erguían con una suerte de belleza bucólica. Tras almohazar al caballo y abrevarlo con agua del viejo pozo, Hooper le dio una gavilla de avena que le habían comprado, y después volvieron su atención a la casa.

—La policía local ya la ha registrado —dijo Monk, meditabundo, cuando hubieron entrado en la cocina—. ¿Qué podemos ver que ellos hayan pasado por alto?

—Algo que nosotros sabemos que está aquí y ellos no —contestó Hooper sin vacilar.

Monk reflexionó un momento, volviéndose lentamente mientras miraba las paredes, los armarios y los botes de hojalata.

—Comida —dijo—. En la tienda del pueblo deberían poder decirnos qué provisiones compraron durante los últimos años. Busquemos artículos para el lavado de la ropa. Los enfermos necesitan que se lave a menudo. También necesitan limpieza. Nadie limpia la casa a diario cuando nadie vive en ella. Veamos qué hay, de qué tipo y en qué cantidad. Los envases vacíos pueden decirnos muchas cosas. ¿Cuánta ropa de cama hay? Después veremos qué

herramientas hay en el taller donde Rand construyó la máquina de transfusiones.

—De acuerdo —convino Hooper.

—Y otra cosa —agregó Monk—. Quizás esta no sea su primera máquina. Si encontramos los restos de otra más vieja tendremos la prueba de que lleva mucho tiempo intentándolo.

—No será una prueba de por sí —señaló Hooper a su pesar.

—Lo será si hay rastros de sangre —repuso Monk—. Empecemos por buscar cosas que pudieran haber sido piezas. Fíjese en todo teniendo esto en mente. Pueden parecer un trozo de manguera o de cañería.

Hooper puso los ojos en blanco, pero lo hizo con una sonrisa, si bien sardónica.

Trabajaron hasta que anocheció, entonces encendieron las lámparas de aceite e hicieron lo que podía hacerse a su luz. Encontraron sábanas suficientes para cambiar ocho camas. Algunas eran muy viejas, como si estuvieran allí desde que Rand era niño. Asimismo, encontraron unos cuantos juguetes en el trastero que podían haber pertenecido a cualquiera durante el último medio siglo. Había incluso un caballito de balancín.

No había más provisiones de comida de las que necesitarían tres o cuatro personas, pero el jardinero cultivaba patatas, zanahorias, verduras, cebollas, un montón de legumbres y casi todas las hierbas más comunes. El huerto de árboles frutales estaba cuajado de manzanas, peras y ciruelas, y en los setos abundaban las moras y las frambuesas. Había un rincón destinado al ordeño en la vaqueriza, aunque las vacas habían desaparecido, quizá no hacía mucho tiempo.

—Un lugar perfecto —dijo Monk con un dejo de amargura—. ¿Pero qué malditas pruebas hay? Todos los experimentos pudieron haberse realizado aquí.

Hooper señaló un montón de trozos de tubería vieja, juntas de fontanería, válvulas y tablas de madera que había en un rincón.

—Está claro que utilizó este taller. Pudo construir la máquina en el dormitorio de abajo sin mayores dificultades. Pero no he encontrado indicios de que existiera una máquina anterior.

—Si tiene dos dedos de frente se habrá deshecho de las piezas —convino Monk—. Hoy nos iremos a dormir temprano. Poco podemos buscar con un farol. Mañana empezaremos a interrogar a los vecinos del pueblo, a ver si

recuerdan quién ha estado aquí.

Pero los aldeanos no pudieron decirles nada definitivo. Muchos estuvieron dispuestos a salir a la calle y recordar todo lo que Monk y Hooper estuvieran dispuestos a escuchar. Sí, habían desaparecido vecinos, pero normalmente había una explicación fácil. Uno se había ido de parranda y regresó a casa sin recordar dónde había estado. Otros dos se habían fugado. Corría el rumor de que vivían a pocos kilómetros del pueblo. Otra se había largado con una feria ambulante, o al menos eso decían las malas lenguas. Por supuesto, había casos que no tenían explicación, pero eso siempre había sido así. Quizás en su mayoría fuesen jóvenes y saludables. Siempre resultaba muy triste, pero esas cosas ocurrían. ¿Quizás ocurrían más allí que en otros pueblos? ¿Quién podía decirlo?

Cansado, y para entonces también desalentado, Monk se estaba planteando regresar a Londres. Detestaba tener que decirle a Hester que habían encontrado un buen puñado de indicios, pero que ni siquiera tomados en conjunto demostraban algo. No había testigos que pudieran declarar y tampoco el menor rastro del jardinero. Según parecía había ido a recuperarse a casa de un pariente que vivía a más de cien kilómetros de Redditch.

—Ojalá lo hubiese sabido cuando llegamos —dijo Hooper tristemente, cuando él y Monk regresaron a la casa de campo—. No me habría pasado la mitad del rato vigilando.

—Regresará —dijo Monk, junto al cobertizo del jardín—. Estas herramientas valen un pico. Y están bien cuidadas. No hay tierra en ninguna, están muy limpias, prácticamente pulidas. —Fue hasta el armazón donde las palas, las azadas y los biellos estaban ordenados con esmero—. Hay muchas. Debe darse un hartazgo de cavar. Esta tiene el mango nuevo.

—Cavar —repitió Hooper, meditabundo—. Hay mucho huerto aquí, pero no tanto que cavar. Mayormente desherbar y rastrillar, excepto cuando se recogen las patatas. Yo lo haría con un biello, no con una pala.

Una idea horrible cobró forma en la mente de Monk, helándole la sangre en las venas. Miró a Hooper y vio el mismo pensamiento en sus ojos.

—¿Qué supone que tenía previsto hacer con los cuerpos, si se viera obligado a matar a los niños o a Hester? —preguntó Monk.

—Enterrarlos —contestó Hooper sin vacilar, como si al decirlo en voz alta le restara ponzoña.

Monk miró en derredor.

—¿Dónde?

—¡Aquí no! —dijo Hooper enseguida—. En algún sitio donde nadie reparase en la tierra removida. Un sitio donde la hierba vuelva a crecer espesa y verde enseguida, y donde eso tampoco se note. El verde nuevo se ve muy fácilmente.

—La hierba del huerto de frutales es bastante espesa —observó Monk, meditabundo—. Aunque aquí todo está más bien exuberante y descuidado. Algunos de esos manzanos están pidiendo una buena poda a gritos.

—¿Entiende de estas cosas? —preguntó Hooper, sorprendido.

Tenía que estar en algún rincón de la memoria perdida de Monk, lo que comprendía toda su vida hasta el momento del accidente. De vez en cuando recordaba retazos de cosas que sabía, aunque desvinculados de toda experiencia. Pero no tenía ganas de recordarle a Hooper su misterioso pasado, precisamente ahora. Lo único importante era demostrar la culpabilidad de Rand.

—Los manzanos crecen cerca del mar —dijo Monk, intentando mostrar la mejor de sus sonrisas—. Cojamos las palas y busquemos los lugares más probables. Cerca de las raíces no. Sería una tarea mucho más ardua. Y si cortaran una raíz, el árbol podría indicarlo. Seguro que el jardinero lo sabía.

—¿Cree que estaba en el ajo? —preguntó Hooper, agarrando una pala antes de seguir a Monk.

—Tenía que estarlo —contestó Monk, dirigiéndose a la verja del huerto de frutales—. Rand no podía arriesgarse a dejarlo fuera, podría resultar peligroso. De todos modos se fijaría en las palas, tal como hemos hecho nosotros, y deduciría qué utilidad tenían. Si lo implicaba, sería un guardián doblemente eficaz. Nunca lo traicionaría, pues al hacerlo se traicionaría a sí mismo. Rand es lo bastante inteligente para que se la haya ocurrido pensarlo.

Hooper gruñó a modo de asentimiento.

Una vez en el huerto de frutales se pusieron a inspeccionar la hierba entre los árboles, que estaban plantados al azar. No había filas rectas. Toda la hierba era alta, como si solo la segaran una vez al año, pero absolutamente irregular. Si había alguna zona revuelta, sería difícil de encontrar.

Tras un cuarto de hora de búsqueda minuciosa dieron con un lugar lo bastante exuberante para suscitar esperanzas.

—Podría ser un perro —dijo Hooper, encogiendo los hombros, procurando no demostrar su inquietud—. Mucha gente enterraría a un animal

en un sitio como este.

—No hemos visto indicios de que hayan tenido un perro.

Monk estaba resuelto a creer que tendrían éxito. Comenzó a cavar, hundiendo la pala en la tierra mullida, que todavía estaba húmeda a la sombra de los árboles.

Hooper hizo lo propio bastante cerca de él, todavía en la zona de hierba más verde. Trabajaron en silencio, cavando a la profundidad que daba la pala, sacando una palada de tierra tras otra. Era un trabajo duro, movían músculos que por lo general no sometían a tanto esfuerzo. Hooper no pudo disimular que el brazo todavía le dolía a causa de la herida.

Fue Hooper quien golpeó algo duro primero. Paró en seco, con el semblante pálido a pesar del cansancio. Miró a Monk. Luego ambos soltaron las palas y se pusieron de rodillas para buscar con las manos entre el mantillo.

Era un hueso grueso, como de palmo y medio de longitud, completamente desprovisto de carne.

Hooper lo dejó en la hierba.

—Podría ser de un animal —dijo en voz baja, como si no quisiera traslucir emoción alguna, pero aun así temblaba ligeramente.

—Podría ser —convino Monk, que se levantó y cogió la pala otra vez.

—Tenga cuidado —le advirtió Hooper innecesariamente—. No vaya a ser que rompamos alguno, si es que hay más.

Tardaron una hora, trabajando despacio, y acabaron con las manos embarradas. Finalmente, encontraron todos los restos de un esqueleto viejo y desmembrado. No cabía duda de que era el de un niño de unos diez u once años de edad.

—¿Supone que es el único? —preguntó Hooper, con el rostro sombrío y manchado de barro y sudor. Se secó la frente con el dorso de la mano, empeorando aún más su aspecto.

—Lo más probable es que no —respondió Monk, apenado.

Había deseado encontrar una prueba exactamente como aquella, pero ahora que la tenía solo podía pensar en cómo había muerto el niño, si había estado aterrorizado y sufriendo, aunque lo hubiesen matado deprisa. ¿Sabían algo sus padres, o simplemente lo habían dado por perdido y lo seguían llorando porque su desaparición seguía siendo un misterio? Si le hubiese ocurrido a Scuff, o incluso a Worm, ¿lo habría llegado a olvidar alguna vez? Desde luego, Hester no.

—Seguiré cavando —dijo Monk—. Usted vaya al pueblo y busque al sacristán. Cuénteles lo que hemos descubierto y tráigalo aquí con otros enterradores que tenga a su disposición.

—Vaya usted a buscar al sacristán, señor —respondió Hooper—. Tiene más autoridad que yo. Será...

—Pero yo no tengo una herida reciente en el brazo —replicó Monk con aspereza—. Haga lo que le digo. No me obligue a recurrir al rango, Hooper.

Hooper sonrió de oreja a oreja y enderezó la espalda.

—Acaba de hacerlo... señor.

—Exacto, de modo que no discuta más conmigo. Vaya a buscar al sacristán.

—¡Sí, señor!

Hooper saludó en broma, llevándose la mano a la sien, e hizo una mueca de dolor.

Regresó al cabo de media hora acompañado del sacristán y de otro enterrador, ambos provistos de palas. Monk había pasado aquel rato buscando otros puntos alejados de las raíces de los frutales, en los que la hierba fuese más verde. Estaba muy sucio, tenía las manos magulladas y le dolía la espalda.

Trabajaron hasta que el crepúsculo fue tan oscuro que apenas veían lo que hacían. Encontraron otros seis cuerpos; en total, cuatro niños y tres adultos, según les pareció. Los adultos eran mujeres jóvenes, de corta estatura y huesos livianos pero, a juzgar por los cráneos y los dientes, completamente formadas. Estaban en distintos grados de descomposición. La naturaleza y los insectos habían eliminado casi toda la carne.

Hasta pasada la medianoche no pudieron informar al párroco y ubicar las tumbas. Los cuerpos fueron llevados a yacer decentemente, lo que atestó el pequeño depósito de cadáveres, que nunca hasta entonces había albergado a más de dos ocupantes a la vez.

Aquellos cuerpos constituían pruebas, pero en cuanto se hubiesen tomado todas las notas pertinentes y efectuado los dibujos, la iglesia del pueblo se encargaría de darles sepultura como era debido, si bien en tumbas en cuyas lápidas nadie podría poner un nombre.

No sabían cómo establecer cuánto tiempo habían estado enterrados en el huerto de frutales, cómo habían muerto ni quiénes habían sido en vida. La granja había pasado largos periodos deshabitada durante los últimos cien

años. Incluso cuando alguien vivía allí, era fácil acceder al huerto desde el camino sin pasar por el jardín. Todos pensaban que quienquiera que hubiese vivido allí era quien había enterrado los cuerpos para que descansaran tranquilos en un recinto privado, pero no había manera de demostrarlo. Cualquiera podía haber entrado por el otro lado, de noche, y enterrado a sus muertos... sus víctimas.

Monk y Hooper se alojaron en la posada del pueblo. A primera hora de la mañana siguiente, mientras salía el sol, regresaron a pie a la granja, engancharon el caballo al carro y emprendieron el regreso a Londres.

Llegaron entrada la mañana y encontraron a Hester atareada en la cocina. Aquella no era una ocupación que fuese muy de su agrado, pero requería atención para hacerla bien e impedía pensar en otras cosas. En cuanto oyó los pasos de Monk en la entrada, soltó la cuchara de madera con la que había estado mezclando la masa de una tarta y corrió a la puerta de la cocina para recibirlo, con Scuff pisándole los talones.

Monk no necesitó preguntarle si estaba mejor; se le notaba en los ojos, en la fuerza de los brazos cuando lo abrazó. Le besó la boca, la cara, estrechó más el abrazo, y después miró a Scuff y vio lo orgulloso que estaba, así como la pregunta que reflejaba su expresión.

Monk asintió con la cabeza y sonrió. Le daría las gracias después, cuando Hester no estuviera presente.

Hester se separó un poco de él y levantó la vista. De pronto se puso muy seria.

—El juez ha abandonado el juicio de Hamilton Rand —dijo en voz baja—. Y también el de Adrienne Radnor. Oliver dijo que hay claros indicios de prejuicio, y eso significa que no pueden volver a juzgarlos. Lo siento mucho.

13

Hester aludió tan poco como pudo al hecho de que hubieran hallado inocente a Hamilton Rand. La gente podía pensar lo que quisiera; no lo podían volver a juzgar. Ni siquiera era médico y no había privilegio alguno que pudiera arrebatarle. Y lo que Magnus Rand hubiese sabido, o en qué medida había sido cómplice, ni siquiera se había mencionado. Monk no podía hacer nada más, por consiguiente, sacar el tema a colación solo provocaba un pesar inútil, incluso culpa. Habían hecho cuanto habían podido. Oliver Rathbone había llevado razón cuando su instinto le indicó no iniciar un procedimiento criminal, aunque tuvo el tacto de no decirlo.

Todos estaban preocupados por el terrible descubrimiento de los cadáveres en el huerto de frutales. Sin embargo, creyeran lo que creyesen, no existía prueba alguna de que los hubiesen enterrado Rand o su jardinero. Los hermanos Rand eran los propietarios de la granja, pero rara vez la visitaban. De hecho, a Magnus Rand no se le había visto por el pueblo desde que de niño visitaba a su tía, que entonces era la propietaria.

Los cuerpos fueron examinados a conciencia, pero resultaba imposible establecer cómo y cuándo habían muerto, salvo de manera muy aproximada. Lo única certeza era que no habían encontrado ropa. Cabía suponer que la habían quemado en el incinerador de basuras. Apenas quedaba carne porque los cuerpos habían estado expuestos a los insectos, los gusanos y demás organismos en la tierra. También quedó claro que no había lesiones en los huesos. Ninguno estaba roto o agrietado, y los cráneos no presentaban indicio alguno de golpes. Cualquier abogado defensor sostendría que no había relación alguna entre los cuerpos y los dos hermanos que residían en Londres y rara vez visitaban la granja. Ningún cadáver era identificable, y tampoco era posible establecer, ni siquiera con una aproximación de meses o años, cuánto tiempo habían permanecido enterrados. Cualquiera podía acceder a aquel terreno.

El jardinero no regresó ni pudo ser localizado.

Adrienne Radnor era una cuestión diferente. Hester cada vez pensaba más en su relación con el propio Radnor. A Hester no le había gustado, y sin embargo había algo en sus turbulentas emociones que no podía olvidar.

Hester recordaba a su propio padre más a menudo desde que había conocido a los Radnor, sobre todo las cosas buenas: su repentino y

sorprendente sentido del humor, su pasión por las mariposas y el enorme conocimiento que había adquirido acerca de ellas, sin más motivo que el placer que le proporcionaba. Sabía que cumplían un propósito en la vida y la naturaleza de las plantas, pero además eran innecesaria y casi frívolamente bonitas.

Otros recuerdos acudieron a su mente con dolorosa claridad. Había estado muy orgulloso de ella cuando se marchó a Crimea a ejercer de enfermera. Era como si aún pudiera ver su rostro rebosante de orgullo. Fue su madre quien tuvo sus dudas. Él estaba convencido de que su hija conocería la adversidad y la felicidad en aquella empresa, además del éxito. Por supuesto, llevaba razón.

Mientras Hester estuvo fuera su padre fue víctima de una estafa que lo llevó a la ruina y por eso, como una cuestión de honor según su propio juicio, se quitó la vida. Su madre no había vivido mucho tiempo después de su muerte. Y Hester estaba tan lejos que no pudo prestar ayuda. De haber estado en Londres quizá no podría haber hecho nada, pero esa no era la cuestión; lo habría intentado.

La situación de Adrienne Radnor era diferente. Había renunciado a toda oportunidad de ser feliz a fin de permanecer al lado de su padre, primero en su soledad cuando murió su madre, después para cuidarlo mientras la enfermedad evolucionaba y él pasaba a depender de ella incluso para las cosas más sencillas.

¿A qué había renunciado? Era una mujer atractiva. Sin duda había tenido ocasión de casarse, tener hijos, ser libre de separarse de su padre, tanto económica como socialmente. Y sin embargo había decidido quedarse. ¿Por qué?

Hester volvía a tener sueños que la perturbaban. ¿Lo había hecho por amor o por sentido del deber? ¿Era un sentimiento de culpa o un defecto de Hester lo que la llevaba a verlo como una especie de mutua dependencia emocional? Radnor necesitaba que Adrienne cuidara de él, pero podría haber contratado a alguien para que lo hiciera. Tenía dinero más que suficiente. Rand le había dicho que había aportado fondos para su investigación y que continuaría haciéndolo.

Era el amor de Adrienne por él, su necesidad de él, su pasión y su vitalidad lo que Radnor necesitaba sentir, incluso tocar. Necesitaba la fortaleza emocional de su hija para vivir a través de ella, tal como necesitaba,

literalmente, la sangre de Charlie y de Maggie y, cuando estos estuvieran agotados, la de Mike.

Se planteó hablar de ello con Monk, pero él poco podría hacer al respecto. Se trataba de cosas que ella había presenciado durante los días que pasó en la casa de campo, escuchando y observando porque no tenía más remedio. Si Radnor moría, Rand no podría permitirse dejarla con vida, y había visto en los ojos de Radnor que este era consciente de ello. Lo entendía perfectamente e incluso le divertía. La vida de Hester dependía de la suya. Era el colmo de la ironía.

Recordó el vigor de Radnor al irrumpir en la sala del tribunal. Había transcurrido más de un mes y, sin embargo, la impresión le erizaba el vello como un soplo de viento frío en la piel. La sentiría una y otra vez. En aquel momento de victoria suprema había vuelto a ser el hombre apasionado, indulgente y rebosante de vitalidad que la naturaleza había creado, sin rastro de debilidad ni de miedo a la muerte. ¡Había conocido las tinieblas de la aniquilación y las había vencido!

¿Realmente seguía necesitando a Adrienne? Habiendo recobrado la salud, ¿era algo más que una atadura?

Podría darla en matrimonio. Era la heredera de lo que no gastara para sí mismo. Seguía siendo lo bastante joven para tener hijos, aunque tal vez no le sería tan fácil como en la primera juventud. Aunque quizás ella no lo deseara. Desde luego su padre le debía mucho más que un matrimonio de conveniencia después de los años que le había dedicado. Había dicho que le gustaría viajar con él para conocer todos aquellos lugares de los que él hablaba cuando creía imposible volver a visitarlos alguna vez. Hester recordaba vívidamente el anhelo en el rostro de Adrienne. Le encantaba la compañía de su padre. Los demás hombres le resultarían anodinos.

¿Radnor quería tenerla a su lado? Había dado a entender a Hester que su amor a la vida comprendía en concreto su amor a las mujeres. Sus apetitos carnales eran igual de intensos, y no tenía la menor intención de refrenarlos. ¿Iba a formar parte de aquello Adrienne? ¿Sería una observadora, innecesaria y malquerida?

Con una fría certidumbre, Hester estaba segura de que Adrienne no iba a serlo. Tal vez se vería obligada a casarse contra su voluntad. O si se ponía pesada, dependiendo en exceso de él, ¿quizá sufriría un accidente mortal?

No, por supuesto que no. Hester estaba dejando que algo que había visto

en los ojos de Radnor creara una imagen de maldad que carecía por completo de fundamento.

Sin embargo, la tenía grabada en su mente de tal modo que la veía cada vez que cerraba los ojos y estaba momentáneamente de vuelta en la casa de campo, notando las ataduras emocionales tensándose en torno a ella, reteniéndola allí. De una cosa estaba segura: Radnor ya no necesitaba a su hija.

Al día siguiente, mientras Monk estuviera en el río, iría a ver a Adrienne para hablar a solas con ella.

Tuvo bastantes dificultades para convencer a Scuff de que la acompañara.

—No deberías ir —dijo Scuff, con convencimiento—. No te ayudó cuando estabas presa y podrían haberte matado. De hecho, si Radnor hubiese muerto, lo habrían hecho. ¡Y ella seguro que lo sabía! El único peligro que corre es que su padre la utilice, y eso sucederá tanto si se lo dices a ella como si no.

El argumento de Scuff era muy razonable, y él lo sabía. Se estaba comportando como un hombre, no como un niño. Le estaba diciendo por qué no debería ir, mientras que un niño se habría limitado a decirle que no lo hiciera. Esbozó una sonrisa.

Hester le sonrió a su vez.

—¿Estás diciendo que como ella no me salvó, no debería intentar salvarla? —preguntó.

Por un instante, Scuff se quedó desconcertado.

—Algo por el estilo —convino.

—¿Crees que debería ser como ella? —dijo Hester, mostrando sorpresa.

—¡No! —Naturalmente no era eso lo que Scuff quería decir—. Pero no tienes por qué complicarte la vida para decirle algo que seguramente ya sabe. No te hará caso porque no quiere oírlo. Tú misma lo dijiste y también dijiste que solo tiene a su padre. Si no estuviera con él, ¿qué haría?

—Casarse —respondió Hester—. Tener su propia familia.

Scuff se quedó pensando un momento. La única vez que había visto a Adrienne Radnor fue cuando rescataron a Hester y a los niños. Adrienne estaba asustada y enojada, y no paró de forcejear. Le habían atado las manos a la espalda con una cuerda, iba despeinada y llevaba el vestido sucio porque habían tenido que tirarla al suelo para reducirla. A Scuff nunca se le habría ocurrido la posibilidad de que alguien quisiera casarse con ella. Aunque bien

era cierto que no entendía muchas cosas sobre por qué y con quién se casaban las personas. Simplemente lo hacían. Y muchos se arrepentían después, tanto hombres como mujeres.

—Eso no puedes hacerlo por ella —dijo Scuff, satisfecho con la lógica de su argumento.

—No, claro que no puedo —convino Hester—. Lo único que puedo hacer es ayudarla a ver con más claridad en qué situación se encuentra.

Scuff frunció el ceño.

—¿Te refieres a meterle miedo? ¡Se enfadará!

—Sí, supongo que sí. Y sí, es posible que se enfade.

Scuff había esperado que Hester discutiera, pues entonces habría podido rebatir lo que dijera. Al no hacerlo, lo había dejado sin saber qué responder.

—¿Vienes conmigo? —preguntó Hester—. Pondrá más cuidado en enojarse si somos dos.

Scuff conocía aquella mirada de Hester. Iría sola si era preciso. Sería mucho mejor que él estuviera presente. Al menos podría protegerla si la señorita Radnor perdía los estribos.

Se dio por vencido con tanta elegancia como pudo.

Hester programó su visita para primera hora de la tarde. Era un poco temprano para una visita social pero no tan temprano para interrumpir un almuerzo tardío. También era la hora en que le pareció menos probable que Bryson Radnor estuviera en casa. Había aparecido rebosante de vigor en el juicio, y Hester supuso que escaparía de los límites de la casa, y del tedio de la compañía femenina, con tanta frecuencia como pudiera. Si veía que estaba en casa, aunque solo fuese un indicio, daría media vuelta y se marcharía otra vez, confiando en no ser vista.

Sabía su dirección por las notas que Magnus Rand había tomado cuando Radnor se presentó por primera vez en el hospital, pero la casa era mucho mayor y más imponente de lo que había esperado. Hablaba con clara elocuencia de la considerable fortuna de Radnor, tanto por su tamaño como por el esmero en su mantenimiento. Quedaba bastante retirada de la calle, y el jardín estaba lleno de flores tardías. La segunda floración de las rosas emanaba un perfume que la envolvió antes de que alcanzara el tirador que colgaba junto a la puerta principal bellamente tallada.

La casa no debería haberla sorprendido, Radnor no guardaba en secreto su pasión por toda clase de belleza sensual. Y, sin embargo, aquella belleza la

aturdió, haciendo que se sintiera extrañamente vulnerable. Transmitía al mismo tiempo euforia y paz. La llevó a recordar su rostro demacrado, lleno de ira y pasión cuando tenía tanto miedo de morir, de perder toda la riqueza y la grandeza del mundo y el entusiasmo de su propia vitalidad infinita. Hester lo odiaba pero lo comprendía.

No obstante, Charlie, Maggie y Mike también tenían derecho a probar todas aquellas cosas. Aunque nunca llegaran a saborearlas como él, Radnor no tenía derecho a negárselas, ni a ellos ni a nadie. ¿Quién sabe los colores que ve otra persona?

Un lacayo abrió la puerta y Hester preguntó si podía ver a la señorita Adrienne Radnor. Se trataba de un asunto relacionado con la salud de su padre y que requería cierto grado de discreción.

El lacayo la hizo pasar, y Hester aguardó atemorizada en una gran sala que daba al jardín. Estaba llena de luz y decorada principalmente en tonos verde claro. Había varias librerías y por lo menos una docena de artefactos que parecían tener un origen antiguo, procedentes tal vez de algún lugar de Oriente Medio, como Egipto o Palestina.

Scuff se había quedado en el jardín, justo a la vuelta de la esquina, donde la oiría si lo llamaba, porque no era preciso que participara en la conversación, si finalmente la había.

Hester habría examinado con gusto los artefactos, así como los libros, pero al cabo de pocos minutos de su llegada la puerta de la sala se abrió y entró Adrienne. Pese al poco tiempo transcurrido desde que estuvieron juntas en la casa de campo, había cambiado tanto que Hester se quedó atónita. Si se hubiese cruzado con ella en la calle, no habría estado segura de que fuese la misma mujer. Caminaba erguida, con la cabeza bien alta. Volvía a tener el pelo lustroso; de hecho, era bastante bonito. Tenía la mirada clara y había color en su tez. Llevaba un vestido veraniego de tarde verde claro que la favorecía mucho. Parecía una mujer enamorada.

—Buenas tardes, señora Monk —saludó Adrienne, con un deje de curiosidad—. Dice Bartlett que viene a informarme de algo relativo a la salud de mi padre. Puedo asegurarle que está la mar de bien. Vuelve a ser el mismo de antes, solo que tal vez valora incluso más todas las cosas, si es que eso es posible. No le guardo ningún rencor por el testimonio que dio ante el tribunal. Dijo lo que tenía que decir, habida cuenta de las circunstancias. —Sonrió con tristeza, como si fuese consciente de la ironía de la situación y del ambiguo

papel que ella había tenido—. No participé en su secuestro, pero pude haberla ayudado a escapar y no lo hice. Me constaba que la necesitaba para mantener vivo a mi padre el tiempo suficiente para que el tratamiento diera resultado. Y, en mis mejores momentos, también sabía que usted no le haría daño, ni siquiera para salvar su propia vida.

—No me habría servido para salvar la vida —contestó Hester con la misma sinceridad—. Si su padre fallecía, el señor Rand dejaría de necesitarme. De hecho, no podía permitirse que sobreviviera. Pero lleva razón cuando dice que nunca habría hecho daño a su padre. Era mi paciente. Acabar con él también habría acabado conmigo.

Adrienne negó con la cabeza.

—Es usted una mujer muy extraña, pero en cierto modo la admiro. Desde luego, la respeto. Y no espero que usted me tenga la misma consideración.

No disimuló la tristeza que esto le causaba.

Hester tomó una decisión repentina.

—En parte se equivoca. Admiro la manera en que prescindió de sus ambiciones y deseos para dedicarse a las necesidades de su padre. —Acomodó un poco la verdad, no para salvaguardarse a sí misma sino para salvaguardar la memoria de las limitaciones de su propio padre, que todavía le dolían con un profundo, insoportable pesar—. Cuando mi padre enfermó yo estaba en Crimea, atendiendo a los soldados. Ni siquiera me enteré de que me necesitaba. Me había ido porque me parecía que era lo correcto, pero también porque deseaba libertad y aventura. Quería algo más que el tipo de vida doméstica en la que habría acabado encerrada si me hubiese quedado aquí.

Hester reparó en el súbito sentimiento que asomó al semblante de Adrienne: profundo, complejo y, para Hester, indescifrable. Transmitía una mezcla de sorpresa y dolor, y una delicadeza con Hester que esta no había percibido hasta entonces, como si Adrienne de repente hubiese visto en ella algo que reconocía.

Su propia confusión lo reflejó. Aquella mujer le había inspirado aversión. Para su sorpresa, se encontró con que ahora le importaba lo que estaba diciendo.

—No estuve al lado de mi padre ni de mi madre cuando más me necesitaban. Para cuando regresé de Crimea ya era demasiado tarde. Ambos habían fallecido. Usted ha sabido hacerlo mejor.

El silencio se prolongó tanto que Hester tuvo miedo de que Adrienne no fuese a contestar.

—¿Sabía que estaba enfermo cuando se marchó? —preguntó finalmente.

—No.

En esto fue totalmente sincera. Nadie podía haber previsto la ruina de su padre. La estafa que la provocó ni siquiera cabía imaginarla cuando Hester partió a la guerra.

—Pues entonces se culpabiliza simplemente por su aflicción —le dijo Adrienne, y lo dijo con ternura.

Permanecieron un rato en la hermosa habitación en silenciosa compañía, hasta que Hester se obligó a recordar el motivo de su visita. ¿Seguía siendo preciso que dijera lo que había planeado decir? Quizás era ella quien estaba equivocada, no Adrienne. Quizá Radnor no se iría en busca de aventuras dejando a Adrienne sola en Londres. Y si se la llevaba con él, tal vez sería lo que ella deseaba. Compartiría cualquier cosa que él hiciera, disfrutando tanto como él. Siempre y cuando fuese por elección propia, en verdad no era asunto de Hester. ¿Cómo decidir si debía añadir algo más o simplemente desearle lo mejor a Adrienne y marcharse?

El silencio se estaba volviendo a prolongar demasiado.

—Me imagino que su padre continuará viajando —dijo Hester finalmente, con tanta naturalidad como pudo—. Su padre a veces hablaba de lugares maravillosos en los que había estado. Me hacía anhelar ir a ver mundo, conocer lugares que apenas puedo imaginar de tan bonitos como son. Islas tropicales, cielos de tonos tan exquisitos que hacen que la tierra parezca suntuosa debajo de ellos, mares de colores de joyas y peces voladores. Hablaba de ciudades del mundo antiguo que tenían más de mil años, lugares con nombres mágicos como Isfahán, Trebisonda, Damasco... Palmeras recortadas contra el cielo del atardecer, las campanillas de los camellos por la noche y el olor del viento de un desierto tan antiguo como el propio tiempo. No puedo evitar envidiarla...

Vio el repentino cambio que transformó el rostro de Adrienne y se calló. Las palabras estaban de más. Adrienne no había visto nada de aquello, y se moría de vergüenza porque no podía decírselo a Hester sin admitir que su padre no le había pedido que fuera con él ni una sola vez.

Hester estaba abrumada por una compasión que no podía manifestar sin empeorar las cosas. Cuando alguien estaba humillado, la compasión añadía

sal a la herida. ¡Quizá no fuese el amor por su padre lo que la había mantenido a su lado día y noche durante su enfermedad, llevándola a ser cómplice del cautiverio de Hester, sino la necesidad que tenía su padre de amarla! Para paliar parte de los años de la devoción de Adrienne desde la muerte de su madre, considerándola todavía poco más que una niña, con las necesidades devoradoras de un hombre como él que satisfacer. Quisiera Dios que hubiese satisfecho sus necesidades físicas en otra parte. Partiendo de sus palabras, Hester se había formado la opinión de que había sido así. Tal vez Adrienne poco sabía al respecto. Seguramente había preferido mirar hacia otro lado.

A su manera, Adrienne era más prisionera de cuanto lo había sido Hester. Nadie acudiría a liberarla de sus ataduras porque nadie sabía que estaba atada. Las cadenas eran invisibles.

Hester debía decir algo de inmediato. Tal vez la única salida clemente era fingir que nada sabía. ¿Qué podía decir que no fuese hipócrita y transparente? Debía conceder a Adrienne un mínimo de dignidad.

—Antes he dicho que venía a verla para hablar de la salud de su padre. — Escogía las palabras un poco a la desesperada—. No era del todo verdad. He venido porque estaba preocupada por usted. Solo puedo suponer el calvario por el que ha pasado, viendo a su padre sufrir y temiendo el desenlace. Lo único que nos preocupaba era él. Ninguno de nosotros pensó en usted.

Adrienne sonrió atribulada pero no la interrumpió.

—Ahora que mis problemas ya son parte del pasado —prosiguió Hester—, veo las cosas con más perspectiva, y me pregunté si alguien cuidaba de usted. Me alegra ver que tiene tan buen aspecto. El alivio debe de haber sido inmenso.

Adrienne la miraba como si se esforzara en creer lo que Hester estaba diciendo. Después del juicio y del testimonio de Hester, tampoco era de extrañar. Había llegado la hora de ser menos evasiva.

—Sé lo que es luchar con cualquier arma que tengas para salvar a quienes amas, y que te han amado y confiado en ti —dijo Hester en voz baja—. Yo lucharía por mi familia con cuanto tuviera a mi alcance sin detenerme a pensar en las consecuencias. Espero que su padre entienda cuánto le ha dado de sí misma para que tuviera la oportunidad de recuperarse. Sin duda lo que más desea es compensarla de alguna manera.

En cuanto dijo esto último se dio cuenta de que era falso, no porque

pensara mal de Radnor sino por la confirmación que vio en los ojos de Adrienne de que llevaba razón en lo relativo a su padre.

—Gracias —dijo Adrienne, tan quedamente que Hester, más que oírla, leyó la palabra en el movimiento de sus labios.

Hester se levantó. No quería que Radnor la sorprendiera allí.

—Es hora de que la deje disfrutar de su hermoso jardín. Por lo que he podido ver, es una obra maestra. Gracias por recibirme.

Adrienne pareció quedarse sin habla un momento, después alargó la mano y agarró la de Hester con tanta fuerza que le costó no hacer una mueca de dolor.

—Ha sido un placer... señora Monk.

El mismo lacayo que la había hecho pasar la acompañó a la salida. Mientras recorría el sendero flanqueado de rosales, vio que Scuff salía de entre los arbustos más altos del fondo para reunirse con ella en la verja. La miró con curiosidad pero no hizo preguntas. Quizá no estuviera seguro de querer saber lo que había sucedido. Por otra parte, quizás había visto en su rostro que no deseaba contarle nada, al menos de momento, y probablemente nunca.

Dos días después, Hester estaba sentada a la mesa del desayuno a punto de servir a Monk una segunda taza de té cuando Hooper entró por la puerta trasera. Había llamado, pero tan ligeramente que más que oírlo vieron su sombra al entrar.

Hester supo en el acto que algo iba muy mal.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó, dejando la tetera en la mesa como si de pronto pesara demasiado para sostenerla.

Monk miró a Hooper, expectante.

El rostro de Hooper estaba transido de pena.

—La comisaría del distrito acaba de informarme de que esta mañana, al amanecer, han encontrado el cuerpo de Adrienne Radnor. Estaba en una cuneta a medio kilómetro de su casa. La habían estrangulado. Por ahora, no saben más. El inspector nos avisará en cuanto haya novedades.

Hester quiso decir que no podía ser, pero supo con una fría y nauseabunda certeza que sí era posible. Se tapó la cara con las manos y notó las lágrimas calientes que se le escapaban entre los párpados. Ni siquiera oyó lo que dijo Monk, y apenas sintió su mano cuando le acarició la suya.

14

Desde el principio, Rathbone había estado convencido de que solo había una remota posibilidad de enjuiciar con éxito a Hamilton Rand por secuestro. Aun así, había parecido que tenían la victoria en la mano hasta el momento en que Radnor irrumpió en la sala del tribunal, vigoroso, exuberante, y proclamó su evidente curación. Entonces, como era de esperar, el caso se vino abajo. Lord Justice Patterson no tuvo elección. Ningún jurado declararía culpable a Rand después de aquello.

Fue una derrota mucho más amarga de lo que Rathbone había previsto. A pesar del éxito del experimento, y del enorme salto adelante que representaba para la medicina, seguía estando seguro de que Rand merecía ser castigado. Pero no había tenido una noción clara de la dimensión del crimen que Rand presuntamente había cometido hasta que Monk le habló de los huesos descubiertos en el huerto de frutales. Lo sacudió con una nueva y más profunda sensación de derrota que no existiera prueba alguna de que fuesen los cuerpos de personas con las que Rand hubiese realizado experimentos. Y, sin embargo, aquellos huesos encajaban con lo que se sabía acerca de Rand y su investigación.

¿Quiénes eran? ¿Personas que nadie echaría en falta porque vivían solas y nadie se preocupaba lo suficiente para denunciar su desaparición, o cuya ausencia podía explicarse de una manera razonable?

¿Quiénes habían sido los pacientes que recibieron el tratamiento? ¿Hombres ricos y viejos aterrorizados ante la muerte, igual que Radnor? Habrían acudido a Rand por voluntad propia, pagando incluso por aquel privilegio. De haber sobrevivido, todo el mundo se habría enterado de su curación, de modo que cabía deducir que habían muerto. Pero eso no exigiría explicación alguna. Era normal que los enfermos muy graves murieran.

Lo que más le perturbaba eran los esqueletos pequeños. ¿Eran niños de familias muy pobres, como Charlie, Maggie y Mike? ¿Por qué usar niños? ¿Tenía algo que ver con su sangre? ¿O simplemente eran más fáciles de manejar? Desde luego sería fácil abrumarlos y mucho más sencillo mantenerlos cautivos.

Al margen de los beneficios para la medicina, a Rathbone le habría gustado mucho ver a Rand juzgado por sus crímenes. Otro científico podría retomar su investigación. Si aquellos cuerpos eran lo que quedaba de unos

niños a los que había sangrado hasta matarlos, merecía que lo ahorcaran.

Después, Monk le refirió sucintamente el hallazgo del cuerpo de Adrienne Radnor. En cuestión de minutos, Rathbone pasó de despreciarla a casi compadecerse de ella, y se indignó por lo que le había sucedido. Había pensado que era una mujer entregada a ciegas a su padre hasta un punto enfermizo. Según lo que había dicho Hester, al parecer dependía de él no solo social y económicamente, tal vez para todas sus comodidades materiales, sino también emocionalmente de una manera anormal.

Ahora la veía desdichada, abusada en su devoción, una mujer a la que habían negado la juventud y ahora también la madurez.

¿Quién la había matado, estrangulándola para luego arrojar su cadáver a una cuneta como si fuese un desperdicio cualquiera? Su bolso había desaparecido, de modo que a primera vista la agresión parecía obra de un ladrón inusitadamente violento. Ahora bien, sentado en su despacho, cuanto más lo pensaba menos sentido le veía. Adrienne vivía en una zona residencial para familias pudientes donde poca gente deambulaba de noche. ¿Qué hacía en la calle a oscuras y sola? ¿Y qué podía contener su bolso para que mereciera la pena robarlo, cometiendo incluso un asesinato?

¿Era concebible que fuese mera coincidencia, tan poco tiempo después de todo lo acontecido?

Visitó a Monk la tarde siguiente, convencido de que para entonces ya sabría tanto como los policías que estaban investigando el asunto. Lo encontró caminando de un lado a otro de la sala de estar, mientras Hester ocupaba su sillón de costumbre. Estaba pálida y Rathbone acertó a ver, acentuados por la luz de la lámpara, rastros de lágrimas en sus mejillas.

—¿Has averiguado algo? —preguntó Monk en cuanto Rathbone entró en la habitación—. ¿Van a enjuiciar a Rand por esto?

Rathbone fue hasta la chimenea y se quedó un momento mirándolos alternativamente.

—¿Realmente pensáis que la mató? ¿Por qué?

—No, yo no —contestó Monk con aspereza—, pero Runcorn me ha dicho que la policía local cree que sí. Las pruebas indican que no opuso resistencia, de modo que no parece que lo hiciera un ladrón. Quienquiera que fuese, Adrienne confiaba en él.

—Eso no significa que fuese Rand —arguyó Hester.

—¿Estás trabajando para él otra vez? —dijo Rathbone, incrédulo. ¿Cómo

era posible, después de lo que le había hecho?

—Fui a verla —dijo Hester de repente—. Justo antes de que la asesinaran.

—¿En serio? —Rathbone estaba perplejo—. ¿Por qué?

—Al principio por sentido del deber, supongo, porque pensaba que podía estar en peligro. No fui muy eficiente, que digamos. —Había amargura en su voz, y también culpabilidad—. Adrienne no era de mi agrado pero pensé que debía darle algún tipo de advertencia. Terminé viendo las cosas mucho más desde su punto de vista que antes, y me pareció inútil. Era una buena hija, leal, realmente generosa. Radnor se las ingenió para que pensara que no podía vivir sin él, incluso si ese no era su deseo. Las personas a veces hacen esas cosas, absorben a los demás. Creo que Radnor chupaba la savia de la gente, y no solo en sentido literal.

—¿Piensas que Rand la mató para impedir que hiciera público su trabajo antes de que lo hubiese concluido?

Hester lo miró a los ojos.

—¿Por qué demonios haría algo así?

—A fin de proteger los secretos de su fórmula para almacenar sangre. Ahora mismo es el único que conoce las proporciones exactas, a no ser que las sepas tú.

—Dudo mucho de que matara a Adrienne para que no desvelara cómo lo hizo. Y sí, sé las proporciones que usaba para impedir que la sangre se coagulara. Ese no es el secreto.

—¿Pues cuál es?

—El porqué la sangre de algunas personas, que parece exactamente igual a la de cualquiera, cura a la gente mientras que otra sangre la mata.

—¿Y cuál es la respuesta?

—No tengo la menor idea y Hamilton Rand, tampoco. —Miró a Rathbone, después a Monk—. No es malvado, es inconsciente de las necesidades ajenas. Quiere encontrar la manera de trasfundir sangre de una persona a otra, y le trae sin cuidado quien pague el precio. No persigue la riqueza ni la fama. Quiere la cura para la leucemia. Su hermano Edward murió de eso cuando era niño. Creo que para Hamilton será como vencer a la mismísima muerte. Casi como si... como si pudiera traer a Edward de vuelta y deshacer una pérdida que no puede olvidar.

Monk reflexionó un momento antes de responder. Rathbone aguardó.

Cuando Monk por fin habló, se dirigió a Hester:

—¿De modo que no crees que matara a Adrienne para guardar en secreto su procedimiento?

—Si quisiera mantenerlo en secreto, antes me mataría a mí —contestó Hester, encogiendo un poco los hombros—. Adrienne no sabía lo suficiente para entenderlo. ¡Estaba allí para atender a su padre! Yo, en cambio, estaba allí porque me secuestraron y me convertí en prisionera, tanto literalmente, porque la puerta estaba cerrada, como moralmente.

—Y comprendiste su pasión —agregó Monk, aunque sin el menor atisbo de acusación.

—Terminé por hacerlo —admitió Hester.

Monk la miró, y después se volvió hacia Rathbone.

—La encontraron por la mañana, vestida y tendida en una cuneta a menos de medio kilómetro de su casa. La ropa estaba arrugada pero no desgarrada. Estaba medio escondida entre la hierba alta y la maleza. El cuerpo estaba frío, de modo que probablemente murió a medianoche o poco después.

Hester pestañeó deprisa y se secó la mejilla con la mano.

—Da la impresión de que nada relacionado con esto vaya a terminar bien —dijo Rathbone, deseoso de que Hester estuviera preparada para lo peor. Durante los años que hacía que la conocía, le había hecho reír, enfurecerse, se había ganado su admiración, en ocasiones lo había aterrorizado y exasperado, pero aquel era el aspecto de ella que más profundamente le importaba. Una vez había pensado que nunca amaría tanto a otra persona. Le producía una profunda tranquilidad saber que se había equivocado a ese respecto—. Lo siento —agregó. Lo dijo en serio. El rastro de sufrimiento que aquel caso iba dejando era mucho más ancho y profundo de lo que había imaginado al empezar. Tal vez la mayoría de los casos eran así; tal vez simplemente lo había olvidado durante el tiempo que había pasado fuera. A veces liberabas a un hombre inocente, y eso significaba que el culpable seguía libre en alguna parte. Si condenabas a un culpable, la historia rara vez era tan simple como los cargos hacían que pareciera.

—Todavía no ha terminado —dijo Monk hoscamente—. ¡No lo permitiremos!

15

—Me alegra verla de nuevo —dijo Sherryl O’Neill, sonriente cuando Hester se reincorporó al hospital la tarde siguiente. Rathbone se había mostrado incrédulo al enterarse de que tenía planeado volver a trabajar allí. Pero Hester sabía que debía hacerlo por los pacientes; algunas enfermeras habían dejado sus empleos bastante deprisa tras el juicio de Rand. Al margen de lo que ella pensara de él, no encajaba con su carácter el abandonar a quienes necesitaban cuidados.

Sherryl frunció el ceño.

—No tiene muy buen aspecto. El problema es que realmente no podemos prescindir de usted. Un accidente en un barco de la Armada. Cinco heridos. —Miró a Hester con detenimiento, estudiándole el rostro, el tono y el color de la piel—. Ese horrible señor Rand no le hizo daño, ¿verdad? Me refiero...

Se calló, no quería expresar sus pensamientos con palabras.

Hester no pudo evitar echarse a reír. Hamilton Rand sentía tanto deseo sexual por ella como por un cubo lleno de barro.

—No hay motivos para preocuparse —dijo, sonriendo de oreja a oreja—. La mera idea es lo más divertido que he oído en meses. Por favor, no se ofenda. No sabe cuánto necesitaba reír.

—Pues entonces ¿qué ocurre?

Sherryl era muy directa. Estaba acostumbrada a tratar asuntos urgentes y muy personales. No había lugar para la gazmoñería ni los eufemismos en la enfermería.

—Han asesinado a Adrienne Radnor —dijo Hester en voz baja.

—Creía que no le gustaba —observó Sherryl—; cosa que puedo entender totalmente.

—Así era, al menos no mucho. Pero quizás habría cambiado de opinión si la hubiese conocido mejor. En cualquier caso, lo siento por ella.

Sherryl negó con la cabeza.

—A veces pienso que tiene más corazón que cerebro. Pero me alegra de que esté aquí. Tenemos suficiente trabajo para seis de nosotras.

Y así resultó ser. Hacer lo que fuese posible por hombres heridos de gravedad, vendándoles las heridas y escuchando sus muestras de compañerismo, los chistes malos, la risa mezclada con dolor, le recordó su estancia en Crimea y el extremo coraje que necesitó tener allí. Hester no tuvo

tiempo ni de pensar en sus propios sentimientos, y mucho menos de considerarlos importantes.

Al final de una larga noche, cuando el sol ya había salido, vio a Magnus Rand por primera vez desde que la habían dormido con éter para llevársela a la casa de campo. Iba por el pasillo camino de la entrada, tras haber pasado sus notas a las enfermeras de día. Se encontró con él cuando salía de su despacho. Rand se detuvo en seco al verla.

—Buenos días, señora Monk —saludó en voz baja. La vergüenza que reflejaba su rostro era inequívoca, pero no evitó mirarla a los ojos.

—Buenos días, doctor Rand —respondió Hester—. Los pacientes están tan bien como pueden estar con semejantes heridas. No hemos perdido a ninguno, pero distan mucho de estar a salvo. Todas las notas estarán pronto en su escritorio.

Saltaba a la vista que Rand estaba descontento, pero se plantó justo delante de ella para que no pudiera seguir su camino sin rozarlo. Si Hester intentara avanzar, le impediría el paso.

—No es sobre los pacientes de lo que quiero hablar con usted. —Tenía las mejillas muy coloradas—. Estoy convencido de que habrá hecho cuanto ha podido. Creo que podremos salvar a los que quedan. No es una tarea fácil, y le agradezco mucho que haya regresado. No me habría extrañado si no lo hubiese hecho.

—No es cuestión de lo que usted piense, doctor Rand —le dijo Hester con toda calma, sin rastro de enojo en la voz—. Lo importante es el bienestar de los pacientes. Esos hombres no tuvieron nada que ver con los experimentos de su hermano.

—Podrían beneficiarse de ellos —señaló Rand—. O quizás otros hombres en el futuro, una vez que se haya perfeccionado la técnica. Al menos hay esperanza.

Hester lo miró de hito en hito. Por un momento deseó estar de acuerdo con él, decir que había merecido la pena. Tal vez para aquellas personas sería así. Ahora estaba demasiado dolorida, demasiado magullada por el miedo y la pérdida para pensar en un futuro tan distante.

—No mientras no sepa por qué dio resultado la sangre de los niños Roberts —dijo Hester—. El resto ya lo sé.

Hizo ademán de seguir caminando.

Rand siguió impidiéndole pasar.

—Me consta. Tengo una deuda con usted que nunca podré pagarle, y soy muy consciente de ello. Mi hermano Edward murió de leucemia. —Tenía la voz tomada por la emoción—. En realidad no llegué a conocerlo, pero Hamilton lo amaba profundamente. Hamilton renunció a su carrera para cuidar de mí, y después se encargó de que tuviera los estudios que él no había podido tener.

—Entiendo su lealtad con él, doctor Rand —dijo Hester sinceramente—. ¿Tal vez pueda entender la lealtad de mi familia conmigo? El hijo que... Iba a decir que adoptamos, pero eso no es del todo verdad. Creo que en realidad él nos adoptó a nosotros. Y los niños Roberts también eran pacientes suyos. Me parece que Maggie quería salvar a sus hermanos tanto como ustedes querían salvar al suyo.

Rand se puso muy pálido.

—Conozco todos los argumentos, y tiene razón. No sé por qué me figuré que hablar serviría de algo. Me instó la conciencia, supongo. Al fin y al cabo no era algo que tuviera que ver con usted. No espero que perdone lo ocurrido ni que le busque una justificación. Le agradezco que haya regresado. Acépteme eso al menos.

—Lo acepto, doctor Rand. Tal como he dicho, no he regresado por usted; lo he hecho por los pacientes. Y supongo que incluso más por mí misma.

—¿Por usted misma? —preguntó Rand, un tanto desconcertado.

—Usted debe ser quien quiera ser, doctor Rand. Pero no le permitiré decidir quién debo ser yo. Haga lo que haga, será para mí un... fracaso... si permito que usted dicte mis actos.

No apartó los ojos sino que le sostuvo la mirada.

Por un instante fue como si Hester le hubiese propinado un puñetazo, después levantó un poco la cabeza.

—Qué fácil le resulta decirlo... como si las opciones siempre fuesen tan claras. ¿Tan fácil es para usted, señora Monk? ¡Bien o mal! ¿Ninguna sombra de la que no pueda escapar, ninguna deuda de amor o gratitud que no tenga más remedio que sopesar?

Ahora fue ella quien se avergonzó. Su cansancio y su aflicción la habían llevado a formular un juicio precipitado.

—Perdone. Claro que las hay. Y he cometido equivocaciones. Todos parecemos más sabios en retrospectiva. Supongo que debería estar más agradecida por haber tenido la oportunidad de regresar. Usted no tenía por

qué proponérmelo. Buenos días, me voy a casa a dormir.

Magnus Rand sonrió con una cordialidad que Hester no había visto hasta entonces en él.

—Buenos días, señora Monk —respondió.

Hester regresó al trabajo un poco más temprano aquella tarde y fue a informarse al despacho de Magnus Rand antes de dirigirse a la sala. Quería enterarse directamente por él de lo que había ocurrido durante el día, más que leerlo en unas notas que no podría cuestionar, u oír solo la opinión de las enfermeras que salían de turno.

Se detuvo en el pasillo, justo delante de su despacho. La puerta no estaba cerrada del todo, pero no la abriría sin antes llamar. Tenía la mano levantada y casi había tocado la madera cuando oyó la voz de Hamilton Rand con su consabido toque de sarcasmo.

—La verdad, Magnus, el asunto está decidido. Vas contracorriente. Acepto que mis métodos son poco convencionales pero...

—¿Poco convencionales? —Magnus levantó la voz con incredulidad—. Ha sido un golpe de suerte increíble que la señora Monk no haya intentado demandarnos por la manera en que la trataste.

Hamilton mantuvo el mismo tono sereno y ligeramente condescendiente.

—Magnus, llevas semanas trabajando con esa mujer. ¿Alguna vez te has dignado mirarla? Ella lo entiende. Quizá me odia, y es tremendamente sentimental en lo que atañe a los niños. Diría que incluso odia a Radnor. Dios sabe lo antipático que llega a ser. Es egoísta, codicioso, y trata a su hija como si fuese un cruce entre una niña y una criada.

Levantó un poco la voz, que sonó más postiza y apremiante.

—¡Pero, Magnus, ella lo entiende! Lo vi en la expresión de su rostro, en el modo en que manipulaba la máquina, la manera en que sabía qué hacer por Radnor cuando se venía abajo. Es una enfermera nata. Sabe lo que estoy haciendo y sabe que puede dar resultado. Nunca lo sabotearía adrede porque eso sería un pecado contra la mismísima práctica de la medicina. Sería incapaz, por más que amenace con hacerlo. Y lo que es más, Magnus, ella sabe que lo sé. Quizá me odie por eso, pero no actuará contra mí porque al hacerlo también atentaría contra su personalidad.

Hester se quedó helada. Se le hizo un nudo en el estómago y apretó tanto los puños que le dolieron. La arrogancia de Hamilton era impresionante. Y lo que le dio ganas de insultarlo con todas las palabras que se le ocurrían era que

llevaba razón. Personalmente lo detestaba, pero profesionalmente entendía lo que estaba haciendo. Su visión de lo que podía conseguir si tenía éxito pesaba infinitamente más que cualquier idea mezquina de venganza, o que cualquier otra cosa que cupiera considerar justificada por lo que no le había causado más que miedo, pena y un pequeño grado de privaciones. ¿Qué significaba todo eso, comparado con salvar infinidad de vidas?

Para Maggie, Charlie y Mike era diferente, pero no habían muerto. Hester no sabía si Rand los habría sangrado hasta matarlos. No había llegado a pasar esa prueba. Hester pensaba que quizá no la habría superado, pero podía equivocarse.

—¿Mataste a Adrienne Radnor, Hamilton? —preguntó Magnus.

—¿Qué? ¿De qué demonios estás hablando?

Hamilton parecía estar totalmente confundido.

Magnus de repente se enojó de verdad.

—Estoy hablando de Adrienne Radnor. No finjas que no sabes que ha muerto. La asesinaron, estrangulada. Hace tres días. La encontraron en una cuneta, a medio kilómetro de su casa.

—¡Santo cielo, Magnus! ¿Pensabas que había sido yo? ¿Por qué?

Hester percibió la incredulidad de su voz y, muy a su pesar, se creyó su asombro, incluso su indignación. Apenas era capaz de captar lo que su hermano pensaba de él.

—Porque amenazaba la continuidad de tu trabajo —contestó Magnus—. ¿Qué sabía Adrienne que pudiera haberse interpuesto en tu camino? ¡Eres una ayuda para todas las personas que cuentan! Ahora estás a salvo pero...

—¡Nunca le puse la mano encima! —interrumpió Hamilton a gritos—. Por Dios, Magnus, cálmate. No la he vuelto a ver desde que se desestimó el caso, y no tenía intención de verla. Ahora concéntrate de nuevo en el presente. Tenemos trabajo que hacer.

—¿No has vuelto a ver a la señorita Radnor?

—No, no la he visto. Y ahora deja de perder el tiempo con cosas que no podemos cambiar. Quiero que la señora Monk vuelva a trabajar para mí. Me llevará semanas formar a otra enfermera para que ocupe su lugar, aun si encuentro a alguien con su misma inteligencia. No tengo tiempo ni paciencia para tratar con una mujer que no pare de hacer preguntas acerca de todo para luego emitir juicios cortos de miras. Y una cosa más: a la señora Monk no es preciso decirle lo que hay que hacer ante una emergencia. Simplemente lo

hace y después me lo cuenta.

—Creía que no te caía bien —dijo Magnus con aspereza—. Desde luego, dabas esa impresión.

Ahora la voz de Hamilton sonó incrédula.

—¡Por Dios, Magnus! No me cae bien ni mal. A veces me irrita porque manifiesta opiniones que entorpecen mi trabajo. Pero esa es la otra cara de la moneda. Tienes que aceptar que si tiene suficiente inteligencia y fuerza de voluntad para tomar sus propias decisiones y actuar en consecuencia, a veces también las tome por mí. La requiero. Por favor, envíala al laboratorio.

Cuando Hester oyó sus pasos, dio media vuelta y se alejó tan deprisa como pudo, sin volver la vista atrás.

No obstante, media hora después estaba delante del escritorio de Hamilton Rand junto a la ventana del laboratorio, y él levantaba la vista hacia ella.

—No tengo tiempo para juegos sentimentales, señora Monk, y espero que ya hayamos superado esa fase. —La miró con bastante franqueza. Por una vez sus ojos color avellana parecieron no ocultar nada—. No es preciso que le explique la importancia de este trabajo. Me parece que es casi tan consciente de ella como yo. Me consta que desaprueba que use la sangre de niños aunque dé resultado. Yo, por mi parte, no le guardo ningún rencor por testificar tan contundentemente contra mí en el tribunal. Actuó con arreglo a su conciencia. Sería pueril tenerle inquina por eso.

Si se percató de la sorpresa de Hester, no dio muestras de que así fuera.

—Quiero que me ayude en mi trabajo, de vez en cuando, cuando la necesite. Si tiene que regatear sobre sus honorarios, hágalo con Magnus. Entiende de ese tipo de cosas.

Hester estudió su semblante pero no encontró intención alguna de ofensa en su expresión. Hablaba de cuestiones prácticas, nada más. ¿Debía responder con aspereza que había regresado a trabajar con los pacientes que necesitaban de su experiencia, y solo eso?

—¡No tiene nada que ver con el dinero! —dijo Hester con firmeza—. He venido aquí a sustituir a una amiga que por desgracia sigue estando enferma. ¿A quién pondrá a hacer ese trabajo, si no lo hago yo?

—Por lo que más quiera, mujer, hay otras enfermeras —dijo Hamilton con impaciencia—. No con su experiencia, tal vez, pero válidas. Conseguiremos más fondos para investigar. La gente se desvive por

entregarse a la causa desde la histriónica aparición de Radnor.

Lo dijo con una sonrisa ligeramente torcida. Fue la primera vez que Hester advertía algún sentido del humor en él. Se preguntó si siempre había sido así o si la muerte de Edward, la muerte de sus padres y el sacrificio de su carrera médica había borrado toda la alegría de su fuero interno. ¿Aquella obsesión devoradora con su trabajo era su escudo contra recuerdos dolorosos y contra el vacío que de otro modo lo consumiría?

No sería difícil comprenderlo.

—¡Señora Monk!

—Maravilloso —dijo Hester con decisión—. Pague a otra. De hecho, pague a varias personas. A menudo los cuidados de las enfermeras son los que salvan vidas. Eso requiere tiempo, cuidado y práctica. Si logra que esta transfusión de sangre dé resultado, necesitará a muchas enfermeras con experiencia en tratamiento de shock, reacciones negativas, miedo... todas las dificultades físicas y psicológicas que trae aparejadas.

—¿Y usted ayudará? —preguntó Hamilton, echándose un poco hacia delante, con expresión anhelante.

Antes de que Hester tuviera ocasión de contestar llamaron bruscamente a la puerta, que acto seguido se abrió de golpe. Entraron dos policías de uniforme, que no se molestaron en cerrar. Caminaron con determinación, sin sonreír, hacia Hamilton Rand. Ninguno de ellos se dirigió a Hester.

—¿Hamilton Rand? —preguntó en tono imperioso el más corpulento de los dos.

—¿Quién demonios es usted para entrar aquí sin permiso? —inquirió Rand—. Quiera lo que quiera, podría pedirlo cortésmente.

—¿Es usted Hamilton Rand? —repitió el agente. Su colega echó un vistazo a Hester, y luego la rodeó para situarse al otro lado de Rand.

—Sí, claro que lo soy. ¿Y qué? —le espetó Rand.

El policía más corpulento respondió fríamente y con una mirada atrevida.

—He venido a arrestarlo por el asesinato de Adrienne Radnor. Le aconsejo que venga con nosotros sin crear problemas. Será mejor para usted que no nos obligue a utilizar la fuerza, cosa que haremos en caso necesario.

Rand se quedó mirándolo como si hubiese hablado en un idioma extranjero.

Hester también estaba atónita, pero no lo suficiente para dominar su enojo.

—No se ha identificado —dijo con una furia que los alarmó a todos—. ¿Quién es usted? ¿De qué comisaría? ¿Dónde está la orden judicial para hacer esto? No puede entrar aquí por la cara sin siquiera llamar y arrestar a cualquiera.

—Señora, esto no es asunto suyo —le dijo con dureza el agente corpulento—. Este hombre ha cometido un asesinato. Será debidamente acusado y juzgado ante los tribunales. Y ahora haga el favor de apartarse para que podamos cumplir con nuestro deber. ¿No querrá entorpecer la labor de la policía, verdad?

Hester no se movió.

—Soy Hester Monk. Mi marido es el comisario de la Policía Fluvial del Támesis. ¿Quién es usted?

—Art, me parece que es verdad —dijo el otro policía, un poco nervioso—. La he visto antes.

Pero Art no iba a dejarse disuadir.

—Quizá sea así, señora, pero tengo...

—¿Qué quiere decir con eso de quizás? —inquirió Hester—. ¿Qué cargos tiene contra mí para sugerir abiertamente que soy una mentirosa, incluso en lo que atañe a mi propio nombre?

Esta vez Art retrocedió un paso.

—Solo es una forma de hablar, señora —dijo, un poco más amable—. No he querido decir que estuviera mintiendo, pero este hombre está acusado del brutal asesinato de una joven...

—Casi todos los asesinatos son brutales —lo interrumpió Hester—. Conocía a Adrienne Radnor. Espero con toda el alma que encuentren al tipo que la estranguló.

Art la miró entornando los ojos.

—¿Cómo sabe que la estrangularon, señora? Eso no ha salido en la prensa. ¿Se lo ha dicho él?

Señaló a Rand.

—No, qué va —respondió Hester, aunque sabía que estaba perdiendo la batalla—. Si me hubiese prestado atención me habría oído decirle que el comandante Monk es mi marido. Lo informaron del crimen unos agentes de la ley. ¿Dónde está su orden judicial para arrestar al señor Rand?

Art la sacó de un bolsillo y se la mostró, manteniéndola a distancia para que no pudiera alcanzarla.

En cuanto la vio, supo que era auténtica. Aquel agente quizás había actuado con poca profesionalidad, pero tal vez tenía hijos y estaba pensando en los tres niños que Rand había utilizado hasta casi matarlos.

Con independencia de lo que supiera Art, hacía bien en arrestar a Rand, al menos a ojos de la ley, y eso era de lo único que tenía que rendir cuentas.

Rand también lo sabía. Como un sonámbulo, alargó las muñecas para que le pusieran las esposas. Se marchó flanqueado por los policías y solo volvió la vista atrás una vez para mirar a Hester. Parecía confundido, incluso asustado, como si no entendiera lo que estaba ocurriendo.

Rathbone se enteró del arresto y la acusación de Rand con gran consternación. Y, sin embargo, tenía razones de sobra para estar complacido. Era culpable de haber secuestrado a Hester y de recluir a los tres hermanos Roberts, por más que la ley no pudiera demostrarlo. Rathbone no había dudado de la palabra de Hester ni un instante. Le constaba que respetaba el trabajo de Rand aunque no sus métodos. Y a pesar de todo lo que había ocurrido, volvía a estar trabajando en el hospital donde probablemente lo vería a diario.

Todo esto lo entendía perfectamente. Un abogado defendía a personas acusadas de crímenes atroces, fuera cual fuese su opinión sobre su inocencia o culpabilidad. Se había equivocado más de una vez, aunque si siempre hubiese acertado el principio seguiría siendo el mismo.

No obstante, cuando Ardal Juster le había pedido que pasara por su bufete, Rathbone solo fue porque le debía esa cortesía. Después de su decepción con el último caso, que tan desastrosamente había terminado, que Juster llamara a Rathbone otra vez era más que cortés, era generoso.

—Parece ser que tenemos una segunda oportunidad —dijo Juster cuando Rathbone se hubo sentado en la confortable butaca que había frente al escritorio de Juster. Esbozó una sonrisa—. Aunque tengo la sensación de que me va a decir otra vez que no cree que el caso contra Rand sea muy bueno.

—No lo he oído —respondió Rathbone. Era evidente que esperaba que se equivocara en su escepticismo.

—Tenemos motivo, medios y oportunidad. —Juster se inclinó sobre el escritorio, llevado por el entusiasmo—. No puede dar cuenta de su paradero en el lapso de tiempo en que probablemente asesinaron a Adrienne Radnor.

Rathbone se puso a hacer de abogado del diablo en el acto.

—Tengo entendido que fue en plena noche; yo tampoco podría. ¿Y

usted?

—¿Cómo dice?

Juster estaba perplejo, como si Rathbone le hubiese acusado de algo. Rathbone sonrió.

—Casi todos los hombres que no duermen en la misma cama que su esposa no pueden dar cuenta de su paradero a medianoche. ¿Alguien vio a Rand, o a un hombre que pudiera ser Rand, en el vecindario?

—Por ahora no —concedió Juster—. Nadie fue visto, pero está claro que alguien estuvo allí. Esa mujer no se estranguló a sí misma.

—Buen argumento para un jurado —convino Rathbone—. ¿Hay algo que indique que era Rand? ¿Algo que dejara allí? ¿Algo que se haya encontrado en su casa, su despacho o su laboratorio? ¿Ropa manchada de barro? ¿Una huella en el suelo? ¿Barro en las botas?

—La señorita Radnor fue hallada en una cuneta —dijo Juster con impaciencia—. No hay motivo para que el asesino tuviera que meterse en la cuneta. Y disponía de los medios. Fue estrangulada. Cualquier hombre de compleción normal podría haberlo hecho con las manos. Y ella no opuso resistencia. Queda ampliamente demostrado por el estado de su ropa y de su cuerpo. No huyó ni peleó hasta el último momento, cuando se dio cuenta de lo que le estaban haciendo. No fue un desconocido que la siguiera sigilosamente. Hay un montón de pruebas que, presentadas como es debido, solo pueden conducir a esta conclusión.

—¿Es posible que tuviera un amante que se peleara con ella?

Rathbone seguía poniendo a prueba el caso, buscando los argumentos que utilizaría la defensa.

—Lo he buscado, pero no he encontrado indicio alguno de que haya tenido un pretendiente en los últimos tres o cuatro años. De hecho, desde que su padre empezó a estar mal de salud y en lugar de viajar tanto permanecía en su casa, ella ha estado constantemente a su lado.

—¿Un amante secreto? —insistió Rathbone.

Juster soltó una carcajada.

—¿A escondidas de Bryson Radnor? ¿Qué probabilidades piensa que hay? Controlaba la vida de su hija. De eso también tengo abundantes pruebas para demostrarlo, si es preciso.

—El caso empieza a tener mejor pinta —convino Rathbone, y vio la inmediata satisfacción de Juster—. No se envalentone más de la cuenta —le

advirtió con benevolencia.

Juster lo miró de frente; sus ojos negros brillaban.

—Y usted es precisamente quien me advierte acerca de tomar atajos con la ley, o de permitir que mi sentido del bien y el mal guie mis actos, ignorando las sutilezas del sistema legal.

Rathbone sabía perfectamente a qué se refería, y la pulla había tardado mucho en llegar. De hecho, le sorprendió, habida cuenta de lo severo que había sido con Juster, que hubiese tardado tanto.

—Por supuesto que lo soy —convino con dolorosa sinceridad—. He hecho lo que le estoy advirtiendo que no haga, y pagué un precio muy alto. Usted lo sabe mejor que nadie. ¿Es ese modelo de conducta el que pretende emular?

Juster se sonrojó.

—En realidad me gustaría mucho emular tanto su habilidad como su pasión —dijo con repentina humildad—. Pero si no aprendo del precio que usted pagó, señal que soy idiota. Tengo intención de preparar este caso contra Hamilton Rand con el mayor cuidado, con diligencia no solo en cada detalle sino también en todos los aspectos morales y emocionales. Y le estaría profundamente agradecido si usted me ayudara, por el bien de la justicia, cuando no por la emoción de la batalla.

Volvió a inclinarse sobre el escritorio, poniendo una cara muy seria.

—Usted y yo sabemos que Rand secuestró a Hester Monk porque le era de utilidad y porque si la dejaba atrás ella contaría lo que estaba haciendo. Y no hay duda en cuanto a que lo que les hizo a los niños estuvo mal.

Rathbone fue a hablar.

Juster levantó la mano.

—¡Lo sé! Lo sé... no pudimos demostrarlo. Lo que quiero decir, sir Oliver, es que sabemos que ese hombre es malvado. Se libró de nosotros por el histrionismo de Radnor. A la gente le aterrorizan las enfermedades y las heridas porque las víctimas mueren desangradas. Radnor representa la esperanza de una cura. Según parece, el destino de una enfermera y tres niños no supera eso. Pero esto es diferente. Esto es el asesinato deliberado y premeditado de una joven...

—¿Por qué? —interrumpió Rathbone de nuevo—. ¿Por qué la mató? ¡Tiene que presentar un motivo! Si no cuenta con testigos presenciales ni pruebas tangibles, es preciso que tenga una razón aplastante.

—Porque ahora que su padre vuelve a estar bien, ella ya no necesita a Rand —señaló Juster—. No sabemos de qué se enteró mientras estuvo en la casa de campo. No estaba encerrada como Hester. Estaba allí por voluntad propia, y cuando Rand y Hester atendían a Radnor, era la dueña y señora de la casa. ¡Pudo averiguar algo que no podía decir a nadie!

—¿Como qué? —preguntó Rathbone, aunque la idea era demasiado convincente para descartarla.

—La procedencia de los huesos que Monk y su agente desenterraron en el huerto de frutales, por ejemplo —respondió Juster en voz baja—. Eran huesos humanos. Algunos, muy pequeños... huesos de niños.

—Podían ser de cualquiera.

Rathbone procuraba mantener un tono de voz desapasionado, razonable, pero el horror y la compasión se le agudizaron sin que pudiera remediarlo. Aquellos niños eran hijos de alguien, sin que importara de qué habían muerto. ¿Por qué no estaban en un cementerio, en una tumba en suelo consagrado, como los demás niños muertos del pueblo?

Juster se fijó en su rostro, y no desperdició palabras contestando.

—¿Me ayudará? —Torció los labios con aquella curiosa sonrisa irónica tan suya—. ¡Aunque sea para mantenerme dentro de los límites de la ley!

Rathbone suspiró.

—Supongo que más vale que lo haga. Tengo una gran deuda de gratitud con usted. Desde luego, me gustaría ver a Rand encerrado, pero justamente.

Juster asintió. Aquello era más que suficiente.

El segundo juicio de Hamilton Rand comenzó en una sala tan abarrotada que en la galería nadie podía moverse sin empujar a su vecino. El público miraba al estrado o al juez, que volvía a ser Patterson, porque no había sitio para volverse hacia el jurado. Aún había menos espacio para estirar el cuello y levantar la vista hacia el banquillo donde estaba sentado Hamilton Rand entre dos guardias. Daba la impresión de estar mirando más allá del tribunal, contemplando algo distante que solo él podía ver.

Esta vez estaba acusado del asesinato de la mujer que había sido su codemandada en el juicio anterior, cuando ambos se enfrentaron a cargos de secuestro y, por defectos de forma, habían sido declarados no culpables.

Juster comenzó su acusación con mucho cuidado, presentando la escena pieza por pieza, tal como Rathbone le había aconsejado que hiciera. En primer lugar llamó a testificar al hombre que había encontrado el cadáver

mientras montaba a caballo a primera hora de la mañana. La bestia había olido algo que la perturbó y se detuvo en medio de la calzada, negándose a seguir avanzando.

El hombre describió lo que había hecho y lo que había encontrado. Después fue a buen paso a pedir ayuda a un vecino para custodiar el cuerpo y avisar a la policía. No había tocado a la fallecida, excepto para asegurarse de que estaba fría y de que ya no había forma humana de asistirle.

El letrado de la defensa era un hombre que se apellidaba Lyons, con el pelo rojizo un tanto descolorido y que, en realidad, era mucho mayor y experimentado de lo que parecía a primera vista. Rathbone solo lo conocía por su reputación, pero le profesaba un considerable respeto. No se sorprendió cuando Lyons declinó afligir al testigo preguntándole más detalles innecesarios.

Las declaraciones de la policía fueron exactamente como todo el mundo esperaba. El forense fue sucinto, como si le desagradara describir a la fallecida, ahora incapaz de defenderse por sí misma del interés un tanto lascivo del público. Habló de ella con los eufemismos que habría utilizado si hablara de alguien que estuviera vivo.

Fue obvio que Juster se molestó por su actitud. Restaba agresividad a lo que le habían hecho a la víctima. Rathbone lo percibió en la expresión de su rostro.

—No... —advirtió en voz muy baja.

—¡Está haciendo que parezca que no sufrió! —siseó Juster, apretando los dientes—. No se tendió en la cuneta para echarse un sueñecito. ¡Luchó por su vida cuando se dio cuenta de que estaban intentando matarla! Tengo que lograr que el jurado vea...

Rathbone apretó el brazo de Juster con tanta fuerza que este hizo una mueca.

—¡No, ni hablar! ¡Ha hecho que parezca humana! Ha dejado intacta su dignidad en lugar de permitir que usted hablara de ella como de una prueba más del caso. Está invitando al jurado a ver a una mujer de carne y hueso a quien hay que proteger, no explotar. Use eso, Juster. ¡Úselo!

—¿Señor Juster? —preguntó Patterson cortésmente—. Si no tiene más preguntas para este testigo, ¿tal vez me haría el favor de permitir que el señor Lyons concluya?

—Gracias, señoría —dijo Juster, inclinando ligeramente la cabeza—.

Creo que el forense nos ha proporcionado un relato excelente de la muerte de esta joven mujer que empezaba a vivir su propia vida, después de su generosa dedicación a su padre tras su prolongada enfermedad. Considero que no debemos perturbar el descanso de la fallecida abundando en lo acontecido.

El rostro de Lyons fue la viva imagen del fastidio cuando se puso de pie. Sabía perfectamente lo que Juster había conseguido y no era tan tonto para ganarse la desaprobación del jurado acosando al forense para que diera más detalles. Su interrogatorio fue breve.

—¿Había en las heridas de la pobre víctima algún indicio sobre la estatura o el peso de su agresor, o algún otro rasgo de él? —preguntó.

—No, señor, excepto que era bastante más fuerte que ella —contestó el forense—. Y tuvo la ventaja de la sorpresa —agregó.

—¿La señorita Radnor no fue consciente de que se acercaba? —preguntó Lyons, enarcando las cejas.

—No, señor. Según indica la posición de las manos en su cuello, tal como creo haber dicho antes, estaba de cara a él. No esperaba que él la agrediera.

—¿De modo que sería razonable suponer que era alguien a quien conocía y confiaba?

—Creo que sí.

—Gracias. No tengo más preguntas.

Otro testimonio profesional del policía que había llevado a cabo distintos aspectos de la investigación ocupó toda la tarde. Cuando a la mañana siguiente se reanudó el juicio, la sala estaba tan abarrotada que fue preciso cerrar las puertas media hora antes del inicio de la sesión.

Juster llamó a Hester Monk. Tenía intención de reservarse al propio Radnor hasta el final. Si Hester no conseguía atraer las simpatías del jurado, Radnor sin duda lo haría. Juster se sentía seguro, y se le notó en el garbo de sus andares mientras se dirigía al centro del entarimado y se ponía de cara al estrado. También se percibió en la fluida desenvoltura de su voz cuando habló.

—Lamento tener que hacerla pasar de nuevo por este calvario, señora Monk —dijo—. Esta vez espero que obtengamos un resultado menos desafortunado. —Esbozó una sonrisa, de cara al estrado y al jurado, no a la galería. Aquella quizá fuese una actuación magnífica, pero solo había un público importante, el que emitiría el veredicto.

—Señora Monk —comenzó Juster—, me consta que ya ha declarado

sobre muchas de las cosas que le preguntaré, pero recuerde que para este jurado todo es nuevo. Le ruego tenga paciencia conmigo.

No fue una pregunta y Hester no contestó. Rathbone pensó que se la veía pálida y muy cansada, incluso un poco apenada. Quizá fuese la testigo perfecta, mejor incluso que Radnor, puesto que él se mostraría emotivo sobre la muerte de su hija. De hecho, resultaría llamativo que no lo hiciera.

—Señora Monk —continuó Juster—, ¿puede referir brevemente al tribunal cómo conoció al señor Rand y a la señorita Radnor?

Hester fue verdaderamente escueta, como si lo hubiese ensayado mentalmente, pero no olvidó ningún detalle esencial.

—Ocupé un puesto provisional como enfermera de noche en el anexo del Hospital de Greenwich. Una amiga de mis tiempos de enfermera en Crimea tuvo que solicitar una baja temporal porque estaba enferma. Le dije que la sustituiría el tiempo que fuese necesario, si le parecía bien al doctor Magnus Rand, que es el responsable del anexo. Mientras estaba trabajando allí tuve ocasión de conocer al señor Hamilton Rand, químico dedicado a la investigación. La señorita Radnor apareció cuando su padre fue admitido como paciente.

—¿Y cuáles eran sus obligaciones? —preguntó Juster.

—Ayudar al señor Rand y al doctor Rand en el tratamiento del señor Radnor.

—¿Por qué la eligieron a usted?

Juster aparentó interés, como si no lo supiera.

Rathbone echó un vistazo a los miembros del jurado. Casi todos estaban un poco inclinados hacia delante, aguardando la respuesta.

Hester contestó sin el menor cambio de expresión en su rostro.

—Porque tengo más experiencia en heridas graves que conllevan grandes pérdidas de sangre que la mayoría de las enfermeras.

—¿De veras? ¿Por qué?

Hester contestó muy sucintamente, describiendo el tiempo que pasó en Crimea como enfermera militar, trabajando a veces en el mismo campo de batalla.

Juster no tuvo que fingir su admiración. Las batallas y las bajas todavía estaban grabadas en la memoria colectiva, y todo el mundo sabía quién era Florence Nightingale. Mucha gente tenía parientes o amigos que habían caído en Balaclava, en Inkerman o en el Almá.

Rathbone ya había oído todo aquello con anterioridad, pero seguían estremeciéndolo el horror y la pena; horror por la incompetencia, pena por las terribles bajas.

En el jurado no había un solo hombre que no estuviera escuchando a Hester con sobrecogimiento.

Lyons cometería una estupidez si la atacaba, dijera Hester lo que dijese.

—¿Sabía en qué consistirían esos tratamientos, antes de empezar? — preguntó Juster.

—No.

—¿Y cuándo lo supo?

Hester titubeó unos instantes.

Nadie se movía en la sala.

—Vi su enorme potencial. —Hester escogió sus palabras con un cuidado casi penoso—. Si daba resultado, conllevaría la salvación de más vidas en el futuro de las que podríamos llegar a imaginar. Miles, decenas de miles de personas. No solo soldados en combate sino personas en accidentes de todo tipo: laborales, de ferrocarril, mujeres con partos difíciles y por supuesto toda clase de enfermedades de la sangre. No hay fin para lo que podría conseguirse.

Estaba ligeramente sonrojada y tenía los nudillos blancos por la fuerza con que agarraba la barandilla del estrado.

Juster asintió lentamente, deseoso de no romper el hechizo antes de lo necesario.

—¿De modo que Hamilton Rand es un héroe? —dijo finalmente.

—Un héroe con defectos —dijo Hester en voz baja.

Los jurados aguzaban el oído para no perderse ni una palabra.

—¿Por qué? —la presionó Juster.

—Por los medios que utilizaba para obtener la sangre que daba al señor Radnor. —Negó con la cabeza y bajó la vista—. Todo experimento tiene un coste. El éxito es incierto, si no ya no sería un experimento. Pero quienes pagan ese precio tienen que hacerlo sabiendo a qué se exponen y por propia voluntad.

—¿El señor Radnor lo hizo por propia voluntad?

Hester miró a Juster.

—Claro que sí. No tenía elección: sin el tratamiento habría muerto. Pero los niños cuya sangre utilizaba el señor Radnor eran demasiado pequeños

para tener elección. Y sus padres no sabían lo que iba a suceder. Casi nadie se lo habría podido imaginar.

—Por supuesto —convino Juster—. Pero el señor Rand ya fue acusado de secuestrarla a usted y fue declarado inocente de ese cargo. Se planteó que usted podía haber ido de buen grado, movida por su interés en ese gran experimento. Usted lo admira, ¿verdad?

Hester lo miró, armándose de paciencia.

—Si hubiese ido por propia voluntad, señor Juster, habría informado a mi familia, no los habría dejado frenéticos de preocupación por mí, sin saber dónde estaba o siquiera si seguía viva.

—Entendido —convino Juster.

Lyons se puso de pie.

—Señoría, estoy convencido de que todos los presentes en este tribunal sienten una imperecedera admiración por el heroico pasado de la señora Monk, y que pueden entender su interés por tamaño adelanto de la ciencia médica, pero no veo una relación directa con el asesinato de Adrienne Radnor. En realidad, comprendería que la señora Monk guardara un considerable rencor a la señorita Radnor por ser cómplice de su encierro y su ayuda forzosa en todo ese asunto. Sin duda, mi distinguido colega no va a sugerir que la señora Monk también estuvo implicada en la muerte de la señorita Radnor.

Hubo un grito de protesta en algún rincón de la galería, una mirada fulminante del juez, y un considerable nerviosismo y desasosiego se adueñaron del jurado.

Juster sonrió.

—Señoría, el señor Lyons pone de relieve mi planteamiento. La señorita Radnor, en efecto, participó en mantener prisionera a la señora Monk durante el experimento. Por consiguiente, había un delito en eso, o en el trato a los niños cuya sangre se les sacaba con tanta frecuencia, de modo que la señorita Radnor podría haber testificado al respecto, tal vez con más detalle de lo que hemos oído hasta ahora. Detalles demostrables, quiero decir.

Lyons dio media vuelta y se enfrentó, enojado, a Juster.

—El señor Rand ya fue acusado de ese delito y fue declarado inocente. Su opinión acerca de él es irrelevante. No se le puede acusar otra vez.

—De ese crimen, no —convino Juster—. Pero la señorita Radnor pasó muchos días en la casa de campo de Redditch y, a diferencia de la señora

Monk, era libre de deambular a su antojo. ¿Qué más descubrió? ¿Tal vez descubrió el secreto de la fosa común que la policía ha encontrado allí desde entonces... tumbas de otras personas, otros niños?

Una oleada de horror se extendió por la sala como viento entre árboles secos.

Patterson llamó al orden y fue ignorado hasta que gritó por encima del clamor:

—¡Orden en la sala! ¡Orden o mando desalojar!

Poco a poco el ruido se fue apagando y la gente que se había levantado volvió a sentarse.

Lyons seguía estando de pie.

—¡Señoría, la insinuación que acaba de hacer el señor Juster es monstruosa! No hay una sola prueba que indique cuándo se enterraron esos huesos ni a quiénes pertenecían, como bien sabe él. ¡Por Dios, podrían ser víctimas de la peste de la Edad Media!

—¡Paparruchas! —replicó Juster acaloradamente—. No pueden datarse con exactitud, pero sabemos perfectamente que son varios siglos más recientes. —Se volvió hacia la mirada feroz de Patterson—. Señoría, lo único que quiero dar a entender es que la señorita Radnor fue cómplice del encierro de los niños cuya sangre utilizaba el señor Rand. Quizás averiguó algo sobre la implicación del señor Rand en el encierro de otros... proveedores de sangre... contra su voluntad. ¿Este tribunal realmente cree que desarrolló tan extraordinaria habilidad en el arte de sacar sangre a una persona para dársela a otra en el primer intento? Lo que ha hecho es maravilloso. ¡Es magnífico! Es un triunfo de su pericia, su ciencia, su arte y su persistencia. No fue un golpe de suerte que nadie hubiese intentado alcanzar antes que él.

Patterson mantenía su expresión adusta.

—Tomamos nota de su observación, señor Juster, pero está muy cerca de incurrir en desacato a este tribunal, o incluso de ganarse una desestimación del caso y un nuevo juicio, en el que usted no participará. Tal vez el señor Lyons será capaz de interrogar a la señora Monk y darle la posibilidad de corroborar sus acusaciones o de descartarlas. De hecho, si no es así, me plantearé si seguir adelante con este juicio. ¿Entendido, señor?

Juster hizo una reverencia. Tal vez al tribunal le pareciera un gesto humilde, pero Rathbone vio la satisfacción que traslucía su semblante. Había establecido un motivo perfecto a ojos de todo el mundo, y especialmente del

jurado. La imaginación haría el resto.

Juster tuvo la sensatez de ceder el turno a Lyons.

Rathbone estaba tan tenso que volvió a notar las uñas clavadas en sus palmas cuando Juster se sentó a su lado. Quería decirle a Juster cuán peligrosa era su conducta, que se le había ido la mano, poniendo en peligro el caso. Patterson podía declarar nulo el proceso por el modo en que Juster había introducido el tema de los huesos enterrados en el huerto de frutales, que no guardaban ninguna relación demostrada con Rand ni con cualquier otra persona que estuviera viva. Ordenar al jurado que lo ignorase carecía de sentido. ¿Cómo iba nadie a ignorar algo semejante? Rondaría la imaginación de todos los presentes en el tribunal y de quienes lo leyeran en los periódicos del día siguiente.

Juster no lo miró, como si percibiera la ira de Rathbone. Era exactamente el mismo riesgo que este último había corrido y por el que se había ganado la inhabilitación.

Lyons se puso de cara a Hester y ella le sostuvo la mirada, tensa y pálida. ¿Tenía miedo de Lyons, de incurrir en un desliz que no pudiera retirar, o simplemente la obsesionaba lo que había ocurrido en la casa de campo? Dios quisiera que Juster se asegurase de que el jurado creyese que era lo segundo, aunque tuviera que hacerlo en el último turno de preguntas.

—Señora Monk —comenzó Lyons en un tono respetuoso, incluso cordial—. ¿Siguen vivos esos niños, que usted sepa? Lo sabe, ¿verdad? No los ha olvidado durante los acontecimientos que se han sucedido desde entonces.

—Se están recuperando bien —contestó Hester—. Al menos en lo que atañe a la salud física. Aunque siguen teniendo pesadillas. Y yo también.

Lyons estaba molesto pero hizo lo posible por disimularlo.

Juster no. Estaba abiertamente complacido.

Rathbone suspiró ruidosamente.

—Señora Monk, le ruego que se limite a contestar a mis preguntas sin añadir sus propios... diagnósticos —dijo Lyons con aspereza. Quizá quiso mostrarse crítico ante los miembros del jurado. Ellos no lo vieron así. Rathbone se fijó en que uno de ellos fruncía el ceño. Los modales de Lyons con Hester lo contrariaban.

Tal vez Lyons se dio cuenta. Se dio prisa en seguir.

—¿Puede describir al tribunal su relación con la señorita Radnor mientras tuvo trato con ella, antes de su estancia en la casa de campo, durante ella y

también después, si es que hubo alguna?

Hester se quedó un poco desconcertada.

—Era la hija del paciente —comenzó—. Nuestra única preocupación era salvarle la vida y asegurar a la señorita Radnor que el tratamiento tenía esa finalidad. Nos ayudó mucho en las tareas domésticas, encargándose de la cocina, la colada, etcétera. También nos ayudó a cuidar a su padre, tal como había hecho en su casa, atendiendo a sus necesidades más personales.

—Me refería a la relación entre ustedes dos —la corrigió Lyons.

—Se dedicaba en cuerpo y alma a su padre. No hablábamos más que de sus necesidades, su tratamiento, qué podíamos hacer para que estuviera cómodo. En un par de ocasiones me preguntó si creía que se recuperaría. Siempre la remití al señor Rand.

—¿Y en la casa de campo? Si estaba allí tan a regañadientes como dice, de hecho, prisionera, ¿no le pidió que la ayudara a escapar? —preguntó, mostrándose incrédulo.

—Pensé en ello... —contestó Hester.

—¿Sí o no, señora Monk? —interrumpió Lyons—. ¿Lo hizo o no lo hizo? Hester lo miró fatigada.

—Es imposible contestar de una manera tan simple, señor Lyons. Su única preocupación era la supervivencia de su padre. Eso siempre estuvo más que claro...

—¡O sea que no lo hizo! —El rostro de Lyons resplandeció triunfante un instante—. Usted no sabe, sin lugar a dudas, que no la habría ayudado si se lo hubiese pedido. ¿Me permite sugerir, señora Monk, que sus conocimientos médicos y su interés, su comprensión de las beneficiosas consecuencias del trabajo del señor Rand, bastaron para que usted deseara participar en el experimento? Usted no quería escapar. Quería llevarlo a buen término. Quería participar del éxito. Usted es enfermera militar, ha visto decenas, tal vez cientos de muertes en el campo de batalla y, según ha admitido usted misma, le constaba que este procedimiento significaba el futuro de la medicina, ¿no es cierto?

Hester sonrió, torciendo los labios con tristeza.

—Deseaba que tuviera éxito —admitió—. Claro que sí. Me imagino que todos los presentes aquí desearían lo mismo. Pero en mi caso había una cuestión personal muy apremiante. Si fracasaba y el señor Radnor fallecía, el señor Rand sería culpable de un crimen por el que no estaba dispuesto a

pagar. Y yo era testigo de todo lo ocurrido. También habría tenido que matarme a mí...

—¡Señoría! —protestó Lyons—. Esta es la especulación más disparatada que...

Juster se levantó de un salto.

—Señoría, mi distinguido colega ha hecho una pregunta a la testigo sobre lo que deseaba con respecto al experimento. Ahora no podemos quejarnos si no le gusta la respuesta. Al margen del resultado propiamente dicho, la señora Monk deseaba que el experimento tuviera éxito por un motivo tan personal como temer por su vida si fracasaba.

Patterson sonrió, ceñudo.

—Aceptamos su razonamiento, señor Juster. Y el suyo también, señor Lyons. ¿Tal vez querría formular de otra manera su pregunta?

Lyons se volvió hacia Hester, enojado y con los labios prietos.

—Tal vez nos irá mejor si me ciño a los hechos. Señora Monk, ¿el señor Rand alguna vez le puso la mano encima durante el tiempo que pasó en la casa de campo o después? ¡Me parece que podrá contestar a esto con un sí o con un no!

—No —respondió Hester.

—¿Alguna vez la amenazó con hacerle daño?

—No, nunca.

—¿Y sin embargo espera que los caballeros del jurado crean que usted temía que la matara si el experimento fallaba? De nuevo, un sí o un no será suficiente.

—Sí. —Hester dirigió la mirada al jurado—. Son caballeros inteligentes y de buena posición. Entienden que alguien que sepa lo suficiente para resultar útil pueda, al cambiar las circunstancias, convertirse en alguien que sepa lo suficiente para ser un problema, incluso un peligro.

Juster ocultó su sonrisa fingiendo que se sonaba. Lyons declinó hacer más preguntas a Hester.

Tras la pausa para almorzar, Juster continuó con su testigo final: Bryson Radnor. Fue una actuación magistral. Rathbone la observó con admiración profesional, pero también con un creciente desasosiego.

Al principio su inquietud solo fue ligera. Radnor estaba en el estrado de cara al tribunal. Era un hombre bien parecido y robusto, su cabeza semejante a la de un león viejo con el rostro demacrado por el desconsuelo. Había

dejado que su melena le creciera un poco más de la cuenta. La luz realzaba sus canas, lo que atraía las miradas hacia su rostro de ojos oscuros y facciones marcadas.

Juster lo guio para que describiera las atenciones que le había prodigado Adrienne y la devoción que le había demostrado desde que muriera su madre. Explicó cómo la dependencia de él se transformó gradualmente en fortaleza cuando cayó enfermo. Comenzó cuando su salud empezó a empeorar; solo al cabo de un tiempo se dio cuenta de que se encontraba en el inicio de una enfermedad mortal.

La sala entera le escuchaba con gran emoción. Su dolor era palpable. Algunas mujeres lloraban en la galería. Los hombres permanecían con el rostro acartonado, procurando mantener una actitud estoica ante semejantes lealtad y tragedia.

Juster difícilmente perdería.

A Rathbone le constaba que lo esencial para el caso ya había quedado establecido. Nada indicaba que Lyons pudiera hacer algo para cambiar sustancialmente el convencimiento que se estaba adueñando del jurado.

A instancias de Juster, Radnor explicó lo que podía recordar sobre su tratamiento. Cualquier respuesta que pudiera resultar incómoda la eludía diciendo que no la recordaba. Nadie se extrañó. Incluso Patterson pareció impresionarse.

Rathbone no acertaba a entender por qué estaba tan desconcertado. ¿Era posible que sintiera algo tan básico como la envidia, porque Juster había salido airoso con su estrategia? Por fin iban a condenar a quien lo merecía. Debería estar contento.

¿O acaso lo estaba? ¿Reamente era Rand el verdadero culpable?

Hester había argüido que no creía que Rand hubiese matado a Adrienne. Pensaba que la había matado el propio Radnor para recuperar la libertad de permitirse vivir el resto de su vida a su antojo, a solas, libre de responsabilidades, sin críticas y sin el gasto adicional que suponía una hija a la que debía una deuda tan grande.

¿Qué podía presentar la defensa, o incluso insinuar, que planteara una duda razonable?

Lyons lo hizo tan bien como pudo. Sacó al estrado a dos brillantes médicos en exceso escrupulosos que explicaron al tribunal que muchas personas que morían desangradas podrían salvarse si el procedimiento de

Rand finalmente demostrara ser eficaz. Revolucionaría la medicina. ¿Por qué iba a arriesgarse a no poder concluir su trabajo? Y tanto uno como el otro describieron la muerte por desangramiento con suficiente horror para dejar al jurado paralizado de miedo.

Juster no repreguntó.

Su testigo final fue Magnus Rand. Dio testimonio de la entrega de su hermano a la investigación médica desde el fallecimiento de Edward. No podía demostrar que Hamilton no había matado a Adrienne, pero hizo un vívido retrato de un hombre obsesionado con descubrir una cura para la leucemia. No era un hombre simpático. A menudo era insensible, dogmático e inconscientemente grosero. No odiaba a nadie puesto que no se implicaba emocionalmente lo suficiente para que le importaran los demás. Carecía de imaginación para concebir semejante sentimiento.

Este testimonio no afectó en absoluto al jurado. A juzgar por sus rostros, solo veían a Hamilton frío, entregado a la ciencia e inmune al coste humano para sus semejantes.

Emitieron un veredicto de culpabilidad.

Rathbone se inquietó. Era el veredicto que había deseado y esperado, pero de pronto no le satisfacía.

Fue a ver a Beata York. Era una mujer muy sensata y cualquier motivo para verla lo complacía.

Había ponderado si debía pasar por su propia casa para afeitarse de nuevo y cambiarse de ropa antes de visitarla o si hacerlo resultaría demasiado afectado. Si iba directamente a su casa se notaría que estaba cansado después de una larga jornada, y podía dar la impresión de que no le había importado lo suficiente para ir a arreglarse. En cualquier caso, decidió ir directamente.

La puerta se abrió y el mayordomo, a quien ya conocía, lo recibió con agrado. Ni siquiera preguntó a Rathbone el motivo de su visita.

—Buenas noches, sir Oliver. Qué agradable verle otra vez.

—Gracias —respondió Rathbone—. Mis disculpas por haberme presentado sin preguntar si era conveniente, pero me temo que ha habido una novedad importante en el caso Rand. Me gustaría mucho conocer la opinión de lady York al respecto.

Estaba hablando más de la cuenta, y fue consciente de ello. Al mayordomo no le importaba el motivo de su presencia allí, y desde luego no era preciso darle explicaciones.

—Sí, señor. Si tiene la bondad de aguardar en la sala de día, iré a ver si lady York puede recibirlo.

Dio la impresión de ir a añadir algo más pero cambió de parecer y dejó que Rathbone se dirigiera solo a la sala de día, sin acompañarlo.

Pocos minutos después la propia Beata apareció en el umbral. Llevaba un vestido claro de un color neutro que no habría favorecido a ninguna otra mujer pero que, en cambio, complementaba a la perfección su espléndida belleza, recordándole un rincón soleado en un jardín.

—Lo han declarado culpable, ¿verdad? —dijo, apenada—. Me extraña. Según lo poco que he leído en los periódicos... y no enarques las cejas de esa manera, Oliver. Leo los periódicos, y ahora que estoy sola en la casa, leo los que me placen.

Hubo humor y una chispa de desafío en sus ojos, solo por un instante.

Eso bastó para transmitir a Rathbone una extraordinaria sensación de afecto, como si Beata le estuviera haciendo saber que por más unidos que llegaran a estar, había ciertos privilegios a los que no renunciaría jamás.

Rathbone correspondió a su sonrisa.

—Bien. Eso significa que no tendré que explicarte lo que sabemos ni lo que nos preocupa. Seguramente ni siquiera por qué estoy tan extrañamente afligido por un hombre y una mujer contra los que hice todo lo que pude para condenarlos como cómplices del secuestro de Hester y los tres niños.

—¿En serio? —preguntó Beata, aunque su tono de voz indicó más esperanza que sorpresa—. ¿Estás apenado?

A Rathbone le costó un poco contestar.

—Sí... lo estoy.

Beata lo observó con detenimiento, tal vez reparando en su cansancio a aquellas horas del día, y en que no había pasado por su casa para cambiarse. De pronto, Rathbone fue muy consciente de ello. Había sido una equivocación, una falta de cortesía.

—¿Te apetece quedarte a cenar? —preguntó Beata.

—Me encantaría —aceptó Rathbone.

—Informaré a la cocinera.

Dio media vuelta y tiró del cordón de la campanilla, que estaba junto a la chimenea. El mayordomo se personó *ipso facto*.

—¿Señora?

—¿Me haría el favor de avisar a la cocinera de que sir Oliver se queda a

cenar?

—Por supuesto, señora.

Sonrió como si le complaciera. Mientras hacía una reverencia y se marchaba, Beata se dirigió hacia la sala de estar. Las ventanas que daban al jardín estaban abiertas y el perfume de las últimas rosas entraba con el susurro del viento en el follaje de los abedules.

—Antes de que entremos en materia, ¿cómo estás? —preguntó Rathbone.

Beata se rio un poco, con una actitud crítica consigo misma pero, no obstante, absolutamente sincera.

—¿Te refieres a cómo está Ingram? Una semana parece que empeora y a la siguiente mejora, al menos en cuanto a salud física. Siempre fue un hombre fuerte. Rara vez se constipaba.

Rathbone no supo qué decir. Beata nunca le había dicho si iba a ver a York al hospital, y a él no le gustaba preguntar. Quería darle alguna clase de consuelo, incluso el de poder hablar francamente con alguien sin fingir que deseaba que Ingram estuviera mejor. Los periódicos habían informado de que se trataba de algún tipo de ataque, y nadie era tan falto de tacto para sugerir otra cosa.

Beata lo estaba mirando, aguardando a que respondiera.

Rathbone escogió sus palabras con sumo cuidado.

—Tal vez lo más misericordioso sería que sufriera un ataque que, como mínimo, le impidiera ser consciente de su situación.

—A menudo he pensado lo mismo —convino Beata—. Gracias por permitirme compartirlo. Hubo momentos en los que Ingram no me gustaba mucho, pero no le desearía esto a nadie. —Apartó la vista—. He dejado de ir a verle. No se entera de que estoy allí. ¿Es cobardía por mi parte? Aborrezco el olor de ese lugar, las voces, los...

—No —interrumpió Rathbone, alargando la mano para tocarle ligeramente el brazo con la punta de los dedos—. Me figuro que él preferiría que no lo vieras en semejante estado. Lo merezca o no, es el último regalo que puedes hacerle: conservar el recuerdo de cuando estaba en plena forma.

Beata lo miró a los ojos.

—Eres más amable con él de lo que merece. Te habría hundido en la miseria, si hubiese podido, y lo sabes de sobra.

—Sí, lo sé —reconoció Rathbone—. Ahora ya no importa.

Se sorprendió de ser capaz de decir aquello y decirlo de verdad. Ingram

York solo era importante porque existía, y mientras estuviera vivo, Rathbone no podría pedir a Beata que se casara con él. Tenía muy claro que lo haría en cuanto ella fuese libre. Tal vez era mejor que no fuese tan pronto... y, sin embargo, ¡cuánto lo ansiaba!

Ahora tenía que apartar aquellos pensamientos de su mente. Estaba mal desear la muerte de alguien, y no quería que Beata lo viera en sus ojos ni que lo oyera en su tono de voz.

—No cabe duda de que Adrienne Radnor fue asesinada —dijo—. Según parece la atracaron, pero su doncella dijo que solo llevaba un pañuelo y un poco de perfume en el bolso, nada que mereciera la pena robar, y mucho menos matar por ello. Y no la habían...

Se calló porque no quería ser basto aunque, ¿de qué otra manera podía describirse lo que quería decir?

—Violado —dijo Beata por él—. ¿Alguien se ha creído que la mataron por un pañuelo y un frasco de perfume? La verdad, Oliver...

—Está claro que Rand tenía un motivo para matarla, por si lo traicionaba de alguna manera. Ella debía de saber buena parte de lo que sucedió en esa casa de campo.

—No podían volver a juzgarlo por el secuestro de la señora Monk y los niños —le recordó Beata—. ¿Qué más podía saber la señorita Radnor?

—No está del todo claro —admitió Rathbone—. ¿Tal vez se había enterado de aspectos del experimento que Rand todavía no quería hacer públicos? Los científicos pueden ser muy celosos con sus descubrimientos.

—En tal caso también habría intentado matar a Hester —observó Beata.

—Quizás Adrienne sabía cosas con las que podía traicionarlo, aunque no fuese algo por lo que pudieran juzgarlo otra vez, al menos algo que pudiera dañar su reputación —sugirió Rathbone.

—Es posible... —dijo Beata, sin convencimiento.

—¿Quién fue, si no? No me digas que la mató un vagabundo que pasaba por allí. Según los primeros informes policiales, no opuso resistencia a su agresor. Estaba sucia de barro y con el pelo enmarañado, pero no había indicios de que hubiese luchado por su vida.

—Pues entonces lo hizo alguien a quien conocía —dijo Beata en voz muy baja—. Alguien a quien no temía, al menos desde el punto de vista físico. ¿Qué me dices de su padre?

Rathbone se quedó perplejo, no tanto por la idea en sí, pues Hester ya la

había sugerido, sino porque Beata, que no había conocido a Radnor, hubiese sacado la misma conclusión tan deprisa.

—Lo estuvo cuidando durante toda su enfermedad —contestó Rathbone—. De hecho, había sido su única compañía desde que muriera su madre. Nadie podría haber sido más leal. Ahora Radnor vuelve a estar en forma casi por completo y, deduzco, con muchas ganas de reanudar sus viajes al extranjero. Y ella había recobrado la libertad de hacer su propia vida. Casarse, si así lo deseaba. ¿Por qué iba a molestarse en matarla?

—Querrás decir si llegaba a encontrar a un hombre apropiado, y que estuviera dispuesto a aceptar a una novia un poco mayor —dijo Beata—. Y, por supuesto, al que ella encontrara agradable.

Rathbone la miró, inseguro sobre el matiz del sufrimiento que percibió en su voz. ¿Era lástima por una mujer a la que había conocido? Mirándola con atención, creyó que se trataba de algo mucho más personal, algo que sabía más que suponía.

Aguardó a que ella le restara importancia, que desestimara el comentario diciendo que solo era una idea, pero no lo hizo.

—¿Realmente crees que haría daño a su propia hija? —preguntó Rathbone—. ¿Por qué? Se había dedicado a él en cuerpo y alma. Hester dijo que pasaba las noches en vela sin pedir una sola vez que la relevaran. —Negó con la cabeza—. ¡Me cuesta creer que la matara en lugar de dejarla libre!

—Según lo que me has referido, tiene intención de irse de viaje sin ella —repuso Beata, mordiéndose un poco el labio, sin apartar los ojos del rostro de Rathbone.

¿Estaba pensando en Ingram? ¿Había sido posesivo, dominante, requiriendo su atención constantemente? Seguro que esa solo había sido su actitud en los tribunales durante los últimos años, y aun así solo cuando se había cuestionado su autoridad o tal vez cuando notaba que el proceso judicial estaba escapando a su control. ¿Acaso su mente se había ido deteriorando lentamente, poquito a poco, durante años? Eso aterrorizaría a cualquiera. Cuando una persona tenía mucho miedo a veces arremetía contra quien fuese, hacía cualquier cosa con tal de no reconocer la verdad que más temía.

Ingram York era un hombre arrogante y egoísta pero, por un instante, Rathbone sintió un rumor de lástima por él. ¡Había llegado a tener muchas cosas, además del amor de tan increíble mujer! Casi ningún hombre sería

capaz de soportar semejante pérdida conservando una mínima gallardía.

Pero todo eso era pura suposición. No lo sabía con certeza.

Beata se inclinó un poco hacia delante.

—Oliver, has dicho que según Hester es un hombre con un inmenso apetito por la vida, deseoso de probar todos los sabores, todos los olores y cada contacto con la belleza que se le ponga a tiro.

Rathbone hizo una mueca al recordar las palabras exactas de Hester.

—Sí.

—¿Un hombre así desearía llevarse a su hija consigo, en los nuevos viajes que planea? Ella había hecho mucho por él, había sido su fiel compañera en los momentos más difíciles. Le debía su compañía, ¿no te parece?

—Sin duda alguna —convino Rathbone.

—¿Y piensas que es un hombre que pague sus deudas de buen grado?

Arqueó sus finas cejas y los ojos quedaron en sombra, insondables debajo de ellas.

Ahora Rathbone vio un panorama mucho más feo y le dio miedo que Beata supiera tales cosas. Había dolor en su fuero interno. Rathbone lo notaba porque lo tenía casi a su alcance. Quizá nunca lo tocaría. Quizá no debería hacerlo, pero ella le había permitido saber que existía. Debía ser diplomático, dejarlo todo sin decir. Tenía que permitir que ella se lo contara o que no lo hiciera, pero dándoselo a entender sin llegar a mencionarlo nunca.

—¿Crees que la mató para librarse de sus obligaciones con ella? —preguntó con cuidado—. ¿Saldar la deuda, cuando dejó de necesitarla? ¡Es monstruoso!

—¿No crees en los monstruos, Oliver? —preguntó Beata, con una mirada triste.

—Sí, claro que sí —contestó Rathbone enseguida—. Pero ojalá no fuese así. Sobre todo en este caso en concreto porque, si es verdad, se ha condenado a un inocente.

Fue más sincero de lo que había pretendido.

—¿Qué dice Monk? —preguntó Beata, un poco indecisa.

—De momento, poca cosa. Hablaré con él.

—Bien. Me parece que la cena ya está lista. ¿Pasamos al comedor?

Rathbone se levantó y le ofreció el brazo, sintiéndose un poco cohibido. Estaban a solas y en casa de ella, pero tuvo una sensación de lo más agradable cuando Beata apoyó la mano en la manga de su chaqueta, tan

levemente que más que notarla la vio.

Al día siguiente fue a ver a Monk y a Hester.

—No, no creo que el veredicto fuese correcto —dijo Hester en voz baja, en respuesta a su pregunta—. Rand es insensible al sufrimiento ajeno si no guarda relación con heridas graves o con la leucemia. Es incapaz de imaginar otro tipo de dolor. Pero no creo que matara a Adrienne. Tal como dije en su momento, estoy convencida de que lo hizo el propio Radnor, a fin de librarse de la dependencia de su hija y del gasto y la obligación de saldar la deuda que tenía pendiente con ella.

—¿Lo dices porque lo conociste cuando estaba enfermo? —preguntó Scuff, muy serio.

Hester estaba demasiado cansada para rebatírsele pero fue evidente que se incomodó.

Scuff bajó la vista.

—Perdón...

—No es solo eso —dijo Hester en voz baja—. En mi opinión, Hamilton Rand tiene muchos defectos, pero Adrienne no le daba miedo. No la veía como una amenaza. Dudo de que volviera a pensar en ella para nada, después de que se marchara de la casa de campo.

—¿Su propio padre? —Monk se mordió el labio—. Quería que Hamilton Rand pagara por lo que les hizo a los niños y por tu secuestro, pero no por algo que no hizo.

—Si es verdad, hemos perdido —sentenció Rathbone, mirando a uno y a otra—. Rand será ahorcado por algo que no hizo. No sabemos quiénes eran esos cuerpos enterrados en el huerto de frutales. Y Radnor saldrá indemne. No se me ocurre una sola cosa que podamos hacer al respecto.

16

Las semanas transcurrieron muy despacio hasta que ahorcaron a Hamilton Rand. Hester continuó trabajando en el hospital. Ya no había trabajo experimental pero se quedó por lealtad a sus pacientes, cuyas necesidades de atención seguían siendo tan apremiantes como antes. Era preciso tranquilizarlos, incluso insistir en que no perdieran la esperanza.

También se quedó debido a cierta lealtad a Magnus Rand. Los hermanos no habían parecido estar muy unidos en vida, pero al observar a Magnus ahora se dio cuenta de que había existido un silencioso vínculo afectivo entre ellos que ambos daban por sentado. Mientras se hacía mayor, Magnus siempre supo que Hamilton estaba detrás de él, ocupándose de las cuestiones materiales, creyendo en el propósito que compartían, siempre con energía para tirar adelante por más difícil que pudiera parecer todo o por más cansado que estuviera. No lo disuadían ni siquiera las causas perdidas. Quizá pareciera frío, pero poseía una determinación excepcional que lo llevaba a creer en el trabajo a pesar de los fracasos, de lo que pensarán los demás, incluso del escarnio.

Su corazón era diferente al de la mayoría de las personas. No era agradable ni atractivo. A veces infundía miedo. Pero era admirable.

Por descontado, había comprado a los niños Roberts para utilizarlos en sus experimentos, aunque ahora gozaban de mejor salud que antes. Sus padres no solo temían lo suficiente a la opinión pública para no desatenderlos sino que además disponían de medios para cuidar de ellos, gracias a que el señor Roberts había encontrado un empleo que no se atrevería a perder.

Y Rand había mantenido prisionera a Hester a fin de servirse de su experiencia y también para impedir que contara a terceros lo que estaba haciendo con los niños. Pero Hester estaba segura de que no había matado a Adrienne Radnor. No la había temido tanto para que le preocupara, y tampoco creía que ella intentara perjudicarlo.

¿Y los cadáveres del huerto de frutales? Hester no dudaba de que los habían enterrado Hamilton y el jardinero. Pero podrían haber muerto por causas naturales, tales como la leucemia. Tal vez fuesen personas a las que había intentado salvar sin éxito. Si no había obtenido su consentimiento para experimentar con ellos se trataba de un crimen, pero ese no era el delito por el que había sido juzgado, y menos aún por el que debiera ser ahorcado. Y si

había actuado con su consentimiento, bueno, todos los médicos pierden a pacientes. A veces los errores o la falta de atención contribuyen, pero normalmente los médicos han hecho cuanto han podido y aun así fracasan. Hester lo sabía de sobras.

Hamilton llevaba dos semanas muerto y Hester trabajaba de enfermera en el hospital, todavía a la espera de que Jenny Solway se reincorporase, y haciendo cuanto podía para ofrecer un poco de consuelo a Magnus.

Como si considerase que Hester era una de las pocas personas que comprendían el carácter de Hamilton y que no creían que hubiese matado a Adrienne Radnor, buscaba su compañía cuando disponía de tiempo. En aquel momento Hester estaba en el pasillo hablando con él cuando una enfermera fue corriendo a su encuentro. Aquello iba contra las normas del hospital, pero su rostro reflejaba tanto pánico que ni Rand ni Hester pensaron en reconvenirla.

—¿Qué ocurre? —Hester dio un paso al frente y faltó poco para que la enfermera tropezara con ella—. ¿Qué ha ocurrido?

—El señor Radnor... —dijo la enfermera, jadeando—. Ha vuelto y tiene un aspecto espantoso. Peor que nunca...

—¿Dónde está? —preguntó Hester, casi paralizada por la impresión. Su calma aparente solo era fruto de sus años de experiencia.

—En el vestíbulo principal —fue la respuesta—. He avisado a un camillero para que lo metiera en cama antes de que se desmayara allí mismo. Doctor Rand, no sé qué hacer con él.

Rand también estaba anonadado. Tartamudeó buscando qué decir. El caso de Radnor era el que había llevado a Hamilton a la ruina.

—Llévenos a su habitación —ordenó Hester a la enfermera—. Haremos cuanto podamos.

Con gran alivio y sumamente agradecida, la enfermera dio media vuelta y regresó por donde había venido, caminando a paso vivo y enérgico, con Hester y Magnus a un metro detrás de ella. No miraron a la derecha ni a la izquierda mientras cruzaron derechos el vestíbulo y enfilaron el pasillo hasta la habitación donde Bryson Radnor estaba tendido en la cama, completamente vestido. Tenía el rostro ceniciento, los ojos hundidos y la piel sudorosa. Pero aun enfermo como estaba, era plenamente consciente y miró primero a Magnus y después a Hester. Fijó la mirada en ella, como si considerase que era quien llevaba las riendas y decidiría su destino.

Magnus se volvió hacia Hester. Parecía estar tan desesperado como Radnor, como si se encontrara al borde de un precipicio con el diablo a sus espaldas y la larga caída hasta las rocas delante.

Hester miró a Radnor a los ojos. Él le sostuvo la mirada sin pestañear. Había un terrible humor negro en su fuero interno, como si aun estando agonizando hubiese ganado una victoria contra ella, imponiendo su voluntad a la de Hester. En ese instante se desvaneció la última duda que Hester pudiera abrigar de que había matado a Adrienne. Se dio cuenta de que era consciente de que ella lo sabía y no podía hacer nada al respecto. También estaba totalmente seguro de que Hester cuidaría de él, sintiera lo que sintiese. El no hacerlo sería la victoria definitiva sobre ella. Destruiría aquello en lo que ella creía. No era la derrota de la muerte lo que quería, sino la derrota de la vida que tenía que dejar a los demás sin poder compartirla.

Sonrió a Hester, ignorando a Magnus como si no estuviera presente.

—Necesito otra transfusión —dijo con un hilo de voz ronca—. Usted sabe cómo se hace, ¿verdad, señora Monk? Ayudó muchas veces al pobre Hamilton; lo sabe de memoria. Y estoy seguro de que tendrán niños que utilizar en algún rincón de este hospital.

Se hizo un eterno y doloroso silencio.

Los pensamientos pasaban volando por la cabeza de Hester. ¿Quería salvar a Radnor? Una vez fallecido Hamilton Rand, ¿sería capaz de hacerlo? Había observado el procedimiento pero nunca lo había hecho sola. ¿Y si cometía un error?

El juramento hipocrático; nunca haré daño.

Pensó en Orme muriendo desangrado y en la profunda pena de Monk, que tanto se esforzaba en disimular.

¿Cómo aprender para el futuro, excepto intentando lo desconocido?

Hay cosas que se descubren, como el fuego. Otras hay que inventarlas, como la rueda.

Fue Magnus quien habló.

—No soy tan bueno como lo era Hamilton, pero lo intentaré. Y la señora Monk me ayudará. —Se volvió hacia ella—. ¿Verdad?

Había una súplica manifiesta en sus ojos, apremio. Seguramente no para salvar la vida de Radnor. ¿Tal vez la reputación del hospital? ¿Y era consciente de la exquisita ironía de usar el invento de Hamilton para salvar al hombre por cuyos crímenes había sido ahorcado?

—Por favor —dijo Magnus en voz baja.

Si Hester rehusaba, diera la razón que diese, Radnor vencería o creería que había vencido. Tal vez en el futuro ella también llegaría a creerlo.

—Sí... sí, por supuesto. —Se volvió hacia Magnus—. Tenemos que darnos prisa.

—Bien —aceptó Rand—. Gracias. Haga que lo trasladen a la habitación que usábamos antes. La máquina sigue estando allí. Iré a buscar la sangre y a prepararla. Sé exactamente cómo lo hacía Hamilton. Solo... solo cuide de él.

Sin darle tiempo a contestar, Magnus se volvió bruscamente y salió de la habitación. Oyeron sus pasos alejándose por el pasillo.

Un momento después apareció un camillero con una silla de ruedas y entre los dos sentaron a Radnor en ella y, con tanto cuidado como pudieron, lo trasladaron al cuarto de transfusiones.

Lo tendieron en la cama. A Hester le horrorizó lo poco que pesaba, como si la mitad de su ser hubiese abandonado al hombre que tan buen aspecto había presentado en el tribunal, no una sino dos veces, para dar testimonios demoledores que habían alterado el curso de dos juicios. Uno había exonerado a Hamilton Rand y lo había lanzado a la cima de su carrera. El otro lo había condenado a morir en la horca.

A solas con Radnor, Hester procuró que estuviera lo más cómodo posible. Tenía fiebre; lo supo antes de tomarle la temperatura. Lo bañó con agua fresca antes de ayudarlo a ponerse un camisón del hospital. Lo hizo cuidadosamente, con delicadeza, para no magullarle más el cuerpo. Adrienne no lo podría haber hecho con más ternura.

Radnor se mostró complacido, como si le hubiera ordenado hacerlo.

—Me fui de viaje —dijo con voz ronca—. Estuve en Francia, señora Monk. Levanté la vista hacia sol y contemplé con los ojos entornados la costa de Normandía, grandes cielos con las nubes blancas flotando a través de ellos como barcos con gigantescas velas izadas. Olí el viento en la hierba madura, alta hasta mis rodillas, enmarañada de flores silvestres y con una fragancia tan dulce como el cielo. Me tendí en la tierra seca e hice el amor debajo de los árboles, oyendo cómo sus hojas susurraban sobre la eternidad.

Hester no contestó.

—Piensa que voy a arder en el infierno, ¿verdad? —la desafió—. En algún infierno religioso de sufrimiento infinito, sin duda. Será una nueva aventura, porque ya he estado en el cielo.

Se esforzó en mantenerse concentrado en ella.

Hester lo miró a la cara, viendo lo consumida que estaba, y a sus ardientes ojos retadores.

—Pienso que el infierno es la visión del cielo que no puedes saborear ni tocar. Un lugar donde poco a poco pierdes la capacidad de sentir algo excepto ira y autocompasión, y un remordimiento infinito por lo que tuviste pero tiraste por la borda. Finalmente se convertirá en un espectro vacío, incapaz de contemplar el cielo, aunque pudiera imaginarlo, salvo como un antiguo sueño que ya no puede tener. Pero nunca olvidará que podría haberlo tenido, solo que lo dejó correr.

Radnor le sostenía la mirada.

—¡Maldita sea! —dijo entre dientes—. ¡Maldita sea!

Todo el odio de su alma estaba impreso en sus palabras y en sus ojos.

Magnus regresó.

—¿Lo ha preparado, señora Monk? No hay tiempo que perder.

—Sí, está preparado —contestó Hester, de cara a Magnus y dándole la espalda a Radnor.

Magnus asintió con la cabeza. Hacía bastante tiempo que no había ayudado a Hamilton, mucho más tiempo que Hester, de modo que fue con mucho cuidado, confiando en la ayuda que ella le prestaría. Ató la botella de sangre fresca al aparato, comprobó que todas las piezas estuvieran conectadas y que funcionaran bien y después insertó la aguja en una vena del brazo de Radnor. Abrió la válvula y la transfusión comenzó.

Radnor sonreía como si la mera visión de la sangre roja penetrando en su cuerpo le devolviera las fuerzas. O tal vez era su victoria sobre Hester y Magnus Rand lo que parecía revigorizarlo. Después de todo lo que le había hecho a Hamilton, era el invento de Hamilton lo que le salvaría la vida una vez más. Y Hester y Magnus lo presenciarían.

Fue lento. Magnus era meticuloso. Todo marchaba bien. Había hecho que Hester lo comprobara una y otra vez.

Hacia la medianoche concluyó el procedimiento. Radnor dormía plácidamente, con una media sonrisa en el rostro. Magnus estaba tan pálido y tenso que Hester sufría por él. Mandó avisar a Sherryl, en cuyo honor y destreza confiaba, para que acudiera a velar a Radnor. Después, Hester convenció a Magnus para que fuera a una habitación vacía y se tendiera un rato. Sherryl lo avisaría si había alguna novedad. Hester obedeció gustosa

cuando le ordenó que se marchara a casa. Estaba deseando meterse en la cama junto a Monk, dejarse envolver por sus brazos. Tal vez le contaría lo que había ocurrido, le confesaría sus sentimientos encontrados. Aunque, pensándolo bien, sería mejor no hablar de ello en absoluto, simplemente estar a su lado.

Por la mañana tanto ella como Monk se levantaron tarde. Monk estaba en la cocina preparando té y ella bajaba por la escalera cuando llamaron a la puerta. Hester fue a abrir, convencida de que sería Hooper preguntando dónde estaba Monk. Pero cuando abrió la puerta quien apareció fue Magnus Rand. Estaba demacrado, y tan pálido que parecía que fuera a desmayarse en cualquier momento.

—Pase —dijo Hester de inmediato—. Por favor...

Se apartó para que pasara y se dirigiera con paso inseguro a la sala de estar. Se desplomó más que se sentó en un sillón junto a la chimenea.

Hester fue tras él, temerosa de que estuviera gravemente enfermo. Se le veía más débil y agotado de lo que ni siquiera las largas horas en vela o el horror de la muerte de su hermano podían justificar. Lo miró muy seria.

—Puedo traerle una taza de té, pero necesita algo más que eso. Por favor, dígame qué le sucede y qué puedo hacer por usted.

Magnus levantó la vista hacia ella. Tenía los ojos enrojecidos, la piel totalmente desprovista de color.

—¿Ha pasado toda la noche en vela? —preguntó Hester en voz baja.

—Casi —contestó Magnus—. Bryson Radnor ha fallecido a las cuatro de la madrugada, o poco después. Ha sido horrible —agregó—. No me figuraba que fuese a ser tan espantoso. —Sonrió con la mirada perdida, como si reviviera lo que había visto y que quedaría grabado indeleblemente en su memoria—. Hacía tiempo que no perdíamos a un paciente con leucemia.

—Hicimos cuanto pudimos —le dijo Hester, poniendo énfasis en cada palabra—. Disfrutó de muchos más meses de vida de los que habría disfrutado sin su tratamiento.

Monk entró en la sala y se detuvo al lado de Magnus. Bajó la mirada hacia él con una profunda compasión.

—Hester, el agua está a punto de hervir. Me parece que el doctor Rand necesita un tazón de té con azúcar. Más vale que lo prepares muy cargado, y añádele un buen chorro de coñac.

Hester vaciló solo un instante y acto seguido se fue a hacer lo que le

habían pedido. Le constaba que Rand estaba sumamente afligido por la pérdida de su hermano. Ahora, además, tenía que soportar la sensación de derrota. Necesitaba ayuda; sobre todo necesitaba alguna clase de amistad. La muerte de Hamilton lo había dejado sin familia, había sido un hermano y un padre para él.

Monk se sentó en el sillón enfrente al de Magnus.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó con delicadeza. Tenía que saberlo por si la respuesta ponía en peligro a Hester de un modo u otro. Por más que se apiadara de Magnus, no podía permitir que eso sucediera.

Magnus lo miró de hito en hito, sin el menor doblez en su rostro.

—Le hicimos una transfusión de sangre —respondió—. O, para ser más exactos, se la hice yo, y la señora Monk me ayudó. Es una enfermera extraordinaria. Aunque me figuro que usted ya lo sabe.

—¿La hizo de la misma manera que su hermano?

—Exactamente igual. Su esposa puede corroborarlo. Estuvo conmigo en todo momento. —Respiró profundamente y soltó el aire con un suspiro—. No es en absoluto responsable de nada de lo ocurrido. Y nadie puede pensar lo contrario, se lo prometo.

—¿Pues por qué ha muerto Radnor? —presionó Monk.

Magnus sonrió con exquisita ironía.

—Ya no disponíamos de los niños Roberts. Están bastante bien, según tengo entendido.

—Sí, en efecto. ¿Y de quién era la sangre que le ha dado a Radnor?

—Un litro entero —contestó Magnus—. Me siento fatal...

—¿De quién era la sangre? —insistió Monk, observando el rostro ceniciento de Magnus.

—Mía, ¿de quién iba a ser? —contestó Magnus, sosteniendo la mirada de Monk—. No podía darle la de nadie más, ¿no? Sabiendo que Radnor estaba... Y sin permiso del donante... —Sonrió muy despacio—. Me temo que ha tenido una muerte muy mala, aunque haya sido relativamente rápida. Aunque no tan rápida como la horca, por supuesto.

—¿Usted sabía que la transfusión lo mataría? —susurró Monk.

—Estaba bastante seguro.

Monk permaneció callado unos segundos; de hecho, hasta que oyó los pasos de Hester en el pasillo, llevándoles el té.

—Supongo que él insistió en que le aplicara el procedimiento... —dijo

por fin.

—¡Sí, claro! Todo médico está obligado a intentarlo —convino Magnus—. Pero Hester no lo sabía. De verdad que no.

Hester entró en la salita con la bandeja del té, miró con preocupación a Magnus y después a Monk.

—Será mejor que se lo des poquito a poco —le dijo Monk con dulzura. Era completamente innecesario. Lo haría así de todas formas. Quienquiera que fuera el paciente, al margen de lo que pensara o imaginara acerca de él, siempre lo haría así, siempre.

Nota

* *Crow* significa «cuervo».